

LUIGI GIUSSANI

**DE LA
UTOPIA
A LA
PRESENCIA
(1975-1978)**

PRÓLOGO DE JULIÁN CARRÓN

EE

ENCUENTRO

RELIGIÓN



EL EQUIPE

«Todo lo que he dicho, lo he aprendido a su vez». No era raro escuchar esta frase, dicha de forma repentina, en los discursos de Luigi Giussani, para indicar no sólo la figura del maestro, que es capaz de aprender siempre y de cualquier persona, sino también el carácter peculiar de un método educativo que encontraba su punto de mayor fuerza en el diálogo continuo.

Los Equipos del CLU son un fenómeno único en la historia de Comunión y Liberación. Nacidos con la finalidad de coordinar las distintas comunidades universitarias, a partir de mediados de los años setenta se convirtieron, con la participación de don Giussani, en el momento de verificación y de descubrimiento de la experiencia cristiana y de su correspondencia humana. Año tras año, estos encuentros marcaron los pasos de un camino que se reveló después como esencial para todo el movimiento de CL.

No se trató tan sólo de profundizar en el discurso, sino de hacer una comparación constante entre la vida concreta de muchos estudiantes universitarios y un juicio autorizado, que aquella vida trataba de fortalecer y hacer crecer, y también corregir. De modo que todos los términos de la propuesta cristiana fueron propuestos de nuevo «en vivo», dentro de las situaciones y de la condición humana, como respuesta a los problemas que se planteaban y como satisfacción de unas exigencias vividas y percibidas con agudeza.

El mismo don Giussani se dio cuenta de la importancia y de la excepcionalidad de estos encuentros y quiso, casi desde el inicio, que quedara constancia de ellos. Petición que renovó con determinación explícita en los últimos años y que fue acogida, dando lugar a esta serie de escritos que narran los discursos, las preguntas y las respuestas que, durante más de veinte años, alimentaron la relación entre personas interesadas por sí mismas y por el mundo, personas que quisieron conocer y descubrir juntas el sentido de su vida y el motivo verdadero para ser protagonistas en la historia de los hombres.

LUIGI GIUSSANI

De la utopía a la presencia

(1975-1978)

Prólogo de Julián Carrón



Título original

Dall'utopia alla presenza (1975-1978)

© 2013

Fraternità di Comunione e Liberazione

y

Ediciones Encuentro, S.A., Madrid

Traducción

Belén de la Vega

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid

Tel. 902 999 689

www.ediciones-encuentro.es

CONTENIDOS

EL EQUIPE

PRÓLOGO

NOTA EDITORIAL

LOS ANTECEDENTES

1975

PERSONA Y COMUNIÓN DE BASE1

¿QUÉ ES LO QUE MÁS HEMOS PENSADO,DICHO Y HECHO?9

1976

EN LA FE, HOMBRE Y PUEBLO

DE LA UTOPIA A LA PRESENCIA

Conversación

Síntesis

1977

EN LA CONDICIÓN UNIVERSITARIA1

UNA PRESENCIA DE VIDA1

LA FUERZA DE UNA PROPUESTA1

Introducción

Síntesis

¿QUÉ ES EL MOVIMIENTO?

1978

GÉNESIS PERSONAL DE LA CULTURA: LA VERIFICACIÓN COMO
INICIO

Asamblea

Síntesis

EL DESEO DEL CAMBIO

Asamblea 1
Asamblea 2
Síntesis
¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO?
Asamblea 1
Asamblea 2
Asamblea 3
Asamblea 4

GLOSARIO

ÍNDICES

ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TEMÁTICO

PRÓLOGO

UN CORAZÓN QUE SE ESTREMECE EN NUESTRO CORAZÓN

Parecería normal que a los hombres les apremiara por encima de todo la vida, y con ella el «yo» y su plenitud humana. Sin embargo, todos sabemos hasta qué punto no es así. Por ello, cuando esto sucede, es algo excepcional.

Éste es el valor precioso de la publicación de los Equipos del CLU, que reúne de forma sistemática las intervenciones y las conversaciones de don Giussani con los responsables de los estudiantes universitarios de Comunión y Liberación, desde mediados de los años setenta. Al leer estas páginas somos invitados a entrar en un diálogo dramático, sin reservas, cuyo tema no es otro que la vida. Se hace patente desde la primera página: «El problema no es la comunidad, sino que soy ‘yo’». Lo que se está cuestionando es la vocación de mi vida» (p. 16), esto es, la vida como vocación.

Mi vida está abocada al parangón universal con todo lo que encuentro a lo largo de mi existencia. Para esta aventura apasionante que es vivir, el Misterio nos dota de un instrumento, de un criterio para juzgarlo todo: nuestra humanidad, «este haz de exigencias y de necesidades que somos» (p. 132). En determinados momentos, dicha humanidad «puede resultar confusa, como cuando hay niebla; puede estar repleta de conflictos, (o) puede ser límpida, clara y serena», pero «esta ‘humanidad’ —lo que estamos llamando así— es irreductible», porque nos es dada (p. 133).

Es un espectáculo apasionante poder ver a una persona como don Giussani usar convencida este instrumento. Descubrimos así cuál es el alcance, el valor de este criterio para el camino de la vida. Fijémonos en el tipo de desafío que nos lanza don Giussani: «Es necesario que nuestra humanidad se enfrente a la realidad y, día a día, momento a momento, afronte la circunstancia concreta que le depara la vida. Al abordar la circunstancia, se establece un camino, damos pasos, y nuestra personalidad asume un rostro, un corazón» (p. 133).

Es justamente este criterio el que nos hace percibir a Cristo como excepcional, como el

único capaz de corresponder de manera exhaustiva a nuestra humanidad con todas sus exigencias. Este reconocimiento está en el origen de la comunidad. «La gente no se une por unas iniciativas; lo que une es el acento verdadero de una presencia, que procede de la Realidad que habita entre nosotros y que llevamos en nosotros: Cristo y su misterio, que se hacen visibles en nuestra unidad». La comunidad está al servicio del yo: «La comunidad es el lugar donde realmente se construye nuestra persona, es el lugar donde madura nuestra fe». En efecto, «la comunidad tiene como fin generar adultos en la fe» (p. 62).

El método para la maduración de un «yo» adulto, protagonista de la historia, es el seguimiento. «Seguir significa identificarse con personas que viven la fe con mayor madurez, significa implicarse en una experiencia viva, que nos ‘transmite’ (tradit, tradición) su dinamismo y su gusto. Y esto no sucede como fruto de un razonamiento o resultado de una lógica, sino casi por presión osmótica: es un corazón nuevo que cobra vida en el nuestro, es el corazón de otro que empieza a latir en nuestra vida» (p. 63).

Convivir con estas páginas, en las que vibra el corazón de don Giussani, no puede tener más objetivo que éste: que su corazón empiece a latir en nuestro corazón.

JULIÁN CARRÓN

Junio de 2006

NOTA EDITORIAL

Los textos de la presente edición han sido establecidos sobre la base de la documentación, tanto escrita como de audio, conservada en el Archivo histórico de Comunión y Liberación. Se ha mantenido la forma oral de los diálogos y de las conversaciones. Los interlocutores son introducidos por el término «intervención». El resto de los textos está referido al Autor.

Las notas históricas, que aparecen en cursiva en el texto, son obra de Onorato Grassi.

LOS ANTECEDENTES

El sábado 31 de marzo de 1973 se reunieron en el templo del baloncesto milanés, conocido como Palalido, más de cincuenta mil estudiantes universitarios para discutir un tema que hoy puede resultarnos extraño, pero que entonces era de máxima actualidad: «En las universidades por la liberación». Desde aquel día, la opinión pública se dio cuenta de que en las universidades italianas no vivían y obraban sólo los grupos de la izquierda extraparlamentaria, sino también unos grupos de católicos que se llamaban «comunidades cristianas» o grupos de «comunidad y liberación», según el título dado cuatro años antes a un manifiesto distribuido en algunas facultades milanesas. En aquellos cuatro años los grupos habían crecido y se habían difundido por distintas universidades italianas, restituyendo vida y vigor a un movimiento que hundía sus raíces en la Gioventù Studentesca (véase Glosario en la p. 346) de los años sesenta, que durante la contestación de 1968 había sufrido una grave crisis, perdiendo a muchos de sus seguidores y a casi todos sus responsables.

El Congreso pretendía avivar ese movimiento y diseñar el «proyecto» de una nueva situación en la universidad, en donde la identidad cristiana fuese reconocida por la contribución que podía ofrecer para la superación de las dificultades y de las contradicciones de todos, a través de lo que entonces se llamaba «el trabajo cultural» y «el trabajo político». Esta perspectiva se ampliaría después desde la universidad a toda la sociedad, desafiando la doble hegemonía «burguesa» y «revolucionaria», y constituyendo una alternativa a ambas en los campos de la cultura, la educación, la economía y la política.

Desde entonces, aquellos jóvenes, muchos de los cuales no tenían más de veinte años, se encontraron haciendo las cuentas con los principales problemas de la sociedad italiana dentro y fuera de la universidad. En 1974, el Ministerio de Instrucción Pública convocó elecciones de representantes estudiantiles para los órganos de gobierno de la universidad. Para algunos, se trataba del intento de los partidos de marginar a los grupos de extrema izquierda, desde el Movimento Studentesco a Lotta Continua (formación extraparlamentaria de orientación comunista revolucionaria, ndt), que reaccionaron con

dureza contra lo que consideraron una provocación. Algunos grupos de CL se presentaron con espíritu de participación democrática a las primeras elecciones en la Universidad de Macerata y, a partir de ahí, a las sucesivas convocatorias, dando lugar siempre a polémicas vehementes y oponiendo una firme resistencia contra los que veían peligrar su presunto dominio. No faltaron los heridos, causados por grupúsculos violentos de izquierda, pero también por algunos de derecha, como sucedió en Roma, cuando fueron agredidos unos estudiantes que pegaban carteles para las elecciones estudiantiles.

Luego vino la batalla del divorcio...

Y una nueva convocatoria electoral...

En todas estas circunstancias, aquellos jóvenes estudiantes trataron siempre de mantener viva su fidelidad a la identidad cristiana, que habían reconocido como verdadera para su vida, y de ponerla en juego dentro de los asuntos cotidianos, rebatiendo golpe a golpe, y rechazando la idea de mantenerse al margen, como algunos sugerían y muchos otros practicaban, a la espera de que los tiempos mejoraran para poder comprometerse con mayor facilidad.

Sin embargo, la dureza del enfrentamiento y el ambiente fuertemente ideologizado condicionaron mucho la experiencia: la propuesta se convertía fácilmente en un «discurso», la acción era en gran parte «organizativa» y el juicio tendía a buscar un análisis y a proponer un proyecto que fuese mejor que el que predominaba en ese momento.

No sólo pesaban el esfuerzo y el cansancio; crecía también la lejanía progresiva del motivo por el que se hacía todo, con gran dispendio de energías y de tiempo.

Aquellos estudiantes que, a mediados de los años setenta, se cruzaban con don Giussani en los pasillos y en las aulas de la Universidad Católica de Milán, en donde enseñaba Teología por aquel entonces, no podían disimular un cierto malestar y una pregunta implícita sobre la meta hacia la que iban, una pregunta sobre cómo vivir de otra manera para que los días que pasaban, el estudio y los deseos fuesen más verdaderos y, sobre todo, para que se volviera verdadero para uno mismo ese encuentro con el cristianismo que había marcado profundamente la vida.

De esta forma, don Giussani empezó a vincularse a los universitarios, primero a los de la Universidad Católica, más próximos a él y, respondiendo a su invitación, comenzó a asistir a algunos de sus encuentros.

Fue el origen de una historia que cambiaría a muchos de aquellos jóvenes y llegaría a ser importante para muchos de los que siguieron.

En septiembre de 1975, durante unas vacaciones del CLU (Comunión y Liberación

Universitarios, véase Glosario en la p. 346) en Campitello di Fassa, se encontraron algunos estudiantes universitarios de distintas facultades italianas para discutir acerca de la situación y del clima en las universidades, y para decidir qué hacer. En realidad, el objetivo del encuentro era bien distinto: se trataba de afrontar un malestar advertido por todos, que sin embargo no estaba bien identificado y del que no se veían posibles soluciones. Una estudiante resumió el juicio sobre la situación en una expresión que sería muy conocida, más allá incluso del ámbito de los universitarios: «El CLU es un árbol frondoso cuyas raíces se han secado».

Don Giussani participó en los trabajos de esos días, en los que se habló de los acontecimientos ocurridos en el curso anterior, del trabajo que se había hecho en la universidad, de estrategias y de proyectos, pero también de la condición personal de cada uno en todos estos temas.

En uno de estos encuentros, tal vez por primera vez, don Giussani expresó su juicio sobre el compromiso de los estudiantes de Comunión y Liberación en la universidad.

Sólo se conservan apuntes escritos de aquellas intervenciones, tomados de forma sintética.

He visto entre vosotros mucha gente de buena voluntad, pero afectada por un cansancio último que llega en algunos casos a la parálisis. Ahora bien, el cansancio no es por sí mismo un impedimento, pero agota cuando no lo sostiene la conciencia de un motivo adecuado. Si el cansancio nos paraliza, quiere decir que somos todavía inmaduros a la hora de percibir el sentido de nuestra vida y de todo lo que hacemos. Esta semana nos ha obligado a darnos cuenta de que nos falta algo: lo que falta es la cuestión de fondo.

El problema no es la comunidad, no es el CLU, sino que soy «yo». No necesito algo que cambie mis acciones, sino algo que cambie mi persona. Lo que se está cuestionando es la vocación de mi vida: que mi vida tenga una identidad consciente y estable. Y el método estable para vivir es la unidad de uno mismo y la unidad con los demás. La unidad de nosotros mismos la encontramos en la unidad con Cristo. La identidad estable y consciente radica en mi relación con Cristo. En efecto, «donde no hay templo no habrá hogares»¹. Esto quiere decir que encontrar la unidad de uno mismo coincide con la maduración de la unidad con Cristo; y la unidad con los demás es una consecuencia de esto, es pura consecuencia de esto.

Pero la unidad con Cristo está condicionada por expresión sensible de esta Presencia, es decir, por el cuerpo que la revela, esto es, por la vida de la comunidad, que nace del misterio de Cristo.

Y el método por el cual se incrementa la relación con Cristo y, con ello, la propia

identidad y la unidad con los demás, es seguir a la comunidad. Con esa autoridad moral que procede del pedirnos mutuamente perdón, debemos recordarnos unos a otros, todos los días, el Hecho que habita entre nosotros y que fundamenta nuestra unidad.

Esto tiene dos implicaciones prácticas: en primer lugar, la autoridad moral, que se concreta en la función de la autoridad; en segundo lugar, el valor de las iniciativas de la comunidad en cuanto tal, por tanto, en primer lugar, la Escuela de comunidad.

De ahí se deriva un método nuevo para afrontar la realidad, que se caracteriza por tres factores: a) se parte de una identidad consciente; b) se entra en la realidad, se interviene en ella provocando una reacción, y esto se llama juicio y praxis nueva; c) el método del juicio parte de la unidad de mi persona y, por ello, es creativo y operativo.

Es necesario, por tanto, salvar la propia pertenencia a la comunidad en todo lo que hacemos. Para el intelectual, el principal problema es la interpretación; para el sabio es, en cambio, salvar su pertenencia al pueblo.

Esta identidad nueva crea un sujeto nuevo que actúa en el mundo, no por las iniciativas que lleváis a cabo, sino por lo que sois. Sois factores de unidad si sois conscientes de lo que sois.

¹ T.S. Eliot, «Coros de 'La Piedra'», en Poesías Reunidas 1909/1962, Alianza, Madrid 1995, p. 177.

1975

PERSONA Y COMUNIÓN DE BASE¹

Los encuentros de los responsables de los universitarios tomaron desde el comienzo el nombre de Equipe, un galicismo en boga en aquel momento, dado que el uso del inglés no se había extendido todavía, y debido en parte a las estancias en París de algunos responsables del movimiento.

Como ya era habitual, en septiembre de 1975 el Equipe se celebró aprovechando la Asamblea anual de responsables universitarios que reunía a unas ochocientas personas, de las más activas y presentes en las distintas universidades italianas. Ambos encuentros se celebraron en Rímini.

Durante los dos días del Equipe se hizo un balance de la vida de las comunidades universitarias: existía una vivacidad que resultaba ciertamente novedosa, aunque en muchos aspectos todavía indefinida, y una gran expectativa.

El elemento central de la discusión fue la condición universitaria, entendida como el comienzo de la vida adulta y no como momento transitorio, de paso entre la adolescencia y la madurez.

Todos advertían la urgencia de consolidar la vida en la universidad —por aquel entonces los chicos del CLU estaban implicados a menudo en actividades sociales o educativas ajenas a la universidad— y de lograr una mayor unidad entre las comunidades que ya se habían formado en todas las universidades italianas. A partir de entonces el Equipe sería «nacional», y los encuentros entre las comunidades y el grupo central de los responsables (el así llamado «Centro del CLU», véase Glosario en la p. 346) se intensificarían.

Debido a otro compromiso, don Giussani no pudo participar en el Equipe. Se esperaba que llegase a la asamblea, que se celebraría el domingo por la mañana, para hacer una charla introductoria. El día anterior comunicó que llegaría a Rímini por la tarde y pidió que otra persona le sustituyera. La elección recayó en don Francesco Ricci, que desde

hacia años se ocupaba de los universitarios de Bolonia. La lección de don Ricci se centró en la Iglesia y el Pueblo de Dios.

Don Giussani llegó a primera hora de la tarde. Le contaron cómo se habían desarrollado el Equipe y el comienzo de la asamblea, y le invitaron a expresar su punto de vista sobre la experiencia de los universitarios.

También en este caso se conservan tan sólo los apuntes de su intervención.

«Dios os ha elegido como primicia de la salvación»². En la etapa universitaria el movimiento toma conciencia de sí mismo.

Nosotros no «participamos» en un acontecimiento, ¡somos un acontecimiento!

Participar en un acontecimiento puede ser todavía obra del hombre; ser un acontecimiento no puede ser más que obra de Dios. El que seamos «primicia de la salvación» significa que somos un acontecimiento. «Haced esto en memoria mía»³, el sacramento renueva en el presente la novedad del acontecimiento de hace dos mil años. «Principio de la sabiduría es el temor del Señor»⁴. Este temor, que es la condición para que se dé esa memoria que nos hace renacer, implica adherirse a su designio. Lo cual no significa adherirse a una consigna, sino más bien tratar de ser lo que Cristo ha hecho de nosotros.

Ahora bien, hay una premisa anterior a todo lo que podamos decir de nuestra vida en la universidad.

La actividad pública de estos últimos años fundamentalmente ha producido en nosotros un cansancio, que resulta aún más melancólico cuando consideramos la unidad y la fidelidad que han caracterizado nuestras comunidades. Señal de este cansancio es la incertidumbre que tenemos acerca de nuestro momento presente y del futuro que nos espera. De todas formas, quiero decir que en este cansancio late una urgencia: la de alcanzar una mayor madurez. Es un cansancio que repercute en nuestra presencia pública, pero en el que late un corazón que pide llegar a una posesión madura de la experiencia, aunque esto no coincida todavía con la necesidad de percibir las razones y los motivos de nuestra fe. No nos urge todavía tener una conciencia tan clara del anuncio cristiano que nos permita hacerlo nuestro. Nuestro deseo de ascesis sigue siendo en cierta medida opaco y un tanto lejano. Dicho de otro modo: lo que caracteriza el estado actual del CLU es que se desea la madurez, pero se desconoce el camino, el método para alcanzarla. No hay claridad con respecto al método. Deseamos madurar, existe una adhesión seria y a menudo generosa, pero para conseguirlo nos confiamos a las categorías de un discurso, como si éste fuese nuestra única esperanza. De manera que, confusos y faltos de un método, «carecemos de gusto» en nuestra vida personal y comunitaria. Nos acecha un peligro, el más grave que nuestras comunidades pueden

correr: el de no buscar el gusto de vivir en el valor objetivo que nos mueve, sino en las formas contingentes de expresarlo. Estas formas expresivas encuentran su fuerza en el discurso, pero falta el método, es decir, el camino para afirmar el motivo y el valor de todo lo que hacemos.

Por eso, tomar conciencia de lo que nos mueve a obrar y dar con el método resulta fundamental para sostener la vida y experimentar el ciento por uno.

En estos años recientes, en particular gracias al Equipo central, el CLU ha gozado de la propuesta de un criterio que ha impedido su desviación ideológica, pero que no ha sabido suscitar el afecto. La palabra «afecto» indica el atractivo del Ser. El rostro del hombre viene dado por su afecto. Sin afecto somos gente sin rostro. El afecto por la realidad procede del gusto de la fe, del amor a Cristo. En cambio, prevalecen en nosotros el afecto y el gusto por las actividades a las que nos dedicamos o por los compromisos que asumimos. Y de esta forma nace la pretensión, que siempre acaba en desilusión.

Tenemos el discurso justo, pero en la práctica, a la hora del compromiso, son otras las categorías que nos determinan. Es necesario salir del equívoco. No podemos vivir la comunidad cristiana como una suma de compromisos, cuando, en cambio, se trata de una experiencia personal, de una vida nueva que sólo puede afirmarse y realizarse en una amistad nueva. El problema que aqueja al CLU tiene su origen en la persona, porque lo que nos ha alcanzado es una promesa para el corazón de cada uno de nosotros. La razón adecuada de nuestro obrar, el objeto de nuestro deseo, es el misterio de la comunión. Cristo se hace presente en nuestra unidad: no en una unidad política o sociológica, sino en el mundo nuevo que comienza entre nosotros. Ahora bien, en nuestras comunidades no se vive esta comunión; en nuestras comunidades universitarias no hay una «comunión de base», no se da esa realidad social que nace cuando la persona tiene una conciencia distinta de sí mismo y, por lo tanto, del otro. Y la prueba de lo que digo es que cada uno se percibe ajeno a la existencia de los demás. Por el contrario, la comunión es un acontecimiento que arraiga en mi propia carne y que me hace mirar al otro de forma distinta. Hay tres elementos que señalan la existencia de esta comunión: a) una atención natural hacia todos; b) la tensión por compartir (llevar unos los pesos de los otros); c) la capacidad de perdón, testimonio supremo de nuestra identificación con Cristo.

Nuestra tarea en la universidad no es crear un nuevo movimiento en el ámbito político o cultural, sino vivir una humanidad realmente nueva. Sólo una comunión de base es capaz de crear el sujeto adecuado para sostener las iniciativas que hacemos. Éste es el acontecimiento nuevo: la fe. Y la fe consiste en reconocer a Cristo, que se hace presente en mí y en medio de nosotros.

Añado dos corolarios.

Primero: la comunidad gozará de una autoridad moral para nosotros sólo si la

concebimos de esta forma. La autoridad moral es el método que la naturaleza sigue para educarnos. La autoridad moral en nuestra vida es la comunión de base, cuya lógica se testimonia en la unidad del movimiento. La autoridad moral no puede estar condicionada por el personalismo, ya sea de sacerdotes como de laicos.

Segundo: la comunidad universitaria, vivida como comunión de base, tiene una tarea educativa dentro de la condición universitaria, que es el ámbito donde nos educamos y crecemos en la fe. Cuando esta educación es verdadera, nos abre a la unidad del movimiento como realidad contingente de la que formamos parte y a la que hemos de ayudar.

Pero ¿cómo llegar a esta comunión de base y, por tanto, al rango de autoridad moral?

Tenemos dos instrumentos.

El primero es el anuncio: nuestra presencia porta un anuncio de esperanza y una promesa. El problema de la salvación y de la liberación se resuelve en vivir y hacer vivir el acontecimiento de Cristo al mundo entero.

El segundo instrumento es la catequesis, entendida como ejercicio de un juicio de fe sobre la vida y sobre el mundo («El Señor viene a juzgar la tierra»⁵), y como ascesis, el trabajo para mover nuestro «yo», nuestra comunidad y el mundo entero, hacia el afecto y la adhesión a la Presencia («La palabra de Dios convierte el alma»⁶). La ascesis brota de la relación personal con Cristo y de la experiencia de que esta relación es objetiva.

De este modo, tú participas en esa Presencia y te vuelves a tu vez acontecimiento. La misión no es más que el reflejo de lo que vivimos, de un afecto nuevo que arraiga en nosotros.

Para terminar, dos observaciones.

1) Debemos cuidar el planteamiento del CLU en la condición universitaria, como catalizador de la unidad del movimiento. La universidad es el lugar donde la persona se enfrenta al mundo. Pero de momento el CLU está aislado, no se inserta plenamente en el conjunto del movimiento, que no parece comprender la función específica del CLU.

2) Debemos retomar la importancia radical de la Escuela de comunidad como instrumento esencial y permanente de la vida del CLU.

En la asamblea que hubo a continuación, algunas intervenciones subrayaron la novedad de la propuesta de don Giussani; otras trataron de compararla con lo que ya se estaba haciendo, describiendo el trabajo cultural y político de las comunidades casi con la intención de «defender» el valor positivo de lo que se había hecho hasta entonces.

En su réplica, don Giussani retomó y profundizó algunos contenidos de su intervención.

No se trata de darle la vuelta al discurso, sino de darle continuidad hasta que tomemos conciencia de lo que es nuestra presencia. Existe siempre la tentación de eludir la contradicción que vivimos. Pero sin cargar con esta cruz no hay resurrección. Y la contradicción puede eludirse creando algo distinto, junto a la vida real o al margen de ella. No podemos seguir entreteniéndonos con una imagen teórica, con palabras sin contenido: hace falta una conversión radical. El sentimiento de uno mismo debe identificarse cada vez más con el sentimiento de una Presencia. Por este motivo, retomo los dos puntos centrales: la persona y la comunión de base.

1) No estamos llamados a participar en algo, sino a ser nosotros mismos acontecimiento. Esto afecta a la persona, a la forma de concebirse. Ser un «sujeto nuevo» no depende del esfuerzo de nuestra voluntad; nos es dado, es un don. Me refiero a esa identificación con Cristo de la que habla san Pablo en Gálatas 3: «Todo consiste en Él»⁷. Pero es fundamental que yo lo reconozca. Tomar conciencia del acontecimiento de Cristo en nosotros es la condición para que se produzca un impacto verdadero con la realidad. Es necesario ahondar en la conciencia de nuestra fe. Al margen del acontecimiento de Cristo, el gusto por la vida queda fragmentado, porque la vida es vocación, llamada de lo Eterno. En cambio, todo se regenera y se expresa viviendo la memoria, es decir, tomando conciencia de su Presencia. Mi vida pertenece a Otro que actúa en la realidad. El punto de enlace entre lo que somos ahora y lo que queremos ser es el deseo. Y el deseo se expresa en pedir como un mendigo⁸. El deseo nace de la memoria, es consciente de la historia que Dios hace y está dispuesto a reconocer el milagro.

2) Tu persona no sería un acontecimiento cristiano si no reconociera en toda su hondura la unidad que hay entre nosotros, y si no la expresara. La comunión de base no es ante todo una estructura, sino un modo de percibir lo humano, una manera de estar juntos. El problema es la presencia de un sujeto comunal en la universidad. Un sujeto no sólo estudiantil, sino completo, que encarne toda la experiencia de la Iglesia y del movimiento. Nuestra presencia en la universidad debe coincidir con el anuncio de Cristo con palabras y obras. Nuestra identidad cultural es una forma nueva de poseer la realidad en Cristo. «Recapitular todo en Cristo» significa desvelar y demostrar que Cristo es el significado de todo. La relación con Cristo pasa objetivamente a través de nuestra comunión, pero dicha comunión resultaría abstracta si no pasara a través de los condicionantes históricos concretos. El carácter orgánico de la cultura no es el resultado de un proceso teórico, sino de un impacto, tenaz e inteligente, con la vida. Por este motivo, debemos comprender que la reformulación de la cultura puede venir sólo de la pertenencia a la comunidad cristiana, y que no debemos sustraernos al esfuerzo que

supone asumir esta tarea.

¿QUÉ ES LO QUE MÁS HEMOS PENSADO, DICHO Y HECHO?⁹

Desde los primeros años, las comunidades del CLU solían reunirse al comienzo del nuevo curso académico —que por aquel entonces empezaba en noviembre—, para definir las líneas y los contenidos de sus actividades. Ese gesto, que tomó el nombre de «Giornata d’inizio» (Jornada de apertura de curso), se convertiría en uno de los principales momentos de la vida de los universitarios, como ocasión de propuesta y de encuentro también con nuevos compañeros.

En octubre de 1975, don Giussani participó por primera vez en la Jornada de apertura de curso del CLU (véase Glosario en la p. 346), que se celebró en una sala de exposiciones de Novegro, en las cercanías del aeropuerto de Linate. Para muchos universitarios de las comunidades milanesas, aquél fue el primer encuentro con don Giussani. Allí expuso en una lección los contenidos desarrollados hacía poco en Rímini, y guió la asamblea, a pesar de la incomodidad debida al ruido de los aviones que pasaban por encima.

Estamos llamados a ser la memoria del mundo. El hombre lleva en la memoria su significado. El significado no es una invención, una idea, sino el sentido del camino que recorreremos. La memoria guarda el sentido del devenir de nuestro tiempo.

Es señal de gran madurez tener presente el valor de la propia persona, guardarlo en la memoria. Más aún, sólo en la memoria tenemos verdaderamente presente nuestra persona. La memoria es esa mirada cordial a nuestro arraigo en el pasado, de donde procede lo que somos y la energía para el futuro.

La percepción de uno mismo que nace de la memoria es algo grande, y yo quería empezar reclamándonos a una autoconciencia verdadera, para que nuestra vida no carezca de sentido, no tenga un sentido negativo.

Antes, mientras veía pasar un avión, me vino a la cabeza lo que siempre pienso cuando viajo por el mundo: «¿Cuántas de estas personas son conscientes de su destino?». La mayoría de la gente vive en una ignorancia profunda, lo cual motiva la gran compasión

que debemos tener hacia ellos.

Este mundo sumido en la ignorancia se caracteriza por una inmensa irresponsabilidad. Por eso decía san Pablo en el Areópago de Atenas: «Vosotros adoráis al Dios desconocido»¹⁰, y Cristo a la Samaritana: «Vosotros adoráis a uno que no conocéis»¹¹.

Pero nosotros le hemos conocido, nos hemos enterado, se nos ha concedido encontrarlo.

Puede suceder también entre nosotros que nuestra vida tenga cierta negatividad: este carácter negativo se manifiesta en que, habiendo recibido un talento, lo hemos escondido o lo hemos perdido.

Negativo es todo aquello que no se convierte en instrumento de un amor. No voy a analizar ahora esta afirmación o a meditar sobre ella, ya que, por otro lado, resulta obvia, aunque un tanto confusa ante nuestra mirada y nuestra conciencia.

Nuestra vida es negativa si no se convierte por entero en instrumento de un amor. Pero, al hablar de la vida, debemos quitar el artículo indeterminado y decir que la vida es negativa si no se convierte en instrumento del amor.

«Tú nos amaste, Señor, desde lo hondo del tiempo»¹².

El problema más grave del amor no concierne al corazón, al sentimiento, sino al juicio, porque el juicio es la raíz del corazón. Los antiguos escolásticos decían al respecto que nihil volitum quin praecognitum, nada se desea que no se haya conocido antes.

Se llama «juicio» a ese fenómeno por el que el hombre conoce humanamente las cosas. El juicio es lo que establece el objeto hacia el que se dirigen sus pasos, la meta de su camino. El juicio de valor es la clave de la vida.

El problema de la vida cristiana, en efecto, es la fe. Y la fe es un juicio de valor, porque abre paso al camino cristiano, a la posibilidad de una vida nueva.

Entonces, el problema de que la vida sea positiva o negativa descansa por entero en la claridad y la cordialidad acerca de este juicio de valor en el que se apoya todo nuestro desarrollo, florecimiento y búsqueda personal.

El amor es esa energía constructiva y fecunda que, por muy limitados que seamos, se libera de forma coherente como consecuencia de un juicio de valor, al reconocer lo que «merece la pena». Nuestra vida debe apoyarse en algo que «merece la pena» por encima de todo.

¿Cuál es el contenido de ese juicio de valor que soporta el peso de la vida entera y constituye su razón última?

Todos entendemos perfectamente que la palabra «Dios» —no importa la imagen que tengamos de él— indica por una parte esa realidad que nos precede y precede a cualquier otra realidad, indica el abismo del Ser de donde vienen las cosas, pero por otra parte, en

la práctica, en lo concreto, tiende a coincidir con el perímetro de nuestros pensamientos, con el color de nuestras imágenes.

Para nosotros la palabra «Dios» indica algo tan grande en sí mismo como confuso y genérico.

«Nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»¹³. «A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer»¹⁴, escribe san Juan en el primer capítulo de su Evangelio.

«Tú nos amaste, Señor, desde lo hondo del tiempo»: en el tiempo, a lo largo del tiempo, por tanto dentro de la historia y de nuestra existencia. «Tú nos amaste, Señor, en todo momento»¹⁵: Dios nos ha alcanzado mediante un encuentro, mediante una presencia a la que Él mismo ha dado el nombre de compañía, implicándose con nosotros de una manera concreta, real, física, que implica tiempo y espacio, y a la que Él mismo dio el nombre de «alianza», empleando un término del lenguaje de los nómadas de entonces. Nueva y Eterna Alianza. Alianza definitiva.

Lo que es irreversible define el rostro y, por tanto, mi persona, mi naturaleza y personalidad. La relación con esta presencia irreversible define, por tanto, mi rostro. Por eso, cuando Felipe le pregunta apasionadamente: «Muéstranos al Padre», Cristo le responde: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto al Padre»¹⁶.

Cristo es el valor de la existencia y de la historia. Dios hecho hombre. «Sin Él no se hizo nada de cuanto existe»¹⁷. Él, el Verbo, aquel por el que existen todas las cosas, se hizo carne y plantó su tienda entre los hombres, tiene su morada entre nosotros. Por ello, todo encuentra en Él su consistencia.

¿Cómo podemos empezar un nuevo curso y, por tanto, un tramo de camino, un tiempo de lucha, de tensión y de gusto, sin que todo nuestro ser se fije en esa Presencia que define nuestro yo, que define nuestro rostro, el rostro nuevo y eterno de cada uno de nosotros?

Pero si Él es el rostro nuevo y eterno de cada uno de nosotros, entonces todos juntos formamos un solo cuerpo.

Entonces, en la existencia contingente, en la historia, en la vida cotidiana concreta y en la convivencia con nuestros hermanos los hombres, el juicio de valor que culmina en amor, eliminando así lo negativo en nuestra vida, el juicio de valor que ilumina nuestro rostro y mueve el tiempo y el afecto, es que en todo lo que hacemos, lo que «merece la pena» es nuestra unidad con ese hombre, Jesucristo, es nuestra unidad en nombre de

Aquel que lo es todo y que cada uno de nosotros ha conocido.

Si «hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados»¹⁸ e incluso la flor del campo es objeto de una atención infinita, no existe entonces nada de nuestra persona ni detalle de nuestra vida, por pequeño que sea, cuyo significado pueda sustraerse a esa relación constitutiva.

Por ello, utilizamos con veneración el término tan familiar de comunión, un término del que, a diferencia de otros, no se puede abusar, porque la experiencia humana no tiene la capacidad de imaginar esta realidad y, por tanto, de hallar la palabra que la designa.

Por otra parte, ¿hay algo que tenga un espesor humano, un atractivo intelectual, algo que despierte una exuberancia y un ímpetu del corazón que nos permita mirar de frente la realidad —el tiempo que pasa, la vida y la muerte, como vimos ayer en el funeral de nuestra Luisella— con un sosiego mayor, que el hecho de que somos una sola cosa?

Comunión: ante este hecho, repentina y justamente, emerge toda la conciencia de nuestra desproporción, la lejanía abismal que existe entre esta presencia real del amor y lo que yo soy, lo que tú eres, como reconocimiento y como generosidad, como inteligencia y como conciencia activa, operativa, ética y moral.

Entonces, debe aparecer con claridad meridiana que sólo una cosa es buena en la vida: el estudio y el ocio, el afecto furtivo que nace en el corazón y la fidelidad tenaz del hombre a la mujer, el sacrificio en vista de lo que se persigue para uno mismo y para todos los hombres, todo sirve para la conversión, para un constante proceso de conversión, en mí y en ti, a esta realidad que es nuestra unidad. Sólo esto hace de tus horas, del día de hoy y de mañana, algo bueno. Todo lo demás es tan ilusorio, que adherirse a ello acaba siendo una mentira.

Cualquier otra actitud fragmenta tu vida, vacía tu actividad, niega el amor, acaba siendo negativo.

Y no es difícil llegar a comprender que toda la vida implica una conversión. Vivir es convertirse. Y la conversión llega a ser indomable, irresistible; se vuelve una iniciativa continua para responder a la mentira que nos embiste como una enfermedad, para redimir la caída mil veces al día, para superar el cansancio todos los días.

Una de las expresiones más bellas que utilizamos es asamblea permanente (véase Glosario en la p. 345). La palabra Iglesia deriva de la palabra griega que quiere decir justamente asamblea; pero la dimensión eclesial implica la vida entera y, por tanto, hace de esta asamblea algo permanente, por su propia naturaleza.

Sin embargo, hacemos un mal uso de esta palabra, que ha perdido el vigor de su significado cristiano; la reducción imaginativa y mental de las palabras que utilizamos es un defecto tremendo entre nosotros, porque como decían los sabios escolásticos: *Ab assuetis non fit passio*, no existe gusto apasionado por las cosas habituales. Pero, también

en este aspecto, la fe genera uno de sus milagros más grandes desbaratando esta humana sabiduría.

Nosotros identificamos la asamblea permanente con el séquito de reuniones de la Escuela de comunidad (véase Glosario en la p. 346). Sin embargo, la expresión «asamblea permanente» tiene una profundidad ontológica: mi vida y tu vida están unidas permanentemente, son una sola cosa de forma permanente. Nuestra unidad, cuerpo misterioso de Cristo en la historia, es el sujeto verdadero y adecuado que lleva a la historia hacia su meta, hacia su destino.

Vivir la propia vida, pensar en uno mismo, concebir el propio trabajo dentro de esta asamblea permanente que es nuestra unidad, que es nuestra comunión (es lo que las ideologías intuyen en su breve comienzo y enseguida pierden por los meandros de sus análisis y los bajos fondos de sus razonamientos), esto es Comunión y Liberación, y nada más. Todo lo demás es sólo un corolario.

Éste es el acontecimiento cristiano: que tal asamblea permanente suceda en mi vida y, por tanto, ante los ojos de todos. Ésta es la fórmula de la conversión, porque la memoria de tal unidad, la imagen de esa comunión, se convierte en el lugar donde se educan mis pensamientos, mis acciones y mis decisiones.

Asamblea permanente indica, por tanto, una relación existencial entre tú y yo, y significa que cualquier imagen mía del futuro, cualquier sentimiento que tenga del presente o cualquier valoración del pasado son verdaderas en la medida en que tienen su fundamento en la conciencia de mi relación con vosotros, porque no puedo prescindir de ella, porque es hueso de mis huesos, carne de mi carne: «Somos miembros unos de otros»¹⁹.

De esta manera se entiende que lo primero y lo más importante de la vida de esta asamblea permanente sea la meditación cotidiana, el uso cotidiano que hago de la Escuela de comunidad, que expresa las categorías de este ser nuevo que ha entrado en el mundo con Cristo resucitado, y que se manifiesta al mundo como unidad entre los hombres. La unidad, que resulta imposible para los hombres, es posible en cambio entre nosotros, porque ya es una realidad lo que san Pablo escribe en su carta a los Gálatas: «Cuantos habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»²⁰.

Gracias a este acontecimiento el mundo existe como historia. Y este acontecimiento, en el ámbito en que nos toca vivir, es nuestra unidad.

La Escuela de comunidad debe llegar a ser la palabra que nos alimenta, mediante la cual juzgamos cotidianamente nuestra vida.

Y la reunión —asamblea en el sentido de reunión de personas—, al igual que la comunidad entera a la que pertenecemos y a la que hacemos referencia, constituye el lugar autorizado para la educación, el desarrollo y la fecundidad de mi vida.

Ya no puedo reconocer mi rostro más que en esta unidad, haciendo referencia, siguiendo la indicación viva, las palabras explicativas, las decisiones y la manera de obrar de esta realidad.

Es obvio que todo esto sólo puede y debe hacerse real allí donde vivimos a diario. La grandeza de este misterio, el peso de esta responsabilidad histórica y el incremento concreto de nuestra persona encuentran su ámbito auténtico, aunque contingente y pasajero, en la comunidad universitaria.

Con esta observación capital quisiera hacer un llamamiento a vuestro corazón y al mío, para que asuma un punto de vista exacto, para que se centre en lo esencial. Todo lo que nace al margen de la comunión con Cristo es ilusorio: en lugar de amor es instintividad; en lugar de ser una expresión sincera de uno mismo, de la propia verdad y del rostro inconfundible de cada uno, se convierte en la máscara de un poder que, mediante las iniciativas y las relaciones comunitarias, trata de instrumentalizar al otro. Porque la instintividad, al margen de un juicio de valor, no es humana; es una violencia que se ejerce contra la unidad de la persona, es división y, por tanto, instrumentalización. Si no lo tenemos claro no podemos amar de verdad, y la vida se vuelve pura reacción.

Pero, antes de terminar, quiero que reconozcamos un hecho del que cada uno es responsable en primera persona: debemos crear nosotros la comunidad. En un sentido bien preciso: lo que crea la comunión es mi conversión, es mi reconocimiento de la presencia de Cristo entre nosotros, sin pretender que se den condiciones particulares para decidirme a hacerlo. «La justicia viene por la fe»²¹. La fe que yo vivo crea la unidad entre nosotros, no en un sentido ontológico, sino en el sentido de que la hace explícita.

Éste es el camino de la vida, para esto me ha aferrado Cristo, como dice san Pablo en la carta a los Filipenses: «No que ya sea perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús»²².

Cuando tú vives la conversión, cuando vives la fe, eres fuente de comunión y, por tanto, origen de la comunidad. Y la fe es el reconocimiento de tu presencia, oh Cristo.

Éste es el hombre cristiano que llega a ser adulto. Y el abrazo mediante el cual Cristo toma lentamente posesión del universo, del tiempo y del espacio, debe poderse ver objetivamente entre nosotros.

Cuando empezó nuestra presencia comunitaria en la universidad, hubo un momento —o varios momentos— en el que nos animaba el anhelo, el deseo y la pasión por vivir algo nuevo, por crear una realidad nueva. Ahora vivimos la universidad habiendo perdido el

gusto por una vida nueva. El acontecimiento realmente nuevo, que da gusto a la vida, es la unidad entre nosotros; no una unidad nominalista, abstracta o puramente intencional, sino una unidad que llegue a coincidir con nuestra propia vida; empezando por una atención distinta, personal, hacia los hombres —ya nadie nos resulta ajeno—, y tratando de compartir todas las necesidades, ya sean materiales o espirituales, desde el dinero o cualquier otro problema, hasta llegar al perdón, sin que me importe obtener algo a cambio, que el otro me comprenda o me reconozca.

Esto hará que los demás reconozcan a Cristo: «Te pido, Padre, que sean uno»²³ a la hora de afrontar todos sus problemas, su tiempo, sus días. Nuestras iniciativas políticas, culturales, sociales o «las unidades de trabajo»²⁴ no son el acontecimiento nuevo. Tampoco lo son nuestros seminarios, grupos de estudio, cursos o revisiones culturales, porque eso lo hacen también los paganos. El acontecimiento nuevo es la unidad que se da entre nosotros, ideal imposible para el hombre, que Dios ha convertido en un hecho, que estamos llamados a manifestar personalmente y en nuestra convivencia.

Decía en la Jornada de apertura de curso de los adultos: lo que hace falta no es «participar en un acontecimiento», sino «ser un acontecimiento»²⁵, porque el acontecimiento que es nuestra unidad tiene su origen en ese acontecimiento personal que se llama, en su dialéctica todo lo dura que queráis pero tenaz, «conversión». La conversión de mi persona a esta unidad con vosotros coincide con una mayor verdad de mí mismo, con mi rostro verdadero y mi grandeza humana.

Que la gente a nuestro alrededor, en nuestras facultades, en los cursos, no vea sólo, como lo ve ahora, nuestra pertenencia a Comunión y Liberación, es decir, una serie de iniciativas, de actos, de instrumentos a usar, sino que se dé cuenta del acontecimiento de Comunión y Liberación en mí y entre nosotros, que se dé cuenta de este cambio que se ha producido en mí, que perciba esta unidad que podrán tal vez atacar con rabia, pero de la que en última instancia sienten nostalgia: una roca contra la que no prevalecerá el poder de los infiernos, como Cristo dijo a Pedro²⁶.

Este discurso puede parecer poco concreto, porque en efecto sólo una imaginación madura es capaz de evitar la impresión de que se trata de algo abstracto. Para no quedar en lo abstracto deberá concretarse cada mañana a la hora de planear el día, y cada noche a la hora de juzgar lo que hemos vivido durante el día que ha pasado. Deberá concretarse en la atención recíproca cuando os veáis cada día en clase, o cuando no pudiendo veros, porque tenéis que estudiar en casa, penséis unos en otros, y sintáis al otro como una sola cosa con vosotros. Porque la comunidad no coincide con las reuniones y las iniciativas, sino con el conjunto de categorías con las que me concibo a mí mismo.

Amigos míos, en esto tenemos que insistir este año. Si no es así, Comunión y

Liberación se convertirá en un partido político y nada más, se convertirá en una asociación, plagada de iniciativas, pero tan agotadora que resultará difícil amarla más allá de unos cuantos meses.

En cambio, si vivimos por un amor; si el reconocimiento de que Dios está presente entre nosotros y en nosotros es amor; si reconocer esta unidad misteriosa es un acto de amor a Aquel en quien consiste toda nuestra vida; si es amor, es decir, si tendemos a vivir el contenido supremo del juicio de valor sobre nuestra vida, entonces no hay trabajo que pueda agotarnos. Cansará, pero no agotará. Habrá que dormir más, pero al corazón no le faltará nada y con el tiempo se acrecentará en nosotros el gusto por la vida.

* * *

Seré más breve con el resto de las observaciones que quería hacer esta mañana, pero tendremos que desarrollarlas a lo largo del curso.

¿Sabéis de dónde nace una cultura? Una cultura sólo puede nacer del gusto de vivir.

Este gusto es el reflejo cognoscitivo y afectivo que proviene de una determinada concepción de la existencia, de un determinado juicio de valor sobre la vida, de un juicio vivido.

La cultura no es otra cosa que el desarrollo crítico y sistemático de este gusto de vivir.

Comunión y Liberación dará lugar a una cultura, a una cultura cristiana, a una cultura nueva —y por tanto no se alienará en la cultura dominante— sólo en la medida en que nuestra experiencia de la vida nazca de lo que hemos dicho antes.

No es ante todo un problema de erudición; no se trata de ofrecer nuevos contenidos o de crear imágenes distintas; es cuestión de conciencia. La conciencia es como el abrazo que un niño de ojos despiertos da a las cosas, una conciencia clara y llena de sonrisa, con un toque de humor y de ironía. Una conciencia como la de un padre que mira con una sonrisa a su hijo, a su niño, al que ha engendrado. Una conciencia llena de gusto por la experiencia que se vive, por lo que uno es y por lo que hace, por las relaciones que se crean y la historia que se construye.

La cultura es esta conciencia que nace de un amor, tan cargada de afecto que da gusto y tiene un toque de humor, una conciencia que se expresa de manera crítica y sistemática. «Sistemática» se refiere al afecto, y «crítica» hace referencia a las palabras «humor» e «ironía» que he utilizado.

Nosotros no podemos dejar de ser una criatura nueva, ni renunciar a tener un rostro distinto, un rostro capaz de alegría; aun bajo la máscara del dolor, nuestro rostro no puede apartar la posibilidad de la alegría. Por eso resulta horrible, por ejemplo, cómo eligen algunos la facultad a la que apuntarse: la eligen prescindiendo de sus inclinaciones, por motivos teóricos abstractos. Ciertamente, la sociedad de hoy necesita,

pongamos por caso, profesores, aunque nosotros los cristianos hayamos perdido esta batalla; haciendo un sacrificio, uno puede elegir una facultad que luego le permita enseñar. Pero si uno tiene una inclinación real por otra cosa, no puede sacrificarla.

El síntoma de que Cristo está entre nosotros es que nuestra humanidad florece. Y esto tiene un coste. Hablo de un florecimiento concreto, realista, respetando todos los factores de nuestra existencia que es «a la vez natural y gozosa, pero más allá de la naturaleza, triste y dolorosa»²⁷, como dice Thomas Mann en la primera parte de José y sus hermanos.

Allí donde la cultura coincide con hacer cosas nuevas o crear imágenes distintas, coincide con la imagen de un cambio, de un futuro distinto, de cursos distintos, de profesores distintos, de una situación política distinta —mientras que todo eso no es más que un corolario, un resultado posible, si Dios quiere—, allí donde la cultura consiste esencialmente en esto (como es el caso de los extraparlamentarios), se desvela por desgracia, mucho o poco, el corazón secreto de toda ideología. La ideología consiste justamente en poner nuestra esperanza en algo que ha de llegar, en algo que el hombre construye. Se trata de una incoherencia suprema, porque, si mis manos son impotentes, ¿cómo puedo construirme yo unas manos potentes? Si soy frágil e incapaz hoy, ¿cómo lograré mañana no serlo sólo con mis fuerzas? Debe intervenir algo distinto: es el concepto de revelación, la iniciativa de Dios, que nos ha amado desde lo hondo del tiempo y que actúa a favor del tiempo presente. La ideología siempre huye del presente. Todas las ideologías, en cierta medida, eliminan en primer lugar el pasado, y en segundo lugar violentan el presente. Éste es el signo más claro de su mentira, aquí se hace patente su carácter negativo. ¿Cuál es el significado del pasado para la ideología actual? Algo negativo. ¿Cuál es el significado del presente? Algo negativo. Pero si el pasado puede ser olvidado, el presente está presente, y entonces hay que destruirlo, en lugar de construir.

Por el contrario, la verdad mira al pasado y extrae de él una contribución para construir; interpreta el pasado, es una verdadera anamnesis: la verdad devuelve vida al pasado en la figura que está naciendo, que está pariendo. El presente es el dolor del parto. Entonces todo, incluso nuestro mal, nuestro pecado, se convierte en punto de partida para una sabiduría nueva, para una profundidad mayor, para una claridad que reconozca el único juicio de valor verdadero: que Cristo, es decir, Dios hecho hombre, es todo.

La actividad cultural se renueva, por tanto, en la medida en que tomamos conciencia de su origen. Los cursos y las revisiones culturales, los seminarios y los grupos de estudio, las unidades de trabajo y las iniciativas sociales y políticas, todo puede convertirse en una ocasión para ofrecer a la sociedad esa experiencia de relaciones

distintas que vivimos de modo no teórico, nominalista, intencionado o esquemático.

¿Cómo puede todavía darse cierta extrañeza entre nosotros?

Si la palabra «cultura» señala la primera gran dimensión de la expresividad humana, la otra, que se concreta a la luz de la cultura y mediante la cual el mundo empieza a cambiar, es lo que llamamos la caritativa (véase Glosario en la p. 345). Pero esta dimensión de la vida social no tiene como primer objeto a los ancianos de la Baggina (un asilo de ancianos muy conocido en Milán, ndt), a los discapacitados de tal zona, los pobres de tal barrio, los marginados o analfabetos.

Ésta no es su primera finalidad, porque todo ello es una consecuencia de algo previo. Si no vivimos la caridad entre nosotros, lo otro se convierte en un esquema violento que de alguna manera nos enorgullece o nos deja la conciencia tranquila; y, si no lo hace, nos frustra, pero no nos regenera.

La primera expresión de esta dimensión social, si nos referimos al sentido ontológico del término, se da entre nosotros.

Pero ¿cómo queréis ir a cuidar a los minusválidos si en vuestra clase de la universidad no caéis en la cuenta de vuestro prójimo, o del hermano que es una sola cosa con vosotros? No estáis aún completos como sujeto, estáis fragmentados; ¿adónde queréis ir?

Es necesario reconocer la propia unidad. Cuando esto sucede en los aspectos cotidianos, banales y materiales de la vida normal, ¡qué aguda se vuelve nuestra percepción del otro, qué verdadero, tenaz y realista se vuelve el afecto! Cuando se produce este reconocimiento, ¡ya no somos presa de nuestra instintividad, y el saludo se convierte verdaderamente en la prolongación del abrazo de paz de la asamblea litúrgica!

No puede ser que uno de nosotros llegue a pasar días y días sufriendo en la tristeza sin que a nadie le importe, o tenga una necesidad sin que nadie se dé cuenta de ello.

Aquí es donde algo debe «romperse» dentro de nosotros, debe cambiar, no en las revoluciones auspiciadas por los políticos, que son la mayor mentira construida sobre una necesidad real. Es necesario que algo se rompa dentro de nosotros —contrición— para que todo nuestro ser se cimente en la unidad. En esto consiste el cambio, el destino de nuestra vida, éstas son la ética y la moralidad nuevas.

De esto brota la posibilidad de que la realidad humana adquiera un rostro nuevo. Una humanidad nueva empieza así, la humanidad nueva que nace de la Iglesia, la misma humanidad de la Iglesia empieza así, en la relación entre el hombre y la mujer en casa.

No seríamos amigos si no nos reclamáramos a esto. Cualquier dimensión caritativa y social debe brotar de la relación entre nosotros.

De ahí viene esa preocupación por los más necesitados que tienden a olvidar incluso las concepciones más humanitarias, porque, al ser todas las ideologías necesariamente

esquemáticas, terminan olvidando la persona, la individualidad y, por consiguiente, el verdadero rostro del hombre.

Y por último, el síntoma más amargo, el signo más amargo de nuestra vida de comunidad en estos años.

No es una acusación, es una advertencia. Además, lo que señalo es comprensible en cuanto la lucha que hemos tenido que afrontar en estos años ha sido dura, incesante y pesada, y nos ha arrebatado la posesión de lo que somos, la lucha ha centrifugado la conciencia de lo que somos. Por este motivo, todo lo que hemos dicho esta mañana debe convertirse en objeto de meditación constante, pues de otro modo no lograremos ni siquiera sostener la lucha, porque nos cansaremos y extraviaremos el corazón de nuestra vida, que es lo que da gusto. Sólo si deriva de esta conciencia el trabajo, en lugar de agotarnos, incrementará el gusto. Y no basta con que esta conciencia esté en el punto de partida, para luego prescindir de ella a lo largo del camino.

El síntoma amargo, explicable por toda la actividad que nos ha centrifugado —cuando la casa arde hay que trabajar sin descanso para apagar el incendio; vivimos en un tiempo que no es tiempo de paz—, es la omisión de la tercera gran dimensión de la personalidad humana que es la pasión por comunicar. Fijaos que la comunicación es consecuencia de las dos primeras dimensiones: una conciencia crítica y sistemática de la propia vida y una humanidad nueva. Pero estas dos dimensiones no pueden subsistir si falta la tercera, es decir, la pasión por comunicar a los demás ese principio de vida, esa realidad de vida, esa unidad entre nosotros, ese acontecimiento que nos ha liberado.

Vuestras comunidades están marcadas por una gravísima deficiencia de esta capacidad de misión.

El incremento de nuestras comunidades se debe más a un reflujo asociativo de GS (Gioventù Studentesca) que a la implicación personal con vuestros compañeros. Si no proponéis vuestra amistad, si no proponéis a través de vuestra amistad lo que os hace libres, quiere decir ante todo que no os importa demasiado, y luego que no sois amigos de nadie, porque es propio de la amistad dar al otro lo que nos hace libres.

Ni uno sólo de vuestros compañeros de clase, de facultad o de universidad, debería verse privado de esa mirada que, a través de la amistad, demuestra un rostro distinto; a nadie se le debería negar la posibilidad de ver una humanidad distinta, de escuchar el anuncio que llevamos.

La misión no se resuelve con hacer iniciativas, como si se tratase de convocar a gente para soltar un discurso. Los mismos manifiestos deben ser la ocasión de establecer una relación, no una mercancía que se suelta por ahí.

Lo que decía Cristo: «El que me sigue tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí»²⁸

se puede experimentar realmente en una humanidad cien veces más verdadera.

La señal de que vamos por buen camino es justamente si nuestra humanidad florece; la señal de que la comunidad está bien centrada es que nuestra humanidad se siente acogida.

Las dos observaciones van juntas: si tú vives bien la comunidad y la generas tú, te sentirías dentro de la comunidad aunque los demás no te valoren, porque nuestra humanidad se demuestra en usar la vida como instrumento del Amor.

¹ Asamblea de responsables del CLU, octubre 1975, Rímini.

² 2 Ts 2,13.

³ Lc 22,19.

⁴ Sal 110,10.

⁵ Cf. Sal 96,13; 98,9.

⁶ Cf. Sal 19,9; 130,5.

⁷ Cf. Ga 3,28.

⁸ Cf. Lc 11,1-13.

⁹ Jornada de apertura de curso del CLU, 30 de octubre de 1975, Novegro (Milán).

¹⁰ Cf. Hch 17,23.

¹¹ Jn 4,22.

¹² S. Pianori, «Dal profondo», en Cancionero, Comunión y Liberación 2004, p. 369.

¹³ Cf. Mt 11,27.

¹⁴ Jn 1,18.

¹⁵ Ver aquí nota 4, p. 31.

¹⁶ Cf. Jn 14,8-9.

¹⁷ Cf. Jn 1,3.

¹⁸ Lc 12,7.

¹⁹ Ef 4,25.

²⁰ Ga 3,27-28.

²¹ Cf. Rm 1,17; Ga 3,11; Hb 10,38.

²² Cf. Flp 3,12.

²³ Cf. Jn 17,11.

²⁴ Se daba este nombre a las iniciativas de revisión cultural llevadas a cabo en grupos de estudiantes y profesores.

²⁵ Se refiere a la Jornada de apertura de curso de los adultos de Comunión y Liberación, celebrada en Milán el 14 de septiembre de 1975, pro manuscrito.

²⁶ Cf. Mt 16,18.

²⁷ Cf. T. Mann, José y sus hermanos, vol. I. Ediciones B, Barcelona 2000, p. 15.

²⁸ Cf. Mt 19,29; Mc 10,29-30.

1976

EN LA FE, HOMBRE Y PUEBLO¹

Después del encuentro de Rímini se celebraron dos Equipos más, uno en Florencia, en febrero de 1976, y otro de nuevo en Rímini, en el mes de mayo. La propuesta de la «comunidad de base» había dejado huella en los universitarios, y de ella se había hablado en ambos encuentros; pero se trataba de comprender qué quería decir, para cada uno y para la comunidad. No bastaba interrogarse acerca de las dimensiones constitutivas de la experiencia cristiana y de ciertas palabras ligadas a ella (educación, gratuidad, responsabilidad). Además, se advertía la urgencia de revisar la «presencia» en la universidad y la fisonomía de la comunidad, para frenar esa «fuga de la universidad» hacia ámbitos externos que se estaba convirtiendo en un fenómeno bastante difundido. No obstante, la atención acababa casi siempre fijándose en las consecuencias organizativas y culturales, además de «políticas» (se habían celebrado en enero las elecciones de representantes estudiantiles para los órganos académicos), lo cual ponía de manifiesto lo difícil que resultaba cambiar el modo habitual de concebir y de vivir la vida en la universidad.

Don Giussani no participó en el Equipo de Florencia. Sí lo hizo en cambio en el de Rímini, asistiendo a los trabajos de la tarde —dedicados al compromiso cultural y político en la universidad— sentado discretamente al fondo del salón. Después de una pausa, antes de las conclusiones, pidió la palabra para expresar su reacción a lo que había escuchado.

Sería interesante que cada uno de vosotros respondiese a esta pregunta, de la que depende, bajo mi punto de vista, cualquier problema: «¿Qué es la fe?».

En mi opinión, falta claridad en la respuesta. Pero, si no está clara la respuesta, ¿cómo puede llegar a ser creativo el método, es decir, el camino, la vida? Sólo un sujeto maduro y autoconsciente puede ser creativo.

Ahora bien, ¿qué otro papel tiene CL en la vida de la Iglesia y de la sociedad italiana

actual, sino el de reclamar a la fe? Ya no hay nadie que se centre en los contenidos de la fe, y por eso todos se agitan sin hallar su fisonomía propia, su propio rostro, su identidad. Si falta claridad en este aspecto, lo que debería estar en función de una autoconciencia y ser instrumento de ella, tiende a suplir lo que no se tiene.

Ahora bien, ¿qué es la fe? Comprenderemos qué es la fe si nos ponemos en el lugar de Andrés y de Juan, los dos primeros que le siguieron: «Maestro, ¿dónde vives?»². Delante de aquel hombre, ¿qué era la fe? Era reconocer la presencia divina. Ellos no se atrevían siquiera a pensarlo, no tenían claridad, sin embargo reconocían en aquel hombre una presencia que liberaba, que salvaba.

La fe, que define nuestra identidad y hace de nosotros sujetos activos y, por lo tanto, creativos, coincide con caer en la cuenta de la presencia que existe entre nosotros, que tiene la forma de nuestra unidad, de nuestro ser pueblo. Mi identidad personal adecuada es la comunión, esa unidad que hace de nosotros un pueblo. Si fuese éste el contenido de nuestra conciencia, se resolverían en un momento las graves dificultades que se producen entre la consideración del propio sujeto concebido individualmente y la vida de la comunidad, dificultades en las que —en mi opinión— gastamos un sinfín de energías. La verdadera relación con personas adultas —es decir, con quien ejerce una autoridad en la vida del CLU— coincide con seguir una historia, tal y como es guiada. Cualquier otra relación corre el riesgo de decaer en un personalismo tendencialmente intimista (que sólo se salva en la medida en que el adulto es una persona madura, objetivamente; pero esto se da sólo en casos excepcionales).

Es algo objetivo lo que nos salva y nos lleva a ser adultos. La fe reconoce la presencia que libera la vida, que la salva. Experimentarlo es como una bocanada de aire fresco, y confiere una certeza gozosa que nosotros todavía no tenemos. Lo que vence al mundo es la fe, y nosotros carecemos de ella. Es tu fe la que reconoce esa presencia que te redime y te libera a ti y al mundo. Hace dos mil años, esta presencia tenía el rostro de aquel Hombre, y ahora tiene el rostro de nuestra unidad, del pueblo que es su Cuerpo. Nuestra identidad personal adecuada, verdadera, es este Cuerpo, es la unidad que es Su cuerpo.

Es como si nosotros no hubiéramos atravesado aún el umbral del Acontecimiento cuyo nombre tomamos. El nombre «Comunión y Liberación» no indica todavía una realidad, sino una idea, revela un punto de partida ideológico que, en fases yuxtapuestas, implica una cierta moralidad y un cierto aspecto cultural. En cambio, un hombre que se percibe liberado, salvado y, por tanto, es una criatura nueva, se pone en juego en la historia y crea con gozo, con alegría.

Una segunda observación es que no existen individuos colgados en el vacío. Existe una identidad encarnada. No existe identidad más que plasmada en una realidad concreta. El problema no es la unidad con el CLE (Comunión y Liberación Educadores, véase

Glosario en la p. 346), con el CLU, con los distintos ámbitos del movimiento. El problema es tomar conciencia de la novedad que somos. Una novedad que vive dentro de una situación concreta. Entonces, aunque no supiéramos afrontar adecuadamente la problemática universitaria (los contenidos, las clases, los consejos de facultad), disfrutaríamos igualmente de la novedad que la que somos portadores.

Cuando acabe la universidad, llevaremos esta identidad consciente a otros ámbitos, a la vida de la Iglesia y al compromiso civil, social y político.

Por eso, planteamos también el compromiso político como un trabajo cultural, porque sabemos bien qué trabajo requiere la dimensión cultural: en contacto con los acontecimientos, todo un pueblo va tomando conciencia de ser portador de la respuesta a la crisis.

Nuestro compromiso cultural coincide con un pueblo que va tomando conciencia de ser portador para todos del principio resolutivo de la crisis. «El Señor es mi salvación, con él nada temo, mi corazón está seguro, la salvación está aquí»³, en este sentido somos portadores de la salvación. Las palabras de esta canción no son el emblema de la reducción superficial, esteticista o moralista, que nos caracteriza a menudo; estas palabras definen el tipo de conciencia que tengo de mí mismo. Y esta identidad no existe de forma abstracta, sino encarnada en la situación política, universitaria, etc. No existe una identidad al margen de cómo afronto estos problemas; esto me constituye, soy «yo».

Quería en este punto recordar qué es la fe, porque la respuesta a esta pregunta es la clave de todo. La fe es reconocer la presencia que nos libera a nosotros mismos y al mundo. Vamos a llevar el anuncio cristiano por toda Italia, y sin embargo puede ser que no lo experimentemos existencialmente. Falta un aspecto existencial a la hora de reconocer y aceptar esta respuesta. El Hecho cristiano es el anuncio de que existe una presencia humana nueva: Dios mismo se ha encarnado en una presencia humana, ha entrado en la historia un Hombre que es la Liberación. Adhiriéndonos a Él, experimentamos esta liberación y eso da lugar a una historia.

Al margen de esto no se crea historia, porque permanecemos en una mentira por la cual desperdiciamos esos ladrillos que, en sí mismos, podrían ser buenos.

Pertenecer a este pueblo es mi identidad, dijo uno de nosotros. Es una persona que conoció el movimiento en 1969 a través de un cierto grupo de amigos que, ese mismo año, abandonó el movimiento. Fue entonces cuando percibió que el pueblo de Dios, nuestra unidad, es un hecho objetivo, independiente incluso del grupo de amigos que le había llevado a CL. Su identidad era pertenecer a este pueblo. Debemos rezar al Espíritu Santo para alcanzar esta autoconciencia personal.

La identidad del cristiano es la pertenencia a Cristo, perteneciendo a Su pueblo. Es todo cuanto debemos pedir, porque aquí empieza la madurez que nos permite ser

creativos. Urge que madure esta conciencia no sólo en la comunidad universitaria, sino en todo el movimiento. Muchos adultos han perdido esta conciencia. Otros son estupendos, pero no advierten el cambio de conciencia que supone el hecho cristiano. Lo comprenden a los 50, a los 60 años, de forma confusa, cuando sus opiniones ya no representan un obstáculo para la «unidad», porque ya no tienen nada que defender. Entonces entran con pobreza de espíritu en el misterio de la unidad, pero sin comprender de verdad qué es.

Volviendo a nosotros, aunque careciéramos de cualquier competencia específica, si viviéramos con auténtica madurez en la universidad, «arrollaríamos». Nadie puede juzgarse por el rendimiento que tiene ahora; lo que está en juego es más bien una historia, y la historia se crea cuando el sujeto se hace presente en la realidad temporal, es decir, cuando comunica un significado viviente. El significado viviente de mi persona es la unidad que vivo con vosotros, el Misterio que habita entre nosotros. Si no es así, somos como hojas secas separadas del árbol, completamente inútiles. El pueblo de Dios y su historia son realmente una experiencia de libertad, de consistencia de la propia persona independientemente de lo que uno sea capaz de hacer o decir, porque nuestra consistencia es esta Presencia cuyo rostro es el pueblo de Dios, la unidad de los creyentes, que tiende a hacerse presente en cada situación concreta, en la universidad, en el movimiento o en la Iglesia entera.

DE LA UTOPIA A LA PRESENCIA⁴

En el verano de 1976, las comunidades universitarias habían tratado de revisar su experiencia a la luz de las intervenciones de don Giussani. Todas las contribuciones fueron reunidas y presentadas en el Equipe que se celebró en Riccione en el mes de septiembre, tras la reunión de los responsables de todas las comunidades. Sobre la base de estas intervenciones, don Giussani formuló su propuesta, que constituyó un verdadero «cambio de rumbo» para el CLU y para todo el movimiento de Comunión y Liberación. La conversación inicial fue seguida de una larga discusión de dos días, concluida con una síntesis que proponemos aquí como parte integrante de aquel encuentro.

Conversación

Para situar lo que debemos decirnos al comienzo de este nuevo curso —pensemos en la importancia que tiene un año en nuestra vida, que, en el mejor de los casos, supone una octogésima o nonagésima parte—, para retomar conscientemente la trayectoria de nuestra vida y el corazón con que debemos mirarla, me permito leerlos, de entre todas las contribuciones que han enviado las comunidades de las distintas facultades y que han sido muy útiles, algunos pasajes de la intervención de la comunidad de Roma.

«La primera y más urgente necesidad que percibimos para todo el CLU es alcanzar una claridad sobre quiénes somos y por qué existimos como CL dentro de la universidad. Lo que hemos vivido a lo largo del año nos ha permitido entender que la comunidad universitaria existe únicamente para que cada persona pueda alcanzar una fe madura.

»Cuando el contenido de la fe ha llegado a ser un juicio de valor sobre la existencia hasta implicar el afecto, entonces comenzamos a amar verdaderamente y de manera distinta el movimiento, reconociéndolo como el rostro visible y objetivo de la presencia del Señor para nosotros y, por tanto, como la consistencia de nuestra persona. La fidelidad a la comunidad se ha convertido así en una novedad para nuestra vida y para la de los demás.

»Podemos considerar los años del CLU como una etapa necesaria para entender las

consecuencias profesionales, culturales, sociales y políticas de la fe; en nuestra opinión, esto revela una respuesta equívoca a la pregunta: ¿qué es la fe? Si reconocemos que la fe es nuestra consistencia personal, surge inmediatamente la pregunta esencial: ¿qué es la fe? La fe es el reconocimiento de una presencia, de una realidad en la que se hace presente el misterio de Cristo.

»La fe, en efecto, no es un punto de partida al que añadir algo. La fe es el reconocimiento de la comunión con el Señor como estructura de nuestro propio ser; por lo tanto, es un origen que sucede de nuevo en cada instante, y que, en la medida en que tomamos conciencia de ello, transfigura lo que hacemos, transfigura toda la existencia según los tiempos del Señor. Entonces, buscar las implicaciones de la fe a nivel profesional, cultural y social es una ocasión para llevar a cabo esa transfiguración personal y colectiva que se produce con el tiempo. La dimensión profesional, cultural y social no es fruto de un proyecto nuestro o de un esquema que aplicamos, sino sólo de la fe que vivimos.

»El método para vivir la comunidad de manera que crezca nuestra fe personal es implicarse en una experiencia viva que tenga una autoridad moral».

Mi intervención pretende ser un comentario crítico y un desarrollo sistemático de esta intuición de la comunidad de Roma.

El problema que tenemos que abordar este año se puede plantear de la siguiente forma: tenemos que llegar a comprender la oposición que existe entre dos palabras —«presencia» y «utopía»— y la elección que hacemos de la primera. El destino de nuestra comunidad y su eficacia en la universidad y en la sociedad dependen de la primacía de la presencia frente a la tentación de la utopía.

I

Quisiera, en primer lugar, apuntar algunos rasgos de lo que significa «presencia»; luego, determinar en qué consiste lo que he llamado «utopía», y terminar indicando qué rostro debe asumir nuestro trabajo en el ámbito universitario, cómo debemos expresarnos en el ambiente donde Dios nos llama a vivir.

El año pasado abordamos el mismo problema hablando de «comunión de base». La comunión de base debía constituir nuestro programa para el curso, y suponía una revolución para la historia del CLU.

Este año queremos aclarar en qué sentido es una revolución, de manera que podamos alcanzar una claridad mayor y una mayor decisión a la hora de tomarnos en serio esa palabra, porque presencia es realizar la comunión.

Para empezar, nuestra presencia en la universidad no puede ser reactiva. Una presencia es reactiva cuando está determinada por algo ajeno a ella; cuando realiza iniciativas,

utiliza planteamientos y desarrolla instrumentos, no a partir de su identidad, sino a partir de la actitud, los planteamientos, las iniciativas y las formas de comportamiento de los adversarios, es decir, de aquellos que tratan de plasmar un mundo que prescindiera de Cristo y, por lo tanto —objetivamente, prescindiendo de sus intenciones—, a partir de una mentira.

Una presencia reactiva cae siempre en dos errores. Por un lado, el de convertirse en una presencia reaccionaria, es decir, en una defensa a ultranza de posiciones meramente formales, que carecen de contenidos, razones y fundamentos suficientemente claros como para que se conviertan en hechos vitales (el reaccionario siempre es formalista, en mayor o menor medida). Por otro lado, cuando una presencia reactiva no es reaccionaria, cae en el extremo opuesto: tiende a imitar lo que dicen y hacen los demás, y esto constituye su primera y fundamental claudicación frente a ellos (es como jugar en su terreno, aceptar las condiciones de la lucha que ellos establecen).

Hace falta, pues, una presencia original, es decir, una presencia que tiene un origen propio, distinto. El derecho a existir y a actuar en cualquier ámbito proviene de lo que somos y no de seguir lo que hacen los demás.

«Quiénes somos y por qué existimos», decían los amigos de Roma: una presencia es original cuando brota y encuentra su consistencia en una identidad consciente y en el afecto a ella.

II

Identidad significa saber quiénes somos y por qué existimos, con una dignidad que nos otorga el derecho a esperar de nuestra presencia «algo mejor» para nuestra vida y para la vida del mundo.

Pero ¿quiénes somos nosotros para tener derecho a esta esperanza sin la cual la vida decae en un aburguesamiento mezquino —cuyo ideal sería el seguro a todo riesgo— o bien en una insatisfacción gris que pronto desemboca en lamento o reproche hacia los demás?

«Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos sois uno en Cristo Jesús»⁵. Sólo existe un pasaje que haya repetido más que éste: «El que me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí en la tierra»⁶.

«Vosotros que habéis sido elegidos os habéis revestido de Cristo»: «No me habéis elegido vosotros a mí, soy yo quien os he elegido»⁷. Es una elección objetiva que no podemos borrar, una pertenencia que no depende de nosotros. «Todos vosotros que

habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo» y, por tanto, no existe ninguna diferencia insalvable entre vosotros, «ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer. Todos sois uno en Cristo Jesús»: ésta es nuestra identidad. La carta a los Efesios dice textualmente: «Somos miembros unos de otros»⁸.

No hay nada culturalmente más revolucionario que esta concepción de la persona, cuyo significado y consistencia es la unidad con Cristo, con Otro, y, a través de ella, la unidad con todos los que Él escoge, con los que el Padre pone en sus manos.

Nuestra identidad es la identificación con Cristo. La identificación con Cristo es la dimensión constitutiva de nuestra persona. Cristo define mi personalidad y, por tanto, vosotros que habéis sido elegidos por Él, entráis a formar parte de mi personalidad. Ésta es la «nueva criatura» de la que habla el hermoso final de la carta a los Gálatas⁹, el principio de la «creación nueva» de la que habla Santiago¹⁰.

«Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe», escribe san Juan en su primera carta¹¹. La fe vence al mundo. Es decir, demuestra su verdad frente a todas las ideologías y concepciones del mundo y de lo humano, porque es la verdad estructural por la que el mundo ha sido hecho. Es la verdad que se manifestará al final de los tiempos y es también el factor que mueve la historia y que cataliza el bien en el mundo, haciéndolo más humano.

No importa si uno está solo en su cuarto o con otros dos estudiando; si somos cuatro en la universidad o veinte en un bar: donde sea y como sea ésta es nuestra identidad. Entonces, el problema es la autoconciencia, el contenido de la conciencia de mí mismo: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí»¹².

He aquí el verdadero hombre nuevo en el mundo —aquel hombre nuevo que fue el sueño del Che Guevara y el falso pretexto de todas las revoluciones culturales que el poder ha llevado a cabo para dominar al pueblo según su ideología—; un hombre nuevo que no nace, en primer lugar, como resultado de una coherencia, sino a partir de una autoconciencia nueva.

III

Nuestra identidad se manifiesta en una experiencia nueva dentro de nosotros y entre nosotros: la experiencia del afecto a Cristo y al misterio de la Iglesia, que encuentra en nuestra unidad su concreción más cercana. La identidad es la experiencia viva del afecto a Cristo y a nuestra unidad.

La palabra «afecto» es la más grande y la más expresiva de nuestra humanidad. Indica mucho más un «apego» —que nace de un juicio de valor, del reconocimiento de lo que

hay en nosotros y entre nosotros— que una propensión sentimental, efímera y voluble, como una hoja que arrastra el viento. Y, con la edad, permaneciendo fieles al juicio, es decir, a la fe, este apego crece, se hace más ardiente, más poderoso: «Todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida [...] comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo, y ser hallado en él, no con una justicia mía, la de la ley, sino con la que viene de la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios y se apoya en la fe»¹³.

La experiencia viva de Cristo y de nuestra unidad es motivo de esperanza y, por ello, fuente de gusto por la vida y germen de alegría; una alegría que para subsistir no se ve obligada a olvidar o censurar nada. En esta experiencia se aviva el deseo de que la vida cambie, de que sea coherente, de que corresponda a la verdad y sea más digna de la Realidad que porta.

En la experiencia de Cristo y de nuestra unidad nace la pasión de que nuestra vida cambie. Es lo contrario al moralismo, porque no es una ley que cumplir, sino un amor al que adherirnos cada vez más, una presencia a seguir con todo nuestro ser, un hecho al cual entregarse completamente. «Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro»¹⁴. La carta a los Filipenses es todavía más apasionada: «No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto: yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo»¹⁵. Entonces, el deseo de cambiar —deseo sosegado, equilibrado y a la vez apasionado— llega a ser una realidad cotidiana, sin rastro de pietismo o moralismo; un amor a la verdad del propio ser, un deseo hermoso y a la vez incómodo, como la sed.

Estas observaciones casi furtivas llegan sin embargo al corazón de los que ya habéis empezado a andar por este camino. En el fondo, es lo mismo que exclamaba Anne Vercors en La anunciación a María: «Vivo en el umbral de la muerte, ¡y un gozo inexplicable reside en mí!»¹⁶. Es lo que muchos hemos empezado a experimentar como prenda de una vida nueva: «Vivo en el umbral de la muerte», en el umbral de la mentira —que es peor que la muerte física—, en el umbral del mal, del dolor, de lo que es inhumano y, sin embargo, «un gozo inexplicable reside en mí».

IV

Todo esto debe llegar a su madurez; debemos aspirar a ello con todo lo que somos y hacemos.

Todavía no somos una presencia que brota de la conciencia de nuestra identidad y del afecto a ella, porque seguimos teniendo cierta confusión.

Seguimos juntos por ese acento de verdad que nos impactó en el encuentro con la

comunidad. Lo que nos une es todavía algo pequeño y embrionario, aunque tenaz; es la impresión que nos provocó ese acento de verdad que percibimos en el encuentro. Todo sigue siendo incipiente y debe ir madurando; si no, el Señor puede permitir que la tempestad del mundo se lo lleve.

Ha llegado un tiempo en que no podremos resistir si no madura ese acento inicial; si no madura, no podremos sobrellevar como cristianos la enorme cantidad de trabajo, responsabilidades y fatigas a las que estamos llamados. No se congrega a la gente mediante iniciativas; lo que congrega es el acento verdadero de una presencia que procede de la Realidad que está entre nosotros y en nosotros: Cristo y su misterio que se hace visible en nuestra unidad.

Profundizando aún más en la idea de presencia, queremos definir de nuevo qué es nuestra comunidad. La comunidad no es una simple agregación de personas que llevan a cabo iniciativas; no es una organización como si fuera un partido. La comunidad es el lugar donde realmente se construye nuestra persona, es el lugar donde madura nuestra fe.

La comunidad tiene como fin generar adultos en la fe. El mundo necesita adultos en la fe, no sólo profesionales, profesores o trabajadores competentes. La sociedad está llena de buenos profesionales, pero muy pocos saben crear humanidad.

V

El método por el cual la comunidad llega a ser un lugar donde madura la fe lo indica la primera palabra que empleamos al comienzo del movimiento (y que hemos olvidado, aunque la repitamos, porque no lo hacemos seriamente): «seguir». Tanto en la naturaleza original como en el misterio de la vida nueva que Cristo ha traído, Dios creador y redentor no conoce otro método para hacer crecer al hombre más que el seguimiento. «Caminando por la ribera del mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en la mar, pues eran pescadores, y les dijo: ‘Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres’»¹⁷. «Jesús se volvió, y al ver que lo seguían les pregunta: ‘¿Qué buscáis?’. Ellos le contestaron: ‘Rabbí (que significa Maestro), ¿dónde vives?’’. ‘Venid y veréis’»¹⁸.

Seguir significa identificarse con personas que viven la fe con mayor madurez, significa implicarse en una experiencia viva, que nos transmite (tradit, tradición) su dinamismo y su gusto. Y esto no sucede como fruto de un razonamiento o resultado de una lógica, sino casi por presión osmótica: es un corazón nuevo que cobra vida en el nuestro, es el corazón de otro que empieza a latir en nuestra vida.

VI

De aquí viene la idea fundamental de nuestra pedagogía de la autoridad: realmente, autoridad para nosotros son aquellas personas que nos implican con su corazón, con el dinamismo y el gusto por la vida que nacen de la fe. Entonces, esta verdadera autoridad moral define la amistad.

La auténtica amistad es la compañía profunda hacia nuestro destino, hacia nuestro rostro personal. Y no es cuestión de temperamento, puede haber uno más efusivo y otro más discreto y callado: la auténtica amistad se percibe en el corazón mismo de la palabra y en el gesto de la presencia.

Si algunas personas son autoridad entre nosotros es porque la historia de nuestra comunidad las ha reconocido como capaces de este dinamismo y de este gusto, de una fe madura.

Las personas que tienen autoridad y viven su responsabilidad se reconocen a primera vista. Se trata de personas que uno prefiere porque las percibe más cercanas a su propia búsqueda de una madurez cristiana, a su pasión por vivir la comunidad y a su camino humano. El criterio de la preferencia no es, como sucede habitualmente, algo sentimental o instintivo; no brota de un gusto pasajero, ni de un interés por un proyecto común; brota porque percibes en el otro una vivencia mayor del ideal o, por lo menos, un deseo mayor de vivirlo.

En este sentido, yo no sería muy partidario de hacer reuniones especiales para los «responsables». Lo que hace que los responsables sean tales es la vida de toda la comunidad, porque la comunidad es una amistad y la responsabilidad nace entre los dos, tres o cuatro que viven más apasionadamente su presencia en la facultad. Si la diaconía (véase Glosario, p. 346) no es una amistad, no sirve para nada; es algo pobre que frena la libertad y asegura tan sólo desde fuera la organización de las iniciativas.

O la comunidad es el lugar de un afecto nuevo o acaba siendo una mentira, aunque sea ingenua, como es mentira cualquier intento humano que no tenga su fundamento en Cristo. Si la comunidad es el lugar de un afecto nuevo y los responsables son los que la promueven, y promueven, por tanto, una nueva humanidad, ya que la humanidad se manifiesta en su capacidad de afecto, la Escuela de comunidad es el instrumento principal para que todos, siguiendo, adquieran esta capacidad de afecto.

Si nos apremia lo que somos, si nos apasiona nuestra dignidad y nuestro valor, entonces es necesario que esto se vuelva incisivo, que se convierta en juicio sobre todo lo que hacemos, sobre la vida de la comunidad y de cada uno de nosotros dentro de ella.

No podemos vivir los gestos de la comunidad sin que nuestro corazón mendigue de verdad. La voz de este corazón es la oración, la petición a Aquel que nos crea, la súplica de que nos regenere y se renueve así la faz de la tierra.

VII

Nuestro aburguesamiento salta a la vista: coincide con la falta de radicalidad en el modo de percibir la relación con Cristo. Si tuviéramos una percepción radical de la relación con Cristo, ésta juzgaría lo que somos, lo que hacemos, la vida de la comunidad, las noticias del periódico, el ambiente universitario, todo. Y lo juzgaría como el arado que hiere la tierra para que la semilla penetre y dé fruto: el juicio de Dios renueva, el Espíritu regenera; de hecho, el Paraíso es el juicio final de Dios sobre el mundo.

Debemos empezar a tomarnos en serio la fe como algo que afecta a la vida concreta, al comer y al beber, de modo que lleguemos a percibir que la fe es la verdad de lo humano; pues, por la fe lo humano se hace más verdadero y el hombre alcanza una proporción más adecuada a su destino. Así, por ejemplo, cuando la relación hombre-mujer se vive en la fe, en una estrecha relación con Cristo, se hace más verdadera; y emerge entonces toda su exigencia de autenticidad y de unidad, de fidelidad y de permanencia en el tiempo. Nosotros estamos en contra del divorcio porque éste implica una mentira sobre la capacidad y la posibilidad de amar. Del mismo modo, cuando la vida se desarrolla según la radicalidad de la fe, es capaz de respetar a la persona y la dignidad de su destino. Por eso estamos en contra del aborto: si ya existe una vida humana, es totalmente digna de respeto aunque esté «oculta» en el seno de la madre.

Todo esto debe hacerse realidad en nosotros. El tiempo se nos da para esto. Buscar la verdad es una aventura que hace del tiempo una historia, como decía san Pablo a los sabios del Areópago de Atenas, cuando señalaba que el único sentido por el que se mueven los pueblos (y los movimientos de los pueblos de entonces eran las migraciones, mientras los de hoy son las ideas, las ideologías) es la búsqueda de Dios «a tientas»¹⁹.

Al retomar estos puntos, comprenderemos nuestra opción metodológica concreta: debemos ser una presencia, una humanidad nueva allí donde estemos. Para esto existimos y nada más, pues para ser ingeniero, médico, padre o madre de familia, no habría hecho falta el acontecimiento misterioso que nos ha alcanzado.

VIII

Nuestra tentación es la utopía.

Entiendo por utopía algo considerado bueno y justo que hay que realizar en el futuro, cuya imagen y conjunto de valores creamos nosotros.

A este propósito me gustaría referirme a la historia de nuestro movimiento. Los últimos diez años (1966/1976, ndt) se han caracterizado por una fuerte provocación de tipo social y político. Esto nos ha empujado paulatinamente hacia la tentación de apoyar nuestra esperanza y dignidad en un «proyecto», fruto de nuestra capacidad, sin que se

diera a la vez una profundización en lo que es nuestra vida cristiana.

El comienzo de nuestro movimiento es sumamente significativo al respecto, y para entender una historia hay que fijarse siempre en su origen. En 1954, irrumpimos repentinamente en la escuela estatal, que no era todavía marxista, aunque los marxistas determinaban ya el aire que se respiraba en muchos ambientes; la enseñanza estatal era sustancialmente liberal y, por tanto, laica y anticristiana, al igual que la de corte marxista que fue su consecuencia directa.

Nuestra presencia en la escuela estatal no empezó buscando un proyecto alternativo; entramos en la escuela con la conciencia de llevar lo que salva al hombre incluso en ese ámbito, lo que permite que su vida sea verdaderamente humana y su búsqueda de la verdad auténtica; es decir, entramos en la enseñanza con la conciencia de llevar a Cristo en nuestra unidad. Movidos por esta pasión realizamos también una interpretación nueva —que entonces llamábamos «revisión cultural»— de los contenidos de la historia, la filosofía, la ciencia, la literatura, que representaba para aquellos alumnos de bachillerato una verdadera alternativa a la hegemonía cultural de corte liberal-marxista: realizamos un proyecto alternativo sin planteárnoslo como objetivo. Nuestro objetivo era la presencia.

La historia del movimiento empezó a nublarse en 1963-64, hasta precipitarse en las tinieblas del 68, cuando se pusieron de manifiesto las consecuencias de aquellos cinco o seis años en los que el influjo de determinadas personas distorsionó la experiencia original: si en un principio nuestro objetivo era ser una presencia cristiana en la escuela, luego fue sustituido por un determinado proyecto social. De este modo, perdimos el valor y la identidad propios de nuestra presencia.

La influencia del 68 sobre el conjunto del movimiento de Gioventù Studentesca fue nefasta; sólo resistió un pequeño grupo, algo rígido, sin saber qué decir. Frente a propuestas sociales, culturales y políticas, ante las que no supimos responder y que, por otro lado, despertaban una gran admiración —pues lo único que se admiraba en aquellos años era el proyecto cultural y político—, la mayoría traicionó, renegó de su experiencia y se marchó.

¿Qué es lo que traicionaron? Traicionaron la presencia. El proyecto y la utopía habían sustituido a la presencia. Lo que había ocurrido desde 1963 hasta el estallido del 68 fue un proceso de adaptación al ambiente en el que se cedió a la mentalidad dominante: lo que existía era una presencia reactiva y no una verdadera presencia original.

En 1969, un pequeño grupo, que se mantuvo fiel, intuyó y recuperó la idea inicial: «Debemos ser una presencia, porque la comunión con Cristo y entre nosotros es la liberación; por tanto, tenemos que volver a hacer presente nuestra comunión». Sin embargo, la tensión política, cultural y social era tan fuerte, la provocación tan violenta

que, enseguida, tras retomar esta justa intuición, se volvió más o menos a primar un proyecto alternativo; esta vez con un profundo arraigo en el misterio de nuestra comunión, si bien éste, desde el punto de vista del método operativo, estaba alterado por la fascinación y la urgencia de un proyecto alternativo, como si quisiéramos demostrar que podíamos tener una utopía mejor que la de los demás.

El congreso de 1973²⁰ fue la expresión más palpable de esta línea, la más equilibrada y potente; sin embargo, demostró que esa línea alternativa de trabajo social, cultural y político era para una élite, para una vanguardia, tan sólo para unos pocos. Tanto es así, que los contenidos de las Actas del congreso no se utilizaron; fueron ingenuamente repetidos y torpemente usados por algunos grupos aislados.

Mientras tanto, el curso de la historia ya había abandonado la vanidad y el vacío de las utopías del 68, pues lo que habían despertado se había convertido en un simple instrumento para una nueva hegemonía, más despótica y homologadora que la anterior. Por ello, llevamos ya dos o tres años diciendo que nos hemos quedado solos a la hora de llevar adelante las mejores intuiciones del 68. Sin embargo, estamos jugando todavía en terreno ajeno: así, si los demás ponen un cartel, nosotros colgamos otro. A veces debe ser así, pero tenemos que aclararnos todavía acerca de cómo nacen nuestras iniciativas.

IX

La novedad es la presencia de personas conscientes de llevar al mundo «algo definitivo» que se manifiesta en nuestra unidad; personas conscientes de ser portadoras de un juicio definitivo sobre el mundo, sobre la verdad del mundo y la verdad del hombre. La novedad es una presencia consciente de que el instrumento para rescatar y liberar al mundo es nuestra unidad.

La novedad es la presencia de este acontecimiento que consiste en un afecto nuevo y una humanidad nueva; es la presencia de este comienzo del mundo nuevo que somos. La novedad no es la vanguardia, sino el resto de Israel, la unidad de aquellos para los cuales lo que ha acontecido es todo y que esperan sólo la manifestación de la promesa, el cumplimiento de lo que ya está dentro de lo que ha sucedido. La novedad no es un futuro a conquistar, no es un proyecto cultural, social y político. La novedad es la presencia. Ser una presencia no quiere decir dejar de expresarse; también la presencia tiene sus propias formas de expresarse.

La utopía tiene su forma expresiva en el discurso, el proyecto y la búsqueda ansiosa de instrumentos organizativos. La presencia, en cambio, se expresa en una amistad operativa, mediante gestos que ponen de manifiesto un sujeto distinto, que lo afronta todo de manera diferente (las clases y el estudio, la reforma de los planes de estudio y la concepción de la universidad), gestos que en primer lugar son verdaderamente humanos,

es decir, gestos de caridad. No se construye una realidad nueva a base de discursos o de proyectos alternativos, sino viviendo gestos de humanidad nueva en el presente. (Ciertamente, también el compromiso en el ámbito de las juntas de facultad o en la administración debe formar parte de la caridad, en la medida en que haya personas que se ocupan del bien común y no sólo gente interesada en su carrera o incapacitada para dicho compromiso).

En resumen: si cedemos a la tentación de la utopía hacemos la competencia a los demás a su mismo nivel y, en última instancia, con sus mismos métodos. En cambio, al ser una presencia desarrollamos una verdadera capacidad crítica; esto es, la capacidad de vivir cualquier circunstancia a la luz de la comunión que vivimos, a la luz del sentido del Misterio que ha irrumpido en nuestra vida, a la luz de la Realidad liberadora de la que participamos.

X

Si lo que prima es la presencia, ¿en qué sentido intervenimos en los problemas y en las necesidades de todos, ya sean privadas o públicas?

En 1954, al comienzo del movimiento, nuestra presencia se distinguió por un interés verdadero por los compañeros de instituto; y a partir de esa experiencia de amistad fuimos creando una considerable red de acción caritativa: cada domingo mil personas iban a una zona al sur de Milán, llamada «la Bassa», con notables sacrificios, no por un proyecto político, sino para compartir las necesidades de familias que vivían en condiciones muy pobres. Luchar por algo que no existe aún es una ilusión terrible y, por tanto, causa de inevitable decepción en la vida; porque el hombre no es creador, sencillamente colabora en manifestar lo que Dios ya ha hecho, como una semilla que se despliega primero en planta, luego en flor y finalmente en fruto.

Lo importante, entonces, es plantar la semilla, es decir, la presencia. Sólo lo que ya existe de forma embrionaria puede desarrollarse con el tiempo; el plan completo se encierra en la semilla, el proyecto está dentro de lo que ya existe, dentro del Misterio que somos y que, coherentemente, saldrá a la luz a su debido tiempo.

Con el tiempo, hemos adquirido una agudeza cultural, social y política que se ha puesto de manifiesto sobre todo en estos últimos años, y que hace que en Italia se nos considere incluso una fuerza política. Pero nuestra fuerza no es el proyecto, sino la conciencia del Misterio que somos. Si los demás no consiguen comprender por qué somos así —a pesar de que no tengamos ni poder ni una organización como la suya—, es porque no comprenden lo que tampoco nosotros comprendemos todavía: el contenido y la fuerza de una presencia. Ahora somos más agudos cultural y políticamente que cuando íbamos a la Bassa en 1956 o en 1958; pero el proyecto estaba contenido en la

semilla que es Cristo entre nosotros, en la semilla que es nuestra unidad misteriosa y real, cuyo designio sale a la luz con el tiempo. Es lo mismo que le pasó a la primitiva cristiandad: entró en el mundo no para cambiar la filosofía, sino para hacer presente lo que ella era, para hacer presente a Cristo compartiendo la vida de todos, incluso la filosofía. Y así, a lo largo de los siglos, en los monasterios, en las escuelas y en las universidades nacieron una filosofía y una cultura nuevas.

Proporcionalmente, este dinamismo se comprende también en nuestra comunidad universitaria: lo que genera la novedad no es tanto una estrategia organizativa, sino una compañía que, en el amor mutuo, reconoce quién es más grande en la fe, quién tiene una pasión y una conciencia mayor de la presencia, quién arriesga más a la luz de la fe, quién juzga con más acierto tanto su vida como la realidad.

Por tanto, la presencia está llena de expresividad, ilumina y juzga cada situación particular. Cualquier situación nos pertenece de antemano, porque es de Cristo; y nos pertenece aunque, superficialmente, nos parezca una maldición; la posesión profunda que Cristo tiene de esa realidad se irá manifestando a lo largo de la historia. ¡Los cristianos fueron encarcelados, martirizados y marginados durante tres siglos! No determinamos nosotros los tiempos de la historia. A nosotros nos corresponde vivir la presencia, adherirnos con todo el corazón al Misterio que ha entrado en nuestra vida y que ya desde ahora tiene la forma de una humanidad nueva, una amistad, una comunión. «No temas, pequeño rebaño, yo he vencido al mundo»²¹. «Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe»²².

¿Necesitará nuestra fe siete, ocho, nueve siglos para que todo el mundo universitario esté nuevamente impregnado de la presencia cristiana? No son éstos cálculos que podamos hacer. Además, nos interesa vivir en la universidad para crecer como sujeto personal y comunitario, no para decir «hemos ganado». Este sujeto es a la vez yo mismo y la unidad con vosotros, es decir, la persona y la unidad en Cristo. El sujeto —como lo describe el capítulo 37 del libro de Ezequiel— es el Espíritu creador que sopla sobre los huesos esparcidos en el campo; esos huesos se mueven, se articulan entre sí. Sobre las articulaciones toma forma el cuerpo y en el cuerpo entra el alma. Cada uno es creado de nuevo y al mismo tiempo se crea un pueblo, en un mismo e idéntico gesto²³.

Debemos abandonar esa interpretación ideológica de la vida universitaria que da lugar a un trabajo agotador, pesado y amargo, a causa del cual muchos se alejan de nosotros. Nadie se aleja de una humanidad verdadera, excepto en el caso de una rebelión diabólica y feroz.

Lo que he subrayado es una preocupación metodológica, no la renuncia a nuestra responsabilidad. He indicado lo que debe cambiar para que se dé un trabajo mayor, una incidencia mayor y cada vez más gozosa, y no un agotamiento y una amargura que cree división entre nosotros. La tarea que nos espera es la de crear una presencia consciente, crítica y sistemática.

Esta tarea implica un trabajo. El trabajo de vivir la propia identidad dentro de la vida concreta. Para expresar mi identidad en la vida concreta y asumir mi condición existencial, debo hacer un trabajo. Si yo voy en el coche y tengo que llegar pronto a un sitio, y en medio de la carretera hay una piedra que me cierra el paso, mi «identidad de automovilista» se pone en marcha y realiza un trabajo: me paro en el arcén, levanto la piedra y la aparto.

Como han dicho nuestros amigos de la comunidad de Nápoles, vivir nuestra identidad dentro de la condición universitaria «supone ser una presencia y hacer un trabajo; en la universidad aparecen ciertos problemas que es necesario solucionar». Una presencia en la universidad no anda a treinta metros del suelo, sino por los pasillos, en las aulas, con los profesores y los compañeros, afrontando los problemas como todos los demás.

El método es hacer presente nuestro sujeto en la universidad. Éste es nuestro trabajo, no la pretensión de cambiar la situación o el distanciamiento de ella para ocuparse de otras cosas. Para afrontar los aspectos específicos —se decía ayer en el Equipe central— es necesario profundizar en lo esencial y no darlo por descontado. Para que crezca la rama es necesario que crezca el tronco: el tronco y la raíz son lo esencial, la rama es lo específico; si cuidas la raíz y el tronco, crece también la rama. En cambio, si te ocupas directamente de lo específico, separándolo de lo esencial (que consideras abstracto), dando por descontado lo esencial, el resultado es un proyecto árido y amargo; mientras que profundizar en lo esencial es como «agua que salta hasta la vida eterna»²⁴. De este modo, lo específico no nos agota, porque aunque implica el dolor de un sacrificio, es un sacrificio que vivimos por amor: el amor por lo esencial nos libera y nos llena de alegría. Sólo si vivimos lo esencial dentro de lo específico profundizamos en lo esencial. Si uno vive la dirección espiritual y la oración y luego pasa de la universidad es un sentimental, aunque lo haga ingenuamente, es un impostor, aunque no lo sepa. Profundizar en lo esencial es la única forma de abordar lo específico.

La condición universitaria no se reduce sólo al ámbito del estudio. Afecta también al amor que nace entre el hombre y la mujer; implica una nueva responsabilidad económica. Si lo esencial no se profundiza en estos aspectos particulares, se vuelve abstracto. Me refiero a esa abstracción nefanda que se delata en discursos repetitivos; hablamos entre nosotros y con la gente, sin comunicar un corazón distinto.

En cambio, la pasión por la vida —que es la pasión por el ideal, por la verdad—

traspasa el aspecto efímero de la problemática concreta, y se preocupa de afirmar lo esencial. Se trata de una dialéctica fascinante: del ideal viene la pasión, pero ésta vive dentro de lo efímero y pasa a través de ello. Al buscar la verdad, que es lo esencial dentro de lo efímero, se salva también lo efímero, es decir, se libera. Si en la relación con tu novia buscas el ideal —la comunión con el Misterio— más que el atractivo que te une a ella, salvas la relación con ella, permites que dure esa relación, le das una consistencia que traspasará la niebla de tu ingratitud, la barrera de tu olvido y de tu distracción, que atravesará la tempestad de una posible alternativa, la sacudida de tus crisis, el derrumbe de tu cansancio, la prueba de tu aridez y tus desiertos.

En esto consisten nuestra vida y nuestro trabajo: afirmar lo esencial dentro de lo específico; afirmar que el Misterio, que vive entre nosotros y se manifiesta en nuestra unidad, salva y redime lo efímero. Comunión es liberación.

Tanto en la relación con la novia como en la universidad, somos de alguna manera «señores» de la historia en virtud del Misterio al que pertenecemos.

Si lo primero que quería decir es que el método de la presencia es afirmar nuestra identidad, lo que hemos recibido y que llevamos en nuestra unidad, lo segundo es que todo lo demás vendrá por sí solo.

El objetivo de nuestra presencia en la universidad es vivir ahí nuestra comunión; lo demás vendrá. «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura»²⁵. Entonces nos empeñamos con cierta ironía, con cierto humor, porque los intentos de expresar nuestra comunión son todos frágiles, reformables, contingentes. Si el objetivo de toda iniciativa es la presencia, es hacer presente lo que somos, esto nos libera de la inevitable pretensión sobre las formas que asume nuestro actuar. La presencia obra por intentos llenos de ironía, sin ningún rastro de cinismo. La ironía es lo contrario al cinismo. El cinismo separa de la realidad. La ironía en cambio nos permite afrontar la realidad con cierto desapego —pues percibimos la fragilidad de cualquier intento— y con paz, pues estamos llenos de pasión por el Ideal ya presente. Así podemos ser ágiles para cambiar mañana lo que hemos hecho hoy y libres con respecto a lo que hacemos y a las formas que necesariamente damos a nuestras tentativas.

En general, el trabajo en la condición universitaria debería consistir en volver a definir la tarea que tiene la universidad. Y ese trabajo depende de cómo nuestra presencia puede «atacar» —en el sentido químico de la palabra— la universidad en todos sus aspectos: el estudio, la docencia, las relaciones con los demás, la administración, la actividad política... todo. Hará falta una larga historia para redefinir esta tarea —como pasó con la cristiandad, que tuvo que esperar siglos y siglos para crear las universidades—; pero nuestro plan no es otro que la presencia de lo que somos, pues nuestro plan sirve para el presente. Será sólo una larga historia la que sacará de nuestra fidelidad las consecuencias

y los nexos, y que, en un determinado momento, dará forma a una nueva imagen. Pero se dará a su tiempo, sin ninguna pretensión agotadora e infecunda, sin impaciencia ni desesperanza.

Nuestro programa es la presencia de lo que somos: una porción de humanidad alcanzada y transformada por Cristo, un pueblo nuevo que camina, movido por la misma energía que resucitó a Cristo. Esta energía se llama Espíritu Santo y vibra dentro de la historia, llevándola desde dentro hacia su destino, que es la plena manifestación de Cristo (y sólo nosotros, los cristianos, estamos llamados desde ahora a ver sus signos).

¿Qué es la universidad sino la expresión crítica y sistemática de una experiencia de pueblo, mejor aún, de una experiencia social?

Nuestra presencia contribuye a renovar la universidad si afirma con paciencia y profundiza con el tiempo su realidad de pueblo nuevo. En este sentido, toda presencia personal y comunitaria es un factor de cultura, es decir, un impulso hacia una correcta definición de las cosas. Para ello sirve incluso una presencia balbuceante y pobre en cuanto a capacidad de obrar, o incapaz de expresarse teóricamente y con un discurso, sirve incluso la presencia psicológicamente más frágil entre nosotros.

La universidad actual es la expresión crítica y sistemática de una experiencia de sociedad atea, profundamente contraria a Cristo y al sentido religioso, que es el alma de todo hombre. Por tanto, si nuestro programa es hacer presente este pueblo nuevo, su unidad y su fe, no podremos vencer, pues seremos combatidos y marginados en todos los sentidos. Pero esto no nos quita la posibilidad de esa indomabilidad gozosa que es la fe: «Ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe»²⁶. Y lo sabemos porque ya experimentamos esa victoria en un signo: nuestra unidad, que el mundo no logra destruir ni su astucia consigue detener.

Iremos desarrollando poco a poco las implicaciones de este planteamiento, pero el punto de partida no es un discurso, un proyecto o un plan organizativo, sino una realidad nueva y presente que tiene un corazón verdaderamente humano y lleno de deseo (no importa que seamos cinco o quinientas personas).

Todo está ya en esta Realidad que llevamos en nuestra persona y en nuestra unidad; sólo debemos, de ahora en adelante, ayudarnos con toda el alma a traicionarla lo menos posible. Superando la timidez y la simple curiosidad, lo que hemos dicho debe llegar a persuadirnos de forma consciente y operativa.

Síntesis

Lo que en la condición universitaria se desarrolla en vosotros como dimensión y

florece como decisión determinará toda vuestra vida. Si no crece vuestra estatura cristiana a esta edad, ya no lo hará; ya no se dará una personalidad nueva y, por tanto, no habrá un factor nuevo dentro de la sociedad. Estas dimensiones deben brotar ahora; la condición universitaria tiene una importancia dramática en este sentido, aunque pocos se den cuenta de ello.

En la vida del CLU, y por tanto en la de todo el movimiento, hemos llegado a un punto de inflexión importante para la fisonomía de nuestra presencia, para que sea incisiva, luchadora, misionera, dentro de la Iglesia y de la sociedad actual. Si no damos este salto cualitativo, nos quedaremos con las manos vacías, como «nombres sin un porqué»²⁷.

Es un trabajo que debemos empezar desde ahora, en estos días. Por ello, no me produce amargura ni tristeza constatar que no habéis comprendido todavía la idea fundamental de estos días; no puede uno entristecerse porque el primer día de clase de latín los alumnos no comprendan las declinaciones y no sepan analizar una oración.

No hemos empezado todavía a darnos cuenta de lo que debe suceder, aunque algunos ya lo adviertan. Hemos planteado la premisa: hemos impreso un cambio de rumbo a nuestro camino y debemos seguir en esta dirección, para asemejar nuestro corazón al corazón de los que ya viven así.

Se trata, en efecto, de una conversión profunda. Si el ímpetu de nuestra presencia en la sociedad y en la Iglesia quiere ser hermano, aunque sea de lejos, del ímpetu con el que cientos de miles de rusos en los campos de concentración han contribuido al mayor movimiento de insurrección espiritual existente hoy en día, debe producirse esta conversión, dejando de lado una falsa claridad, un falso saber y una falsa tranquilidad.

No podemos reducir el discurso de estos días —como ha pasado en otras ocasiones— a la típica premisa espiritual que, después de algunas lecturas de pasajes bíblicos, se da por sabida y se abandona, para dedicarse a otras cosas. Ya no podemos abandonarnos a este equívoco.

¿Sabéis cuál es la imagen de nuestra comunidad en estos días? Es la de un niño, que ocupa su tiempo y encuentra su consistencia en sus juguetes. Quitadle los juguetes o lo que tiene entre manos y ya no será nada, se quedará vacío y llorará porque se siente perdido.

De igual manera, algunos se han quedado aturridos, otros bloqueados, sin comprender; muchos llaman «abstracto» a lo que requiere un pequeño esfuerzo intelectual, porque el instrumento que hemos definido no es inmediatamente evidente y «concreto».

¿Queréis instrumentos definidos, queréis saber lo que hay que hacer? Esto podía valer cuando erais estudiante de Liceo, y sólo hasta cierto punto. Observando a los de primero de universidad, mi impresión es que están perdidos, no porque estén en un ambiente distinto, sino porque el planteamiento es distinto. Mientras que antes, hasta cierto punto,

podía ser justo decir: «Hagamos esto o lo otro», en la universidad debe producirse un cambio radical.

Ya no se puede buscar la consistencia en una masa que camina en una determinada dirección, ni en las iniciativas que promovamos; o tú tienes consistencia, o no hay nada que hacer.

Se trata de crecer en tu identidad y de adquirir un método: un método para afrontar tu vida y para expresar tu identidad. Éste es el verdadero adulto, que será capaz de crear en la medida en que su consistencia radique en su identidad, y no en lo que hace o dice.

Entre nosotros existe una pereza mental bastante generalizada y una falta de gusto por el conocimiento que inciden en la forma de percibir el discurso mismo; tendemos a retener sólo lo que ya sabemos, sin dejarnos provocar por lo nuevo. Por eso nuestras asambleas son una especie de tribuna en la que cada cual dice lo que se le antoja; casi nunca entramos en materia a partir de lo que hemos vivido, estableciendo un diálogo abierto, libre, desafiante y provocador. Ya no podemos permitirnos tener asambleas así. Si no nos dejamos provocar por lo nuevo no se produce ningún juicio sobre la vida, nos limitamos a comentar nuestros sentimientos. Nos falta una capacidad sintética para poder percibir el cambio que supone lo que hemos dicho, la revolución que implica; somos exactamente lo contrario del Nicodemo del Evangelio²⁸.

Nos espera un trabajo.

Por eso quiero resumir de nuevo las palabras que expresan la novedad que, con la ayuda de Su gracia, debemos empezar a comprender y a vivir. Debemos pedir a Dios que nos lo conceda. Si en el Padre Nuestro y en la Comunión no pedimos comprender este contenido revolucionario, generador, edificador, que es obra del Espíritu Santo, ¿qué pedimos entonces? También la oración puede convertirse en un peaje a pagar a un moralismo del que nunca nos libramos.

I

La primera palabra fundamental es la palabra presencia.

Si uno dice: «En esta ingeniería hay muchas asignaturas en las que hay buenos profesores, entonces no sabemos qué nos queda por hacer», esto es «tierra quemada», como dice la canción²⁹. ¡Es estar ahí sin estar presentes!

El problema no es «qué nos queda por hacer», sino que tú digas: «Estoy presente». Es tu persona la que es relación con el misterio de Cristo, y el misterio de Cristo está presente en nuestra unidad, en nuestra comunión. Ésta es la autoconciencia que debe madurar en ti, y no otras cosas. Debes asumir tu responsabilidad ante un rostro que es el tuyo, porque se te ha concedido; la responsabilidad frente a un corazón nuevo, un

corazón de carne y no de piedra, frente a una trama de relaciones que nace de ti, de tus manos, de tus ojos y tu boca, de tu alma secreta, una trama de relaciones que es el comienzo de una creación nueva, de una humanidad distinta que se está desarrollando como una semilla dentro de la tierra, y que sólo el ojo no profano puede intuir, el ojo de aquel a quien se le concede reconocer el misterio del Reino de Dios.

«El Señor se muestra majestuoso», dice Israel por boca de Isaías³⁰: sólo podemos hablar de lo que somos y obrar en virtud del sentido que tenemos.

Entonces el problema es ser.

Nuestra torpeza en clase se debe a que confiamos en una capacidad de hablar o en los instrumentos que tenemos, y no en la presencia de un sujeto. Lo esencial es estar presentes con esa autoconciencia de la que hemos hablado; esto vale para todos, y todos pueden hacerlo. Para comprender cuál es nuestra tarea, nuestro interés y nuestro trabajo hace falta que exista un sujeto.

Cuando empecé a dar clase de religión en el Liceo Berchet de Milán en el año 1954, no entré allí con un proyecto en la cabeza, sino que lo hice para llevar allí lo que yo era, y nada más. Tanto es así que el proyecto fue surgiendo lentamente, y sigue surgiendo, porque el desarrollo inteligente y formidable que se está llevando a cabo en el CLE sigue descubriendo en la actualidad el proyecto inherente a la presencia que comenzamos en 1954.

De lo contrario, ¿qué gusto habría en ser cristiano? Lo que da gusto es ser nosotros mismos, y este gusto nos hace ver mejor las cosas, nos hace pensar y relacionarnos de modo distinto.

¿Cómo haremos entonces para aprender esta palabra? ¿Cómo entraremos con los ojos abiertos, libres de ataduras, en esta realidad que nos resulta extraña, de modo que podamos percibir su alcance, la promesa que entraña, la verdad que aporta a la vida y la plenitud que ofrece? Ya lo hemos dicho: siguiendo. Daría mi vida para que fuerais tan humanos, al menos embrionariamente, como para reconocer que el único camino viable es «seguir». Porque no podéis negar la evidencia, aunque sea furtiva, de haber escuchado aquí un acento de verdad que no existe en otro sitio; por eso no podéis tener la pretensión de comprender antes de seguir.

Es necesario seguir el ejemplo de quien os precede, los ejemplos de una fe vivida y, por tanto, los corazones que están llenos de nuestra historia; es necesario estar profundamente unidos a los que tienen la responsabilidad última del movimiento. Ni las tergiversaciones ni las actitudes mezquinas de unos y otros han creado una esperanza para todos, sino la unidad de nuestra historia, que muchos viven con un corazón verdadero e inteligente.

Es necesario seguir estos ejemplos de fe madura.

Seguir quiere decir participar en una vida que ya existe, no ir detrás de un discurso. Una dirección espiritual inteligente también requiere la participación en una vida que ya existe.

¡Qué afortunada es una comunidad, y hay muchas entre vosotros, cuando esta vida que existe ya en algunas personas se convierte en clima para todos! Entonces se da una unidad cien veces más fácil, una esperanza cien veces más inmediata, un gozo que no existe en otro sitio, unas ganas de hablar, de anunciar, y un deseo de actuar más vivos, aunque excedan por completo nuestras capacidades.

El corazón es lo que vence al mundo. Y la fe es nuestro corazón, el corazón de nuestra vida.

Al seguir se aprende la palabra «presencia», pero esto implica otra cosa: presencia, ¿ante qué? La presencia implica un «dónde».

II

La segunda palabra fundamental es presencia dentro de la condición en la que el Padre os llama, la condición universitaria. Una invitación que os aleje de la condición universitaria, cuyo catalizador y elemento principal es la universidad en sentido estricto, es una sugerencia contraria a vuestra madurez, es decir, no ama vuestra persona.

No estoy diciendo que os tengáis que pasar el día entero en la universidad —he dicho también que la condición universitaria no se limita a las clases o a las aulas, sino que es también un ámbito y un nivel en el que se pone de manifiesto una problemática más amplia de acercamiento crítico y sistemático a la realidad—; pero si no pasamos por este filtro, a través de este ámbito, no maduraremos desde el punto de vista de una fe incisiva y creativa, conforme a la tarea que Dios nos asigna y a un papel culturalmente digno y consistente.

El Señor os hace pasar por esta condición; si os saltáis vuestra condición, os saltáis vuestra madurez.

Es análogo a lo que decíamos en la escuela en los primeros tiempos, cuando afirmábamos: «Debéis comprobar personalmente la verdad de la tradición cristiana». «¿Por qué?», me preguntaban, y yo respondía: «Porque habéis nacido en ella». La tradición cristiana es la primera hipótesis de trabajo que ha puesto en vuestras manos la naturaleza, la historia; si se deja de lado en favor de otra cualquiera, la realización de la vida se produce según el criterio último de un capricho, es decir, sin moralidad, a menos que se corrija ese rumbo con el paso del tiempo gracias a una conversión.

Así pues, debéis pasar a través de esta condición. La presencia debe darse dentro de la condición universitaria, como catalizadora de la forma de mirar y realizar todo lo que hacéis: las relaciones, las actividades en la parroquia o en el barrio, vuestros intereses y

vuestra creatividad.

Por tanto, el punto de referencia que determina físicamente vuestra actitud es la comunidad universitaria. Uno puede verse obligado por su situación familiar, por ejemplo, a tener que trabajar parte del día o todo el día. Pero la comunidad de su universidad debe ser para él una fuente de criterio en todo lo que hace y un punto fijo de referencia.

III

La tercera palabra fundamental, que no se contradice con la anterior, procede del hecho de que la universidad extrae sus contenidos fundamentales de la realidad social, de la vida del pueblo, y se convierte en legitimación crítica y sistemática de esa mentalidad: el «dentro» tiene su fuente en otro lugar.

Observemos la analogía con nuestra presencia, presencia de un pueblo nuevo. Nuestra presencia en la universidad extrae su contenido vivo, su experiencia determinante en una unidad de pueblo que excede del ámbito universitario: la unidad del movimiento.

Daos cuenta de que existe una imagen errónea de esta unidad, que hace que muchos, por una instrumentalización inconsciente, inviten a los universitarios a vivir la experiencia cristiana en los «asentamientos» (véase Glosario en la p. 345), porque allí se darían la vida concreta y la convivencia, mientras que la universidad sería un lugar de preocupaciones abstractas o de discursos intelectuales.

En cambio, la unidad del movimiento alcanza vuestra condición humana en la comunidad universitaria; por tanto, para vosotros la unidad del movimiento se concreta en la comunidad universitaria. En definitiva, si la presencia es la unidad que nace de la comunión con Cristo y entre nosotros, dicha unidad se hace presente para vosotros en la comunidad de vuestra universidad: todo lo que viene de fuera está en función de la construcción y del riesgo que asume esta comunidad.

Nuestra presencia en la universidad no puede dejar de ser una lucha, porque su significado es realmente una alternativa profunda que tiende a crear un proyecto distinto, según los tiempos de Dios, que pueden suponer veinte, doscientos o dos mil años. Pero la fórmula activa es la palabra presencia, no proyecto o utopía. Nuestra presencia en lucha constituye una alternativa. No podemos escandalizarnos si no nos entienden, o tienden a marginarnos, o nos combaten a fondo. No nos desanimemos si somos pocos frente a todos los demás: «No temas, pequeño rebaño, yo he vencido al mundo»³¹.

Es ésta una prueba preciosa de la autenticidad de lo que estamos diciendo, es un indicio seguro: cualquier presencia cristiana en la historia se topa con la incompreensión; incluso en la Iglesia de Dios que, al estar hecha de hombres, puede sucumbir al poder y a la mentalidad mundana. Pero una fe auténtica y una experiencia cristiana verdadera no

pueden ser vencidas.

IV

Al vivir en un ámbito determinado por una identidad opuesta a la nuestra, despótica y totalitaria, que pretende gobernar incluso la conciencia del hombre y que hunde sus raíces en una experiencia de masa anticristiana, nuestra presencia plantea una serie de preguntas. En un mundo que nos resulta tan ajeno como planteamiento, autoconciencia e identidad, nuestra presencia no se conforma, sino que reacciona planteando ciertas preguntas.

Tenemos algunos instrumentos para plantear estas preguntas de forma eficaz, incisiva y sistemática:

1) La «Asamblea de palabra clara» (véase Glosario en la p. 345), que podría coincidir con la presentación pública de la Escuela de comunidad a la que podemos invitar a cualquiera.

2) La «Asamblea de curso» junto con los demás compañeros, tengan las ideas que tengan, para valorar la didáctica de las clases, la convivencia dentro del curso, para interpelar al profesor, etc.

3) La «Asamblea de trabajo» entre nosotros o con otras personas, para discutir acerca de problemas que exceden el ámbito del curso y que afectan, por ejemplo, a toda la facultad o a la universidad.

Estos tres tipos de reunión indican que mi presencia debe expresarse, lo cual no depende de que yo pueda o sea capaz de convocar una gran asamblea. Si estás solo y no eres capaz o no puedes convocar una asamblea, la Asamblea de palabra clara puede coincidir con lo que le dices a un amigo, a uno que acaba de llegar; la Asamblea de curso puede ser lo que comunicas a tus compañeros; la Asamblea de trabajo puede significar juntarte con otros tres o cuatro para ver qué hacer o cómo afrontar un problema que os ha surgido.

No penséis en estos tres instrumentos —Asamblea de palabra clara, Asamblea de curso y Asamblea de trabajo— de forma rígida o esquemática, porque si se conciben así, se convierten en una especie de *deus ex machina* del que se espera «el sol del porvenir», como cantan los socialistas. Pero el sol del porvenir ya existe, está en nosotros y entre nosotros: es el misterio de Cristo.

Por eso, aunque esté lleno de límites, de defectos, de pecados, de fragilidad y de incompetencia, estoy contento y seguro.

A lo mejor no tengo la capacidad que tienen muchas personas que guían la vida del CLU, que lo hacen fenomenal, que dan ejemplo de una fe viva y que tienen el corazón lleno de nuestra historia. Pero estoy contentísimo de poder aprender de ellos. Esto es lo

importante. Y la persona más ignorante o la que se considera tal entre vosotros, la que se siente más incapaz, tímida o frágil, es como una de esas personas que mencionaba antes, tiene la misma tarea, es más, podría tener una tarea más oculta pero igualmente fecunda, en la relación con la gente.

V

Quiero añadir una observación final a esta síntesis, una advertencia sobre la profesionalidad, que me parece necesario aclarar.

Si se considera la profesionalidad como el objetivo de la vida universitaria, es inevitable en mi opinión crear un proyecto: de la presencia alternativa caemos en el proyecto utópico.

La profesionalidad es un fruto que empieza a desarrollarse a partir de tu presencia hoy.

Esto significa, ante todo, que tú afrontas hoy tu estudio, todo lo que estudias, porque tu profesionalidad será proporcional a la capacidad de estudio que tengas hoy. A medida que avanzas en lo concreto del estudio, encuentras algo que te gusta más, que te corresponde cada vez más. A través de esta mayor correspondencia se forma la idea de tu futura profesión. La profesionalidad no llegará mañana, empieza hoy, porque nace de la seriedad en el estudio.

Y todos estos elementos necesitan adquirir una forma, al igual que el corazón necesita un cuerpo.

Lo que da la forma es la conciencia de tu identidad, la conciencia de la unidad con Cristo y de la unidad entre nosotros. Esta conciencia impregna el estudio y en particular lo que más te gusta y te interesa.

El resultado de todo este dinamismo es la creación lenta, con el tiempo, de la figura y del rostro de un adulto cristiano.

El crecimiento de la presencia personal y comunitaria dará forma a la imagen de tu trabajo en el mundo.

* * *

De momento, nosotros no sabemos nada todavía, excepto estas palabras que indican un camino a recorrer juntos, allí donde estemos, dentro de este abrazo profundo que es nuestra unidad, porque somos miembros los unos de los otros.

Estamos empezando un trabajo unitario, como si fuese el trabajo de un solo hombre. Emplearemos un año, dos, tres, no importa, pero lo que hemos dicho es algo grande que debe suceder. Lo que debe suceder no es, ante todo, una «presencia de nuestra comunidad» en la universidad, sino un «corazón nuevo en cada uno de nosotros», tu madurez, hermano; la eclosión o el albor de tu madurez cristiana, de una fe y una pasión

nuevas en ti. La incidencia en la universidad y en la sociedad o la aportación a la Iglesia son consecuencias, que Dios establece según su voluntad al igual que establece los tiempos de la Historia.

Lo que nos interesa es esta humanidad que vive ya en algunos y que no puede dejar de llegar a todos; porque ninguno estaría en paz si uno solo entre nosotros no llegase a ver este escenario nuevo, en donde el panorama del mundo, de uno mismo, de la banalidad cotidiana, del compañero y del amigo es completamente distinto.

Lo presentimos todos aunque sea fragmentariamente: cuando nace el sol, empieza un día nuevo en este mundo, no en el otro. Este presentimiento debe convertirse en una lucha siempre renovada que nunca termina, porque la resistencia que encontramos en la universidad es la objetivación imponente de la misma resistencia que encontramos en nosotros.

¹ Equipe del CLU, mayo de 1976, Rímini.

² Cf. Jn 1,38.

³ A. Marani, «Canto de los redimidos», en Cancionero, op. cit., p. 367.

⁴ Asamblea de responsables del CLU, 30 de septiembre-2 de octubre de 1976, Riccione.

⁵ Cf. Ga 3,26-28.

⁶ Cf. Mt 19,29; Mc 10,29-30.

⁷ Cf. Jn 15,16.

⁸ Ef 4,25.

⁹ Ga 6,15.

¹⁰ St 1,18.

¹¹ Cf. 1 Jn 5,4.

¹² Ga 2,20.

¹³ Flp 3,7-9.

¹⁴ 1 Jn 3,3.

¹⁵ Flp 3,12.

¹⁶ P. Claudel, La anunciación a María, Encuentro, Madrid 1991, p. 159.

¹⁷ Mt 4,18-19.

¹⁸ Jn 1,38-39.

¹⁹ Hch 17,26-28.

²⁰ Se refiere al congreso nacional cuyo lema fue «En las universidades italianas por la liberación», que tuvo lugar en el Palalido de Milán el 31 de marzo de 1973 y al que acudió, junto a los seis mil estudiantes presentes, el senador de la Democracia Cristiana, Aldo Moro.

²¹ Cf. Lc 12,32; Jn 16,33.

²² 1 Jn 5,4.

²³ Cf. Ez 37,1-14.

²⁴ Jn 4,14.

²⁵ Mt 6,33.

²⁶ Cf. 1 Jn 5,4.

²⁷ C. Chieffo, «La guerra», en Cancionero, op. cit., p. 338.

²⁸ Cf. Jn 3,1-15.

²⁹ Ver aquí, nota 24, p. 77.

³⁰ Is 33,21.

³¹ Cf. Lc 12,32; Jn 16,33.

1977

EN LA CONDICIÓN UNIVERSITARIA¹

Después de la Asamblea de responsables de Riccione, la palabra «presencia» entró a formar parte de las conversaciones y del interés de los universitarios. Indicaba un método para afrontar las circunstancias y la propia condición humana, distinto de otro de corte «ideológico», que había impregnado el ambiente universitario de la primera mitad de los años setenta. Resultó evidente que dicha palabra rebasaba los confines del lenguaje cultural y político, y entrañaba una profundidad todavía por descubrir.

Sobre el significado de la «presencia» y de la «condición universitaria» se centró el Equipo que tuvo lugar en Roma en enero de 1977, ampliamente preparado en los meses anteriores. De la síntesis de don Giussani sólo se conservan los apuntes.

Creo que las intervenciones de esta mañana han demostrado que hay una realidad viva, con una potencialidad y una vitalidad reales. No debemos detenernos en los límites más que para entender lo que nos sugieren para alcanzar nuestra meta.

Necesitamos una síntesis, cosa que por naturaleza es provisional, aunque desde luego no lo sea por los criterios últimos que ofrece y las directrices que establece. Me limitaré a señalar los datos que emergen de nuestra situación actual. Pero antes quiero indicar una premisa de conjunto, cuyos criterios no son contingentes.

Premisa

1) Partamos del malestar que señalaba la última intervención. Se aludía a un cierto «intelectualismo» que, además, sirve de «palestra» para la habilidad y los proyectos personales.

El «intelectualismo» consiste en apoyar la presencia en un discurso y una dialéctica. «Cuando todos piensan lo mismo, estamos muertos»: en esto somos hijos de nuestro tiempo, porque, cuando todos piensan lo mismo, la presencia languidece. En efecto, dejamos de vivir y empezamos simplemente a conformarnos.

Para nosotros la «presencia» no coincide con un proyecto, sino con una «elección vocacional», la «elección» de la que habla el Evangelio de san Juan: «No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido»². Por tanto, por nuestra parte,

deberíamos sustituir la palabra «elección» por «reconocimiento». Debemos reconocer que estamos llamados a «una vida».

Ante semejante verdad, hoy acusamos un malestar debido al peligro del intelectualismo y de la ideología, que devalúan y destruyen la potencia del Evento, del Hecho cristiano. Tenemos que advertir este peligro y estar dispuestos a desenmascarar cualquier equívoco.

2) El segundo punto de mi premisa parte de la intervención de Roma. Si eliminamos las iniciativas culturales y políticas, ¿con qué nos quedamos? Éste es nuestro verdadero peligro: desconocemos todavía el sentido profundo de lo que es CL.

Para descubrirlo no basta con entender intelectualmente las palabras que utilizamos. Este descubrimiento es el resultado de una percepción existencial y, por lo tanto, implica a nuestra persona y la desafía. De lo contrario, acabaremos siendo un movimiento de opinión, más que una comunidad cristiana. En la intervención de la comunidad de Brescia se decía que habían empezado a percibir que «la salvación pasa por nosotros»: en términos elementales, ésta es la conciencia del Hecho cristiano, con toda la aparente presunción que encierra y la pobreza real que exige, con toda la ingenuidad que requiere desde el punto de vista de las *humanae sapientiae verba*. Ésta es la conciencia que debe animar nuestras acciones. Nosotros no gastamos nuestros esfuerzos y energías por encontrar una posición ideológica alternativa al PCI o al PSI³, sino que afirmamos algo que ha acontecido a través de nosotros y en nosotros: un acontecimiento, un evento.

«El encuentro coincide con una esperanza para la vida»: cuando alguien nos conoce, ¿encuentra una esperanza para su vida? Al volver sobre afirmaciones de este tipo, nos centramos en lo esencial y podemos intuir el impacto trascendental que esto tiene sobre nuestra vida y sobre el mundo.

Tomar conciencia de la salvación es realmente tomar conciencia de que somos un sujeto distinto de los demás, más humano, un sujeto nuevo no desde el punto de vista ético, político o social, sino por lo que lleva encima, no obstante la resistencia que él mismo experimenta.

La comunidad de Venecia nos invitaba a «vivir arraigados en el Señor». El Señor es un acontecimiento en la Historia; en él hemos sido insertados diría casi «biológicamente», ya que formamos parte de él. Entonces la ética que se deriva de aquí es hacernos eco de la acogida que el Señor nos ha dispensado: «Somos miembros unos de otros»⁴. La memoria de Cristo coincide con la génesis de una humanidad nueva.

«Más que nuestro hacer, se ve interpelado nuestro ser»: aunque esta interpelación no obtenga consecuencias inmediatas, tomamos conciencia de lo que significa ser una

presencia. Por tanto, el verdadero peligro es que se intelectualice la línea de Riccione, que se reduzca a un discurso distinto del anterior, pero discurso al fin y al cabo; como si ser una presencia fuera una alternativa al trabajo cultural y social, y no el significado viviente de este mismo trabajo.

3) Metodológicamente, podemos profundizar en esta premisa dando un paso más. ¿Con qué instrumento contamos para que la provocación de Riccione no se pierda en intelectualismo o ideología, ni avale un intimismo por el cual, tras apartar las actividades culturales y políticas, CL se reduciría a ciertas prácticas comunes de piedad? ¿Cuál es este instrumento?

La intervención de Trieste ha dado en la diana: «Advertimos un peligro: el de considerar CL como un método, más que como una compañía llena de autoridad». No se trata de un método, entendido como una técnica comunitaria que podamos aprender; se trata de «una compañía llena de autoridad». Lo subrayaba también la intervención que vino después: «Nos adherimos a una historia, no a un discurso». Que sea «una compañía llena de autoridad» implica entender que la unidad vale más que tu opinión intelectual, lo cual conlleva una crucifixión del amor propio y de la autonomía, y éste es el punto central de la conversión. La Liturgia hablaba de «buenas obras»; la obra buena es la unidad que rompe cualquier moralismo e ideología.

La unidad no acaba en sí misma. En efecto, nuestra historia, si es historia de una realidad viva, es decir, orgánica, crea ella misma los órganos de la unidad. Lo que nos dañaría no es nuestra resistencia o torpeza; lo único que podría acabar con nosotros es la falta de unidad. Privilegiar la opinión en lugar de la unidad es siempre un error, porque destruye. Privilegiar la unidad en lugar de la opinión particular es siempre oportuno, porque edifica, aunque nos obligue a tener paciencia. El método es una compañía cargada de autoridad, que implica en primer lugar ese origen comunional que caracteriza una amistad vivida, la conciencia de una unidad real.

En último término, la compañía autorizada, que tiene la función de salvar la unidad, se concreta en lo que llamamos la «autoridad». Quien no lo ha aceptado se ha apartado de nuestra compañía. Quien lo ha aceptado, aunque sea a regañadientes, sigue con nosotros.

No pensemos que se pueda desarrollar de manera adecuada la vida de una comunidad sin confrontarnos con el Centro del CLU (véase Glosario en la p. 346); además, sólo así nuestros esfuerzos y sugerencias pueden llegar a las otras comunidades.

He querido insistir en esta premisa porque es demasiado importante. Se ha dicho que «en un sujeto moralista, el bien se corrompe»: un sujeto moralista es el que juzga la realidad desde sus ideas, en lugar de hacerlo desde la contemplación de un evento que le asegura una compañía más grande que él. Éste es el método, pero para llegar a descubrir

el sentido más profundo de CL necesitamos tiempo, porque somos como niños que deben aprender. Debemos aprender esta lección de la historia; pero, para crear una historia, es necesario seguir las directrices que se indican, tratando de identificarnos con las razones. Solamente así se crea y con el tiempo llega a madurar una realidad nueva.

Quiero ahora llamar la atención sobre las categorías más importantes que han salido a la luz en la asamblea:

1) «La comunidad está viva si los demás la pueden encontrar» (intervención de la comunidad de Medicina de Milán). Es evidente que esta observación nos atañe a cada uno, personalmente. Que la comunidad se pueda encontrar depende, en primer lugar, de ti. Es algo muy concreto, que implica que tomes conciencia de ti mismo, que tengas una clara autoconciencia. «Ha llegado el momento de asumir esta conciencia» (intervención de la comunidad de Bari) según las famosas «dimensiones» del cuaderno verde⁵, que todos haríais bien en retomar: cultura, caridad y misión. Esto comporta que se valore también el trabajo cultural, como hacíamos en los primeros años de GS a partir de una conciencia de la unidad, que entonces era muy clara y sencilla, aunque todavía no desarrollada. No somos todavía autoconscientes si, ante una determinada expresión de la mentalidad mundana, no asumimos una posición crítica auténtica, es decir, capaz de dar un juicio. En este sentido, una comunidad se puede encontrar en la medida en que vive una memoria objetiva: nuestras relaciones son el fruto de la conciencia del misterio de Cristo que está entre nosotros. Esto genera un sujeto libre, atrevido, porque sabe que la fe es la victoria que vence al mundo. Este atrevimiento no consiste en pisotear a los demás, sino en valorar todo lo bueno que hay en ellos y apartar decididamente la mentira.

2) Ahora, a partir de un indicio muy sintomático, señalo una segunda categoría: «Hoy, el movimiento coincide con mi vida» (intervención de la comunidad de Macerata). Un amigo nuestro, que trabaja como mecánico, dijo que cuando acusaban a CL en su fábrica, él respondía: «CL soy yo, ¿qué tienes que decir sobre mí?». El movimiento coincide con la persona consciente del significado de su vida. Entonces se comprende muy bien que este obrero es una presencia y, por eso, genera comunidad.

La intervención de la facultad de Macerata añadía: «Uno decide convocar una asamblea de trabajo sin que se lo mande la comunidad». Así nace el Movimiento Popular (véase Glosario en la p. 346), porque un movimiento popular crece a medida que madura la persona, a medida que se convierte en una presencia activa en su ambiente. Todo en ella habla de la comunidad cristiana, pero la iniciativa y la responsabilidad de la obra es totalmente suya. La persona tiende a verificar en formas concretas los criterios que aprende como un discípulo atento, según un seguimiento que no abandonará a lo

largo de su vida, según un amor, una capacidad de sacrificio y de mortificación en beneficio de la unidad a la que pertenece; pero la obra, que hace a partir de estos criterios, es suya.

La comunidad universitaria se expresa en una determinada facultad como comunidad de ambiente, porque sería equívoco que un determinado grupo llevase a cabo una iniciativa prescindiendo del resto, cuando CL estuviese implicado en ello. Aunque es necesario tener en cuenta niveles distintos; por ejemplo, los representantes en los órganos universitarios se encuentran en una situación evidentemente distinta. Profundizaremos en esta distinción con el tiempo, pero es indudable que ya existen criterios para que puedan actuar con total responsabilidad.

En este sentido, las personas elegidas para los órganos universitarios, como expresión de los Católicos Populares (véase Glosario en la p. 345) o de la acción política concreta, deben tener el gusto suficiente para poder idear y realizar algo que sirva a la situación específica de la Universidad italiana o a determinadas cuestiones o personas. No importa si nos movemos todavía en tierra de nadie, lo que importa es que seamos conscientes de estos niveles distintos que el concepto de persona impone.

3) La apertura a los cristianos. La apertura propia del Hecho cristiano es la valoración de los carismas de los demás, según las coordenadas que ha puesto de manifiesto la intervención de la comunidad de Nápoles:

- a) claridad de propuesta del Hecho cristiano: anuncio;
- b) magnanimidad a la hora de intuir y valorar los carismas y la capacidad de personas que no pertenecen a nuestra comunidad;
- c) reclamo y confrontación sobre contenidos concretos (didáctica, relación con los profesores, etc.).

4) La consecuencia de esta personalidad renovada y, por tanto, de esta comunidad continuamente regenerada, es un gusto nuevo por el estudio y por las actividades que llevamos a cabo en la universidad. Decía la intervención de Roma: «La comunidad es, por tanto, el lugar en el que cada uno de nosotros es educado para ser «presencia», es decir, para tener una capacidad autónoma de generar una esperanza en las personas con las que se encuentra. De este modo ha nacido un interés cultural que no se había suscitado a pesar de todos los reclamos anteriores». En efecto, a medida que se ahonda en lo esencial, crece lo específico, como crece la rama en una planta de raíces profundas.

5) La última consideración nos la ofrece la intervención de la comunidad de Sassari, a propósito de la Ley 183 que afecta a las universidades del Sur de Italia. Esta intervención especifica lo que ya se ha dicho en el punto 2: una personalidad que madura sabe asumir

con responsabilidad y creatividad, en un nivel distinto al de la comunidad, los problemas y las necesidades objetivas de la situación en la que vive, interviniendo (aunque sea sola) para crear formas que contribuyan a una convivencia social y civil más justa.

¹ *Equipe* del CLU, 8-9 de enero de 1977, Roma.

² Jn 15,16.

³ Partido Comunista Italiano y Partido Socialista Italiano.

⁴ Ef 4,25.

⁵ L. Giussani, G.S. *Riflessioni sopra un'esperienza*, pro manuscrito, Milán 1959; publicado de nuevo en L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, pp. 13-55.

UNA PRESENCIA DE VIDA¹

Los hechos acaecidos el 11 de marzo de 1977 en Bolonia —enfrentamientos callejeros tras la irrupción de extraparlamentarios en una asamblea de universitarios y la consiguiente intervención de la policía, en el curso de la cual murió un estudiante de Lotta Continua (formación extraparlamentaria de orientación comunista revolucionaria, ndt)— afectaron a todas las comunidades del CLU. Una de las consecuencias de las amenazas sufridas fue la anulación de los Tres días de Pascua (convivencias de tres días que bachilleres y universitarios celebraban desde los orígenes del movimiento de CL, ndt), que hasta entonces todas las comunidades habían celebrado siempre en Rímini. Las comunidades de Milán y del norte de Italia se reunieron para celebrar el Jueves Santo en la Cartuja de Pavía y el Vía Crucis en el Santuario de Caravaggio, dando inicio a una tradición que perdura hasta hoy.

Las dificultades y los problemas de la vida de las comunidades se abordaron en el Equipo que se celebró en Bolonia en abril de aquel año. Don Giussani realizó una síntesis del encuentro de la que nos han llegado estos apuntes.

Vuestras intervenciones han puesto de manifiesto dos errores. El primero es una especie de «individualismo» a la hora de retomar el camino, lo cual, desde el punto de vista formativo, lleva al espiritualismo, al sentimentalismo, al intimismo y, desde el punto de vista operativo, a dar un peso excesivo al rol que se desempeña.

El segundo error que habéis subrayado agrava el primero, pero, dado el acierto con que lo habéis formulado, es sin duda el más grave: vivimos apartados de la circunstancia concreta. Leo un extracto muy interesante de la comunidad de Perugia: «Es como si habitualmente cada uno viviese en una especie de tran tran, y se despertase de sopetón agobiado cuando suceden hechos clamorosos, como los de Roma o Bolonia. Entonces, un tanto desconcertados, nos preocupamos por saber cuál es el discurso del movimiento sobre lo sucedido, para poder repetirlo». Deberíamos aprender de memoria este texto.

Ante cualquier suceso, la posición que asumimos debe nacer de nuestra presencia; si nuestra presencia es pequeña, la reacción será insegura o tímida, conforme a nuestra limitación; pero, aunque sea pequeña, encierra una positividad. Es limitada, pero

contiene algo positivo.

En cambio, decir: «Suspendamos nuestro juicio, a la espera de lo que diga el movimiento» quiere decir que uno está fuera, que no está dentro. Cuando nuestro organismo sufre un ataque violento, no dice: «Esperemos a que venga el médico», sino que contraataca con los anticuerpos que tiene, porque es un cuerpo vivo, un cuerpo que tiene una unidad. Llevamos dentro los anticuerpos, llevamos en nuestro interior la antitoxina. Es necesario actuar en cuanto aparece el veneno, pues, en caso contrario, quiere decir que no hay vida, que se trata tan sólo de un discurso farisaico que nos hemos atado a la cabeza². Por eso resulta muy justa esta afirmación de la comunidad de Pavía: «Para la mayoría de nosotros la situación concreta es algo ajeno, ante lo cual nuestra fe no reacciona [si es así quiere decir que no hay fe]. A menudo vivimos la situación concreta como algo de lo que huir cuanto antes»: es decir, un óbolo debido a la condición universitaria, un peaje que debemos pagar y no el instrumento principal mediante el cual el Padre nos llama por un camino muy concreto (después del Sacramento, el instrumento principal es el ámbito en el que Dios te ha puesto). Los «signos de los tiempos»³, de los que Juan XXIII habló primero y que ahora están en boca de todos, no son las interpretaciones que los cristianos por el socialismo dan de la sociedad; son inclinaciones, necesidades y factores objetivos que conforman una situación y la determinan; ante ello debe reaccionar nuestra fe.

El riesgo que de esto deriva, han dicho nuestros amigos de Bari, es «vivir la comunidad como lugar de refugio y acomodo». La mayoría de nuestra gente, incluidas las diaconías (véase Glosario en la p. 346), corre el riesgo de vivir la comunidad como solución a su necesidad de relaciones o convivencia social.

Como dice justamente la comunidad de Catania, «nos distanciamos de las situaciones concretas y así disminuye nuestro afecto por ellas». Si no abrazáis las situaciones en las que Dios os llama, tampoco abrazareis de verdad a vuestra mujer, porque estar presentes ante una situación es exactamente el modo, el camino concreto con el que el Padre os educa para que, en su momento, sepáis abrazar a vuestra mujer, a vuestros hijos, a las demás personas que os rodearán. Identificarse con lo que acabo de decir no es automático, no sucede como un *deus ex machina*; hay que educarse en ello, porque todo lo que es verdaderamente humano es fruto de una educación.

Por tanto, entregarnos a la vida de la comunidad no es dar una limosna debida a los responsables de la comunidad. Es el modo en que construyes tu fisonomía madura, que dará forma a la relación con tu mujer y tus hijos. Las personas autosuficientes, que no se dejan vincular a nada, que no concretan su vida en nada, que huyen siempre, son la fuente de todos los lamentos.

Por último, este extracto de la intervención de Cagliari: «Entonces hemos empezado a hablar de la presencia y de la comunidad de base, como si fuera posible aclararse a fuerza de explicaciones y discusiones, como si el acontecimiento fuera fruto de análisis teóricos o consecuencias lógicas. En lugar de ser una comunión que crea un espacio humano, nuestras relaciones tienden a apartarnos de la situación concreta, como si la condición universitaria no tuviese que ver con nosotros y con nuestras relaciones. Esto ha producido un cierto alejamiento de la universidad, confiando la presencia y la misión sólo a determinados gestos. Estos gestos existen, desde luego: la entrega de manifiestos, la venta del periódico, la reacción a las iniciativas de otros. Pero nosotros ¿estamos presentes en la universidad?».

Imaginad que nuestra presencia en la universidad se limitara únicamente a ciertos «gestos», como si fueran unos brazos separados del cuerpo que exhiben en alto periódicos, o manos que reparten panfletos: miembros arrancados de un organismo, de una presencia humana. ¡Sería grotesco! Pues bien, nuestra posición en la universidad es un tanto grotesca, es grotesca con respecto a nuestras intenciones. No lo es para los demás, para los que la actividad política, la praxis, lo es todo; para ellos, la praxis constituye al sujeto.

Si estos dos errores —el individualismo y el apartarnos de la vida concreta— impiden una auténtica vida de comunidad, ¿cuál es el problema central? Lo apunta la diaconía de Parma: «Seguíamos repitiendo cosas justas, pero sin testimoniar cómo se pueden convertir en un camino viable para cualquiera». Sólo hay un discurso, sin el testimonio del «cómo», sin un testimonio que muestre un camino posible para cualquiera. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el problema principal son los responsables.

El problema principal del CLU coincide con el del movimiento. Ya lo dije en octubre, y tal vez el año que viene se tomará en serio. Hace falta siempre un año para que se vea que lo que digo es cierto.

El problema del CLU son los responsables: no es algo obvio, pues para ellos la culpa es de la comunidad, es de los demás.

Así, se corre el riesgo de desatender la espera y la vivacidad que se perciben en muchos lugares, especialmente entre los estudiantes de primero.

Si éste es el problema, antes de fijarnos en aspectos más secundarios aunque también importantes —ya que toda la estructura de la comunidad depende de cómo se vive la responsabilidad; los responsables guían la asamblea permanente, influyen en cómo se concibe y se vive la comunidad—, quisiera profundizar en dos puntos.

1) Demasiado a menudo, los responsables viven su tarea como «funcionarios».

Comunidad de Trieste: «No podemos pensar que se crea una presencia a fuerza de

indicaciones que, además, se acatan por moralismo o quejándose. El problema es que se valore y se siga lo que existe; y lo que existe son personas».

La clave está en indicar lo que hay que seguir: personas que, por su manera de vivir, señalan un camino para todos y ofrecen determinados criterios. Es extraño, pero el pecado original y el naturalismo están siempre al acecho, «como león rugiente, buscando a quién devorar», como escribe san Pedro a los primeros cristianos⁴. Porque si hay algo original en nuestro movimiento, es la definición de «autoridad» en términos de experiencia (hasta tal punto, que todavía nos acusan por esto).

Se reconoce la autoridad en una persona que te hace vivir más la vida cristiana.

La primera observación es que nuestros responsables no son así, no son una autoridad que favorezca esto; son autoridad porque son funcionarios, juegan un determinado papel. Es lo primero que debe tenerse presente; no para reprochar a nadie, sino para desear una conversión. A propósito de la Escuela de comunidad, nuestros amigos de Parma identifican muy bien dónde está el problema. Dicen: «Como responsables nos hemos preocupado más de meter todo con calzador dentro de algunas categorías del texto, que de comprobar que fueran verdaderas para nosotros», y así poderlas comunicar luego a los demás. «La Escuela de comunidad corre el riesgo de ser el instrumento de una comunidad teórica» —se trata de una definición perfecta de nuestra situación— «donde se describe lo que uno tendría que ser». Resulta muy interesante desde el punto de vista pedagógico esta observación sobre la Escuela de comunidad.

Actualmente, la Escuela de comunidad es un instrumento de una comunidad teórica, donde se describe lo que uno tendría que ser o lo que debería hacer, en vez de valorar su realidad concreta, para que salga a la luz lo que cada uno es y así pueda crecer en su situación concreta.

2) Una unidad de la diaconía que no sea formal. Éste es el indicio más tremendo y el que tiene mayores consecuencias. Aunque un diácono sea una persona muy capaz, incluso en el sentido que hemos dicho antes, esto es, aunque sea una presencia en su ambiente, si no vive en función de la unidad de la diaconía, si no tiende de corazón a esta unidad con la diaconía, es mejor que no esté. Porque hace daño, divide, deshace la comunidad; como mucho vincula a la gente a sí mismo, en virtud del aprecio que le tienen, pero no le aportará nada. Han dicho los amigos de Perugia: «La verdadera mortificación parte ante todo de la atención mutua en nombre del valor objetivo de la comunidad, en nombre del acontecimiento que nos reúne, en nombre de Cristo que está entre nosotros, privilegiando la unidad sobre la opinión intelectual que tengas».

«Privilegiar la unidad sobre la opinión» es una fórmula que tiene un valor absoluto. No tiene exceptio, no contempla excepciones; desde un punto de vista ideal, no tiene

excepciones. Entonces, la consecuencia es una unidad muy concreta con el CLU. Es decir, una unidad con todo el CLU que no sea abstracta. La comunidad de Parma ha señalado este peligro a la hora de concebir la unidad: «El punto de referencia para la mayoría del CLU es el discurso que se hace en el CLU». ¡Fijaos si hay un aspecto más contradictorio con nuestro temperamento, con el temperamento de nuestro movimiento! Seguir la guía del CLU no es seguir su discurso, sino secundar las indicaciones de la vida del CLU. Las indicaciones del Centro del CLU son las que expresan nuestra vida, nuestra estructura, nuestra presencia, no son simples palabras. «El punto de referencia para la mayoría del CLU es el discurso que se hace en el CLU, más que la unidad concreta que alcanza a la persona». El responsable debe sentirse personalmente unido a todo el CLU. A este respecto, es significativo que nadie haya visto ni comentado la premisa a la síntesis del último Equipo central⁵, que hacía referencia a la unidad de los responsables. Se ha dado por descontado; ni siquiera os habéis percatado. Pero, por favor, recordad que no son nuestra actividad ni nuestra inteligencia las que forjan nuestro futuro, sino nuestra unidad.

Y la unidad no es estar de acuerdo con lo que te agrada a ti.

La única alusión a esto procedía de los amigos de Parma: «No podíamos seguir pidiendo a los demás que siguieran, si primero la diaconía no vivía la obediencia al movimiento». Porque, si tú no tienes este espíritu de obediencia al movimiento, no lo puedes pretender de los demás, pues sólo conseguirás hacer de ellos soldaditos de plomo.

Pues bien, si el problema crucial son los responsables —con los tres aspectos que acabo de señalar: que no sean funcionarios, la unidad de la diaconía y la unidad con el movimiento—, añado ahora tres corolarios, que permiten que las cosas cambien.

a) La asamblea permanente.

Antes he dicho, leído y repetido, la observación referente a que la asamblea se convierte en algo abstracto, en un discurso sobre lo que cada uno debería ser o sobre lo que debería ocurrir. Las categorías dan lugar a los discursos. En muchas de las intervenciones que habéis enviado se ve que vuestro juicio sobre la asamblea permanente es que es un momento formal y abstracto. Como dice la comunidad de Bari: «La concebimos como un factor aparte, un motivo de lejana inspiración y no como un juicio de fe sobre la existencia», es decir, sobre la presencia. En este sentido, el ambiente es esencial para la definición de la experiencia personal.

b) Se advierte claramente la necesidad de una experiencia y un juicio común, la necesidad de poner en común la experiencia y de enjuiciarla. ¿Cómo puede ser que, teniendo esta necesidad, seamos tan formales luego en la práctica? El segundo corolario

indica tal vez la raíz de la respuesta a esta pregunta: la asamblea permanente es abstracta porque nuestra presencia en el ambiente es formal.

¿Qué quiere decir que «nuestra presencia es formal»? Formal es una presencia que nace de un esquema y, por tanto, deja de ser presencia; quedan tan sólo gestos separados de un cuerpo vivo, gestos que no proceden de un organismo viviente. Nuestra presencia nace de un esquema: hay que hacer esto, lo otro, es decir, un conjunto de iniciativas. También resulta esquemática la forma de invitar a los compañeros, de tal modo que se les invita a los Tres días de Pascua y luego se les olvida; más aún, se les abandona ya durante esos tres días.

Sin embargo, de la conciencia, de la implicación y del riesgo que asume la persona brota una presencia que no es formal: la presencia en el ambiente es un problema que afecta a tu persona. No lo haces por interesarte por los demás; lo haces por Cristo, lo haces si Cristo tiene que ver con tu persona. El verdadero problema es un modo formal de vivir la fe. Vivimos en una época en la que la fe se reduce a puro formalismo. Todo lo que en teoría debería ofrecer un ejemplo distinto, acaba sin embargo confirmándolo: autoridad, asociaciones católicas, forma de moverse en la Iglesia, en la parroquia, en la diócesis, en el país. Falta la conciencia de que «mi vida es Cristo», lo cual tiene que ver con el mundo entero, y, por lo tanto, falta la conciencia de que el mundo tiene que ver con mi vida.

Ahora bien, lo que preserva de la formalidad y, al mismo tiempo, demuestra que nuestra fe no es formal, es la unidad que vivimos. Es llamativo que siempre debamos recurrir a esta palabra que señala el gran signo de Dios, el gran milagro: la estima por la unidad, por todo el alcance que tiene para la experiencia personal. La unidad entre nosotros no afecta sólo a algunas cosas que tú sientes o haces, sino a la totalidad de lo que eres y haces. Todo lo que sientes y haces es inmanente a la unidad.

c) El tercer y último corolario es la ausencia, de nuevo, de un organismo cultural.

Hace veinte años, cuando citábamos algunos pasajes de Péguy, Claudel y Leopardi, hacíamos presente una cultura cristiana en los institutos de nuestras ciudades. Ahora hemos dejado de hacerlo. No somos una presencia cultural en el ambiente universitario. Y no es una cuestión de cantidad, sino de un tipo de vida nueva. Una presencia formal es incapaz de cultura, porque, al igual que la humedad surge de la tierra en ciertas condiciones, así la cultura, por su propia naturaleza, es como un haz de luz, como un calor que brota de un cuerpo vivo. Los aspectos esenciales de la cultura, recordémoslo, son tres:

- el juicio;
- el gusto, la estética; la vibración estética que es inmanente al juicio cultural, pues de

lo contrario éste no existe;

— la tensión a reorientar las cosas en el sentido que indica el juicio.

Este último tema es justamente lo contrario del error que hemos cometido hasta ahora. Hemos considerado la cultura —presencia cultural, seminarios, cursos alternativos, toma de posición ante lo que dicen los otros— como un conjunto de expresiones fragmentadas, separadas de un cuerpo. Pero ha llegado el momento del rescate, de plantearnos una verdadera dimensión cultural, la resurrección de la dimensión cultural que nos obliga a medirnos con la vida entera. La cultura actúa como argumento protector de los cimientos de la experiencia, porque emerge únicamente si se reconstruyen las raíces más hondas (por eso lo señalo como corolario).

Pero el problema central son los responsables, que reducen la experiencia a discurso, la presencia a un formalismo y a un esquema, que con su ejemplo no valoran la unidad y, sobre todo, que no saben qué es la cultura que —como sabiamente la define san Pablo— es un sentimiento, una intuición, una concepción de la vida⁶. Por tanto, nos hallamos realmente en el momento del rescate o, por decirlo con palabras cristianas, en un momento de resurrección.

¹ *Equipe* del CLU, 29-30 de abril de 1977, Índice di San Lazzaro (BO).

² Cf. Dt 6,8; 11,18.

³ Cf. Juan XXIII, carta encíclica *Pacem in terris*, I, 21-25.

⁴ Cf. 1 P 5,8.

⁵ Se refiere a la síntesis de Giussani en el *Equipe* del CLU celebrado en Roma los días 8 y 9 de enero de 1977. Véase aquí pp. 91-98.

⁶ Cf. 1 Cor 2,1-16.

LA FUERZA DE UNA PROPUESTA¹

Entre los factores de la condición universitaria, ocupan un lugar destacado el estudio y la cultura. En los primeros años del CLU, estos aspectos se habían concebido como un conjunto de actividades e iniciativas que se desarrollaban bajo el nombre de «trabajo cultural».

Sin embargo, estas iniciativas habían mostrado sus límites, ya sea por la pretensión que encerraban como por el riesgo de constituir «alternativas» ficticias, inconsistentes. Por otro lado, la perspectiva de la «presencia» exigía considerar estos factores de la vida universitaria bajo una luz nueva, más ligada a la dimensión de la persona y de su relación con la realidad.

Acompañado de una documentación preparatoria, el tema fue afrontado en el Equipo que se celebró en Milán en junio de 1977, del que nos han llegado los apuntes de la introducción y de la síntesis de la asamblea.

Introducción

El problema de la cultura es el problema del método de la comunidad. Abordar el tema de la cultura tiene como primer efecto una revisión radical de la fisonomía de la comunidad, un cambio en la concepción del movimiento y una recuperación radical del valor de nuestra experiencia.

Para unos estudiantes universitarios, tomar como punto de partida la dimensión cultural no es algo casual: significa partir de lo que es esencial al interés del momento y de la experiencia que se vive, porque la vida universitaria se caracteriza principalmente por el interés cultural.

¿Qué es la cultura? La cultura es la conciencia crítica y sistemática de una presencia dentro de la realidad.

En este sentido, la clave a la hora de reflexionar sobre la cultura, previa a cualquier interés y expresión cultural, es la presencia.

Pero ¿qué es la presencia? En el sentido real del término, ser una presencia significa

eminentemente realizar una actividad. Se puede definir una presencia como la fuerza de una propuesta, tome ésta la forma que tome. Puede hacerlo como contestación o rebelión, como corrección o dictado, como tema sugerido o solución ofrecida; pero, asuma la forma que asuma, una presencia se identifica siempre por la fuerza de una propuesta.

Una presencia que coincida con una propuesta fuerte es, por tanto, un acontecimiento. Es acontecimiento una circunstancia humana e histórica que tiene una dignidad, pues no todas las circunstancias son acontecimiento. La circunstancia histórica llega a ser acontecimiento cuando se convierte en una propuesta para la vida y la desafía, la contesta, la corrige, la sostiene y la abre al futuro. Por tanto, una presencia coincide con la fuerza de una propuesta que se convierte en acontecimiento para la persona y para el ambiente que la rodea. Y, como tal, abre al futuro. Todo lo que no abre al futuro no es acontecimiento, al igual que lo que no conlleva una propuesta no es una presencia real.

Presencia, por tanto, coincide con la fuerza de una propuesta. ¿Qué tipo de propuesta? Para nosotros se trata de la propuesta cristiana. Pero para comprender la propuesta cristiana debemos responder a estas tres preguntas:

- 1) ¿De dónde proviene la fuerza de la propuesta cristiana?
- 2) ¿Qué fisonomía asume la persona que es y hace esta propuesta en el ambiente?
- 3) Los que reciben esta propuesta, ¿qué deben hacer para verificarla, es decir, para asumirla si es justa o para contestarla si es errónea?

La respuesta a estas tres preguntas establece el valor y la consistencia de cualquier comunidad nuestra.

Una advertencia importante: el problema clave del CLU es la presencia. Todos los grupos de estudio, las asambleas de curso y los cursos alternativos no harán que nuestro quehacer se convierta en historia, ni harán de nosotros factores de la historia. Lo que nos convierte en factores de la historia es la presencia. Caer en la cuenta de esta presencia y de sus factores constitutivos es lo único que nos permitirá recuperar la intuición original y la génesis del movimiento, de la que nos hemos alejado desde hace al menos diez años. De este modo, la respuesta a las tres preguntas indica los tres factores constitutivos de nuestra típica experiencia y, por tanto, de una presencia que hace historia. Vosotros no conserváis la memoria de esta historia porque habéis vivido una etapa (a partir de los años setenta) donde otra preocupación ha alejado la mirada y el corazón de la preocupación genética central, desembocando en un activismo. Pero ¿sabéis dónde crece el movimiento? Allí donde se propone el anuncio inicial. Por el contrario, allí donde el movimiento pierde su ímpetu inicial decae y se esclerotiza. Lo que significa que el contenido del anuncio es justo (tanto que despierta la espera del hombre), mientras que la línea educativa no se sostiene, porque no mantiene ni desarrolla el inicio.

Éste es el problema del CLU: en la actualidad, el CLU recibe del CLE chicos que son el primer resultado de un error de comunión y, desde el CLU, llega a la vida social un adulto que no está formado ni centrado. El CLU debe recuperar y corregir el resultado del CLE para poder así generar un tipo de adulto que, volviendo al comienzo del ciclo de la vida, emprenda una educación de los pequeños que haga menos trabajosa la labor en los otros niveles. En este momento, el CLU es el punto donde se debe producir el rescate, la salvación de lo que es el movimiento. Y, para que esto suceda, la cuestión más radical y decisiva es la presencia.

Indicamos a continuación los factores que constituyen la originalidad de nuestra presencia.

1) La fuerza de una propuesta en el presente deriva del pasado; la fuerza del presente viene de una riqueza del pasado. Esto, que es verdad siempre (no en vano el cristianismo ilumina una estructura universal), significa en términos cristianos que nuestra fuerza brota de un hecho del pasado: Jesucristo.

2) La fuerza de una propuesta en el ambiente asume los rasgos de una autoridad. La fuerza de una propuesta tiene valor de autoridad, lo cual quiere decir que indica de qué manera puede cumplirse la vida.

Esta propuesta fuerte supone una autoridad para el ambiente en el que vive, en cuanto que es un lugar donde lo humano se cumple. La categoría crítica suprema es la unidad. Unidad de la persona, de las relaciones, unidad en la percepción de la realidad, en la imaginación del futuro.

3) ¿Qué se debe hacer para poder verificar la fuerza de la propuesta, entrar en relación con la riqueza del pasado y experimentar el cumplimiento de lo humano, del presente? Hace falta seguir. Lo decía un cuaderno de hace veinte años: «Caminar en la experiencia de Cristo como aquel que aclara todas las cosas». Seguir es caminar en el acontecimiento de Cristo. Es decir, vivir toda la problemática de la vida a la luz de la propuesta cristiana, comparar todo lo que estimula, interesa y determina a la persona, con la propuesta que nos hace la comunidad cristiana. Porque la propuesta no nos llega desde las nubes, sino desde una realidad presente, donde el valor del pasado se comprueba en una experiencia de plenitud humana y esto se comunica a los demás. Seguir consiste en comparar toda la problemática de la propia vida con esta autoridad que tiene la propuesta cristiana.

Veamos algunas notas explicativas.

¿De qué autoridad estamos hablando? Hablamos del movimiento. Antes de desarrollar una interpretación histórica que explique cómo hemos podido literalmente perder el rumbo, quiero indicar la alternativa a lo que hemos definido esta tarde.

a) La alternativa es un punto de vista particular, un proyecto del presente que no tiene raíces; la alternativa a la riqueza del pasado es un punto de vista particular que pretende abarcar toda la realidad.

b) Este punto de vista particular opone a la palabra autoridad-como-movimiento, es decir, como acontecimiento lleno de autoridad, la autoridad-como-personaje. Nuestro movimiento ha estado determinado en estos años por ciertos personajes: sacerdotes, jefes de la diaconía, responsables de este sector o de esta iniciativa, etc. Es evidente que el movimiento se articula en personas que lo encarnan y lo representan como guías: es el concepto de autoridad en sentido estricto. Pero la característica de la autoridad en sentido estricto es que la conciencia, el sentimiento y la concepción que tiene de sí misma, están en función de la unidad del movimiento. Por el contrario, el personaje está en función de sí mismo, de su pensamiento, de su diagnóstico, de su propuesta, de su interés.

La autoridad que está en función del movimiento encuentra su riqueza, o la metodología que se la asegura, en su experiencia de la tradición, en la unidad del movimiento, mientras que el personaje extrae su riqueza de su percepción parcial, de su interpretación.

c) De este modo, en vez de seguir y, por tanto, de realizar una verificación personal, muchos van detrás de estos personajes como borregos, dando lugar a un colectivismo o asociacionismo. Es lo que salta a la vista en quienes siguen a un «personaje» y no a una autoridad. Quien sigue a la autoridad comparte su experiencia; los que siguen a un determinado personaje dependen de él, son unos militantes, una masa o unos individuos que van detrás, pero que no siguen de verdad, porque seguir es un acto libre de la persona. Autoridad es quien tiene la recta conciencia de estar en función del todo. Actualmente, es más habitual seguir a los personajes que destacan en lugar de a la autoridad tal y como la hemos definido hasta ahora.

¿Cuál es el origen histórico de esta situación? El origen está en haber dado por descontada en estos años la comunión, y habernos dedicado a la «liberación». Dedicándonos a la «liberación», ha prevalecido la problemática y la mentalidad mundana, hemos asumido las categorías del mundo como criterios de juicio, de valoración, de proyecto y de acción.

El trabajo de estos últimos dos años se ha centrado en privilegiar la palabra «comunión» respecto a la palabra «liberación», en centrar de nuevo correctamente la fórmula que nos define. La liberación (en todos los sentidos: cultural, social, político) es la consecuencia de la comunión: «El que me sigue tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí en la tierra»². Para obtener el ciento por uno en la tierra debemos seguir. Lo hemos dado por supuesto, y hemos buscado el ciento por uno como fruto de nuestras

manos. Para la gran mayoría del movimiento, en estos años, la creación de una nueva sociedad no partía del hecho de que la sociedad nueva ya existe: es la que nos viene de la tradición cristiana, la que nosotros deberíamos hacer presente con toda su autoridad, es decir, convertir en una propuesta llena de significado para la vida de todos.

Nuestro problema es tomar conciencia de que somos ya una presencia en la realidad. Sólo si recuperamos este rasgo de nuestra experiencia, llegaremos a ser culturalmente incidentes, porque la dimensión cultural deriva de una concepción nueva de lo humano, de uno mismo y del mundo que nos rodea.

Síntesis

Premisa

Nuestros amigos de Cosenza han escrito: «No teníamos poder ninguno, sino el deseo de vivir la fe». Según el planteamiento de nuestra experiencia, todo lo que no sabe valorar incluso lo que es pequeño y pobre, es equivocado. Nuestra concepción de presencia implica que sea posible para todos; incluso que tres personas, que se hallan en una situación difícil y complicada, puedan vivir y dar fruto con el tiempo. Una realidad nueva, una amistad arraigada en la pertenencia a un pueblo se hace presente, en un momento dado, en una determinada situación y desarrolla su dimensión cultural, social y misionera. Ahora bien, este acontecimiento se da en la persona. Uno puede estar en primera fila en las batallas universitarias y en las asambleas, en las iniciativas del movimiento, sin que esto haga mella en él. Podemos ser «militantes» de una lucha cultural, tal vez la más feroz, pero, hasta que la persona no experimenta un cambio, no se produce novedad ni presencia cristiana alguna. Tomar en serio estas preocupaciones significa superar el hiato —como han subrayado justamente los amigos de Bolonia— entre catequesis y vida. Nuestra catequesis es la Escuela de comunidad: desde el Equipo de Rímini de 1975, nuestra indicación para la vida del CLU no ha sido más que la de la Escuela de comunidad. Nosotros queremos aplicar la Escuela de comunidad, pero ¡atención!: se puede aplicar de forma intelectualista, punto por punto, sin comprender el mensaje.

El problema es vivir la catequesis verdaderamente.

1) ¿Cuál es la preocupación central de estos dos años y el valor fundamental de todas las Escuelas de comunidad? La relación con Dios pasa a través del hombre, es decir, a través de una forma histórica. ¿Qué significa para Abrahán la alianza con Dios? ¿Quién es Jesucristo? ¿Qué es la Iglesia? ¿Qué es el movimiento? Desde la fragilidad de su naturaleza efímera, el movimiento es el instrumento sin el cual el acontecimiento de

Cristo y la Iglesia, del Misterio que se ha revelado en un hombre, no tendría incidencia alguna en nuestra vida; sin él, la alianza de Dios con el hombre se quedaría como un ultrasonido imperceptible a nuestros oídos, ocupados en otros asuntos.

Si fuese de otro modo, no estaríamos aquí. Estamos aquí porque el movimiento ha sido el instrumento que nos ha hecho retomar en serio nuestro camino de fe, es decir, que ha favorecido una comprensión más madura de la fe. La relación con Dios pasa a través de una forma histórica: esto es lo más importante. Por tanto, o utilizamos el cristianismo como un pretexto para ir a lo nuestro, o bien en esta fórmula nos jugamos todo. El problema no es ajustar la teoría, sino asumir la forma histórica que hemos encontrado como nuestra mayor riqueza, nuestra patria, como el ámbito en el que se alimenta nuestra esperanza y se hace verdadera nuestra vida.

2) Esta forma histórica provisional (cuya consistencia está por entero en remitirse a la Iglesia) es la unidad del movimiento, no la interpretación de ésta o aquella comunidad, de un personaje u otro.

La unidad del movimiento es un hecho sumamente concreto, en el que el término autoridad asume su verdadero significado y su importancia decisiva. El movimiento es el significado existencial de nuestra persona, y esta forma histórica se convierte en un acontecimiento personal mediante el seguimiento.

No podemos seguir engañándonos, tratando de hacer pasar por adhesión al movimiento lo que queremos nosotros. Debemos seguir en todo, identificarnos con una realidad viva, con el movimiento, con sus referencias y la vida que despierta.

3) Tú llevas en ti esta dimensión del acontecimiento que es su forma histórica: ¿Cómo es posible que no comprendas que el acontecimiento en tu facultad es nuestra comunión? Esto es lo que llama la atención, lo que se reconoce como un sujeto activo; nuestra comunión es el sujeto más completo de las obras que realiza cada uno, pues en ella la persona encuentra su expresión, su alimento y su sustento. Ninguno de los deberes que tiene cada uno queda relegado al olvido —el estudio, las clases, los problemas de los jóvenes—; es más, todos los aspectos de la vida son valorados, potenciados, vividos a fondo. ¡Pensad en cómo nos ayudaríamos en todo lo que hacemos si en todas las comunidades viviésemos el acontecimiento de nuestra comunión!

4) Quiero recordar cómo se convierte nuestra vida en una aventura. Si somos un acontecimiento que toca a la persona, entonces la vida personal es una aventura que se despliega en tres momentos:

a) El momento de la fe. Es el momento del encuentro con el movimiento, cuando somos llamados de nuevo a la fe, cuando nos topamos con una realidad nueva, con una

tradición, con un mensaje tan objetivo que supera las fuerzas y las capacidades humanas mediante las cuales se nos presenta. El encuentro puede ser con una persona, con una asamblea en la que se participa, puede ser todo, incluso la cosa más simple.

El primer factor, por tanto, es el momento de la fe; por consiguiente, lo que hace de la vida cristiana una aventura es profundizar en la fe. Esto sucede siguiendo, en la relación con la autoridad. Autoridad es una persona que se concibe y actúa en función de la totalidad del movimiento. Lo que tiene carácter de autoridad, en efecto, es la unidad del movimiento. Seguimos la unidad de toda la comunidad, no las relaciones individuales con ésta u otra persona, como está de moda, de manera que la dirección espiritual o la relación con uno de estos «personajes» suplanta el nexo con la unidad de todo el movimiento. La autoridad está en función de la totalidad del movimiento: uno es autoridad cuando al hablar, discutir, juzgar y actuar tiene presente nuestra unidad, la vive como una dimensión propia y quiere seguir las indicaciones comunes.

b) ¿Para qué se nos da la fe? La fe se nos da para la misión. Para esto hemos sido llamados. Tenemos una tarea histórica, con el bautismo hemos recibido una tarea histórica: la misión, es decir, hacer presente el hecho cristiano. Pero ¿qué es el hecho cristiano? Hace dos mil años era un hombre, Jesucristo; ahora es la comunión en su nombre que vive dentro del mundo: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»³. Presencia es el acontecimiento de la comunión entre nosotros. La comunidad no es una simple organización, sino un acontecimiento que establece relaciones distintas entre nosotros. Esta presencia tiene como destino el mundo entero («Id y predicad hasta los confines del mundo»⁴), pero comienza en el lugar donde vivimos, en nuestra condición humana concreta. Por tanto, la apertura a la totalidad coincide con el desarrollo de la dimensión cultural, caritativa y católica de nuestra vida, dentro de los problemas, los condicionantes y las expectativas que vivimos cada día.

c) Crear nuevas estructuras de convivencia, de sociabilidad, un uso nuevo de las cosas, del espacio y del tiempo, de las capacidades humanas; crear obras significativas para el hombre y sus necesidades.

Pero, cuidado, si nos saltamos el segundo momento, traicionamos el primero y el tercero se vuelve falso. Lo más difícil de llevar a cabo es el segundo. En el primero, la misericordia de Dios nos aferra y nos ofrece una vida nueva; en el tercero, podríamos contentarnos con nuestras obras y con nuestra capacidad operativa (aquí se encierra la falsedad). Pero el segundo momento implica la metánoia, la conversión, que es lo único que permite el testimonio.

Concluyendo: lo que nos abre a la totalidad de la realidad respetando una jerarquía

concreta que no se salta ningún deber es la apertura a la totalidad del origen, es decir, a la unidad del movimiento como hecho histórico.

¿QUÉ ES EL MOVIMIENTO?

En septiembre de 1977 se celebraron dos encuentros consecutivos: el llamado «Maturati» (véase Glosario en la p. 346) en Rímìni, a comienzos de mes, en el que participaron cerca de mil cuatrocientos estudiantes que ese año empezaban la universidad, y unas vacaciones de trescientos responsables universitarios, procedentes de todas las regiones, en Canazei, en Val di Fassa.

Los dos encuentros ofrecieron a don Giussani la oportunidad de darse cuenta directamente de que la propuesta del movimiento no había sido todavía acogida en la vida estudiantil y universitaria. No se ha conservado documentación alguna sobre las intervenciones de dichos encuentros. Gracias al testimonio de don Giussani y de algunos de los participantes hemos podido comprender la importancia que estos encuentros, sobre todo el segundo, tuvieron para la experiencia del CLU.

Algunos meses más tarde, Giussani recordaba así el encuentro «Maturati» y las vacaciones:

«Los tres días de los ‘Maturati’ han supuesto para mí, por primera vez en treinta años, un golpe del que todavía no me he recuperado. Esta impresión se ha confirmado y, más aún, agravado, en los seis días de vacaciones con los responsables del CLU en Canazei. Se puede decir globalmente que se ha puesto de manifiesto la carencia absoluta del sentido del movimiento. Podemos crecer como número, mientras el movimiento se deshace. Me he encontrado ante los chavales que empiezan la universidad como ante un muro. Uno de ellos intervino en una asamblea y le dijo al que la guiaba: «‘Pero ¿ése qué quiere?’», dirigiéndose a mí. Esta pregunta expresa a la perfección (¡perfectamente!) la actitud de la mayoría de la gente que estaba allí, por lo menos de muchos de los que estaban allí. La primera noche, apenas me senté a hablar, me quedé helado por la falta absoluta de simpatía, de afecto, de fraternidad, de apertura. ¡En lugar de personas, hemos criado ‘fistones’! ‘Fistone’, en dialecto milanés, equivale a rastrojo, al tallo seco e inútil que queda una vez recolectada tanto la mazorca como la planta del maíz. Tuve esa sensación. Seguramente allí habría óptimas excepciones, pero mi impresión fue ésa. Una impermeabilidad y, sobre todo, una lejanía absoluta de nuestras palabras y de su

contenido, una lejanía sólo equiparable a la seguridad de darlas ya por sabidas. Porque lo que mantenía esa distancia, lo que confirmaba la impermeabilidad, era precisamente la presunción de saberse ya todo, de conocer esas palabras porque ya las habían escuchado.

»Éste es el juicio que di entonces y que no tengo ningún motivo para atenuar ahora. Todavía más, teniendo en cuenta que, al día siguiente, me fui a Canazei con trescientos treinta responsables italianos del CLU, y tuve la misma e idéntica impresión (idéntica). Allí hice hincapié sobre estas cosas durante cinco días. Percibí la misma extrañeza. Nuestra gente, que no tiene el menor gusto por nuestra experiencia, no tiene ni el más remoto sentido del movimiento, excepto en su aspecto meramente disciplinario, que pasa a través de la relación que tienen con sus responsables locales. Ésta es mi opinión. ¡Hasta el punto de que durante cinco días todos le hemos visto las orejas al lobo! Sólo que, en mi opinión, el último día del CLU es como si toda la extrañeza hubiera cedido. El trabajo que se realizó no sólo en esos cinco días, sino también con anterioridad, en los sectores más dispuestos de todos los que estaban presentes, dio resultado, porque desde aquel último día de las vacaciones brotó un ímpetu y un rostro del CLU distintos»⁵.

En efecto, los días de Canazei se pensaron como unas vacaciones para favorecer el encuentro y la convivencia de los universitarios de las distintas universidades italianas. La preparación de la asamblea de los responsables que se celebraría en octubre pasó a un segundo plano. De hecho, luego se suspendió.

Don Giussani mantuvo dos conversaciones sobre el método de la comunidad para educar en la fe. También tuvo lugar una lección de monseñor Enrico Manfredini, por entonces obispo de Piacenza, sobre el valor de la autoridad en la Iglesia. Las lecciones de don Giussani suscitaron distintas reacciones entre los presentes; sin embargo, nadie entró en sintonía con él de forma inmediata. De aquí el juicio sobre un planteamiento educativo ajeno a los criterios y al método del movimiento.

En el curso de las conversaciones que tuvieron lugar en los primeros cinco días, a cada intervención de los chicos don Giussani acostumbraba a replicar de forma crítica, con expresiones del tipo: «Pero ¿no entendéis que el movimiento no es esto?». La última noche, invitado por algunos a expresar con claridad qué era para él el movimiento, propuso hacer una asamblea sobre esta pregunta a la mañana siguiente, antes de partir. Ante la sorpresa de todos, la asamblea no tuvo lugar, porque don Giussani tomó la palabra y empezó a contar cómo había percibido él lo que era el cristianismo. Empezó recordando cómo la naturaleza del cristianismo se había vuelto evidente para él recitando de memoria, como acción de gracias después de la Comunión, el canto de Leopardi A su dama⁶. Durante una hora, leyó entero el canto de Leopardi comentándolo paso a paso, y relacionando la necesidad humana de belleza con la encarnación de Cristo. Algunos años

más tarde recordaría esta experiencia juvenil como el momento decisivo para su fe y para el nacimiento mismo del movimiento:

«Me acordé en ese momento de una poesía de Leopardi, que estudié de memoria en aquel mes de ‘huida’ en mi tercer curso de gimnasio, con doce o trece años, titulada A su dama. Era un himno dedicado no a una de sus ‘amantes’, sino al descubrimiento que repentinamente había hecho —en ese momento cumbre de su vida, después del cual decaería— de que aquello que buscaba en la mujer amada era ‘algo’ que estaba más allá de ella, que se manifestaba en ella, que se comunicaba a través suyo, pero que estaba más allá. [...] Pues bien, esto es todo. Yo era jovencísimo, pero desde entonces mi vida se vio literalmente aferrada por esto: ya fuera como memoria que golpeaba persistentemente mi pensamiento, ya fuera como estímulo para valorar de nuevo la banalidad cotidiana. Desde entonces, el instante dejó de ser banal para mí»⁷.

¹ *Equipe* del CLU, 19-20 de junio de 1977, Milán.

² Cf. Mt 19,29; Mc 10,29-30.

³ Mt 18,20.

⁴ Cf. Mt 28,19; Mc 16,15; Hch 1,8.

⁵ Cf. Consejo de CL, 29 de octubre de 1977, *pro manuscripto*.

⁶ Cf. L. Giussani, «La coscienza religiosa di fronte alla poesia di Leopardi, en G. Leopardi, *Cara beltà...*, BUR, Milán 1997, p. 11.

⁷ L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, BUR, Milán 2003, pp. 32-33.

1978

GÉNESIS PERSONAL DE LA CULTURA: LA VERIFICACIÓN COMO INICIO¹

El problema de la cultura había sido siempre el tema más delicado y crítico de la experiencia universitaria. No sólo por los motivos evidentes vinculados a la condición universitaria, sino sobre todo porque de su planteamiento podían derivarse consecuencias positivas o negativas para la vida de la comunidad. Se advertía la necesidad de no separar la cultura de la experiencia, del mismo modo que, superando cualquier forma de dualismo, se había percibido que era esencial poner la vida concreta en el centro de la cuestión política (el manifiesto que lleva por título «La primera política es vivir» data de comienzos del año 1978).

En el Equipo de enero, que tuvo lugar en Índice de San Lazzaro, cerca de Bolonia, se abordó decididamente el tema de la cultura, sugiriendo ya desde el título («Génesis personal de la cultura: la verificación como inicio») la perspectiva más adecuada para tratarlo.

Asamblea

Giussani: Antes de comenzar, me gustaría que se hiciera una preasamblea sobre por qué hemos elegido este tema para el Equipo nacional. Para vosotros, ¿qué quiere decir lo que hemos planteado para este Equipo? ¿Por qué lo hemos elegido? Me preocupa fundamentalmente situar este tema, ubicarlo correctamente. Es una pregunta ex abrupto, pero muy razonable. Lo que no habría sido razonable es que, al recibir la invitación, hubieseis venido sin plantearos de alguna forma, por lo menos implícitamente, esta pregunta: ¿Por qué proponemos este tema? ¿Habríamos podido plantear cualquier otro? ¿Qué valor tiene en sí mismo y en nuestra situación actual? Ya que nadie se acuerda de lo que dije en el último Equipo², al conocer el tema de éste, todos deberíais haberos

preguntado: después de lo que dijimos, ¿por qué ahora planteamos este tema? Lo que, discretamente, os pregunto es racional. Entonces, en este momento político incandescente —en el sentido de que todo se quema y se derrumba—, ¿qué decís?

Intervención: Hoy deberíamos hacer una relación crítica de cómo hemos vivido cada uno lo que se dijo en el último Equipe. Yo puedo decir que la verificación, para mí, coincide con reconocer lo que ha cambiado en mi vida, si empiezo a tener una posición distinta frente a la vida y a la realidad. De alguna manera, verificar lo que nos dijimos, para mí supone el comienzo de una posición «cultural», de una manera de estar frente a la vida.

Intervención: Yo me detuve en la necesidad de personalizar el acontecimiento; pensé en cómo lo vivo yo. La Jornada de apertura de curso se centró en la «verificación» necesaria para que podamos crecer. He venido aquí para que me ayudéis a comprender mejor qué significa «verificar» la propuesta cristiana, porque creo que es el camino para crecer, para entrar de lleno en la vida y en cada situación, para no reducir a Jesucristo a una idea.

Intervención: Quizás debido a la violencia que nos rodea, se insinúa también en nosotros una desconfianza sutil hacia la propuesta cristiana, hacia el tipo de camino que debemos hacer y, por tanto, hacia el trabajo paciente que nos espera en cada situación particular. El tema de la verificación me ha devuelto la confianza en un método, en nuestra forma de trabajar, y me ha permitido creer que todavía es posible un cambio a partir de nuestra experiencia, a pesar de que la violencia de todos los días parezca negarlo. He percibido la necesidad de que lo que nos decimos llegue a ser experiencia personal, y no se quede simplemente en unas ideas bonitas. No me interesa tanto discutir los contenidos como volver a encontrar el camino para que yo pueda vivirlos cotidianamente. Creo que verificar lo que se me propone es el primer instrumento para enderezar mi camino y para vivir, allí donde estoy, sin desconfianza hacia la vida que he encontrado.

Intervención: Digo lo mismo que la última intervención, tratando de individuar el término más exacto. Puesto que lo que me apremia es mi relación con Jesucristo y que ésta tiene lugar dentro de la Iglesia que me alcanza en la vida del movimiento, creo que, a estas alturas del camino, la cuestión esencial para nosotros es atinar con el método. En lugar de privilegiar una serie de contenidos, es necesario que nos centremos en experimentar la unidad en un camino común, es decir, en un método. Y para que esto suceda, es necesario desentrañar el significado de la palabra «verificación» y ahondar en su experiencia; es necesario retomar, en particular, la relación que existe entre la

verificación y la cultura, hasta comprobar que la verificación es justamente el origen de la cultura. Esto es lo que me ha movido a hablar; a partir de aquí, caben también intervenciones sobre los contenidos específicos del trabajo que hemos realizado juntos.

Intervención: He unido este orden del día con la experiencia de la Escuela de comunidad, y he venido aquí con esta preocupación: dar razón de mi esperanza. Esto me ha llevado a verificar la propuesta del último Equipe en mi trabajo y en todo lo que hago. Me he apuntado una frase de Raissa Maritain (cuando se estaba acercando al cristianismo) que expresa mi deseo: «Deseo saber si la existencia es un accidente, si es un beneficio o una desgracia. Desprecio la resignación y la renuncia de la inteligencia, de la que tantos ejemplos tenemos a nuestro alrededor»³. Esto es lo que me ha movido a pedir una respuesta.

Intervención: La última vez habíamos repetido el «santo y seña» de este año, que es la palabra «presencia». Por mi experiencia, puedo decir que hay dos reducciones evidentes de esta palabra: la primera es pensar que somos una presencia porque nos pasamos el día entre los muros de la universidad y estamos juntos estudiando, profundizando en los contenidos, pero sin que brote el deseo de comunicar lo que vivimos ni una percepción inteligente de nuestra necesidad y de la de los demás; la segunda es un activismo, un empeño. En cambio, me parece que la presencia tiene como origen la verificación, por tanto, el encuentro personal que se renueva, y que una presencia no puede ser sino la conciencia siempre renovada y cada vez más precisa de lo que uno es. Creo que decir: «La verificación es la génesis de la cultura» precisa la palabra «presencia» e indica el método que da lugar a esa presencia: la persona llega a ser una presencia cuando se da cuenta de que lo que ha encontrado responde a su propia necesidad, por tanto, su inteligencia se hace más aguda.

Intervención: Yo siento así el tema de «la verificación como inicio»: es necesario verificar la propuesta cristiana, y esto supone empezar a hacer un trabajo entre nosotros. Se nos ha dicho qué es el movimiento, y ahora es necesario verificar cómo hemos comprendido los términos que definen la fe: uno no puede adherirse a un hecho hasta que no posee claramente sus contornos, hasta que no los percibe. Sobre este primer punto, sería interesante ver qué ha producido este año la Escuela de comunidad, y qué tipo de novedad ha supuesto la Escuela de comunidad que estamos haciendo ahora. El otro trabajo a hacer es comprobar qué clase de «humanidad» vivimos entre nosotros, porque en algunos casos esta palabra se está convirtiendo en un eslogan, y llegamos a confundirla con la acogida. Yo creo que la humanidad es nuestra expresión natural que cambia en la adhesión al acontecimiento que nos ha sucedido. En tercer lugar, es

necesario verificar nuestra apertura con respecto al ambiente, porque ésta es la prueba de la salud de nuestras comunidades, lo que prueba si viven realmente una dimensión de apertura o si están replegadas sobre sí mismas.

Intervención: Esta pregunta me ha pillado en un momento en el que pensaba que en mi vida habían cambiado todavía pocas cosas, cuando, en realidad, ya ha cambiado todo, porque se me ha abierto una perspectiva nueva, una posibilidad nueva de vida que deseaba tal vez inconscientemente, antes de encontrar el movimiento. Para mí, «la verificación como inicio» coincide con la conciencia nueva que vivo dentro de cualquier situación, relación o pensamiento, dentro de cualquier gesto, una conciencia que me da un rostro nuevo, una mirada nueva sobre las cosas. El problema es que demasiadas veces hay una separación, una división entre lo que es el inicio y los instantes que constituyen la vida diaria. En cambio, este inicio debe ser el contenido de cualquier instante, porque todo instante es una verificación del inicio, es decir, cada cosa, cada gesto, cada relación es ocasión para verificar que Cristo es la liberación para mí. Esto lleva a una experiencia de libertad a la hora de vivir todas las cosas. Un ejemplo clarísimo son las próximas elecciones, ante las que siento una pereza instintiva; pero, a partir de esta conciencia surgen las ganas; no me determinan las dificultades, sino la conciencia nueva que tengo.

Giussani: ¿Podrías leer otra vez la frase de Raissa Maritain que has leído antes?

Intervención: «Deseo saber si la existencia es un accidente, si es un beneficio o una desgracia. Desprecio la resignación y la renuncia de la inteligencia, de la que tantos ejemplos tenemos a nuestro alrededor».

Giussani: El tema de este año, la palabra que sugerimos para que nos acompañase todo el curso, para que fuese como la fórmula de un rescate de nuestra existencia, de nuestra vida, y, por tanto, una fuente de creatividad —lo que caracteriza al adulto es la creatividad, la fecundidad; el punto de vista más completo para definir al adulto es su fecundidad, su creatividad— era la palabra «presencia». La presencia implica una personalización, implica que adquiriera una cierta consistencia la persona: «Saber dar razón de la esperanza que hay en nosotros»⁴: en esto consiste la persona. Existe un inicio y un desarrollo, porque la persona cobra consistencia empezando por la inteligencia, por la conciencia, por saber dar razón de su esperanza. No es una verdadera presencia si no brota del juicio, si no brota como juicio, si no toma cuerpo como juicio. La abominable falta de inteligencia que nos rodea por todas partes no debe ser la imagen materializada de nuestra misma inconsciencia, de nuestra lamentable carencia de una conciencia personal.

Una presencia es directamente proporcional a la consistencia de la personalidad, y

dicha consistencia comienza como juicio, por tanto como inteligencia que discierne las cosas. Pero ¿qué quiere decir: «Saber dar razón de la esperanza que hay en nosotros»? ¿De qué forma actúa la inteligencia? ¿Cuál es el criterio para que nuestra mirada sea inteligente, que sabe discernir si esta vida es benevolencia o desgracia? ¿Cuál es? Es nuestra humanidad, la carne y los huesos que nos conforman, ese haz de exigencias originales y de necesidades que somos.

Es como si... más aún, es que este cúmulo viviente de cosas que somos, o esta sencillez furibunda, que tiene una consistencia realmente irreductible desde un cierto punto de vista, que está antes de todo lo que yo pueda decir, una consistencia que me precede, es algo dado. Hasta tal punto que no puede ser indiferente la conciencia que tengamos de ello: o es un presentimiento de benevolencia o es una desesperación; mi conciencia no puede quedar indiferente, porque lo que nos constituye, nuestra «humanidad», es irreductible. Puede resultar confusa en ciertos momentos, como cuando hay niebla; puede estar repleta de conflictos, como cuando se atraviesa una tormenta; o puede ser límpida, clara, serena; no importa su condición particular. Es necesario que nuestra humanidad se enfrente a la realidad y, día a día —momento a momento, como decía él—, afronte la circunstancia concreta que le depara la vida. Al abordar la circunstancia, se establece un camino, damos pasos, y nuestra personalidad asume un rostro, un corazón. La continuidad y la estabilidad de esta actitud dan lugar al fenómeno cultural. Depende de esta cultura que nuestra existencia sea útil y, por tanto, estable y continuo nuestro obrar, nuestra capacidad de edificar.

O nuestra presencia se compromete hasta este punto, o no es presencia. Por tanto, nuestro trabajo es como un canto para saber dar razón de la esperanza que hay en nosotros, como un entusiasmo, una alegría. Y este ir marcando el camino, tracer sa route, puede darse también en lo escondido, en el embate con las circunstancias (como cuando te dan arcadas), en la oscuridad total. Puede darse cantando Aida a pleno pulmón o bien aguantándose las lágrimas. La condición particular implica un trabajo, exige un trabajo. «Ganarás el pan con el sudor de tu frente»⁵, el pan de tu vida.

Después de haber dado el «santo y seña» que es la «presencia», después de haber dicho que coincide con ser «persona», debemos ayudarnos a arrancar en esta dirección, a tracer cette route, a trazar este camino. Está claro que uno no puede caminar sin horizonte, si no fija la mirada: esto es el juicio. Y el juicio, a diferencia de nuestra mirada, ve incluso cuando todo está oscuro, como los ojos del gato. Y el juicio que se mantiene, es decir, que permanece, que no es un fuego fatuo, tiene la dignidad de la palabra que hemos mencionado antes: «cultura».

Entonces todo deberá nacer de aquí; si no será fruto de nuestra firmeza será por gracia, pero siempre desde nuestra libertad. Todo debe nacer de aquí. Es abominable nuestra

falta de inteligencia, como lo es la falta de inteligencia de todo lo que nos rodea. Y en esta ausencia lamentable, el estado de ánimo pretende ser todo —¡es todo!—, lo cual explica la inercia que cunde por todas partes, la alienación de todos y la violencia de algunos, la sórdida astucia de los poderosos. Se guían todos por un estado de ánimo. Pero no puede ser éste el principio que haga razonable nuestra humanidad, inteligente nuestro comportamiento. ¿Qué sería de nuestra humanidad? ¿Qué quedaría de ella? Quedaría tan sólo lo que es, es decir, un gran grito, como atestigua la frase de Raissa Maritain. Nosotros no podemos vivir como si no hubiésemos encontrado una respuesta a este grito. Ninguno de nosotros puede volver a ser como uno de los que no la conocen, sea cual sea el rumbo que tome su vida, le vaya bien o mal, sea cual sea el resultado de esa «reacción» que es la vida. Por ello, debemos empezar a trabajar sobre este tema, dejando de utilizar las palabras como lo hemos hecho durante años.

Abramos entonces la asamblea.

Intervención: Voy a contar por qué he escrito este documento que tenéis entre las manos, «La primera política es vivir», y cuál es su lógica. Aunque las elecciones universitarias no me afectan directamente, porque ya me he licenciado, constituyen un hecho que me interpela de alguna manera; en especial, ante una propuesta tan vacía, tan inconsistente, tan lejana de la espera —mía y de los demás— de una vida verdadera, yo no puedo torcer la cara, hacer como si no pasara nada. De ser así, yo no tendría ninguna consistencia.

La primera parte del documento describe la futilidad de la cuestión electoral, atestiguada también por la diatriba ridícula sobre si cambiar o no la fecha de las elecciones.

La segunda parte del documento comienza con una afirmación profundamente verdadera y profundamente humana —aunque yo, personalmente, la viva así sólo porque vivo una experiencia cristiana—: mis compañeros y yo, los que están en la universidad conmigo, para vivir, necesitamos encontrar una experiencia cuya verdad podamos verificar. La necesidad que tiene mi compañero de clase es la misma que tengo yo: encontrar a alguien que me diga: «Intenta vivir lo que yo vivo y verifica si hay aquí algo verdadero para tu existencia». Al ver cómo, en la búsqueda de esta verdad, nuestra espera siempre se ve desilusionada, yo que vivo el encuentro cristiano, la experiencia cristiana, quiero proponer a todos lo que me hace vivir e invitar a participar en ello, porque no encuentro una humanidad mayor que proponer.

Creo que esta invitación nos introduce en el punto central del discurso, que comienza con la afirmación de que «sólo una vida nueva produce cultura». Sólo dentro de una experiencia, de una vida que ha cambiado, existe la posibilidad de una actitud humana,

de un juicio distinto. Esto es lo que nos diferencia de los demás. Serás capaz de decirle algo nuevo a tu compañero de universidad, de testimoniarle algo nuevo, en la medida en que estés convencido, es decir, en que hayas vivido en tu propia piel algo nuevo. La razón de los discursos, de la actitud que tenemos ante la política, ante la cultura, ante las responsabilidades, sean grandes o pequeñas, también ante las elecciones universitarias, es hacer presente de nuevo el anuncio que hemos recibido.

Cualquier evento, en particular cuando asume una cierta relevancia, no es más que una provocación para renovar la propuesta cristiana, para volver a reconocer el valor que esta propuesta tiene para nosotros mismos; se trata de una ocasión para ir más al fondo, para madurar hoy lo que no maduramos ayer. Ésta es la lógica que se subraya en el documento.

La última parte dice que esta posición humana distinta no surge a raíz de un debate, ni por poner en juego lo que sé, sino mediante un encuentro. El comienzo es un encuentro, es seguir y escuchar la vida que hay en el otro. Pero somos nosotros los que lo afirmamos, los que lo proponemos, soy yo el que lo propongo. Uno no puede decir que el inicio es un encuentro si él mismo no es un elemento de este encuentro. De lo contrario, sería imposible que se diera un encuentro, y el que lo propone quedaría juzgado acto seguido. No se está planteando aquí el problema de una estrategia política, de un discurso detallado sobre las elecciones —ya lo harán los Católicos Populares (véase Glosario en la p. 345)—, sino de una posición que quiere ser coherente con lo que afirmamos, y que se ve reforzada haciendo frente a la contradicción y a las dificultades, porque es continuamente desafiada para que madure y crezca, para que sea más consciente. Este documento pretende ser una ayuda ante todo para nosotros y, en segundo lugar, el instrumento de una propuesta a los demás que sea verdadera, que implique toda nuestra persona.

Giussani: Esto quiere decir que las elecciones universitarias, tengan o no lugar, en cuanto que circunstancia característica de este momento, nos obligan a madurar (como deben «obligarnos» todas las circunstancias de la vida: un afecto que nace, una relación que se vive, una dificultad en el estudio, una desgracia que sucede, una situación difícil en casa, una gran alegría o una aridez tal que nos parece «un palo plantado sobre una colina»⁶, como dice la Biblia); estas circunstancias deben servirnos para aprender a dar razones, para caer en la cuenta de lo que sostiene nuestra esperanza, para comprender mejor el encuentro que hemos tenido, el anuncio que hemos recibido, la razón que sostiene nuestra compañía. Quiero decir con esto que las elecciones universitarias son un pretexto, un ejemplo concreto de este momento que nos obliga a afrontar el tema que hemos planteado y que va mucho más allá de las elecciones universitarias. Si las

afrontamos bien, las elecciones universitarias son una buena ocasión para caer en la cuenta de la esperanza que llevamos en el mundo, para aprender qué significa verificarla y para afrontar la situación actual con una dignidad cultural, como hombres, es decir, como una presencia (como dice el documento al final). Lo que puede cambiarnos es ir al encuentro de la realidad como hombres libres, abiertos a reconocer lo que esperamos.

De todas formas, no quería que la asamblea se detuviera en este tema (en todo caso lo retomaremos mañana por la mañana): las elecciones universitarias son un punto de partida, algo contingente, aunque bastante sintomático, para aprender una actitud. Pero nuestro trabajo es más profundo, más amplio. Entonces, sin perder tiempo, que salgan enseguida los que milagrosamente hayan reflexionado sobre este tema y se hayan preparado. Todas las reacciones, después.

Intervención: Quiero hacer algunas observaciones que no pretenden describir una situación sino, ante todo, hablar de una experiencia. La primera procede de una reflexión a raíz de lo que leí en un pasaje de uno de los llamados «nuevos filósofos». Dice Lardreau: «La revolución cultural, antes que una cultura nueva, es una anti-cultura, es decir, una inversión deliberada y sistemática de todos los valores adquiridos. Esta inversión no coincide de hecho con la destrucción preconcebida de los valores existentes, sino que es sobre todo el desconcierto inevitable que se produce a causa de una experiencia nueva». La frase que más me ha impresionado es ésta: «La revolución cultural es impensable fuera de la implicación del mundo nuevo como algo ya presente, aunque de forma invisible, ya presente en zonas espirituales liberadas, en las que afloran viejas esperanzas que asumen nuevo valor en su solidaridad con las demás, y de este modo aseguran que el mundo ya está presente, globalmente, aunque sea como una pequeña filigrana». Me ha parecido un discurso verdadero, que encierra una verdad sorprendente en un autor que no es cristiano. He pensado que para los cristianos esta afirmación es infinitamente más verdadera, sencillamente porque (como su texto demuestra) para los demás es como una aspiración profunda pero vaga, mientras que para el cristiano simplemente existe.

La impresión que me ha suscitado esta frase, este texto, es que el tesoro que llevamos se ve a menudo oscurecido. Me he preguntado: ¿Cómo puede ser que los cristianos sean los que crean esta anti-cultura? «¿Dónde está el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que

griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necesidad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres»⁷.

No sé comentar exactamente este pasaje. La impresión que me produce este discurso de san Pablo es que dirige nuestra mirada hacia el misterio de Dios que se hizo presente en el mundo, que es un hecho que no se puede arrancar de la vida, de la existencia y del tiempo. Este discurso de san Pablo sobre Cristo crucificado es como la afirmación de que Dios no necesita de dialéctica humana ni de capacidad cultural alguna para afirmarse y para aferrar lo que es suyo. Lo comparaba con nuestra actitud, que he vivido y vivo muchas veces, la de pretender aportar algo mío, acudiendo en auxilio de Dios con algo que tenga dignidad cultural. Y, sobre todo, creo que san Pablo en este pasaje nos provoca a una actitud sin la cual se haría imposible cualquier aportación cultural verdadera.

San Pablo dice que la adhesión a la fe no es el resultado de la inteligencia o la sabiduría humanas. Es decir, la fe es ella misma, encuentra su motivo y se funda por sí misma, porque es la participación en el hecho de Cristo, desnuda y pobre como Él mismo sobre la cruz. La fe, la mirada a Él, no tiene motivación alguna fuera de sí misma, es un hecho que se plantea por sí mismo. Del mismo modo, la dimensión cultural del cristiano tiene su fuente, paradójicamente, en la pura contemplación de la fe, en el puro mirar a Cristo y, por tanto, en dirigir toda nuestra adhesión a Su cuerpo que es la Comunión. No puede existir nada previo, nada que se dé antes, y esto existencialmente acentúa la impresión de perderse y, culturalmente, la sensación de ser impotentes (en cambio, el mundo hace muchos discursos); espiritualmente, reclama una ascesis. La dimensión cultural cristiana reclama la ascesis de apartar la mirada de las cosas que nos apremian para dirigirla a Su presencia. Este trabajo ascético es una participación real en la muerte en cruz, y es la condición de la cultura, porque es la condición de la libertad, lo que nos libera de los modelos de interpretación mundana (ya no se parte de ahí), y, más radicalmente, es lo que nos libera del miedo a la muerte, incluso de una muerte civil, a causa de la cual nos sumamos al conformismo cultural y no nos atrevemos a contradecir al mundo. Este espacio de libertad, y sólo él, permite mirar las cosas, las situaciones, las elecciones, los contenidos culturales y estructurados a la luz de la fe y, por ella, se vean aclarados y reelaborados. Sólo si la fe existe, es capaz de juicio; pero para que exista la fe es inevitable que la mirada se fije en Su presencia, lo que conlleva la mortificación de nuestra sabiduría e inteligencia, que pretenden carnalmente saber más que la fe. Sólo entonces nuestra fe muestra su potencia para renovar métodos y para volver a plasmar contenidos.

Entonces, se podría decir que si no se renueva la mente y no se plasman nuevos contenidos, es porque no tenemos fe. Se hablaba justamente del tema de la verificación.

Todo lo que he dicho, el pasaje de san Pablo que me ha suscitado esta reflexión, no pretende sino hablar de la verificación; es la forma que se me ha ocurrido para volver a expresar los términos de la verificación.

Sin embargo, ¿qué sucede a menudo entre nosotros? Entendemos y practicamos la verificación como una comparación entre el contenido cristiano y el contenido del mundo. Y desde ahí, erigiéndonos inconscientemente como jueces entre estos dos contendientes —el contenido cristiano y el contenido mundano— extraemos las indicaciones y decimos que éste es el juicio comunional. Me parece que con respecto al discurso tan radical y duro de san Pablo, en un cierto sentido, pero en otro sentido tan misericordioso, esto significa (con una expresión del mismo Pablo) «desvirtuar la cruz de Cristo»⁸. Según nuestro lenguaje, me parece que esto es reducir la verificación a una comparación, pero, paradójicamente, sin fe. Pretendemos comprobar la propuesta cristiana al margen de la fe, es decir, sin asumir la medida viviente de la fe. No se trata de comparar dos contenidos, sino de mirar cualquier contenido con toda la fe que Dios nos concede. La verificación no consiste en comparar dos contenidos, sino en mirar con fe. No se trata de comparar una cosa con otra, sino de iluminar las cosas con la fe. Es distinto. Si somos mínimamente sinceros, nos damos cuenta, a nivel personal, de que en esta reducción queda eliminado el esfuerzo ascético; nos damos cuenta de que el juicio cultural que empezamos a emitir en realidad no ha surgido de ningún desgarró, no tiene como condición ningún desgarró en la carne de nuestra mentalidad mundana. En segundo lugar, lo que nace de ahí, a menudo, es como fruto de una intransigencia que pretende dar la respuesta «cristiana» —entre comillas— sobre el tema que nos interesa. El resultado de todo esto es una operación ideológica. En cambio, la fe no tiene respuestas preparadas, no elimina el esfuerzo del trabajo, no garantiza los resultados, aunque la novedad de un trabajo cultural afecte a la propia persona. En tercer lugar, el individualismo, la ausencia del carácter comunional. Sólo si tenemos una Presencia en la mirada, los demás se ven inmediatamente implicados en esa Presencia, y entonces se vuelve algo natural la colaboración y la comunión. Se percibe en particular esta reducción en nuestras comunidades observando a la gente que empieza a crecer. En la medida en que salen a la luz las capacidades de cada uno, es fácil caer en la cuenta de que las personas tienden cada vez más a relacionarse con la comunidad no a partir de una mayor conciencia de fe, sino a partir de su capacidad expresiva, cultural y política: «Mi tarea en la comunidad consiste en ser aquel que hace ciertas cosas». Es como si toda la relación afectiva y operativa se centrara en el propio interés, en la propia capacidad. De aquí nace la pregunta que con frecuencia se nos hace sobre cómo puede esa capacidad servir a la comunidad. En realidad es inútil o ilusoria, porque lo que falta es la vida de fe, que juzga desde dentro la capacidad de un sujeto.

Intervención: Reacciono instintivamente a esta intervención, sin por ello dejar de valorar algunos aspectos que refleja. Pero se me ocurren dos cosas. La primera es que, en mi opinión, un límite en el que hemos incurrido nosotros y nuestras comunidades es el fideísmo, es decir, un reclamo a la fe que no coincide con la inteligencia del acontecimiento, que no coincide con el hecho de que el acontecimiento hace brotar la inteligencia y la libertad del hombre. Y luego otra observación. La hago porque me ha impresionado mucho un hecho que sucedió en una Jornada de apertura de curso. Después de haber desarrollado toda una lección sobre la inteligencia y la libertad, sobre el hecho de que la persona nace, cobra vida como inteligencia y como libertad, una chica me planteó esta objeción: estoy de acuerdo sobre la inteligencia y sobre la libertad, ¡pero el problema es la fe! Me dio un bajón...

Giussani: ¡Te duró poco el bajón!

Intervención: Lo segundo que quería decir es que desvirtuar la cruz de Cristo —por lo menos lo percibo así instintivamente— consiste en no reconocer que el acontecimiento de Jesucristo es la salvación para el hombre histórico. La modalidad con la que hoy en día se desvirtúa esa cruz no es tanto la de no subrayar su precedencia, sino la de no aceptar que se trata de una salvación histórica que responde a la necesidad del hombre concreto, es decir, que regenera realmente la inteligencia y la libertad del hombre concreto. Me parece que ésta es la forma con la que el hombre moderno, desde el protestantismo en adelante, desvirtúa la cruz de Cristo: no tanto por no subrayar la cruz, la prioridad del don, sino por creer que esa cruz es incapaz de responder al hombre; mientras que el hombre está creado por ese acontecimiento.

Intervención: Mi intervención es muy sencilla. Me parece, lo veo cada vez más claro (y esto procede de la meditación sobre la Escuela de comunidad y, sobre todo, por su lectura a partir de las claves que don Giussani indicó en la lección que hizo al CLU de Milán), que muchas veces corremos el riesgo de plantear el problema de la verificación saltándonos las condiciones que la hacen posible. Sólo puedo verificar algo que existe, que me ha sucedido, que estoy viviendo. No se puede plantear el problema de la verificación así, en el aire. Me impresionó mucho el primer punto de tu lección de Escuela de comunidad sobre la Presencia, cuando decías con absoluta claridad que la experiencia de la Presencia es la experiencia de una realidad imprevisible, no programada, con la que te das de bruces, y que esperabas desde siempre. Esta realidad te llama por tu nombre y te cambia. Y es aquello para lo que habías nacido, aunque no conocieras su nombre, aunque no supieras cómo se llamaba. La experiencia de la Presencia es una experiencia arrolladora, que cambia inmediatamente tu relación con los

demás y con las cosas. La verificación tiene que ver con el tomar conciencia de una experiencia de este tipo, con reconocer un hecho, no depende de una propia acción, ni de un acto de voluntad; uno verifica la propuesta cristiana cuando reconoce que se da su salvación. Yo percibo confusamente que para mí y para los amigos que frecuento y con los que hablo, la cuestión es justamente reconocer este hecho. Este hecho no se da porque exista en nosotros alguna condición favorable: el hecho existe (si no, no estaríamos aquí); está, es verdad. Es nuestra resistencia la que impide que este hecho suceda de tal forma que cambie nuestra vida, la que nubla nuestra vista a la hora de reconocer un cambio.

Giussani: ¡Es la falta de la fe!

Intervención: Yo quisiera volver a la primera pregunta, la que se refería a por qué estoy aquí. Creo que esto tiene una relevancia cultural. Aunque tengo familia y veo poco a mi mujer y a mi hijo, aunque tenga que trabajar mañana, ¿por qué estoy aquí? ¿Quién hace que yo esté aquí? Estoy aquí porque quiero seguir. Esto significa que yo espero algo, que yo sigo para ver lo que sucede, para ver si realmente aquí está la respuesta que yo espero. En mi opinión, el trabajo cultural parte de esta actitud ante la experiencia cristiana. Hacer un trabajo cultural es asumir de forma consciente esta posición ante la propuesta cristiana, la propuesta de Jesucristo: ésta es la posición humana más justa y verdadera, la del pobre que reconoce lo que le salva. Yo creo, no sé si estoy diciendo una herejía desde el punto de vista filosófico...

Giussani: ¡En filosofía no hay herejías!

Intervención: ...en mi opinión, la distorsión consiste en que nosotros pensamos la palabra «cultura» y vivimos el problema cultural exactamente igual que lo viven los demás. Desde que surge la ideología, la cultura es la forma de justificarse a sí mismos, es decir, el modo de dar razón de sí mismos, de hallar un motivo para vivir. Para nosotros, el motivo para vivir es Otro, nuestra cultura nace de un origen totalmente distinto. Por eso estamos contra las ideologías de este mundo, y no podemos quedarnos al margen de las elecciones universitarias. Pero se trata de una posición cultural, que da razón de una forma inconcebible, poniendo ante todos un hecho que es el único modo verdadero y auténtico de dar razón. Por eso, puede ser más dichoso que yo un labrador que tenga más fe de la mía: pondrá ante mí los hechos de su fe. En esto consiste dar razón. Verificar significa darse cuenta de que la experiencia que vivo cambia mi existencia; por ejemplo, que yo vuelvo a casa de este Equipo y me veo cambiado. En este sentido habla Jesucristo, al hablar del ciento por uno. Por este motivo, ninguna ocasión, ningún hecho puede ser ajeno a nosotros, y el alcance de lo que somos y de lo que decimos ante

nuestros compañeros va mucho más allá de la actitud temblorosa que tenemos al decir lo que pensamos: lo que importa es el hecho que nos constituye, porque la espera que alberga el otro es nuestra misma espera. El problema es poner con decisión ante todos esta experiencia, este evento: en esto consiste nuestra cultura, es decir, la cultura como conciencia de dónde está mi salvación. Y por tanto, si yo estoy ante otro y tengo esta conciencia, lo único que le pregunto es: ¿Dónde está tu salvación? Yo no sé dónde la has encontrado, dónde la has aprendido, enséñamela, al igual que yo te enseñé la mía. En mi discurso, en mi propuesta, antes de decir lo que pienso, está la descripción del hecho que vivo: éste es el evento que tenemos que proponer, que tenemos que seguir. Mientras pronuncio ciertas palabras, soy juzgado por estas palabras. Uno no puede verificar si no sigue con toda su persona, con toda la espera que lleva dentro; si no se espera un cambio, no se verifica nada.

Intervención: Quiero añadir algo. El tema es: «Génesis personal de la cultura: la verificación como inicio». Por otro lado está el asunto de las elecciones. Yo creo que las elecciones nos ayudan en este momento a enfocar correctamente el tema, aunque con las anotaciones que se han hecho anteriormente. Creo que las elecciones no dan lugar a una verificación y, por tanto, no implican una génesis personal de cultura, porque falta un interés. Me gustaría subrayar esta palabra como fundamental para la vida de nuestro movimiento. Me apremia subrayar que la verificación y, por tanto, la cultura, están estrechamente ligadas a la cuestión del interés, al menos como condición subjetiva, aunque luego estén las condiciones objetivas que hay que plantear. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Giussani: ¡Por amor de Dios! Por supuesto.

Intervención: ¿Puedo poner un ejemplo?

Giussani: ¡Sería estupendo discutir durante horas!

Intervención: No, sólo quiero decir que el hecho de la cultura se fundamenta de por sí en el acto de fe. La cultura y la verificación se fundamentan en un acto de fe. Sin embargo, hay algo que me llama la atención: ante el Señor, debo decir modestamente que la fe me la ha concedido, y que, lleno de pecados como estoy, pero respondo a esta fe.

Giussani: ¡Te la ha concedido como a ningún otro todavía!

Intervención: Pero hay algo que me asombra y me hace seguir adelante: y es que, más allá de las cuestiones personales, cuando me encuentro con algunos amigos o contigo, a diferencia de lo que sucede en mí, en ti la cuestión de la fe es un interés humano radical

que provoca toda tu humanidad. No me refiero aquí al problema de ser más o menos pecadores; para mí, el problema de la fe depende siempre de que se interrumpa mi interés por ella o de que me resulte abstracto, de que se suspenda mi genuino interés humano. No sé si consigo explicarme.

Giussani: Yo lo tengo claro.

Intervención: De hecho, uno de nuestros mayores problemas es cómo mantener vivo este interés por lo humano; el interés por cada aspecto particular; el interés por la fe; ese interés por la fe entendida como una experiencia plenamente humana, hace que cambie radicalmente la percepción de lo que son las elecciones; llegan a ser algo que tiene que ver con uno mismo. Nos resulta cercana a la experiencia de la comunión, no hay distancia; en cambio, yo veo una división, una separación, y con frecuencia una gran torpeza en cuanto al interés humano, entre la vida de fe y la concreción histórica. Lo esencial para poder llevar a cabo la verificación es que se dé una implicación humana radical: un «interés». La gente pasa de puntillas sobre el aspecto concreto de las elecciones, y no se produce una plena implicación de nuestra humanidad, en el sentido de que no advertimos el interés que esta circunstancia tiene por nuestra experiencia de fe. Así, en ese aspecto particular no se pone de manifiesto una cultura, no sirve para nada lo que estamos haciendo. Mi preocupación es saber cómo podemos ayudarnos para desarrollar esta dimensión de lo humano que es el interés, el participar con pasión en las cosas.

Giussani: Éste es el meollo; el problema no es no tener interés por las elecciones. Perdonadme pero, aunque seáis un grupo simpático y hermoso, ¿por qué habría yo de tener interés por vosotros? ¡Lo mismo, desde un punto de vista cultural, por las elecciones! El interés por las cosas viene de la fe. Sólo que el problema... por eso tenía alguna duda en cómo afrontarlo...

Intervención: Sólo que el interés es una cuestión de hormonas y de humanidad.

Giussani: ¡Bueno, ésta es la suerte de algunos temperamentos! La suerte de algunos temperamentos es que se interesan por todo, que tienen una determinada sensibilidad. Pero esto no es esencial, ¡para nada! El problema es lo segundo que has dicho, que contribuye a situar lo primero: la verificación empieza por comprobar que la fe despierta en ti un interés por todo, incluso por las elecciones, como dice el documento. Nos interesamos por las elecciones universitarias y participaremos en ellas por un hecho de vida nueva que nos hace interesarnos por todo, allí donde estemos; un hecho de vida nueva que si por una parte nos identifica, por otra nos pide estar ante las cosas, afrontarlas. Nuestra verdadera dificultad no es que no nos interesen las elecciones, sino

que nuestra fe no toca nuestra humanidad; que no tenemos fe; que, a pesar del encuentro que hemos tenido, nuestra fe está todavía en el nivel de los tres años, los cinco años, los diez años, los veinte años; o los cincuenta años de la mayoría de los cristianos que nos rodean. Éste es el meollo. La clave del problema es lo que ha indicado el pasaje de la primera carta a los Corintios⁹. En mi opinión, una vez que hemos tocado todos estos temas, no podemos marcharnos sin tratar de ir hasta el fondo. Porque ahí dentro está la respuesta al dilema que se ha planteado sobre el interés. El problema de que las elecciones no nos interesan un comino es falso; es falso decir: «Somos ajenos a las elecciones y, por tanto, no podemos verificar el valor de la fe en una circunstancia como ésta». Porque, después de tres años, te entran ganas de pasar incluso de la chica que ahora te vuelve loco. ¡Cuántos dejan a su chica después de dos, tres o cuatro años (o viceversa, entendámonos, porque estamos en una época feminista)! Lo mismo sucede con las elecciones políticas o con la novia al cabo de cuatro años, con los estudios o con tus padres, con todo lo que tienes, también con eso que habías hecho con tanto gusto y esfuerzo, arriesgándote mucho, dando la matraca a todos, haciéndolo pesar a los demás, por ejemplo a tu familia: ¡te vuelves indiferente! Entonces ¿es que no se puede verificar nada? El problema no es si tú tienes interés o no, o si las cosas te interesan; el problema es si la fe tiene interés para la vida, es decir, si «agarra» tu vida, si aferra tu humanidad. En mi opinión, esto es lo que debemos ir centrando.

Otro asunto es que entre nosotros siga habiendo lugares en donde se habla de «cultura» como hacíamos hace diez o veinte años (no me refiero a GS, porque hace veinte años en GS había una idea muy clara de cultura; ¡hace diez años, en cambio, el movimiento ya no la tenía!). Hay gente que todavía lleva a cabo un cierto intento cultural y, tal vez, lucha contra el CLU, contra la dirección que marca el CLU, en nombre de la cultura y del quehacer cultural, en reuniones culturales, ¡como si quisiese, como si se pudiese compensar nuestro desinterés universal haciendo reuniones culturales! Éstos retroceden al menos cinco o seis años hacia el peor momento de nuestra historia, hacia los peores momentos del movimiento. En algunos ámbitos del CLU no han percibido ni siquiera de lejos (están todavía más acá de la medianoche, están todavía en las once y media, el alba debe llegar todavía para esta gente; hablo de cosas reales), están todavía muy lejos de comprender que la raíz de la cultura, su origen, la fuente de la cultura es un fenómeno de vida («Génesis personal de la cultura»), no la reunión de los universitarios sobre la cultura o las actividades culturales. De cualquier modo, aparte de estas anomalías y estos errores de otros tiempos (que, aunque raramente, pero siguen dándose entre nosotros), el problema es que todavía desconocemos el dinamismo inicial, no tenemos conciencia de cómo surge la cultura. Tomar conciencia de este dinamismo no acontece por una simple curiosidad; que acontezca, que salga a la luz, implica una serie de juicios, implica unas

ascesis. En este sentido, tomar conciencia del dinamismo inicial, de cómo surge, del origen del proceso cultural (que, o está en la persona, o no está en ningún sitio; de otro modo, se trata de alienación pura y dura), ¡quiere decir ponerse manos a la obra! En caso contrario, es verdad que existen personas con un temperamento afortunado que implícitamente viven todo con una actitud justa; pero esta facilidad es una suerte que se da siempre en función de una tarea, de una función que se nos asigna en la vida. Normalmente, el trabajo implica ser conscientes de un proyecto y de cómo afrontarlo. La ascesis implica un proyecto. Por tanto, en mi opinión, hay que volver a la posición a la que antes se hacía referencia y ser conscientes de ella, porque seguramente el 98 por ciento de los presentes no se ha percatado.

Intervención: Hay una segunda observación: yo creo que el origen real y personal de la cultura y, por tanto, la posibilidad de llevar a cabo una verificación, sólo se produce si se reconoce el hecho del que hablamos como algo ineluctable, no como algo manipulable. Lo que, traducido, significa que ante el tema de las elecciones, alguien puede ofrecerme un juicio, pero sólo podré comenzar a verificarlo si lo reconozco como algo ineluctable. No puedo seguir aplazando mi adhesión, tratando de manipular las condiciones de este hecho para poderlo aceptar.

Giussani: ¡Hoy estás metafísico! Traduce en términos de contable, es decir, de «Economía y Comercio».

Intervención: Yo creo que esta misma cuestión afecta también al acto de fe. Sigo haciendo algunas observaciones sobre el acto de fe. Cuando nosotros decimos que el hecho se nos da, hablamos de estas cosas; pero, en última instancia, no lo aceptamos como algo ineluctable que se nos impone. Traducido: se convocan las elecciones; pero no son un hecho ineluctable que me alcanza, que yo debo vivir a partir de la fe. Entonces, dejo de lado esta provocación, y trato de crear las condiciones previas adaptadas a mi gusto, a mi proyecto: acepto el hecho sólo después de haberlo modificado. De aquí no puede nacer un juicio cultural, porque sigo interiormente dividido; no hay una obediencia real, un seguimiento real.

Giussani: Se toma de los de izquierdas el juicio cultural sobre las elecciones, por ejemplo.

Intervención: Por ejemplo. Otra observación. Para que la cultura tenga una génesis personal es necesario plantear el tema de la verificación a partir de una certeza: el acto de fe debe ser una experiencia cierta, no puede ser una experiencia probable. Yo creo cultura si parto de un dato cierto, que es la fe; no puedo seguir entendiendo la verificación como «un poner a prueba». En otros términos, no se puede afrontar el tema

de las elecciones para ver si sacamos un provecho personal o comunitario. Debe haber un dato cierto.

La última cosa que quería decir es que en todo el concepto de trabajo que hemos manejado, y que comparto plenamente, quisiera que recordáramos juntos que este trabajo conlleva el elemento del gesto. El trabajo no coincide con suspender la búsqueda intelectual, sino con una implicación concreta hasta el detalle, porque me parece que en última instancia nuestra tradición dice que sólo obrando se comprende.

Giussani: La fe es lo único, lo único que te permite juzgar y comprender, porque la fe es un encuentro, un gesto, es un acontecimiento. No perdamos de vista le point.

Intervención: Quisiera llamar la atención sobre un elemento estructural de la verificación, al que se ha hecho referencia antes, pero que tal vez deba ser explicitado. ¿Qué es lo que me permite pasar de la verificación personal a la conciencia cultural? Comparar mi experiencia con la autoridad, como hemos dicho siempre en el lenguaje del movimiento. Ahora bien, me parece que esta afirmación no se vive como al comienzo de nuestra historia. Nosotros siempre hemos dicho y repetido —también en tiempos recientes— que la autoridad es el factor que genera la cultura y el juicio.

Giussani: No es que se haya repetido mucho. Gracias por repetirlo, eres uno de los pocos que lo hace.

Intervención: En cualquier caso, es algo que nunca se ha negado. Me pregunto si nos tomamos al pie de la letra el hecho de que la autoridad sea el factor generador; el factor que hace nacer en mí un juicio que no es el del mundo, el juicio opaco, el habitual, el de todos. Para nosotros, muchas veces, el juicio no coincide con la conversión, no coincide con descubrir que el origen que me constituye asume ese rostro, esa presencia, ese «yo» que es protagonista, como decías antes. Me parece que, en el fondo, la mayoría de las veces consideramos la autoridad con un sesgo «académico». Existe una concepción académica de la autoridad: la autoridad como factor a tener presente, como alguien que nos asegura que estamos en lo correcto, como una especie de barrera de seguridad, pero en sentido burocrático. Del mismo modo que en la universidad hay que emplear tiempo y esfuerzos, hay que someterse a ciertas reglas con los profesores, así también en el movimiento y en la comunión debe mandar la autoridad, debe ser tenida en cuenta, en el sentido de que es una obligación.

Giussani: Es perfecto, diría que «matemático».

Intervención: En este sentido, también pensamos de forma abstracta el hecho de que somos un cuerpo, y lo vivimos en términos mundanos. Del mismo modo, cuando

hablamos de trabajo cultural, lamentablemente lo concebimos como un apéndice de una concepción abstracta y académica de la autoridad. También el trabajo cultural se concibe en términos académicos. Incluso cuando hacemos ruido (o cuando no lo hacemos, da igual), pensando en algo distinto y mejor, en algo más deseable que la universidad tal como es, tenemos en la cabeza un tipo de pensamiento, un gesto cultural que tiene las mismas connotaciones de ese saber que nos ofrece la universidad. Existe una lejanía, como una dificultad enorme —ligada en mi opinión a la falta de experiencia real de la autoridad como factor generador que entra en nuestras relaciones—, que se debe a que nunca arriesgamos hasta el fondo ante la modalidad de nuestro discurso. Para nosotros, la Iglesia, la comunión, es un sistema de garantías del que nos preocupamos; no es un Hecho, un Rostro, sino un sistema de garantías. Cuando nos preocupamos por hacer cosas distintas o mejores, acabamos en una gran complicación imaginativa; por ejemplo, nos agobia el hecho de ser pequeños; entonces buscamos maestros quién sabe dónde. En cambio, podemos arriesgarnos, prudentemente, a ser maestros los unos para los otros, no con una humildad fingida, mundana, sino porque me interesa lo que tú piensas, lo que haces; porque tú estás insertado en un hecho viviente, en donde ambos arriesgamos tanto el juicio como el discurso; y entonces yo espero de ti una novedad, de la estructura de la relación contigo, del hecho de estar contigo, de relacionarme contigo. Es la autoridad moral como imitación de la autoridad, como analogía con la autoridad, como...

Giussani: ¡Como seguimiento! Gracias.

Intervención: Lo que más me ha llamado la atención al comienzo de esta asamblea es que plantear ese título quiere decir plantear una cuestión de método. Me acordé de que en un Equipe que se celebró en Rímíni, no me acuerdo cuándo, se dijo justamente que el método es nuestra comunión. Como para mí este hecho asume hoy una concreción y una madurez mayor, quería resumirlo en pocas palabras.

Hoy me doy cuenta de que lo que me ha permitido verificar la propuesta ha sido situarme ante las cosas con una atención y, a menudo, también con un interés personal, pero teniendo siempre como medida (una medida que me hacía ver dónde, en su caso, podía estar equivocado mi punto de vista) la referencia a la unidad, es decir, a esas personas que he conocido en el movimiento. Y me doy cuenta ahora de que, partiendo de una comunión, se puede reconocer si una actitud de fe (lo mismo se podría decir para la verificación) es ciega, es fideísta o constituye una fe efectiva. En una comunión entre personas se ve si la fe es un fenómeno aislado, si la persona que tengo al lado no significa nada para mí o si conlleva esta implicación. Me acuerdo de ese pasaje de san Pablo en el que se dice que uno podría tener una fe como para mover montañas, pero no basta. San Pablo lo dice refiriéndose a la caridad¹⁰. Creo que la caridad es la clave de

nuestra comunión, en el movimiento. En la comunión, que es el movimiento, he encontrado una amistad con personas que me ha abierto los ojos...

Giussani: La fe se ha convertido en acontecimiento, ha dejado de ser una realidad intelectual o volitiva, es decir, moralista.

Intervención: Creo que para hablar de «verificación» lo primero es comprender que hay que empezar por uno mismo. La fe que vence al mundo, vence ante todo al mundo que hay en mí, y si no, no vence al mundo de fuera. La primera verificación se produce en el campo de mi experiencia. Si éste es el primer ámbito, el segundo es la vida. Para mí es importante que nos lo digamos otra vez: la vida, por tanto la propia situación concreta, es el lugar en donde uno verifica.

Giussani: Sí, el segundo ámbito es la vida; pero únicamente si te ha herido a ti, porque si tú estás herido, vas cojeando como cojeaba Jacob aquella tarde después de la lucha con Dios, a la puesta del sol. Después de aquella lucha cojeó toda su vida, es decir, comía y estaba cojo, iba con su mujer y estaba cojo, llevaba las vacas a pastar y estaba cojo, discutía con los demás y seguía cojo¹¹. Sólo si el sujeto está herido, se lleva a cabo la verificación en la vida. No se puede hacer esta verificación fuera, mas que como consecuencia de lo que está sangrando por dentro.

Intervención: La verificación —es la experiencia que estoy teniendo en estos tiempos— es tal en la medida en que se pone en juego la propia experiencia original o, usando otro término, la raíz de uno mismo. En cambio, tengo la impresión de que esta dimensión más verdadera de la persona, esta raíz del hombre, queda oscurecida, y raramente hay espacio para un grito que viene desde lo más hondo. No queda espacio cuando se oscurece la raíz, la experiencia original, ese conjunto de realidades que es el hombre, y que se expresa en un grito.

Giussani: No hay verificación cuando esto no se pone en juego.

Intervención: Esto es, no hay verificación cuando no se pone en juego lo que soy.

Giussani: Pero esto también puede estar oscurecido. Por ejemplo, ante una grave tentación por la que Dios nos hace pasar, en un momento de aridez, todo parece oscuro, obtuso; pero entonces uno llora, grita, o bien empalidece, va por ahí con la cara mustia, y el otro le dice: «Pero ¿estás mal? ¿Por qué estás tan triste?»; hasta tal punto se pone en juego, incluso en la peor aridez, lo que es el hombre; se pone de manifiesto lo que tú dices.

Intervención: En este sentido, la verificación no se limita nunca a un hecho

determinado, sino que es la dimensión de una relación continua: no es que yo haya verificado algo y quede cerrado el asunto. La verificación dura toda la vida.

Quería hacer también algunas observaciones sobre el hecho cultural, aunque no son más. Las pongo ante todos porque me parecen importantes. En primer lugar, la realidad como tal no se afirma nunca verdaderamente si no se aferra su significado, el significado¹².

Giussani: ¡Estupendo!

Intervención: Esta frase me parece el corazón del acontecimiento cultural. Y, dentro de ese corazón, existe un método para llegar a ese corazón: primero, no se puede llegar a él sin la compañía de una autoridad verdadera; y, segundo, sin que haya un compromiso personal con el propio origen, sin que se verifique la propia tradición. Hablo de origen en su doble acepción: como lugar del movimiento y como ámbito más amplio de la Iglesia, de la historia que nos ha precedido.

Giussani: Esto es muy importante en el sentido «anterior», con respecto a otras observaciones: nunca está uno verdaderamente comprometido consigo mismo, no se pone en juego de verdad, si no se mide con la tradición, si no tiene en el rabillo del ojo el sentimiento y la percepción de la tradición, porque nosotros somos una historia. Hasta tal punto que cuando calla el «yo» porque pasa por un momento de aridez, o porque está reprimido o hundido, es justamente el contexto objetivo de la tradición —que es el movimiento y que es la historia de la Iglesia— lo que no te permite decir con razón: «No veo nada, por tanto lo dejo todo». Esta connotación de la tradición —la tradición del movimiento o la tradición más profunda y más amplia de la Iglesia, en la que has nacido— no te permite obliterar tu compromiso y el ámbito en donde te la juegas tú, la dirección que tomas, el sentido y la vocación que vives. Lo que no te permite borrar todo esto es esta presencia objetiva, la presencia de Otro, de Otro que llega desde el pasado y que te sujeta desde atrás. Luego tú puedes enfadarte por él, tienes rabia, pero es algo que está presente: tu «yo» sólo es verdadero dentro de esta connotación. En cualquier caso, el concepto de tradición es el concepto de autoridad.

Intervención: Me cuesta distinguir la «verificación» del «seguimiento». Me doy cuenta de que si la verificación no tiene como contenido y como imagen ante los ojos la experiencia viva de alguien, no incide sobre los problemas de la vida; si no consiste en identificarme con la mirada y con el tender hacia la libertad, que veo en la experiencia que tengo ante mí, es inconcluyente e ineficaz, y queda confiada únicamente a la sensibilidad o al deseo de vivir que tal vez nace en mí. Mientras que aquello que yo sigo y verifico es precisamente un dato, un contenido preciso, una experiencia que tengo ante

los ojos.

Lo segundo que quería contar es la experiencia inicial, muy pequeña, pero muy interesante para mí, de las asambleas que hemos celebrado con algunos universitarios en Roma sobre acontecimientos de actualidad y sobre música, sobre cine: en estos casos la verificación y la cultura han ido de la mano. Ha supuesto darnos cuenta de la capacidad que tiene el encuentro de explicar lo humano, de leer las cosas con mayor profundidad: ha supuesto encontrarse con una mirada más verdadera sobre las cosas, sobre las canciones, sobre los hechos que suceden, y esto ha reforzado la convicción de que el encuentro que hemos tenido es verdadero. De aquí nace con más fuerza el deseo de comunicarlo.

Giussani: Perdonadme, pero creo que debemos dejarlo aquí, son ya las once. Es mejor no cargar nuestra capacidad de resistencia, ya de por sí débil y digna de compasión. Interrumpimos aquí nuestra conversación y la retomamos mañana por la mañana.

Espero que la mayoría de vosotros tenga cierta confusión en la cabeza: lo espero de verdad, porque esto indicaría que tenéis una inteligencia verdadera de vuestra posición frente a estas cosas, es decir, que no las comprendéis todavía. Mientras que, si no tuvierais cierta confusión, sería preocupante (dejando aparte a los «elegidos»: elegidos porque son mayores que vosotros, tienen más experiencia y, sobre todo, porque fueron alumnos míos hace treinta años). Sea como fuere, esta confusión indica una cierta insurrección, como señal de que algo os ha tocado, os ha provocado a través de una palabra u otra; sin embargo, no veis adónde os lleva todo esto, no entendéis bien qué significa, frente a esa claridad que en cualquier situación permanece como algo inevitable: la claridad de ese apego a uno mismo, que está incluso en el origen de las experiencias más amargas de desapego de sí. En fin, es una confusión que requiere que todo lo que hemos dicho se recomponga en un discurso, en una «frase» razonable, que corresponda a nuestra existencia, a nuestra vida, a nuestra humanidad. ¿Qué significan todas estas palabras para nuestra humanidad?

Lo repito siempre: el mayor equívoco al que puede dar lugar la primera parte de la Escuela de comunidad es separar el primer capítulo del segundo, es decir, pensar que podemos comprender el primer capítulo de Huellas de experiencia cristiana¹³ al margen del segundo¹⁴, como si fuera una segunda etapa, sin darnos cuenta de que el primer capítulo habla de soledad y de lo demás, partiendo de los Hechos de los Apóstoles. Es decir, ¡es una lectura de la experiencia cristiana que permite comprender los datos de la propia humanidad! Porque todo se explica a la luz de un fulgor, cuando se define esta «frase» (por seguir con la metáfora de antes), cuando acontece este anuncio, cuando se describe la conciencia de un acontecimiento —he aquí la palabra clave, porque la

palabra logos consigue escapar de una utilización ideológica únicamente si se traduce como «hecho», es decir, como «acontecimiento»—. Para recomponer en una «frase» todos los jirones de sílabas que nos han llenado los oídos esta noche (algo hemos creído comprender, pero la mayoría no; en cualquier caso, no hemos comprendido el nexo entre todo esto), para reordenar todo en una frase, en un logos, hay que tomar conciencia de un acontecimiento.

La cultura se genera a partir de este acontecimiento. Es necesario, por tanto, caer en la cuenta de este acontecimiento. El aspecto fundamental del trabajo que hacemos en estos encuentros es exclusivamente uno: no buscamos algo que luego podamos repetir; buscamos lo que contribuye a cambiarnos a los que estamos aquí, lo que ilumina lentamente la oscuridad de nuestra cabeza, lo que aclara nuestra autoconciencia, la conciencia de uno mismo y de la vida.

Por tanto, mañana por la mañana debemos aproximarnos a esta frase, a este logos, tomando conciencia del acontecimiento, para comprender en qué consiste esa verificación de la que procede todo el fenómeno cultural, todo el cambio de nuestra existencia (que se hace fecunda) y de la humanidad a nuestro alrededor, de la sociedad que nos rodea. Si voy por mi camino, y la sociedad que me rodea, la existencia, está constituida por todas esas ocasiones inevitables, que son como piedras donde apoyo mi pie para avanzar o rocas que no veo y que me arañan el brazo —ya sea un coche que se acerca, un amigo que me saluda, la naturaleza que admiro o el invierno que no me gusta—, entonces las elecciones universitarias son una de esas piedras, uno de esos gusanos o uno de esos árboles, según el tipo de pasión que suscitan y dan lugar a cada una de vuestras intervenciones. El desarrollo cultural, la capacidad creativa, la fecundidad de nuestra vida y, por tanto, la realización de un mundo distinto, la experiencia del ciento por uno aquí en la tierra, debe brotar de la conciencia del acontecimiento cristiano que impregna todo lo que vivimos. Éste es el aspecto más importante del documento que proponemos. «Queremos asumir nuestra responsabilidad como jóvenes y como hombres en una tarea de construcción, y por eso participaremos en las elecciones universitarias»¹⁵. Es decir: levantaremos la piedra con la que nos tropezamos (es tal cual). Es el concepto de «inevitabilidad», uno de los más importantes en la concepción cristiana de la relación entre el hombre y el mundo; sólo lo separa del fatalismo, es decir, del nihilismo, un filo; hay una distancia infinita entre los dos, pero fenoménicamente se separan por el filo de una navaja. Porque no hay otra alternativa: o bien este significado —el logos, Cristo—, o bien el nihilismo. Excepto para los que devoran su pequeña porción de poder, los que tienen algo de poder: poder sobre los hijos, sobre la mujer, sobre el dinero o la carrera, poder de quedarse en un sillón, de escuchar la radio sin que nadie le moleste, o bien de ser mirado porque sale elegido.

Recemos juntos.

Síntesis

Giussani: Las palabras que acabamos de repetir al rezar Laudes son como el ir y venir de una ola, de una ola que contiene una visión y un sentimiento nuevo de la existencia. ¿Cómo podemos rezar las Laudes del lunes sin comprender que la cultura es un fruto, en el sentido literal de la palabra, que nace de la vida que hemos recibido? El Salmo 62, el pasaje de Isaías¹⁶ y todas las plegarias del lunes son el testimonio fascinante y profundo de lo que es un hombre, de una manera distinta de concebirse a uno mismo, de concebir las cosas y, por tanto, de juzgar, de esperar. Si la producción cultural no tiene como humus continuo, como raíz incesante, la oración que realizamos durante el día, jamás será una cultura nueva, una forma nueva de abordar la realidad, «nueva» en el sentido de «verdadera» (porque lo realmente distinto es lo verdadero), jamás dará lugar a una humanidad distinta, es decir, nueva, verdadera.

Uno de vosotros, que no leyó su intervención ayer por la noche, escribe: «Reapropiarse del método es comprender la razonabilidad profunda de lo que estoy viviendo». Cada uno comprende que los términos «cultura» y «verificación», inicialmente, están ligados a esta frase: «La profunda razonabilidad de lo que estoy viviendo». Amigos míos, ¿qué estamos viviendo? ¿Qué estás viviendo? ¿Te quedas en ti mismo, es decir, en la confusión, la impotencia, en un cúmulo de instintividad y reacciones que indican, justamente, la necesidad de encontrar una respuesta? Si te quedas en ti mismo, no estás viviendo, porque lo que te permite vivir es la esperanza de encontrar una respuesta, una solución a lo que tú eres. O puede ser que vivas como lo hacen todos, con una mentalidad mundana; entonces estás alienado en la maldad de la circunstancia que te toca vivir, te atragantas con ella como sucedía con iracundos e indolentes, en cuya boca caía el barro de la laguna Estigia: «Quest'inno si gorgoglian nella strozza, / chè dir nol posson con parola integra»¹⁷ (Este himno se ahoga en su garganta, / porque no pueden decir palabra entera). El grito humano muere en tu garganta, porque el barro del mundo te sofoca, te lo tragas y se te queda dentro, enmudece; por ello, ni siquiera sabes darle cabida en ese espacio trágico, de aventura amarga, de tristeza honda, que por lo menos revelaría una cierta dimensión. O bien, puede ser que vivas algo distinto, que sigas algo distinto, que sigas lo que ha sucedido en el mundo, el acontecimiento, el anuncio recibido. No existe una cuarta vía. O te quedas en ti mismo como un conjunto de instintos y de reacciones, de pretensiones, o vives el mundo que te rodea. Pero es lo mismo, el primero acaba en el segundo inevitablemente, y el segundo es ligera y

sutilmente juzgado por el primero, pero de forma impotente y absurda, y la percepción de lo absurdo se multiplica a cada mirada, a cada paso. O bien —tercera posibilidad— estás viviendo algo distinto, estás viviendo lo que se te ha anunciado, el acontecimiento que ha entrado en tu vida, como leemos en esta intervención, que sigue así: «Lo más increíble es que, aun sintiendo la fascinación de la verdad, seguimos como siempre». ¡La verificación es el trabajo que te impide continuar como siempre!

Dice otra intervención: «Hemos aprendido demasiado bien a decir que Cristo es todo: es demasiado fácil, pero ya no lo vemos en las miradas, en el modo de actuar». Yo no sé si hemos aprendido «demasiado bien» a decir que Cristo es todo, porque, en mi opinión, no es verdad que la mayoría de vosotros haya aprendido simplemente a decirlo. Pero, aparte de esta primera fase, que podría incluso ser verdadera, en cualquier caso es algo «demasiado fácil» y, por último, «ya no se ve en las miradas», no se ve en el modo de actuar.

Entonces, cuando leemos en la hoja que se repartió ayer que sólo una vida, «una vida nueva produce cultura, creatividad, responsabilidad, incluso política»¹⁸, se dice algo que todos pueden comprobar, algo que es perfecto, matemático, desde el punto de vista del análisis del fenómeno cultural. Porque la mentalidad que hoy inunda nuestra sociedad es como un inmenso mar de lodo; esta cultura ha nacido de un tipo de vida que, como todos saben, hunde sus raíces últimas en la humanidad, en nuestra humanidad, y, sin embargo, tiene como resultado vencedor una concepción del mundo y un sentimiento de uno mismo distintos de la concepción cristiana: la mentalidad racionalista de los siglos XVIII y XIX ha desembocado en el radicalismo actual. Y es el final de su carrera, ciertamente, porque de otro modo la humanidad ya no podría subsistir: un final que podrá durar siglos de barbarie. Porque el resultado de este tipo de mentalidad, en donde reina la instintividad y en donde el único orden viene del poder, por tanto del más fuerte, del que es más capaz de someter a otros, es la barbarie (son los dos factores típicos de la barbarie). Sea como fuere, ahora se ha convertido en mentalidad popular, hasta tal punto que incluso el mundo cristiano, y también el mundo eclesiástico, asumen esta mentalidad. Y nosotros participamos de esta mentalidad como todos los demás. Esta mentalidad ha nacido de una determinada vida, de un determinado gusto por la vida, de un determinado sentimiento de la vida. No nos resulta difícil comprender que el feminismo radical o el laicismo, el radicalismo socialista imperante entre nosotros, es una forma de concebir y de gustar, de sentir, que en mucha gente es más una vida que una teoría: en ellos se ha «liberado» en cierto modo, en un sentido irónico del término, todo lo más destructivo que hay en el ímpetu de la vida humana, en la exigencia humana de vivir.

Lo que produce cultura, creatividad y responsabilidad es una vida nueva. Por eso he

leído las frases precedentes. Pero ¿cuál es esa vida nueva que se traduce en una mirada distinta sobre la realidad, en un juicio distinto y, por tanto, en un sentimiento distinto que se concreta en proyectos, decisiones y obras distintas? ¿Cuál es? No olvidéis, por favor, que no estamos en unos Ejercicios espirituales, por utilizar una distinción anacrónica, ¡aunque se siga manteniendo de forma rígida en el ámbito clerical! Si tuviésemos que emplear una palabra para indicar el tipo de trabajo que estamos haciendo, deberíamos usar la palabra «estudio», en el sentido fuerte del término, porque, en latín, *studere* no se ha visto todavía afectado por la superficialidad con que se traduce al italiano —por lo menos en cómo lo vivimos, a la vista de cómo estudiar—. *Studere*: cuando un joven piensa en su chica, o cuando un chico estira el cuello para ver si su chica ha entrado en la clase, distrayéndose de vez en cuando porque la mira, esto se podría decir en latín con la palabra *studere*, verse atraído por el ser.

Ahora bien, nosotros «estudiamos», nos esforzamos por comprender qué es y cómo nace una posición cultural, una capacidad cultural, una producción cultural, porque identificar sus factores nos ayuda a utilizarlos mejor, de modo que una cultura nueva y distinta se instaure realmente entre nosotros, como acicate de una creatividad que, sin esta posición cultural, no se da. He dicho: «Que la conciencia de estos factores nos ayude a utilizarlos mejor». Debería ser —y lo digo con una palabra errónea— «instintivo», si existe una vida nueva; si tenemos fe, una cultura nueva resulta «natural».

Pero fijaos en que el error fundamental que podemos cometer en el extremo opuesto es dar por descontada la fe. Es decir: puesto que tenemos fe, establecida la premisa que sería la fe, entonces realizamos actividades culturales. Esto nos llevaría a una actitud fideísta, a una posición clerical —como la enseñanza de ciertos seminarios y colegios católicos, en donde tener fe significa tan sólo dar una cierta explicación de los problemas en lugar de otra—. Sin embargo, el problema es que el origen, la génesis de la producción cultural, es eminentemente personal.

Esto quiere decir que la fe, la vida nueva, debe dar forma continuamente a mi *mens*, a mi modo de concebir y de medir, y, por tanto, esa forma debe ser lo que alimente el corazón —en el sentido bíblico del término—, debe continuamente dar forma a mi plan de vida, y, por tanto, a mi relación con la realidad, con el mundo entero (mente y corazón). No nos interesa, en primer lugar, saber lo que ha pensado Maritain o ha dicho san Agustín sobre esto o lo otro. No se trata tanto de saber, aunque nos interesa mucho conocer todo esto: lo que debemos aprender, lo que debe acontecer es que nuestra persona llegue a ser fuente de una cultura. He aquí el problema. Entonces tendremos (¡también!) el gusto de leer a san Agustín; lo leeremos, mientras que ahora no lo hacemos. La tasa de capacidad de lectura en el movimiento se ha adecuado rápidamente a la tasa innoble que ostenta la sociedad italiana, según todas las estadísticas. Ya nadie

lee, o peor todavía —observación que confirma lo anterior—, cuando uno lee, lee lo que se le ocurre. Es decir, al quedarse mezquino, encogido, instintivo y carnal, uno lee lo que le sugiere su cortedad, confirmándola de este modo, acrecentando su necesidad, carnalidad y falacia. «Al que tiene se le dará»¹⁹. Para aquel que busca realmente la verdad, todo es una ayuda.

Así pues, en primer lugar, quería contraponer a vuestras objeciones que la cuestión de la cultura es una cuestión absoluta y profundamente personal. En una intervención de ayer por la noche se decía: «La fe vence al mundo sobre todo en mí, la primera verificación es la lucha y el cambio que se produce en mí». El problema de la cultura se plantea al nivel de los Salmos de esta mañana, de las invocaciones de esta mañana. Cuando leáis el Benedictus²⁰ con un mínimo de inteligencia, comprenderéis que se trata de un cambio total, de una revolución cultural. ¿Qué se espera de la cultura, sino que contribuya a la liberación nuestra y del mundo? Aquí debemos citar el final de la Historia de la filosofía de Nicola Abbagnano, que termina diciendo —no sé si también en las últimas ediciones—: «Esto es la razón, una fuerza humana que hace más humano el mundo». He aquí la descripción del proceso cultural. Pero, entonces, ¿por qué, para hacer más humano el mundo, esta fuerza humana hace cada vez más inhumanos a los hombres y al mundo? ¿Por qué? Salvo que se identifique lo humano con su destrucción, con la mentira. De hecho, la única alternativa a una verdadera sed de liberación es el cinismo. Sólo de una vida nace una cultura: o es la nuestra, o bien es aquella en la que nos alienaríamos, que nos rodea por todas partes e influye de tal manera en nuestra mentalidad, que al final, las dos terminarían siendo una sola, la segunda. Gracias a Dios, existe una tercera alternativa: la vida nueva que ha entrado en la Historia.

Quisiera ahora atraer vuestra atención sobre dos temas que salieron ayer por la noche. Pero antes retomo otra intervención de ayer, que decía que era necesario «hacer presente este evento nuevo que, cambiando la vida, cambiando a la persona...». Pero decir: «cambiar la vida» es un poco ambiguo, porque puede percibirse enseguida en sentido moralista: «cambiar la vida quiere decir comportarse de una determinada forma en lugar de hacerlo de otra», lo cual sin duda es una consecuencia, pero es sólo una consecuencia. En cambio, cambiar la vida significa cambiar la mentalidad. Aquí se ha hablado de inteligencia, de inteligencia nueva. Se ha hablado de vida cambiada. Uno de vosotros hizo una observación muy aguda: «Al hablar pones de manifiesto la naturaleza de tu juicio y, por tanto, yo espero de ti una novedad ». Otro ha dicho: «Tú manifiestas la naturaleza de tu juicio, de tu percepción de las cosas, y entonces yo espero de ti una novedad». Podríamos cerrar el tenderete si no nos presentáramos ante nuestros compañeros de modo que cualquiera de ellos, por poca atención, sincera, que preste, no

pudiese atestiguar lo que acabo de decir, no se viera llevado a decir: «Lo que se pone de manifiesto es la naturaleza distinta de tu juicio, la naturaleza de tu mente, no tu discurso, que me importa un comino; no es tu discurso, sino tu forma de razonar, tu forma de sentir, la naturaleza de tu corazón: por eso, espero una novedad».

Hacer presente este evento, este cambio, es la clave para que la palabra cultura empiece a indicar un acontecimiento que es nuestro, una génesis del fenómeno cultural que brota en mí. Y no es necesario ser particularmente inteligentes o cultos. Desde este punto de vista, el comienzo del movimiento ofrece muchos ejemplos al respecto. La primera clase en la que conseguí ganar al final del curso (¡al final!) fue un segundo B, en el Liceo. Durante todo el año mis interlocutores más atentos habían sido los más inteligentes de la clase, que terminarían uniéndose a nosotros, pero sólo «después» (podría citar nombres que algunos de Milán conocen al dedillo). Tenían una fuerte resistencia, todo lo amigable y benévola que queráis, pero se me resistían, y llegué a final de curso desanimado. Era la clase con los alumnos más vivos, más inteligentes, que mostraban una inteligencia realmente humana, un comportamiento leal, no endurecido. Yo había comenzado con entusiasmo y con perspectivas triunfales, pero había llegado a la mitad del curso sin resultado alguno. Fue una chiquilla, por la que no hubiera dado un duro, por muchos motivos, fue realmente ella la que arrastró a toda la clase. Por tanto, por amor de Dios, no nos dejemos determinar por pesos y medidas que están en contradicción con la descripción y la definición que tratamos de dar de la naturaleza del fenómeno. Cuando apreciáis a ciertos compañeros porque sacan matrícula de honor, porque son más capaces de hacerse valer o lo saben todo, seguís criterios que no tienen que ver con la naturaleza del fenómeno; son cualidades accidentales que pueden darse o no darse. ¡Esto lo digo para calmar ambiciones y condiciones previas, y para estimular esperanzas!

Volvamos al punto: hacer presente este evento. Esta vez, el tema de nuestro encuentro era una invitación a mirar, a fijarse en un punto, como cuando se hacen los experimentos en química o se asiste a un curso en el hospital con el jefe, y veinte alumnos, cuando no cincuenta, están allí con los ojos fijos en el mismo objetivo. Nos espera este trabajo: hacer presente el evento, el evento de una cultura, y comprender en qué consiste.

El primero de los dos puntos que he anunciado, que no me decido a abordar, tiende a definir la cuestión, mientras que el segundo tiende a recordar la condición. Pero la condición es también el dinamismo productivo que asegura el fenómeno cultural. El primer punto se ve asegurado por el segundo, que es una condición sin la cual no se da génesis alguna.

1) Volvamos a describir los factores de la génesis del acontecimiento, de este hacer presente el acontecimiento, partiendo de la intervención de ayer por la noche que citaba la carta a los Corintios. Cuando el que intervino habló de mortificación de lo humano — por tanto de mortificación de la razón, de mortificación de nuestras evidencias y criterios, porque «la» evidencia, «el» criterio es la fe—, me estremecía un poco

pensando en lo que significaría todo esto para los más serios o más «sensibles» entre vosotros. Porque, digámoslo con claridad, todo nuestro dilucidar o «debatirnos» a propósito de la cultura cesa repentinamente como por arte de magia, para dejar lugar a otra creación que empieza a verse, físicamente, cuando la fe deja de ser una palabra, como normalmente la entendéis, y aparece por lo que es: la fe cristiana.

Os invito a leer el pasaje de la primera carta a los Corintios, capítulo primero, en donde nos dice que Dios se ríe de la medida del hombre, de sus criterios parciales²¹. Del mismo modo, nosotros debemos reírnos de las razones y de los criterios del hombre para poder crear cultura, una cultura verdadera. Vamos a entender en qué sentido lo digo: debemos reírnos de los criterios de la mentalidad mundana, porque nosotros miramos, juzgamos y sentimos todo desde la fe. La fe. Pero, ¡un momento! ¿De verdad es ésta una afirmación tan tranquila, obvia, indolora y baldía? ¿De verdad es tan piadoso, confesional, tradicionalista, sentimental y acrítico, nuestro modo de hablar de la fe? ¿Debe ser acrítico? Me pregunto: ¿acaso debemos renunciar a nuestros criterios humanos y a nuestra mentalidad mundana? ¿Por qué? Ayer se decía además que «La fe encuentra su motivo y fundamento en sí misma». La fe es «mirar un hecho que se plantea por sí mismo». Desde este punto de vista, la cultura nueva, la cultura verdadera, debería nacer de la contemplación y de la adhesión al hecho de la fe. Quisiera que comprendiéramos bien este primer punto, así todo lo demás será sencillo, podremos ir más deprisa. Pero en este primer punto tenemos que detenernos. Disculpádme, pero yo no estoy elaborando un discurso; estoy haciendo un trabajo; un trabajo que habríais debido hacer vosotros antes; entonces, entre todos, nos habríamos ayudado mejor.

«La fe encuentra su motivo y fundamento en sí misma». Cuando ayer oía esto, creía estar leyendo una frase de Karl Barth, el gran teólogo protestante, que decía que la verdad lleva en sí misma su propia evidencia. Si la fe es la verdad, lleva en sí misma su evidencia, no hay necesidad de demostración alguna, no hay necesidad de fundamentar nada, no hay necesidad de verificar nada. Ahora bien, como todos los errores —porque se trata de un error, aplicado de una cierta forma es un error—, está olvidando algo. ¿Qué hay que pueda ser mío, que pueda llegar a ser mío, si no satisface esa exigencia de razón que es mi inteligencia? La persuasión es humana cuando encuentra motivos adecuados. Que algo sea razonable significa que tiene motivos adecuados, que posee motivos adecuados. Adecuados, ¿para qué? Esto lo veremos enseguida. Pero la fe no llega a ser algo mío si no impregna la inteligencia que tengo de mí mismo y de las cosas, llamémosla incluso «razón», porque la razón indica en todo caso una connotación particular de esta inteligencia, su capacidad discursiva y dialéctica.

Algo no llega a ser mío si no lo abrazo con mi libertad y no lo amo. Y la libertad no ama de forma humana, y, por tanto, estable, creativa y constructiva, si no es por una

inteligencia que se ha dado antes. Nihil volitum quin praecognitum, decían los escolásticos: no se puede amar nada que no se conozca. Ahora bien, daos cuenta de que conocer coincide siempre con reconocer. No se trata de ser platónicos a ultranza, pero conocer implica siempre una comparación con uno mismo. Ayer por la noche alguien retomó muy oportunamente algunas cosas que habíamos dicho hace tiempo, pero que yo no había escuchado repetir a nadie hasta ayer por la noche: «La verificación es tal en la medida en que se pone en juego la propia experiencia original». El contenido propio y constitutivo de la inteligencia es la conciencia del ser, que nos lleva a ser nosotros mismos, es la autoconciencia. El contenido de la inteligencia, que parte con el caer en la cuenta del ser, con el tomar conciencia del ser, culmina en la conciencia de sí. «En la medida en que se pone en juego la propia experiencia original», que es la dimensión de esa relación continua con el ser, que soy yo. Esta «experiencia», por tanto, debe verse interesada, atraída, persuadida, herida (en sentido amoroso). «Lo que está en juego es la propia experiencia original». Y añadía: «La realidad como tal no se afirma nunca verdaderamente si no se aferra su significado, la existencia de su significado». Si yo veo un trasto complicadísimo y estudio todas sus partes, pero no sé para qué sirve, no sé qué decir, no lo conozco. Lo que posibilita el conocimiento es el significado. Entonces ¿qué es el significado? De aquí nace la cultura. Percibo el significado de lo que tengo delante cuando capto qué relación tiene con la vida, con la conciencia que tengo de la realidad y con el amor (interés) que tengo por ella. Es decir, el significado coincide con la función que esa cosa tiene para mí mismo, para mi persona, porque mi persona es, de alguna manera, el centro del universo, la conciencia de la realidad. ¿Acaso no se llama «cultura» el conocimiento de algo, de modo que lo puedas usar adecuadamente? ¿No es esto la cultura? Cultura del tomate es conocer los tomates y su comportamiento, de modo que los puedas plantar, los puedas cultivar para que se hagan más grandes, más rojos, más llenos de vitaminas, más abundantes, más baratos y más accesibles. ¡Esto es la cultura!

No sé si entendéis adónde quiero llegar, pero quería decir que «la fe encuentra su motivo y fundamento en sí misma» puede ser una frase errónea, podría ser fideísmo protestante. ¿Qué es la fe? ¡Responded vosotros, por favor! ¡Responded vosotros, que sois los exponentes de la cultura católica del mañana, los exponentes de la cultura católica universitaria de hoy! No sigo adelante si no responde alguien. Desde hace al menos tres años, cada vez que pronuncio la palabra «fe», digo: «¿Es decir...?». Desde hace tres años...

Intervención: Es el reconocimiento de una presencia.

Giussani: Te lo agradezco, querido amigo, porque estas cosas no te las ha dictado ni la carne ni la sangre. Es el reconocimiento de una presencia. Entonces, perdonadme, ¿qué

quiere decir que la fe «encuentra su motivo» y se fundamenta en ella misma? «Encuentra su motivo»: ¿qué es lo que motiva adecuadamente la fe? Es la experiencia original a la que aludí ayer por la noche, nuestra humanidad, según esa versión original que es el contenido de la bienaventuranza y de la pobreza del espíritu o de la sencillez de corazón o, si queréis, desde el punto de vista psicológico, la sencillez del niño, que es otra comparación que utilizó el Señor²². Es nuestra humanidad, que no pudo ser arrancada totalmente ni siquiera de los tres nombres más horribles de este siglo: Hitler, Stalin y Lenin, ni de los delincuentes más atroces. Puede ser que no se oiga por el retumbar de los cañones o de todas las preocupaciones que nos asaltan, puede no ser escuchada, pero resiste. Entonces, «la fe encuentra su motivo y fundamento en ella misma» quiere decir que frente a esa Presencia, frente a una cierta presencia, se mueve —«motivo»— mi humanidad, se mueve esta realidad originaria mía, mi humanidad originaria: ¡se mueve! Cuando daba clase, decía muchas veces: «Daos cuenta, la verdad lleva su propia evidencia en sí misma: el criterio supremo de la verdad es la evidencia; la verdad es una presencia —que es lo mismo—, una presencia que toca lo humano, ante la cual lo humano se ve provocado y se convierte en una presencia para uno mismo.

»Cuando yo hablo —le decía, por ejemplo, a Luca Modesti o a Luca Cafiero²³—, incluso vosotros, a pesar vuestro, ponéis cara de niño sorprendido; cuando escucháis estas palabras, ciertas palabras, en ese momento vuestra cara es como la de un niño. Se adivina detrás de vuestra mirada el condensarse de una nube terrorista, pero, por una fracción de segundo, con vuestra forma de estar decís: ‘¡Es cierto!’; vuestros ojos y vuestra boca dicen: ‘¡Es eso!’’. Una fracción de segundo después, corréis al abrigo de la tropa de los ‘pero’, ‘si’ y ‘quizá’, y contraatacáis secundando lo que no es original; en ese momento no sois vosotros mismos, de alguna manera os odiáis a vosotros mismos. Pero vuestro ‘yo’ original, vuestra experiencia original está ahí y, como un niño, dice: ‘¡Es eso!’’, y vuestra forma de mirarme mientras hablo atestigua la verdad de lo que os digo, y da gusto».

Entonces, que la fe se demuestra por sí sola y encuentra su fundamento en sí misma, quiere decir que, ante una cierta presencia, nuestra humanidad se sobresalta exactamente igual que saltó el niño en el vientre de Isabel, al escuchar la voz de su prima María, que llevaba en su seno al Señor²⁴. La verdad es una presencia que lleva en su seno al Señor, al Señor de la vida, al Señor del mundo. Entonces algo en nosotros salta, tal vez, tan discretamente que podemos no prestarle atención, no percatarnos, olvidándolo enseguida, como decía antes. Estoy describiendo lo que nombramos con un término muy famoso entre nosotros. ¿Cuál? «Encuentro». El encuentro. ¡Es el encuentro!

¿Comprendéis entonces que esta primera célula —en sentido absoluto— de todo el

organismo cultural, que constituye nuestra consistencia personal, es la fe? Una fe que, al ser consciente, le da una forma a la persona. Porque la fe comienza su proceso de maduración a raíz del encuentro, empieza a madurar a partir de este fenómeno primordial. Al igual que la fe en los apóstoles. Aunque el Evangelio dice continuamente: «Y creyeron en él sus discípulos», ¡la fe de los apóstoles comenzó el primer día! Primer capítulo del Evangelio de Juan, versículos 31 y siguientes²⁵. Juan y Andrés, después Simón, Felipe, Natanael. La fe empieza ahí, es ese sobresalto, es ese movimiento interior, es esa conmoción —ésta es la expresión más acertada, «con-moción»—, que mueve nuestra humanidad, que la despierta, la provoca.

Yo hablo a menudo de un «acento»: un acento del acontecimiento, un acento; es una presencia que te mueve, y tú la reconoces como una promesa para tu vida, como lo que despierta en ti la esperanza. ¡La vida, la vida! Recuerdo que, durante la época de la contestación, había una chica de Varese que, en su momento, había formado parte de GS. Yo ya no me ocupaba de los bachilleres, pues desde hacía algunos años daba clase de Teología moral en la Universidad Católica. Esa chica, como la mayoría, había derivado hacia grupos extraparlamentarios, y seguía a Capanna²⁶; era una de las pocas caras conocidas en medio de esa muchedumbre izquierdosa. Un día, al cabo de mucho tiempo, me encontré con ella en la entrada de la Católica, una mañana en la que había una sentada (en la que participaban muchos que ahora, gracias a Dios, están con nosotros, gente que ha «recapacitado» y ha vuelto con nosotros). Entonces la saludé, y ella, señalando a los que estaban sentados allí, un poco más lejos, dijo una frase que atribuía a Lenin, y que siento no recordar exactamente. Decía algo así como «Verde es el árbol de la vida». ¿Nadie conoce esta cita? Es un fenómeno muy importante, un caso muy sintomático...

Intervención: «Gris es la teoría, amigo mío; verde es el árbol dorado de la vida»²⁷. Es de Goethe, y la citó Lenin.

Giussani: ¡Perfecto! Perdonad, amigos, da igual cómo me juzguéis o cómo repitáis lo que os digo, ¡pero tenéis que admitir que esta manera de juzgarlo todo es cultura! Porque uno juzga todo, lo retiene todo, trata de comprender todo y de extraer sus consecuencias, y esto le hace estar más contento, le hace ser más él mismo. «Gris es la teoría, verde es el árbol de la vida». Ciertamente, Lenin hizo de la teoría el sepulcro del mundo. «Gris es la teoría, verde es el árbol de la vida». Estoy seguro de que aquella chica se pasó a los extraparlamentarios por una frase como ésa, al percibir que esa frase encerraba una promesa para su vida. Para aquella universitaria, «Verde es el árbol de la vida» valía más que todos los análisis posibles e imaginables, económicos, sociales, filosóficos, tan es

verdad que el criterio —el criterio para reconocer lo que corresponde a nuestra humanidad— es lo que toca nuestra experiencia original y la despierta. Si estamos aquí es porque a todos —¡a todos!— nos ha sucedido algo así.

«La fe encuentra su motivo y fundamento en sí misma» indica exactamente esto, este acontecimiento, ¡he aquí la palabra adecuada!, este acontecimiento, este kairós, por usar el término griego (kairós, acontecimiento significativo, referente al significado de la vida, que conlleva el sentido de la vida): un acontecimiento que nos ha acercado una Presencia mediante la voz de ciertas personas, mediante ciertas palabras o la vida de una persona, el ver una comunidad o un grupo, en cualquier caso, mediante algo que se nos ha dado. Mediante una realidad humana, ha acontecido algo que se ha convertido en kairós, cauce de un sentido, portador de un significado para la vida; un hecho que nos ha ofrecido una promesa y despertado una esperanza. Nuestra esperanza es frágil aún, como un hilo que se prolonga en el tiempo, y brota de ese movimiento de nuestra humanidad, el mismo movimiento que hizo saltar al niño en el seno de Isabel²⁸.

Este acento que nos ha conmovido, el evento que nos ha alcanzado, el acontecimiento que nos atrae, la promesa que hemos intuido, ¿qué rostro tenía? El del anuncio cristiano, del hecho de Cristo, era ¡el mismo «hecho» de Cristo! No fue la noticia de que alguien había nacido hacía dos mil años; fue el anuncio de que esa realidad sigue presente, de que Dios se hizo hombre y está presente, ¡es una presencia! Es Cristo, ¿entendéis? Entonces comprendemos que «la fe es mirar un hecho que se plantea por sí mismo». No es que se plantee por sí mismo prescindiendo de nuestra razón: si la razón coincide con la conciencia de nuestra experiencia original, la fe se plantea por sí misma en el sentido de que toca esta experiencia original, ¡la mueve! La experiencia original es el criterio supremo para considerar y valorar todo. Lo repetimos a menudo: o el criterio para juzgar todo es inmanente a mi impronta original y, entonces, a medida que conozco las cosas soy más yo mismo; o el criterio para juzgar todo nos debe venir de la filosofía y de la política, en fin, de otros y, entonces, estamos alienados. Ahora bien, ¿cuál es el criterio impreso en nosotros? No es, daos cuenta, nuestra reacción como tal, porque ella puede ser fruto de sedimentos e influjos ajenos (pensad en cuando erais pequeños, pensad en la formación que habéis recibido). Existe una única cosa —¡una!— que es nuestra, que recibimos, pero que nos constituye a cada uno como «yo»: es la experiencia original, ese conjunto de evidencias y de exigencias que constituyen mi naturaleza de hombre. El anuncio cristiano nos entrega una «presencia», nos pone ante Aquel que nos ha creado, que ha forjado nuestra experiencia original: por eso ella lo advierte enseguida, ¡lo reconoce enseguida!

El alborear de una vida nueva, de una experiencia verdadera, de esa experiencia verdadera que te abre a todo y a todos con una mirada inteligente, con un brillo en los

ojos, con una voluntad y un amor en el corazón, con un gusto último que permanece intacto incluso cuando el tronco parece árido, incluso cuando el invierno se adueña de nosotros y quedamos secos —lo decía ayer— como «palos sobre una colina» según la comparación de Isaías²⁹ (si uno se acerca y mira bien, puede ver que hay una pequeña hoja, que a lo mejor los demás no ven); este brote de vida nueva, de conciencia, de seguimiento y de «energía aprehensiva» —es la palabra que buscaba—, que es «inteligencia, amor y gesto»; esta energía aprehensiva de la realidad, que te hace mirar todo con una luz en los ojos, con un afecto, un amor, un gusto, con una capacidad de dar forma a las cosas (al igual que la inteligencia y el amor de una mujer dan vida a su hijo y le hacen crecer, así el mundo se convierte en un hijo para nosotros, en algo que llevamos de la mano; y llegamos realmente a sostener a los demás, de la misma manera que estarán vuestros hijos entre vuestros brazos), esta energía aprehensiva y fecunda que nos mueve hacia todo lo que existe es nuestra experiencia original, con los ojos y la boca abierta de par en par ante Su presencia, es la contemplación del hecho y la adhesión a él.

a) De aquí derivan un sinnúmero de implicaciones. Pero, ciertamente, de esto no se sigue que uno deba dejarlo todo y hacerse eremita, para nada. Éste es, en mi opinión, el gran signo de los tiempos, exactamente como a principios del cristianismo (el primer siglo, los dos primeros siglos), y luego cuando el cristianismo tuvo que recobrarse (como el primerísimo verdor de primavera cuando todo está seco, así es la vida que vuelve a despuntar en el tronco seco del nihilismo), después de la barbarie que arrasó Europa. Al igual que en los primeros dos siglos y en la época benedictina, el signo de los tiempos que dará lugar a este florecimiento, a este reverdecer de la presencia, es la memoria de esta Presencia, la mirada puesta en esta Presencia, la conciencia de Su presencia, el amor a Su presencia dentro de las cosas de la vida. Dentro: dentro del trabajo, dentro de la relación con un desconocido y dentro de la familia, dentro de la escuela, dentro. Lo que nos convierte en sujeto vivo en cualquier lugar es lo que llevamos dentro: la memoria, dentro. De manera que somos como los demás —dice Tertuliano—, somos gente que hace las cosas como los demás, exactamente igual que los demás, pero de forma distinta a todos³⁰. Es otro mundo, otra cultura, la cultura de lo humano.

La palabra «memoria» es el término cristiano que indica la «contemplación». La palabra contemplación va bien incluso para los antiguos filósofos platónicos, va bien para los pitagóricos, va bien para los hindúes, para los budistas, va bien para todos. Pero la palabra cristiana que corresponde a «contemplación» es la palabra «memoria», porque es la mirada a una presencia, una presencia que nos llega del pasado, por eso es «memoria», y nos alcanza en el presente, por eso es «presencia»; pues de otro modo sería un recuerdo agotado, cuya señal es la tristeza humana, que atestigua nuestra

incapacidad para poseer, para afirmar el ser, que se nos escapa como el agua entre las manos.

Paso ahora a detallar otros tres apartados. No pretendo hacer una demostración, como las fórmulas de Waring; sin embargo, es la verdadera demostración, porque demostrar significa «poner ante los ojos». Es un esfuerzo que entre todos debemos hacer para caer en la cuenta de lo que tenemos delante, para darnos cuenta, ¡para «demostrar»! Entonces, tratemos de imaginar la cosa, porque la imaginación es el gran instrumento para la memoria, la gran ayuda para la memoria, ¡la maza de ese guerrero que es la memoria! La memoria es el guerrero que dirige la historia; su maza es la imaginación, que coge el impulso y decide dónde descargar el golpe.

b) Si yo tengo este encuentro y me quedo ahí, por una fracción de segundo, por un instante, contemplando, es decir, sacudido por esta memoria; si me quedo mirando con los ojos abiertos de par en par esa Presencia, cuya voz ha tocado mi humanidad e insinuado una promesa (fijaos en que esta Presencia asume nuestros rostros; cuando pensamos en ello, nos entran ganas de escondernos, ¡mientras que ella se ha ligado a nuestra torpeza!), una promesa que mueve mi humanidad, que hace aflorar en mí la experiencia original y le da alas, le da esperanza, entonces yo me uno a la comunidad, me sumo a ellos, es decir, tomo este camino, participo en GS, en CL.

Voy a CL. Éste es el meollo: ese atractivo inicial, esa emoción primera, ese acento que nos ha alcanzado, esa conmoción inicial, que se produce de forma distinta según los temperamentos, decae inevitablemente, se va, tiende a decaer, a corromperse; el fenómeno que destaca es el olvido, es decir, la omisión, que es lo contrario de la memoria. La memoria cristiana necesita una presencia. Y cualquier presencia necesita que la tengamos presente, necesita ser continuamente evocada como presencia, percibida como presencia. Si no es así, el olvido y la omisión corrompen el fenómeno. ¿Qué quiere decir que corrompen el fenómeno? Quiere decir que el hombre, que toma este camino, se hace la ilusión de que para avanzar basta contar con las condiciones externas, basta con estar dentro de la solidaridad del grupo. Pero su forma de mirar, de fijarse en las cosas, de captar la realidad, de adherirse con su libertad, el proyecto que realiza, la praxis que desarrolla, tienden a estar determinados no por la experiencia original evocada en el encuentro, sino por las influencias externas, las reacciones instintivas, la reactividad naturalista, es decir, por la corrupción de la experiencia original que cierta «educación», en mayor o menor medida, lleva a cabo. Entonces uno empieza a razonar, a sentir y a vivir en el cauce del encuentro, pero lo hace de forma «mundana», es decir, manteniendo los criterios de la sociedad contra la cual lucha: nuestra lucha utiliza a menudo los mismos criterios de la sociedad que combatimos, es una lucha «de poder a poder».

¿Qué puede impedirlo? ¿Qué nos impide que rebajemos este nivel de provocación, de promesa y de esperanza? Debemos mantenerlo alto. Es necesario que la presencia sea tal en la adversidad y en la bonanza, cuando hay sol y cuando llueve, en la tormenta y en la calma, cuando todo es luminoso y cuando todo se nubla, cuando el árbol está verde y cuando está seco.

c) Mantener viva la memoria significa reconocer lo más posible Su presencia. He aquí la ascesis: «apartar la mirada de las cosas que nos distraen». La mirada a su Presencia es lo único que nos arranca de nuestros criterios. ¡Cuántos entre nosotros se creen mejores o se sienten «más dentro» de la comunidad porque tienen una determinada tarea, un quehacer o un papel determinado! En cambio, el origen de la cultura es la hondura de la fe.

El tercer apartado es, por tanto, la ascesis como compromiso personal con la fe, para renovar continuamente su origen mismo. Este compromiso personal para renovar el origen de la fe es la ascesis, que nace y se «concibe» como memoria. Entonces, obrar por Cristo no es una intención artificiosa, ajena a uno mismo, sino «a través de», como dice la Misa: «Por Cristo, con Él y en Él». Estas tres condiciones (las tres preposiciones indican la modalidad de nuestra acción, qué nexo establecemos entre la sustancia de la acción y la realidad) se utilizan juntas, porque no se sabe cómo decir de otra manera: la génesis cultural incluye todos estos aspectos.

La ascesis nos libera. Nos libera de los modelos de interpretación mundana. Por eso llegamos a ser verdaderamente creativos. Propongo que se reparta a todos el texto de Lardreau que se leyó ayer por la noche, porque es la descripción de cómo nació el movimiento: para hacer cultura nueva es necesario hacer una contra-cultura, de alguna manera, ir en contra —pour se poser il s'oppose, diría una fórmula francesa que nos citó el profesor Lazzati en los primeros «tres días» de GS en Gressoney Saint-Jean³¹, cuando sólo éramos diecisiete—. En cualquier caso, la frase de Lardreau es la descripción de nuestra posición, idéntica, de una identidad impresionante (¡es llamativo que él la fundamente desde una reflexión suya, siendo ateo o, por lo menos, no cristiano!). La ascesis nos libera del esquema mundano, nos permite ser verdaderamente creativos. Es ésta la revolución cultural: una vida nueva. Es obvio que no puede comunicarse como lo hace la revolución cultural mundana: con las armas, la violencia y el plagio. Por eso siempre seremos, en última instancia, pusillus grex³², una pequeña grey. Y nos libera de la muerte, «nos libera del miedo a la muerte civil», es decir, nos libera del miedo de no ser como los demás, de no tener ningún poder. Si no es así, nosotros no tendremos miedo de ser distintos de los demás sólo cuando la ira o la rabia nos invaden, cuando polemizamos. Pero luego, en el fondo, nos intimida no ser como los demás, no tener la

misma opinión que los demás: sobre el divorcio, el aborto o las elecciones, sobre la mujer...

Aquí se introduce, aunque no lo voy a desarrollar, el sentido propio del término «verificación». Fruto de la verificación es la conciencia, la conciencia crítica de todo lo que implica el acontecimiento. La verificación es tomar conciencia crítica de esto. Una experiencia humana como la que estoy describiendo se comprueba sólo cuando tomamos conciencia crítica de ella. Entonces, la libertad con respecto al esquema mundano no viene del «comparar el contenido cristiano con el contenido humano», no nace del parangón entre la definición que da de algo la cultura cristiana y la definición que da la cultura mundana, sino del «mirar con fe a todos los contenidos».

Ahora quizás sea bueno poner un ejemplo. Si yo me pongo a comparar, por ejemplo, la concepción cristiana de la mujer con la concepción radical de la mujer, yo debo utilizar un criterio de juicio. Para poder comparar hace falta un criterio: el criterio fundamental es la propia experiencia original, porque nadie puede sustraerse a ella. Nosotros reconocemos a Cristo como verdadero porque mueve esta experiencia original, la activa.

En este sentido, no podemos evitar lo humano, pues hace falta lo humano para poder ser cristianos conscientes. Si no somos cristianos convencidos, es porque renunciamos a esta verificación; es decir, porque no tomamos conciencia crítica de lo que Cristo representa para nuestra propia vida, para nuestros intereses. Para poder comparar se necesita un criterio, y el criterio es la experiencia humana original. Pero tu experiencia humana original no se activa más que a partir de una provocación. No emerge si no se pone en acción. Nuestra conciencia original no se activa más que cuando es provocada, solicitada. Tú afrontas el problema de la mujer con tu experiencia original pero, por ejemplo, ésta está toda determinada por el tipo de sociedad que te rodea, por la condición cultural de la que procedes, por la mentalidad común dominante y subyugante. Y esto vale también para ti, que eres cristiano. Me gustaría analizar vuestro cerebro acerca de las relaciones entre el hombre y la mujer, para saber qué pensáis de ello. Seguramente, la gran mayoría de vosotros está herida, sin saberlo, por la mentalidad común, porque la experiencia original reacciona ante el mundo conforme a la provocación que recibe. Si la mentalidad mundana provoca en mí un aprecio, yo afrontaré el problema de mi padre, de mi madre, de la mujer, del hombre, de los hijos, de todo, mediante esa mentalidad mundana que me ha provocado. Por el contrario, si me encuentro con Cristo, con Su presencia, entonces yo voy al encuentro de todo con mi experiencia humana provocada, sostenida, animada por la promesa y la esperanza que proceden de este encuentro. Nuestra experiencia original acude al encuentro de todas las cosas por una promesa, por la promesa que ha recibido. Eso que llamamos «provocación» es lo que la llama a salir a la luz, lo que la despierta.

Muy bien, entonces no somos liberados de la concepción mundana porque nos dediquemos a hacer comparaciones. Sin embargo, tal vez sin darse cuenta, esto es justamente lo que ha hecho el CLU durante cinco o seis años, después de 1970. Toda la vida del CLU, toda la vida del movimiento cayó en esto: una comparación entre un cierto tipo de cultura y de afirmaciones —presuntamente, el nuestro— y la cultura y las afirmaciones mundanas, en la que no somos libres en absoluto de la influencia de las categorías mundanas en boga. Entonces, si para poder afrontar todo debe ser provocada nuestra experiencia original, y si todo lo aborda a partir de esta provocación, lo que nos debe poner en marcha frente a todo es la provocación que es Cristo. Por tanto, «la fe es lo que juzga todos los contenidos». La fe juzga el contenido de san Juan, de san Roberto Bellarmino, de santa Margarita Alacoque, como juzga el contenido de Lenin y de Stalin; y, en su libertad, encuentra errores en Margarita Alacoque, es decir, cosas que no corresponden a la verdad de la experiencia original, como los encuentra también —¡seguramente unos pocos más!— en Lenin. ¡Lo juzga todo! Entonces comprendemos también la humildad, por la cual todos los contenidos culturales que nos damos no son definiciones del Paraíso, perfectas, pues sabemos bien que son discutibles, que se pueden cambiar, rectificar, corregir. La tensión ascética a partir de la conciencia nueva que tengo de mí mismo —mi nuevo ser es esta Presencia— es lo que libera; es la ascesis lo que libera también mis contenidos culturales y, con mayor motivo, los de los demás. Ser libre implica poder juzgar, porque el juicio nos hace libres. El juicio es esa luz por la cual nuestra experiencia original se siente potenciada, afirmada, especialmente en su herida más profunda, que es la sed de Infinito, la relación con el Ser (con mayúscula), ¡porque está hecha por Él y de Él! La esencia de la razón, es decir, la consistencia de nosotros mismos, coincide con la exigencia del Misterio, la exigencia de Cristo.

Una última apostilla al tercer apartado: la fe no tiene que dar respuestas políticas, ni de otro tipo, y, sin embargo, supone una novedad en el trabajo cultural. Atención: en cualquier instante de nuestra vida, si nosotros nouviésemos juicios culturales, contenidos culturales, no viviríamos la fe. Porque la fe no vive en la estratosfera. Por esto mismo, no se puede vivir la fe con la contemplación y la emoción más grandes, sin estar presentes en el ambiente, sin dar juicios sobre la situación de la universidad, sin la praxis que se deriva de ahí, porque el ímpetu, el impulso del corazón debe seguir los juicios. Pero el origen de todo tu quehacer en el ambiente debería ser la memoria de Cristo. Una memoria que te libera incluso de lo que haces, que evita que te deprimas si eso no funciona, que no te hace afirmarlo como si fuese el no va más de la sabiduría, sino como el mejor intento del que eres capaz. Lo propones, y le dices al otro: «¡Muy bien, si me he equivocado, dime dónde, para que pueda cambiar!». Debemos llegar a esto. Pero, por favor, no pensemos en nuestras comunidades, sino en nosotros mismos,

pues si en nuestras comunidades empieza a haber personas que obran así, que lo viven, entonces podrán cambiar. ¡La fe es lo que crea un sujeto distinto!

d) Cuarto apartado. «Sólo si tenemos una presencia en la mirada» —ésta es la fórmula que defiende desde hace tiempo, la fórmula más hermosa que exista; creo que comprendéis qué quiere decir: es la memoria de Cristo, la conciencia de Cristo. Pero la conciencia de Cristo no es la conciencia de un ente abstracto, que se pueda imaginar con fantasía: es una Presencia enigmática, es el Misterio, pero concreto, hasta el punto de que constituye tu misma carne y tus huesos—; «sólo si tenemos una presencia en la mirada, los demás se ven implicados». ¡Es bonito ver crecer la intuición de la que hemos partido! Sólo si tenemos en la mirada la presencia de Cristo, de este Dios presente, sólo si tenemos en la mirada la presencia de una Presencia, los demás se verán todos implicados, porque forman parte de esa presencia, que lo es todo, que es la consistencia de todo, que es Dios-Hombre, el Dios que entra en la historia, que se expresa en el tiempo y en el espacio. Por tanto, ¡no sólo se ven implicados todos, sino todo!

Ésta es la grandeza del cristiano que, al tiempo que come, implica todo. Lo dice Siniavski en ese hermosísimo «pensamiento espontáneo» del campesino³³, ¿os acordáis? Leed los pensamientos de Siniavski (los podéis leer en un cuarto de hora, pero luego sirven para toda la vida, por lo menos algunas cosas); encontraréis esa página maravillosa sobre el campesino ruso, que nunca ha salido del horizonte de su isba, y cuyo acto, sin embargo, incluso el más banal, implica al cielo y a la tierra, al hacer la señal de la cruz. Sólo la Presencia que llevamos en la mirada es capaz de implicar todo. Algo que la gente no entiende es que, si alguien comprende estas cosas, aunque tuviera un carácter incapaz de quedarse quieto, impulsivo, capaz de ir al fin del mundo, podría disfrutar incluso entre «cuatro paredes estupefactas de espacio», como diría Clemente Rebora³⁴, en su habitación.

Entonces, la relación con las personas y con las cosas se intensifica, no por mérito propio, ni por la intensidad natural del afecto —porque la intensidad natural, instintiva, intuye el abismo, en un momento dado, lo advierte, siente el aliento de la nada o de la mentira o, si se quiere, del mal, que es lo mismo—, sino por la conciencia de esta Presencia, que abre una perspectiva sin fin en cualquier relación; hasta con las cosas, diría yo.

2) Segundo punto: la condición. Antes de seguir, ¿está claro el origen? Esta presencia te alcanza mediante un encuentro, es decir, en unas circunstancias concretas. Estas circunstancias conllevan, proponen de nuevo y renuevan cada vez más esa promesa que has percibido, esa invitación a la esperanza: la presencia de Cristo. Estas circunstancias

conlleven una llamada, como la que pidió el «sí» de María, como el saludo a su prima Isabel, que hizo saltar al niño en su seno³⁵. El acento inicial puede proceder de cualquier compañero. Luego, el individuo que se mueve por curiosidad —que en el fondo es ya una esperanza, porque si no, no se movería, o lo haría con otra cara— hacia un compañero, empieza a conocer a otros. La circunstancia se exalta en la medida en que el Señor se comunica a través de ella. Quiero decir que esta trayectoria no es siempre igual.

La autoridad moral es el fenómeno, el factor, en el que esa Presencia se comunica al hombre, moviéndolo desde dentro. Por eso, la palabra que debemos ahora traer a colación es «tradición», entendiendo por tradición este acontecimiento, este kairós que se prolonga. Pero la palabra «autoridad» indica la función que la tradición tiene para tu vida; mediante la autoridad, la tradición cumple su función existencial, histórica, para ti. Función, pues, es el punto que te provoca continuamente, que te reclama continuamente al contenido del kairós, al significado, a la presencia, que te provoca a la presencia, que te sostiene hacia la presencia, que te corrige en la presencia, etc.

Se ha dicho acertadamente que la autoridad es el factor generador: es el factor que provoca tu verificación. Por tanto, el método de la verificación es esa comunión entre nosotros que sigue a la autoridad; y la autoridad no es tanto un individuo, sino una persona que expresa la historia y la tradición de tal manera que me toca, me provoca. Hasta tal punto es así, que la característica fundamental de la autoridad es que valora todos los carismas que existen. Yo soy responsable de la comunidad no porque tenga ideas mejores, sino porque sé valorar más las mejores ideas que tienen los mejores, las ideas que proceden de los demás, la presencia de los demás. Ésta es la verdadera autoridad. Por eso, la autoridad no debe concebirse académicamente, como bien se dijo ayer por la noche: «Concepción académica de la autoridad como factor a tener presente para tener un discurso correcto», o bien porque a su alrededor se crea una cierta unidad. La referencia a la autoridad es una dimensión de la persona, porque la autoridad es un acontecimiento, es la modalidad con la que el acontecimiento inicial sigue siendo una propuesta objetiva.

Ya se ha hecho demasiado tarde, lamento no poder desarrollar más a fondo este punto de la autoridad. Pero os leo un pasaje de una intervención que me han pasado (no sé por qué no se ha leído): «La evidencia pasa a través de algunos dentro de una compañía». Es decir, no se trata de seguir a una persona, sino a una compañía, a la autoridad como compañía (la autoridad: no seguir a una persona, sino a una compañía). Lo que se sigue es una experiencia de vida, un fenómeno, un acontecimiento de vida, que se dibuja y se puntualiza en función de tal persona o de tal necesidad. «Mantenerse en Su presencia es posible por una compañía». Mantenerse, esta ascesis, es posible por una compañía. «La evidencia pasa a través de algunos en esa compañía, el horizonte que viven algunos

comunica una compañía [es precioso este desarrollo del concepto de autoridad como se ha señalado], una dimensión más grande de las cosas [esta compañía es una dimensión más grande de las cosas]. Su testimonio es más fuerte que el pecado, transmite un abrazo mayor a las cosas, son más apasionados, están más alegres. La compañía que vives con ellos te da aliento, te permite descubrir las cosas de forma distinta. Aunque se trate tal vez de unos pobres infelices, de gente que a veces es dura, la amistad con ellos te permite descubrirte a ti mismo. Aquel que sigue [es el concepto de seguimiento: autoridad, compañía, seguimiento], aquel que cambia porque sigue [no aquel que hace más iniciativas porque obedece mejor, sino aquel que cambia: no se trata tanto de ser distinto, sino de ser más verdadero], aquel que cambia se da cuenta de que ama más la compañía, ama más al movimiento que se le ha dado, ama más a la Iglesia, a Cristo». Este concepto de cambio es otro factor que debería haber salido en el primer punto. Sin embargo, es justo colocarlo en este segundo punto, porque lo que permite cambiar es precisamente seguir: no se sigue si no cambia el «yo»; no si no cambian las cosas, sino si no cambia el «yo», pues de otro modo no sería verdad que uno se encuentra delante de algo que conmueve la vida; conmueve, es decir, cambia. «Uno ama más la propia unidad, la unidad con los demás, se le desvela la naturaleza de la carne, de la propia carne. Entiendo que esto es posible y verdadero en una compañía en donde está presente esta naturaleza verdadera de uno mismo». Esta naturaleza verdadera de uno mismo es la que nos «comunica» la presencia de Cristo —nos comunica, no sólo nos «desvela»—: lo que nos comunica la presencia de Cristo es nuestra verdadera experiencia original, que tiende a su cumplimiento. Entonces, uno ama la comunidad cristiana, ya no le es ajena, la desea. Estoy pensando y describiendo a cualquiera de nosotros.

Ahora hacemos una pausa de diez minutos, y dentro de un cuarto de hora os reunís para hablar de las elecciones universitarias.

La última parte del Equipe, antes de los avisos finales, estuvo dedicada a las elecciones universitarias, que tendrían lugar en los meses siguientes, pero que finalmente fueron pospuestas. La conversación recogió problemas y dificultades, no tanto en la dirección de una «acción política», sino desde el punto de vista de una «circunstancia en la que vivir la presencia» y, por tanto, como una «etapa en nuestro camino de educación en la fe». Se subrayaron dos puntos en particular. El primero, que retomaba el manifiesto recién publicado que llevaba por título «La primera política es vivir», afirmaba un juicio crítico sobre la concepción de la actividad política en la universidad y, al mismo tiempo, planteaba la experiencia que se estaba haciendo en la universidad como criterio para juzgar y afrontar todo lo que ocurría en ella, incluidas las elecciones. El segundo punto invitaba a la apertura y a la relación con otras fuerzas en la universidad, de forma

específica con los «católicos», para crear una unidad de intención y de acción que habría podido mejorar la situación y afrontar concretamente las necesidades y la condición universitaria, a la luz de la experiencia de los Católicos Populares.

- 1 Equipe del CLU, 15-16 de enero de 1978, Índice de San Lazzaro (BO).
- 2 Intervenciones de Giussani en el *Equipe* del CLU que tuvo lugar en Milán los días 19 y 20 de junio de 1977 (ver aquí pp. 109-119).
- 3 R. Maritain, *I grandi amici*, Vita e Pensiero, Milán 1991, p. 74.
- 4 Cf. 1 P 3,15.
- 5 Cf. Gn 3,19.
- 6 Cf. Is 30,17.
- 7 1 Cor 1,20-25.
- 8 Cf. 1 Cor 1,17.
- 9 Cf. 1 Cor 1,20-25.
- 10 Cf. 1 Cor 13,2.
- 11 Cf. Gn 32,23-32.
- 12 Cf. L. Giussani, *Educare es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 62.
- 13 Cf. L. Giussani, «Planteamiento del problema humano», en L. Giussani, *El camino a la verdad...*, op. cit., pp. 59-64.
- 14 Cf. L. Giussani, «El encuentro con Cristo», en L. Giussani, *El camino a la verdad...*, op. cit., pp. 65-74.
- 15 Hace referencia al manifiesto que lleva por título «La primera política es vivir», extraído de «CL», n. 2, febrero de 1978.
- 16 Cf. «Laudes del lunes», en *Libro de las Horas*, Asociación Cultural Huellas, Madrid 2010, pp. 97-98.
- 17 Dante, *Infierno*, VII, vv. 125-126.
- 18 Ver aquí nota 15, p. 158.
- 19 Cf. Mt 13,12; 25,29; cf. también Mc 4,25; Lc 8,18; 19,26.
- 20 Cf. «Cántico de Zacarías», en *El libro de las Horas*, op. cit., pp. 18-19.
- 21 Cf. 1 Cor 1,19-31.
- 22 Cf. Mt 18,2-3.
- 23 Ambos fueron alumnos de don Giussani en el Liceo Berchet. Luca Cafiero, actualmente profesor universitario, es un exponente de la izquierda radical y, como tal, destacó en el ámbito del movimiento estudiantil de 1968.
- 24 Cf. Lc 1,39-45.
- 25 Cf. Jn 1,31-51.
- 26 Mario Capanna fue el líder del «Movimiento Studentesco» (MS), un grupo de la izquierda que se gestó en Milán a raíz del movimiento estudiantil de 1968.
- 27 Cf. W. Goethe, *Fausto*, I parte, p. XX.
- 28 Cf. Lc 1,41.
- 29 Cf. Is 30,17.
- 30 Cf. Tertuliano, *Apologeticum*, 39,7; PL 1,468.
- 31 Se refiere a la Semana de estudiantes, que tuvo lugar en Gressoney Saint-Jean del 22 al 29 de agosto de 1954.
- 32 Cf. Lc 12,32; Jn 16,33.
- 33 Cf. A. Sinjavskij, *Pensieri improvvisi*, Jaca Book, Milán 1967, pp. 50-51.
- 34 C. Rebora, «Dall'immagine tesa», de *Canti anonimi*, en *Le poesie*, Garzanti, Milano 1988, p. 151.
- 35 Cf. Lc 1,44.

EL DESEO DEL CAMBIO¹

El secuestro del honorable Aldo Moro había sacudido a toda Italia; en la universidad, al igual que en todo el país, el clima era tenso y dramático. Algo grave e importante se estaba consumando en la conciencia personal y en el ambiente social. Convocado antes de aquel 16 de marzo, el Equipe había planteado como tema el significado de la «presencia» en la universidad, invitando a clarificar las causas de su reducción y proponiendo una pregunta radical acerca de su origen («Entre nosotros, ¿existe o no existe el ímpetu de la fe?») y de las «dificultades personales a la hora de vivir la experiencia de CL». A la luz de aquel trágico acontecimiento, estas preguntas cobraron inesperadamente un valor nuevo, existencialmente decisivo para la vida de las comunidades universitarias.

Asamblea 1

Giussani: Hemos recibido tres contribuciones extraordinarias, y otras tres han sido muy valiosas. Los que han enviado estas contribuciones las leerán en la asamblea; hemos esperado hasta el último momento para recibirlas todas y para poderlas leer, aunque fuera rápidamente. Abrimos por tanto la asamblea sobre las preguntas que se os enviaron con los avisos del 10 de marzo, si es que habéis trabajado en ellas.

Intervención: Tratando de responder a estas preguntas, quisiera referirme a las dificultades que tenemos en Mesina con respecto a las «indicaciones del Centro del movimiento», que derivan esencialmente de haberlas utilizado un tanto superficialmente, dejando su acogida a la libre iniciativa de cada uno. A pesar de esto, nuestra compañía sigue siendo una propuesta de vida, una novedad y una esperanza para las personas que se encuentran con nosotros. En nuestra comunidad, para algunos, la «presencia» coincide con tener conciencia de la presencia de Cristo en la realidad cotidiana. Para otros la presencia queda reducida a una relación intimista con Dios...

Giussani: ¿Quiénes son esos «otros»?

Intervención: Son el resto de la comunidad. Para éstos, la presencia se limita a una relación intimista con Dios, ya que su experiencia de fe se reduce todavía a participar en la vida de la comunidad, debido a menudo a que prevalecen los intereses personales, por ejemplo los exámenes.

Por lo que respecta a la «vida de la diaconía», vemos que nuestras relaciones de amistad no son auténticas todavía, porque no deseamos gastar nuestra vida en un servicio, con la esperanza estéril de que las cosas se ajusten por sí mismas.

Giussani: No entiendo el nexo entre falta de amistad y ausencia de servicio.

Intervención: El nexo se ve tal vez en el hecho de que no tenemos el deseo de arriesgar realmente; a menudo nos encerramos en nosotros mismos y no tenemos relaciones realmente claras. Los límites se delatan por una cierta rigidez a la hora de acoger las novedades, de valorar los carismas y de ayudar a las personas a descubrir los talentos que tienen.

Con respecto a la Escuela de comunidad, creo que no hacemos con seriedad un trabajo personal sobre Huellas de experiencia cristiana².

Entre nosotros, las «dificultades personales a la hora de vivir la experiencia de CL» se pueden resumir en que se da mucha importancia a la privacidad (nuestros problemas son nuestros, y los demás no tienen nada que ver) y a las dificultades familiares; por ejemplo, resulta difícil que las familias permitan a las chicas participar en veladas comunitarias, o bien participar en ciertos encuentros cuando tienen lugar fuera de Mesina.

Giussani: Pero, estas chicas, ¿están presentes en la universidad?

Intervención: La mayoría no.

Giussani: ¿Y se preocupan de establecer relaciones con los compañeros? ¿Tienen un compromiso misionero?

Intervención: Los chicos y chicas que viven en Mesina sí lo tienen. Luego están los que vienen de fuera, que acuden a la universidad sólo para los exámenes o para algunas clases y, por tanto, no se quedan nunca a los encuentros. Tenemos el problema de los que no son residentes.

Giussani: Hemos pasado de las chicas a los que vienen de fuera.

Intervención: Sí, en la Universidad de Mesina, la mayoría de los estudiantes son calabreses, y el 80 por ciento reside en la península. De aquí se derivan dos problemas: la falta de presencia en la universidad, en la facultad, y el problema de los que vienen de

fuera.

Intervención: En muchos de los que estudiamos en Venecia está naciendo el deseo de dar razón de nuestra esperanza, y esto se convierte en una pregunta sobre nuestra vida. Aunque esto es verdad para algunos, también es cierto que cuesta ver una vida, una unidad; a veces, este problema se refleja en la asamblea permanente, y también en alguna asamblea de facultad. Entendemos que es importante «estar presentes» en la universidad, pero se trata todavía de una intuición que carece de consecuencias. A veces nos cuesta ver algo más, ser conscientes de llevar una novedad en la universidad, porque está todavía poco claro el contenido de una amistad nueva. En resumidas cuentas, la traición y la mentira no son sólo incidentes, sino la trama misma de nuestra vida.

Giussani: Esto es verdad para todos nosotros. Pero me gustaría comprender qué tienen que ver estas observaciones con la valoración del tema que hemos planteado, la «presencia».

Intervención: La experiencia reducida de la presencia en nuestra facultad se debe a que nos cuesta estar comprometidos seriamente con nosotros mismos. No es que carezcamos de fe, pero, a veces, vivimos más bien una convicción, una generosidad, que una certeza humana, una certeza que da significado a la existencia y que pide ser verificada en el encuentro con la realidad. La compañía que vivimos es todavía poco significativa: puede suceder que compartamos piso durante mucho tiempo y no vayamos más allá de una mera convivencia.

La Escuela de comunidad, en particular Huellas de experiencia cristiana, que hemos trabajado este año, ha supuesto profundizar en un juicio sobre lo que somos y sobre lo que vivimos. Sigue latente una cierta imprecisión, que se debe a que damos por descontado las palabras de la Escuela de comunidad, y a un residuo de pudor mundano que nos mantiene en la superficialidad. Aunque pasemos juntos semanas y meses, puede ser que lo más verdadero para nosotros siga siendo el encuentro con un compañero de facultad...

Giussani: ¿Qué es lo que es más verdadero?

Intervención: El encuentro con un compañero de facultad que enseguida nos remite al origen, porque se percibe en él la misma búsqueda que vivimos nosotros. Y, a lo mejor, con aquel que tienes más cerca en tu piso no eres capaz de ir más allá en la relación.

Intervención: ¿Pueden ser más breves las intervenciones, para ayudarnos a seguir?

Giussani: Más breves, ¿con qué criterio?

Intervención: ¡Que responder a las preguntas sea responder a las preguntas!

Giussani: Tengámoslo presente como podamos.

Intervención: El hecho más significativo para nuestra comunidad de Pescara es que se ha dado una conciencia más madura de la fe en algunas personas. La diaconía ha sido el primer ámbito donde esto ha sucedido, porque la relación constante con el Centro nos ha ayudado realmente.

Sin embargo, seguimos teniendo una dificultad para asumir y compartir la realidad; así, la misión se queda en un deber, sin que tengamos una imagen adecuada de lo que debe ser. Lo que dificulta una presencia viva y auténtica en la universidad no es el prevalecer de intereses personales o de compromisos en otros ámbitos; es el escepticismo de los que no creen todavía que lo que cambia la vida y las cosas es el milagro de nuestra comunión.

Un ejemplo patente de lo que he dicho es cómo establecen las relaciones en la universidad las personas del movimiento: tratamos de llevar a la comunidad a fulano o a mengano, pero luego nos damos cuenta de que, más allá de estos «contactos», no tenemos un amigo de verdad.

Muchos entre nosotros están ligados al método de la comunidad y su discurso, pero sin comprender lo que don Giussani nos recordaba en Canazei: que nuestro discurso es una presencia y nuestro método una comunión.

Intervención: Con respecto a la pregunta: «¿Qué dificultades tenéis a la hora de seguir las indicaciones del Centro?», en Turín la única dificultad es la superficialidad con la que seguimos estas directrices: quien se concibe como asociación organiza sus asuntos, atiende a sus problemas; quien se concibe como comunión que nace de un acontecimiento trata ante todo de identificarse con la experiencia guiada por el Centro.

En cuanto a la «presencia», esta pregunta nos ha permitido descubrir de nuevo qué es el movimiento, la identidad del movimiento: un hecho de comunión vivido libremente, gozosamente, en la misión.

Giussani: ¿Qué es lo que habéis descubierto?

Intervención: La identidad del movimiento, qué es el movimiento. Hemos reflexionado sobre las palabras de santa Catalina de Siena: «Si sois lo que debéis ser, prenderéis fuego a toda Italia»³. No podemos ser una presencia si vivimos la universidad de forma individualista, preocupados por nuestros asuntos privados. En cambio, si vivimos la universidad determinados por la comunión, entonces nace una presencia.

La dificultad para vivir esta presencia es estar en la universidad esperando algo

distinto, apegados únicamente a nuestros asuntos personales; muchos pasan el tiempo a la espera de que llegue lo que les gusta (un encuentro por la tarde, la caritativa en la que se ayuda a los chavales con el estudio o la iniciativa artística).

Nos hemos preguntado: si hablar de presencia es volver a descubrir nuestra identidad, ¿en qué consiste esta identidad?

Por lo que respecta a la pregunta sobre la fe, creo poder decir que existe el ímpetu de la fe, pero se trata de una percepción todavía embrionaria, bastante infantil: no es todavía un juicio que lo ilumina todo, con el que comparamos todo.

En cuanto a la pregunta sobre la Escuela de comunidad: «¿Para qué ha servido este año?», quería destacar que nos cuesta vivirla como una palabra que se aprende, y por la que uno se deja juzgar. Entonces, hemos empezado a aprendernos ciertas frases de memoria.

Y en cuanto a la última pregunta: «¿Cuáles son las dificultades personales a la hora de vivir la experiencia de Comunión y Liberación?», nos parece que hay una sola dificultad, que es no tener fe y vivir el movimiento como un simple «apartado» de la propia experiencia.

Intervención: Hicimos llegar estas preguntas a toda la comunidad de Nápoles, y de ahí ha surgido un juicio sobre nuestra vida en este último período. La impresión inmediata es de cierta genericidad; es decir, de una falta de referencias históricas, de hechos o de personas concretas que tengan un significado para nuestra vida. Es como si la gente no viera ningún signo ante sí.

Entre los factores que tienden a reducir la presencia, destaca lo que realmente nos interesa en estos momentos: la vida profesional, el estudio u otros intereses. Esto nos hace pensar que, o bien no se ha producido un encuentro verdadero, o, si se ha producido, falta una continuidad, es como si a nuestra historia le faltase la carne.

Respondiendo con mayor exactitud a las preguntas, hay que decir que sentimos una cierta lejanía con respecto al Equipo del CLU; por lo cual muchas veces recibimos los documentos y las iniciativas del Centro con una cierta extrañeza y, por tanto, nos cuesta seguirlos.

Giussani: Perdona, ¿cómo decías? Esto me interesa.

Intervención: Recibimos las iniciativas del Centro con una cierta extrañeza, porque se percibe una lejanía, una falta de...

Giussani: ... ¿de una relación? Está el teléfono. ¡Sólo hay que descolgar y llamar!

Intervención: Sí, tal vez sí. Al preguntarnos por el significado de la «presencia», respondíamos que la presencia es esencialmente Cristo en su Iglesia, que se manifiesta a

través de los signos, hechos y personas que viven de Él y que permanecen en Él. En resumen, que la presencia es Cristo en su Iglesia y no nuestra pobreza. Si juzgamos nuestra vida, reconocemos una gran pobreza; sin embargo, a pesar de todo, vemos también los signos que existen en la vida de la comunidad. De este modo, al interrogarnos sobre la prevalencia de otros intereses o compromisos, no nos urgía analizar estos factores, que pueden limitar una presencia, sino preguntarnos sobre lo que está «antes» de este hecho.

Giussani: Creo que la mayoría no ha entendido lo que dices, pero tal vez tus palabras quieren decir esto: ante los obstáculos y los límites de una presencia en la facultad, en la universidad (por ejemplo, la preocupación por el estudio, por la futura profesión, por distintos compromisos personales, etc.), al daros cuenta de estas cosas, vosotros no os habéis detenido en analizar cómo estos compromisos impiden la presencia, sino en que faltaba algo previo, es decir, la fe.

Intervención: Sí, gracias. En cuanto a la diaconía, debo decir que algunas personas están comenzando a vivir una comunión más cercana. Debemos mirar a este principio de comunión que, aunque pobre, encierra una promesa para todos; de ahí, puede brotar una presencia y un juicio claro sobre la situación histórica que vivimos.

A la pregunta: «¿Sirve para algo la Escuela de comunidad?», respondo que existe una dificultad a la hora de utilizar este instrumento, muy poca gente habla de su propia vida en relación con lo que ha meditado...

Intervención: Para mí, «presencia» significa reconocer que el sentido de mi vida está en Otro; en este sentido, la presencia no es un problema mío, un deber que yo tenga que cumplir, sino, ante todo, la búsqueda del sentido de mi vida en algo que objetivamente está más allá de mí, que es Jesucristo.

Sobre las preguntas planteadas, quiero decir que me cuesta mucho escuchar intervenciones, una detrás de otra, llenas de análisis; probablemente salta un mecanismo que me provoca, porque veo que don Giussani presta atención a todos y yo no. Pero ¿qué indica este malestar que acusamos entre nosotros? ¿Por qué no abordamos eficazmente los problemas? En el orden del día se han planteado preguntas dignas de un estado de emergencia: si un Centro hace estas preguntas, pone en duda de alguna forma el modo de vivir esos mismos valores que motivan dichas preguntas. Por tanto, en mi opinión, no se trata de repetir lo que siempre decimos, sea cual sea el contexto; es inútil que digamos que la presencia es el hecho de Jesucristo en un cierto lugar, si la presencia no define nuestra actitud personal, y si esta actitud no es la de buscar aquel evento. Si la Escuela de comunidad no sirve para esto, creo que no sólo es inútil, sino que es antieducativa.

Giussani: ¿Si no es qué?

Intervención: Si no es el gesto con el que cada uno, personalmente, busca este evento; si no es una búsqueda profundamente humana, deseosa de encontrar una respuesta definitiva al propio destino, no una respuesta detallada a cada problema; porque los problemas se afrontan después, como consecuencia de esto. Pero se trata de un drama existencial, no de un cuento para niños.

Giussani: Florencia, luego Palermo y para terminar Génova.

Intervención: Para algunos de la comunidad de Florencia, la presencia empieza a coincidir con nuestra vida en la universidad, y no con una utopía o una quimera que perseguir. Esto ha sucedido —para algunos, no para todos— cuando las palabras verdaderas que se han dicho este año han empezado a desvelarnos la necesidad humana que nos constituye —el dolor, la angustia, el deseo, la novedad—; y todo esto, dentro de una compañía que es una verdadera autoridad. Deseamos estar físicamente en la universidad, comer en el comedor de la facultad a pesar de la pésima comida y de las colas interminables, para compartir las incomodidades, también materiales, que sufren muchos de nuestros amigos. Hemos tenido encuentros significativos con algunos compañeros, más allá de los esquemas ideológicos, hemos conocido mucha gente anónima, que pasa por la condición universitaria sin dejar rastro. Hemos conocido gente que deja la universidad en primero de letras, porque se siente rechazada. Algunos de la Academia de Arte hemos vivido la Pascua proponiendo a nuestros compañeros una salida a San Sepolcro para contemplar el Descendimiento de Piero della Francesca. Hemos organizado una fiesta para proponer a todos una vida distinta, mientras el rector, ante el enésimo episodio de violencia, ha convocado a la «unidad didáctica» para repetir, facultad por facultad, el ritual acostumbrado: asamblea, moción y condena; y, al día siguiente, volver a ver en la facultad la misma violencia, pero con la conciencia tranquila al haber realizado una condena. Queremos estar presentes cada vez más en la facultad, en sus condiciones concretas, para que puedan vernos juntos y reconocernos, no porque hagamos cosas distintas, sino porque somos una verdadera presencia. Por gracia de Dios hacemos un camino; sin embargo, nos cuesta todavía que la diaconía sea el punto de referencia unitario que nos alerte ante cualquier posible equívoco. La dificultad es que todavía hay una diversidad de juicio ante las cosas.

Giussani: ¿En qué consiste esta diversidad de juicio ante las cosas?

Intervención: Algunos amigos de CL siguen manteniendo una distancia con respecto a la diaconía, y mantienen también sus diferencias de juicio. Ésta es la mayor dificultad que tenemos en Florencia.

Giussani: Es la misma que tiene cualquier comunidad cristiana viva, en la que existen personas que crecen y que han dado pasos, y otros que no los han dado todavía. Por tanto, sobre esto último, estamos tranquilos. Ahora viene Palermo y luego Génova.

Intervención: En este período, estamos meditando sobre la palabra «seguimiento». En nuestra comunidad de Palermo, estamos acostumbrados a nuestra propia medida de juicio, y a una experiencia muy sentimental de la fe.

En la última diaconía nos preguntábamos por qué nos cuesta comunicar toda la riqueza, la vida nueva que experimentamos. No somos serios con lo que el Centro del movimiento nos propone; asumimos las indicaciones de forma muy esquemática y reductiva. Vivimos todavía aburguesados, en la locura de la sociedad que nos rodea...

Giussani: ¿Por qué hablas de «locura»?

Intervención: No apostamos por la experiencia que el movimiento nos propone, es decir, por el encuentro con el Señor. Es una locura adherirse a la ideología, a lo mundano, a una forma burguesa de vivir. Por tanto, en todo lo que hacemos, nos apremia responder a la pregunta: «¿Qué es la fe para nuestra comunidad y con qué ímpetu la vivimos?». La clave es percibir que nuestra vida cambia únicamente por el don que procede del Espíritu del Señor.

Crece nuestra responsabilidad ante la Escuela de comunidad. Hemos utilizado este instrumento, necesario para crecer en la experiencia, leyéndolo con más sensibilidad que otros años, y confrontándolo con nuestra vida. Aquí han sido de gran ayuda los grupos de facultad, pues nos buscamos en la facultad durante la semana y proponemos este trabajo también a otros católicos que hemos conocido allí.

Intervención: Es un hecho que, en Génova, el movimiento tiene un corazón; como consecuencia de las relaciones con el Equipe central y con algunos adultos del movimiento allí, se ha creado en Génova una realidad de comunión, una amistad entre algunas personas, que está creciendo y que empieza a incidir sobre la vida del CLU. Creo que se trata de un hecho realmente nuevo. Mientras que antes, por una parte, iba el discurso y, por otra, muchos individuos que lo repetían, ahora existe un lugar en donde caminar juntos y ayudarnos a seguir lo que hemos escuchado, lo que se nos propone; y lo que nos mueve a caminar no es la preocupación por los demás, por cómo guiar el movimiento, sino la preocupación por nuestra vida. La realidad de la diaconía empieza a ser un lugar así. La amistad que ha surgido ha permitido que en estos últimos tiempos la diaconía fuese una escuela, una palabra llena de autoridad para todos. Ésta es la primera observación: existe una realidad de comunión para la vida de cada uno de nosotros. Por ello, ha desaparecido también ese sentimiento de frustración y de amargura, un poco

decadente, que a veces se percibe, y que nos hace añorar los tiempos pasados, sin poder generar nada.

La segunda observación es que esta experiencia nueva ha suscitado inevitablemente el deseo de comunicar este impacto del anuncio cristiano sobre nuestra vida. Creo que lo importante hoy es remitirnos y remitir a las personas a la objetividad de nuestra comunión. Esto es lo que nos cuesta, porque tendemos a replegarnos, a medirnos en función de las reacciones psicológicas o de un sentimiento, mientras que lo esencial es remitirnos en cada situación a la objetividad que nos constituye. En la medida en que hemos empezado a hacerlo, vemos que esto nos libera, que da lugar a hechos de comunión, que enseguida se genera algo nuevo, sin que importe ninguna condición previa. Y las pocas iniciativas, que estamos empezando a hacer, nacen de una comunión, de modo que se convierten en motivo de unión; no son iniciativas de algunos que otros aguantan, y por ello se acogen de forma distinta.

Lo tercero que quería decir es que, en mi opinión, todo esto constituye la premisa para retomar la cuestión cultural; nuestra verdadera carencia, en efecto, es que no sabemos valorar la comunidad que tenemos delante de nosotros, la novedad que supone la comunión que vivimos, y, por tanto, no advertimos qué impacto tiene esta comunión sobre cada situación concreta, porque no somos conscientes de estar ante una realidad objetiva, ante el «sí» gratuito de cada uno; y esto se debe a que estamos inmersos en nuestras preocupaciones, centrados en nosotros mismos. Por eso, la clave es retomar la memoria, volver a testimoniar la gratuidad que existe entre nosotros, todo lo positivo que hay entre nosotros, en cada situación concreta.

Giussani: Gracias. ¡Enhorabuena!

Intervención: Yo traigo la reflexión que hemos realizado en Pisa. Cuando existe una presencia, tiene dos características. La primera es que se ve «una realidad dentro del ambiente», lo que implica estar físicamente, concretamente, en la universidad. Esto ha dado lugar a un juicio sobre la situación, y nos ha permitido encontrar a las personas en sus necesidades reales. Así, han nacido amistades que desbordan cualquier proyecto o buena intención. El segundo aspecto es el afecto a lo que da significado: la comunión con Cristo, con los suyos. Esto nos remite a una amistad que no podemos dar por descontada. Este año, por ejemplo, en nuestra comunidad, que cuenta con unas setenta personas, entre treinta y cinco y cuarenta son alumnos de primero, procedentes de otras comunidades o que hemos conocido este año: esto nos ha estimulado a una ayuda concreta en el estudio y en la vida de los pisos donde residen.

Giussani: Entonces, el segundo punto de vuestro análisis es que ha nacido un afecto mayor, una amistad.

Intervención: Es que no se puede dar por descontada la amistad entre nosotros; una consecuencia ha sido, justamente, el trabajo con los alumnos de primero.

Giussani: ¿En qué ha consistido este trabajo?

Intervención: Nos hemos acercado a los de primero para ofrecerles una ayuda concreta en el estudio, en la convivencia, en los pisos donde residen, en la vida de la universidad y también en las cosas banales como los planes de estudio, los exámenes, etc.

Giussani: ¿Por qué dices banales? Los planes de estudio y los exámenes no son cosas banales, son las cosas más importantes de la universidad.

Intervención: Quisiera responder también a la última pregunta: «¿Cuáles son las dificultades personales a la hora de vivir la experiencia del movimiento?». Lo que tiende a reducir la presencia es dejarnos asimilar lentamente por el ambiente, es decir, sumarnos a un proyecto para cambiar la situación; luego, al comprobar que esto no funciona, nos replegamos sobre nosotros mismos, nos retiramos al margen de la vida de la universidad.

Giussani: ¿A qué os lleva esto?

Intervención: A vivir al margen de la universidad.

Giussani: No, no, antes has dicho una cosa más interesante. Éstos son los comentarios que sabemos hacer. Decías: «Nos dejamos asimilar lentamente por el ambiente...».

Intervención: ... nos sumamos a un proyecto para cambiar la situación; luego, al comprobar que esto no funciona, nos replegamos, nos retiramos al margen de la vida de

la universidad. Este error de perspectiva se debe a que, a veces, percibimos las directrices del Centro como equivocadas (como ha sucedido, por ejemplo, con «La primera política es vivir») a partir de una presunta inadecuación o de una reticencia a asumirlas como propias y a trabajar sobre ellas.

Por lo que respecta a la diaconía, los que forman parte de ella la viven como un lugar que remite a cada uno a la esperanza que han encontrado para su vida. Esta compañía es una verdadera autoridad moral. Y como todos perciben la vida que se está dando, hay un deseo de valorar a aquellas personas que tienen una pasión mayor por la vida de la comunidad, invitándolas a formar parte de la diaconía, para hacerles partícipes de un «plus» de amistad. En este punto nos surge la pregunta de si es éste un criterio válido para llamar a la gente a participar en la diaconía en una comunidad pequeña. Nos preguntamos: si en una facultad, una persona se convierte en punto de referencia para los demás, le invitamos a la diaconía; a veces, sucede que esta persona empieza a participar en la diaconía, comienza a trabajar, luego, entra en crisis y empieza a sentirse inadecuada. En esta situación, al no haber allí un sacerdote, una persona con autoridad, ¿qué hay que hacer?

Giussani: Haced lo que podáis. Rezad a Dios y haced lo que podáis. ¿No es acaso el nuestro un movimiento de laicos? Ésta es justamente la objeción que nos ponen algunos de la CEI⁴: «¡No hay curas por medio!». Si hay diez personas en la diaconía, de las cuales tres han sido invitadas según estos criterios justísimos, y luego de estos diez siete entran en crisis porque «se sienten inadecuados, incapaces», entonces trabajarán los tres que quedan. ¿Qué queréis hacer? Pedid a la Virgen que os haga conocer a otro al que podáis incorporar a la diaconía: ¡lo importante es tener clara la idea! Y, en segundo lugar, es importante que se quiera identificar la propia vida personal con estos criterios. Podrías incluso quedarte solo, ¿no?

Intervención: Por lo que respecta a la Escuela de comunidad, para algunos de nosotros es todo un desafío, para poder llevar el anuncio cristiano con ese acento particular que es el movimiento; en los encuentros de diaconía y en la asamblea permanente trabajamos en esta dirección. Añado también la dificultad personal, que tienen muchos, para dedicar un tiempo cada día al trabajo sobre la Escuela de comunidad.

Giussani: El primer trabajo, de todas formas —anticipo por impaciencia lo que diremos mañana por la mañana—, sobre la Escuela de comunidad de este año, es estudiarla de memoria. ¡Estudiadla de memoria! Si me escucháis, puesto que el movimiento empezó conmigo, estaréis contentos.

Intervención: Ante todo, digo que ha habido una sintonía continua con el Equipo

central. En Cagliari hemos desarrollado un trabajo continuo de comparación con las indicaciones del Centro, que ha resultado ser de gran ayuda.

Giussani: Perdona la impertinencia, ¿y si no hubieseis tenido esa sintonía?

Intervención: Este año, para todos los que participamos en el Equipo, ha sido difícil ofrecer una contribución, ya sea porque a menudo no hemos entendido el método de trabajo, o porque la distancia, la desproporción entre la experiencia de nuestra comunidad, todavía pequeña, y la de otras comunidades, ha constituido un obstáculo, más que un estímulo para intervenir...

Giussani: Pero, escucha, tenéis la convocatoria. ¿Por qué, a la pregunta: «¿Cuáles son las dificultades con respecto a las indicaciones del Centro?», no habéis respondido: «No tenemos ganas de seguirlas», por ejemplo; o bien: «Si las cosas están así, haría falta cambiar demasiadas cosas»; o bien: «Queremos seguir nuestra opinión y no lo que se nos dice»? Sólo intentaba sugerir una dialéctica. Pongamos otro caso: ¿Tenéis alguna duda? Entonces, preguntad: «¿Qué significa?». O bien, afirmad: «Significa esto». ¿Es tan difícil hacerlo?

Intervención: A lo mejor es una dificultad personal mía; me resulta difícil trasladar los juicios que vienen del Centro a una experiencia que es pequeña, que a menudo no recibe como suyo lo que se le dice; otras veces ha sido una dificultad para expresarlo y para contribuir...

Giussani: Creo que lo entiendo, aunque no comparto que tenga que ser así. Mi preocupación es ésta: la convocatoria de esta asamblea tenía una docena de preguntas a las que responder. Tú hablas de dificultad para intervenir en la asamblea: esta vez habrías podido, aunque fuera con una sola línea, responder a las doce preguntas; habrían sido doce líneas. Entonces, ¿cuál es tu dificultad?

Intervención: En el Equipo anterior nos costó insertarnos en un discurso que otros habían empezado de una determinada manera. Aunque uno sabe que puede decir ciertas cosas, porque las ha madurado con su propia comunidad, cuesta comprender cómo intervenir, cómo introducirse en el discurso. Hay un cierto miedo...

Giussani: Hay una posibilidad mínima de intervención, si uno experimenta esta dificultad, y es decir: «Tenemos cosas que decir, pero no sabemos cómo introducirnos», y así se argumentaría mejor.

Intervención: Creo que el drama en nuestro movimiento es que todos estamos de acuerdo. Seguir no es estar de acuerdo con lo que se propone, sino seguirlo, que es otro

cantar, es completamente distinto; ante lo que nos decimos aquí no se trata de estar de acuerdo, o de tener el problema de estar de acuerdo, sino de tomar en las manos la propia vida y confrontarla con esto.

Giussani: Pero «confrontarla con esto» es una afirmación incompleta todavía; para completarla es necesario decir: «Confrontarla con esto para cambiarla según lo que se nos dice», pues de otro modo no es seguir, y lo que se nos dice es el enésimo pretexto para afirmar una opinión ya consolidada, o el punto de partida para una elucubración.

Por ello, me he permitido intervenir, porque si no lo tenemos claro, gastarse veinticinco mil liras para venir desde Cagliari hasta aquí sería un gasto inútil, un ejercicio académico. Y, en segundo lugar, lo que más me apremia es que una dificultad sería ponga al desnudo el punto central para todos: ¡y el punto central es que debemos cambiar! ¿Cómo? ¿Siguiendo vuestra opinión? Entonces quedaos en casa y haced vuestro grupito. Debemos cambiar según la dirección que marca el Centro, que es responsable del movimiento. Debemos cambiar en ese sentido. Siempre cabe la posibilidad de no estar de acuerdo y decir: «Esto no nos parece justo. Explicadnos las razones por las que habéis tomado esta dirección».

Intervención: Éste es el problema. La última vez yo percibí que unas veces se favorecía un cierto clima de trabajo y otras veces no.

Giussani: Perdona, pero yo no comparto esa posición y, en mi opinión, debéis cambiarla. Sin embargo, no todos tienen la sencillez de decirlo: quién sabe cuántos piensan lo mismo y no lo dicen, y por eso te lo agradezco. Nosotros siempre hemos empezado nuestros encuentros con una asamblea: en la asamblea interviene quien quiere, basta con levantar la mano. Y luego, disculpadme, pero vosotros sois los responsables de vuestras comunidades, y no me parece que se deba trabajar aquí como si se tratase de ayudar a una actividad incipiente con los de primero.

Intervención: Por lo que respecta a la presencia, hemos intentado identificarla con la experiencia de esas personas que se dejaban juzgar por la propuesta del Centro, y que trataban de vivirla. Sin embargo, reducimos el alcance de la propuesta debido al individualismo que todavía prevalece; la autonomía a la hora de vivir, reduce toda la riqueza que emerge en la comunidad.

Giussani: Os sugiero, y así se lo digo a todos, algo muy importante para hacer frente a esta autonomía o individualismo que prevalece: que quien es responsable del CLU, la diaconía del CLU local, siga verdaderamente al movimiento, siga al Centro, porque esto ensancha el horizonte a la hora de hablar con los demás, da a las palabras y a los discursos que repetís un calado que de otro modo no tendríais. Podéis repetir

perfectamente lo que decimos los del Centro, y, sin embargo, la gente puede seguir percibiendo que lo que decís parte de vosotros y termina en vosotros. Si en vuestra presencia como responsables de una comunidad, en vuestra función autorizada en una comunidad, no existe esta unidad con el movimiento, esta percepción que se concreta, no en un sentimiento, sino en la urgencia de seguir a otros y en la experiencia del bien que supone, tampoco los demás os seguirán a vosotros.

Seguir es como un aura que se nota, un clima que se percibe, mejor aún, una dimensión que contagia tal vez nuestra autonomía a la hora de vivir la diaconía o la comunidad, una autonomía que, psicológicamente, pone en primer plano una preocupación propia o la propia comunidad, mientras que el movimiento y el Centro se reducen a una biblioteca o a una fuente literaria de la que extraer frases o inspiraciones. Pero os juro que esta autonomía no creará comunión ni siquiera entre vuestro grupo. Es lo que he repetido muchas veces: no viven una verdadera comunión los miembros de una comunidad que no sienten ni viven esa misma comunión con el resto de comunidades, es decir, con todo el movimiento; no es verdadera comunión, porque la lógica de la comunión se produce por círculos concéntricos. El mismo gesto que te hace vivir en comunión con tu compañero de curso, es más, con tu responsable, es la misma lógica que te une a mí, que estoy lejos (por referirme a la categoría anteriormente citada), a nosotros que nos hallamos lejos de vosotros, de vuestra posición, de vuestro ateneo. Es idéntica. Y si esta comunión no se da con el Centro, no se puede comunicar a nuestro alrededor. Muchas veces, nuestra autonomía —ya sea de grupo, de Equipe o de responsables— impide que pase a los demás esta amplitud de horizonte que es inmanente a cualquier actitud que encuentre en la fe su razón de ser, y no en un activismo, corporativismo o propaganda.

Intervención: Sobre la dificultad personal para vivir el movimiento, vemos tres puntos, que se pueden resumir en la frase que se ha dicho antes. El primero es que nos cuesta hacer que la vida personal dependa de la experiencia del movimiento, nos cuesta que algunos aspectos de la vida no queden al margen, a merced de nuestra autonomía. La segunda es una falta de conciencia de lo que el movimiento supone en la vida de la Iglesia, de la vocación que el movimiento tiene dentro de la Iglesia y en el mundo.

Giussani: Os ruego que lo apuntéis, porque no sé si mañana por la mañana me acordaré; se trata, en mi opinión, de una observación de extrema importancia: si no sabemos qué función tiene nuestro movimiento, se vacía la base espiritual y psicológica de nuestra presencia.

Intervención: Por último, está lo que hemos definido como «un uso consumista del

movimiento»: encuentro una amistad en el movimiento; un ideal de vida no banal, distinto del que tienen, normalmente, los demás; un interés por determinadas cosas; un cierto quehacer que me emociona, y lo uso, lo consumo con una lógica que en el fondo es la mía, no la de la unidad...

Giussani: Lo que has dicho antes.

Intervención: Uno de los factores que nos ha obstaculizado a la hora de vivir la experiencia del movimiento en Bari ha sido la parcelación de la propuesta que se nos hacía desde el Centro; una propuesta que nos fascinaba, que al comienzo nos llamaba la atención, pero que después, al volver a casa, se ahogaba en nuestras dificultades, personales o de grupo, de personas con historia y problemática distintas. Estas dificultades nos han determinado más que el seguimiento. Es como si, muchas veces, no lleváramos a sus extremas consecuencias la intuición original de un bien para la vida de cada uno, que prevalece al principio, en el ámbito de una comunión.

Sin embargo, la Pascua ha sido muy importante para nosotros; sobre todo, nos hemos topado con una medida más grande, con un horizonte más amplio del movimiento, que nos ayuda a superar el riesgo de quedarnos en nimiedades. Ahora podemos decir con realismo, a la luz de esto, que la presencia la constituyen algunas personas, su vida, su amistad con otras. Las señales de esperanza para nuestra comunidad son una recuperación de la comunión en la base, que, abriéndose a este horizonte más grande, pueda extenderse como una mancha de aceite, y una autoridad moral que renazca desde la base.

Giussani: Perdonad, pero ya son las once, y con el grupo directivo habíamos decidido terminar a las once, para volver a vernos mañana por la mañana. Yo propongo seguir durante un cuarto de hora más y luego, los que no puedan hablar esta noche, lo harán mañana por la mañana. ¿De acuerdo? Adelante.

Intervención: Para nosotros, los de Trieste, la dificultad fundamental con respecto al Centro ha sido la mediación. Es decir, pensar: «Son justas las cosas que se me dicen, pero mi situación es especial: no puedo aceptar lo que se me pide, porque, por ejemplo, soy muy pobre». El método —y ésta es la segunda dificultad— se concibe todavía como un reglamento, una suma de cosas que se deben hacer o de gestos que no son para mí, sino para los demás. Por suerte, sobre todo en la diaconía, hemos dado un paso en un compromiso personal: lo que está en juego soy yo, en primer lugar. Quienes lo han vivido con mayor intensidad en la diaconía se han convertido en autoridad para los demás, han empezado a interesarse por el destino de las personas. La presencia ha cobrado una forma más concreta y clara; tenemos una mayor conciencia de lo que somos

y de la novedad que llevamos, a pesar de nuestro pecado. Hemos descubierto que la fe no coincide con una serie de obligaciones o de cosas que hacer, sino que Jesucristo es lo que puede hacernos felices, que puede dar un sentido a la existencia.

Intervención: Pertenezco a la comunidad de Catania. Nuestra dificultad es concebir nuestra amistad, nuestra comunión, como el lugar donde se afronta hasta el fondo el problema de la persona. Los problemas personales de cada uno tienden todavía a prevalecer sobre la esperanza. Un ejemplo de ello es que no se toman en serio las indicaciones, dejándolas a merced de una reacción mecánica, sin que supongan una conversión profunda del corazón.

Un dato positivo a raíz de la experiencia que están viviendo algunos, incluso entre los más jóvenes: al tomarse en serio la propuesta cristiana como una respuesta al propio problema humano, uno adquiere una vivacidad desconocida y una atención ante las necesidades del otro.

Otro ejemplo es la Escuela de comunidad, que a veces queda reducida a la simple identificación de respuestas, que luego son imposibles de vivir. Sin embargo, también aquí se están dando cambios que nos ayudan a tomar en serio este instrumento...

Giussani: Perdona, pero no he entendido. En esta Escuela de comunidad, vivida de forma repetitiva o puramente intelectual, hay algunos que...

Intervención: ... que la viven como una ocasión de arriesgar en las relaciones, además de como instrumento de meditación cotidiana.

Lo último que quiero decir es sobre la diaconía como ámbito en el que vivir relaciones renovadas. A pesar de nuestro límite, que se manifiesta también en la relación entre nosotros, existe una objetividad en ellas que nos ha permitido crecer en estos años.

Giussani: Ten paciencia conmigo, pero quiero comprender qué significa esta «objetividad en nuestra relación que nos ha permitido crecer en estos años». Porque muchos no han estudiado en el Liceo Clásico y no sé si entienden bien (incluso los que sí han estudiado allí). Objetividad: «la objetividad en nuestra relación nos ha permitido crecer en estos años». A mi entender, se trata de una observación muy importante.

Intervención: Significa que no es obra de nuestras manos...

Giussani: Perdona, quiero expresar más claramente la pregunta: ¿Qué ha hecho objetivo vuestro estar juntos en estos años?

Intervención: La amistad a raíz de toda una historia...

Giussani: Bien, ésta es la frase: «La amistad creada por una historia». Esta historia

coincide con la conciencia de la fe que hemos querido vivir juntos. ¡Me parece algo muy consolador! ¡Quién sabe cuántos de vosotros querrían vivirlo! Porque no es en absoluto pedagógico —lo habéis dicho algunos— resaltar sin más las carencias. Existe un crecimiento que, aunque no se pudiese reconocer en datos externos, por así decir, se experimenta por el hecho de llevar dos, tres o cuatro años en la diaconía. Así es como uno crece en la comunidad: por ser fiel a esta historia, por la pura continuidad cronológica en una historia que nos precede. ¡Estamos juntos por la historia que existe entre nosotros! Pero ¿qué es esta historia? Esta historia se crea porque hemos acabado uniéndonos y estamos juntos por la conciencia de fe que hemos querido vivir, y que queremos vivir, ¡aunque este querer siga todavía indefinido y confuso! La objetividad reside en el motivo por el que estamos juntos y permanecemos fieles en el tiempo. Esta compañía, esta amistad, esta solidaridad que nace (de forma análoga a la que nacería si fuéramos náufragos en la famosa isla) y subsiste entre nosotros, que implica también un cierto apego, un cierto afecto, obtiene su valor de la objetividad inherente a nuestra unidad: antes de lo que hacemos y decimos, está el hecho de que nos reúne una historia, que empezó por un motivo que no hemos rechazado, es más, que tratamos de perseguir, a pesar de la confusión o la torpeza que tenemos para traducirlo en obras que lo testimonien.

Esto es muy importante también para comprender el origen de la presencia, su génesis, el valor que tiene: su valor no está en las iniciativas o en ser capaces de decir o hacer cosas, sino en una conciencia de fe que mueve a establecer una relación humana. Si abordas al amigo, al compañero de clase, y le dices: «Cristo es todo», y luego «si te he visto, no me acuerdo», no sucede nada; pero si no le abandonas, si mantienes una amistad con él —para mantenerse fiel a una amistad es necesario también contar con su carácter, con su posición, buscarle si es que viene el martes, o el jueves, etc.—, esto crea una realidad objetiva entre vosotros que, si continuáis, da fruto con el tiempo, hace crecer. Luego, las posibles expresiones e iniciativas, es decir, la creatividad de este sujeto (porque el sujeto nuevo es esta «objetividad»), dependerá de la gracia de Dios (que normalmente actúa con el tiempo) y del tiempo y el espacio de tu libertad, de tu generosidad. Sólo quería subrayar esto.

Recemos juntos.

Asamblea 2

Giussani: «Oh Dios, que unes en un solo querer a los que en Ti esperan»⁵. Os invito a que encontréis una frase más lapidaria y sintética que ésta para expresar qué es el

movimiento. Si nos cuesta dar testimonio en el ambiente, esta frase nos ofrece el criterio para valorar lo que somos, nos ofrece el principio de la autocrítica: esta frase es el criterio de juicio sobre nuestra comunidad, y, en primer lugar, sobre nosotros mismos.

Retomemos ahora las intervenciones. Fijaos en que corremos el riesgo de «soportar» las intervenciones, cuando en realidad todos hemos venido aquí para hacer un trabajo común. Debemos, por tanto, tratar de entender qué quiere decirnos el que está interviniendo, qué sugiere para la vida de nuestra comunidad y, antes aún, para mi vida personal. En este sentido, lo único realmente inútil son los comentarios discursivos. Lo importante es contar los hechos, más que repetir discursos o fragmentos de discursos. Pero debemos estar atentos a cada intervención para captar qué puede aportar a nuestra experiencia personal, o a la diaconía y a la comunidad. Insisto. Y el esfuerzo para estar atentos nos ayudará a entender el esfuerzo que los demás hacen cuando salen a hablar. En cualquier caso, si hay que hacer un esfuerzo mayor, hagámoslo. Sin este trabajo, estamos destinados a ver y escuchar incluso las mejores cosas con una parcialidad cada vez mayor. «Oh Dios, que unes en un solo querer a los que en Ti esperan»: también esta mañana debe ser un gesto común que corrobore lo que dice esta frase. ¡Ánimo!

Intervención: En Siena somos una comunidad pequeña —el año pasado éramos cuatro o cinco, este año somos algunos más gracias a los de primero— y para nosotros el problema de seguir o no seguir al Centro es un problema de vida o muerte. Cuando estamos allí los cuatro o cinco y queremos vivir lo que se nos propone y no sabemos qué hacer, levanto la cabeza...

Giussani: ... y miro lejos.

Intervención: ... y miro lejos. Pido la vida a quien me la puede dar, a aquel que la tiene. Por poner un ejemplo, este año «La primera política es vivir» nos ha abierto unas perspectivas enormes de trabajo, de testimonio; cada vez se mostraba más rico, cada vez que lo leíamos encontrábamos intuiciones nuevas, y por eso no hemos podido dejar de utilizarlo.

Giussani: Espero que muchos sientan remordimiento ante estas palabras.

Intervención: Cada uno lo ha usado como ha podido. Algunos han organizado encuentros públicos; dependiendo de a quién nos dirigíamos, a veces era más útil una frase en particular, a veces otra. Sea como fuere, se ha roto ese estancamiento que nos hacía decir: «En Siena todo va bien, no hay grandes problemas». Lo más grave es que nosotros asumimos el ritmo que dicta la situación, en el sentido de que asumimos su mentalidad. Y por eso, si todo va bien, también para nosotros todo va bien. Hay muchos que viven fuera de la ciudad y que vuelven a su tierra durante las vacaciones: Navidad,

carnaval, Pascua... y también entre nosotros se produce una desbandada. Lo poco que conseguimos construir con un gran esfuerzo se viene abajo cuando llegan las vacaciones. En este sentido, el hecho de la unidad es vital.

Sobre la «presencia». Para muchos, para casi todos, la presencia coincide con el deseo de organizar actos, iniciativas. Pero para algunos es diferente; este año ser una presencia significa algo más. El año pasado yo iba a la universidad para ver qué pasaba. Este año es distinto: este año «yo» estoy en la universidad y estudio. Es el problema de mi interés personal, de que me llene lo que hago, de que yo pueda estar contento con todo lo que hago, con el seminario en el que participo, con las relaciones que establezco. Parece banal, pero es muy distinto.

Giussani: No, no, está muy claro, querido amigo.

Intervención: Y por eso, cada uno trata de reunirse con los demás en su facultad; por ejemplo, en una facultad han empezado a encontrarse en un trastero...

Giussani: ¿En un trastero de la universidad?

Intervención: En un pequeño local que está debajo de una escalera; en otra facultad se han reunido en un mesón que está cerca de Anatomía. No nos hemos planteado «hacer» CL en la facultad, la propuesta ha sido otra. Donde estaba uno, estábamos todos. Hemos dicho: mostremos nuestra unidad, nuestra unidad se ve en el hecho de que estamos allí. Personas que antes no se conocían han empezado a verse, a reunirse, por lo menos se ha roto ese clima de falsa tranquilidad, de estancamiento y de indiferencia. A veces nos reunimos para hablar de un tema, otras veces hablamos de otro. En la facultad de Letras en donde estamos nosotros, hay un aula para los estudiantes a la que no suele ir nadie, y nosotros hemos empezado a ir allí para comer un bocadillo con los amigos. Entonces han acudido algunos para hablar de los problemas de la facultad; en otra facultad hemos hecho otras cosas. Hay una propuesta variada.

Con respecto a la pregunta sobre el «ímpetu de la fe», si existe o no existe, yo quería responder que existe, pero que es tan sólo un ímpetu.

Sobre el «trabajo». Este año, al haber pasado más tiempo en la universidad, surge la objeción de que trabajar en la universidad quita tiempo a un hipotético trabajo con la comunidad, o bien uno siente casi un complejo de culpabilidad porque pierde el tiempo con la comunidad o siente las dificultades como algo que le limita. Sin embargo es lo contrario: el único modo que tengo para construir algo real es vivir ese aspecto particular, pues de otro modo se trataría de una huida, de vivir pensando siempre en lo que viene después: estás ahí, en clase, te dejas la piel en el seminario, pero piensas que luego harás algo mejor. En cambio, algunos han visto que se puede vivir así en ese

aspecto particular. Es algo grande, grandísimo, pero dentro de una cosa pequeña.

Giussani: Es lo que has dicho antes: «Lo que hago me llena».

Intervención: Entonces la fe se vuelve adulta, madura, capaz de afrontar las dificultades, de no sentirlas ya como una objeción, y por eso el ambiente ya no me define como criterio. Por lo que respecta a la diaconía, hay poco que decir, es lo mismo que decía antes...

Giussani: Sois cinco en la diaconía... ¡Estáis todos en la diaconía!

Intervención: Quería decir que el hecho de la unidad se convierte en algo vital. Porque la amistad puede darse o no. Ayer se hablaba mucho de la diaconía como amistad, pero su valor es algo objetivo: puede ser un ámbito en donde no estén mis amigos, pero marca un camino.

Giussani: ¡Pero la amistad es justamente esto! La amistad no es el sentimiento fácil que surge al estar juntos, o el sentimiento que más facilita el estar juntos; es el apego que nace de un estar juntos reconocido y querido, de un estar juntos por un motivo. Lo que tú llamas objetivo, la objetividad, es el motivo que nos une. Si este motivo —lo has dicho antes— es el mirarse a sí mismo en lugar de mirar a un camino común, si es un subjetivismo sentimental o intelectual en vez de la realidad de Cristo que camina, entonces no es amistad. La amistad nace de un juicio de valor, pues de otro modo se trata de sentimentalismo y egocentrismo.

Intervención: Lo primero es sobre la «presencia». Me he dado cuenta de que en Parma todos sabemos qué es la presencia, pero tengo la impresión de que...

Giussani: De todas formas, ¡me gustaría examinaros acerca de lo que es «presencia»!

Intervención: Todos dicen que han comprendido en qué consiste la presencia, pero yo conozco a mis amigos, uno a uno, y creo que ninguno de ellos es feliz. Es lo que más me preocupa, porque me interesa que esas personas se realicen. Me doy cuenta de que lo que cuenta no es saber qué es la fe, sino poder decir que esa fe llena mi vida, me llena de alegría...

Giussani: ... es decir, tenerla; lo importante no es definirla, sino tenerla.

Intervención: Esto es lo primero que quería decir, porque la pesadez de nuestros encuentros depende mucho de esto.

Giussani: Ciertamente, depende del hecho de que no son una presencia. Por lo que dices, tus amigos no son una presencia.

Intervención: A veces me encantaría que uno se levantara y dijese: no entiendo nada y no soy feliz, hablemos de esto. Este año, lo que me hace estar contenta es lo que vivimos en la diaconía porque, antes que nada, hay una sinceridad a la hora de mirarnos, más allá de los esquemas. Sin embargo, nos damos cuenta de que esto no nos basta, y entonces viene lo más gordo para mí, que es la relación con el Centro. El año pasado, en un Equipe, intervine diciendo algunas cosas que después usted, don Giussani, corrigió. Me dijo que no eran ciertas, y me costó un montón entenderlo; de hecho, seguí preguntando para que me lo explicasen, porque no conseguía entender. Sin embargo, he salido nueva de este trabajo. Esto me ha permitido comprender qué es el Equipe; no era la primera vez que venía, pero en esa ocasión lo entendí por primera vez. Además, la Escuela de comunidad ha sido para mí la ocasión de continuar este cambio. Hemos tenido grandes dificultades con respecto a la Escuela de comunidad, porque al principio no la hacía nadie; por lo que se decía en los encuentros, se veía que la gente ni siquiera se la había leído, o por lo menos me parecía...

Giussani: Normalmente, pasa lo mismo con la mayoría de la gente que está aquí. En cualquier caso, es algo completamente equivocado.

Intervención: Entonces, ante algo así, nos hemos empeñado muchísimo, porque sabíamos que, si no seguíamos en esto, podíamos cerrar el chiringuito...

Giussani: ¡Exacto!

Intervención: Nos hemos empeñado de verdad; una vez uno fue a un encuentro y, como nadie se había leído el texto, se levantó y se marchó...

Giussani: ¡Sacrosanta actitud!

Intervención: Esto ha dado frutos que no nos esperábamos, y la gente ha empezado a cambiar.

Con respecto a la diaconía, hemos tenido esta dificultad: la gente no cree que seamos personas a las que seguir...

Giussani: No es del todo cierto, porque si vosotros os habéis puesto en serio a hacer la Escuela de comunidad y habéis obtenido ya unos resultados, no es verdad lo que estás diciendo.

Intervención: En efecto, es más bien que no se lo creen. Entonces hemos dicho: «¿Qué podemos hacer nosotros sino mostrar a esta gente que también nosotros seguimos a alguien?».

Giussani: Has dicho la única razón verdadera por la que se puede seguir a alguien: la

única razón verdadera es que también él sigue a otro. ¡Recordadlo! El motivo para seguir a una persona no es su capacidad, su antigüedad, su cara bonita o su capacidad expresiva. No se sigue a alguien, como sin embargo sucede normalmente, porque tenga un rol, sea capaz de hablar, te impresione o sea el mejor, etc. Estas razones no te hacen seguir, y sólo una gran tenacidad redime incluso estos motivos no adecuados. El motivo para seguir a una persona, o para que alguien sea digno de ser seguido, es que se trata de una persona que a su vez sigue a alguien. Por eso, de todas las preguntas, la más práctica, la que tiene una importancia más práctica, es la primera. Lo habéis escuchado: pretendéis en vuestros ambientes que la comunidad os siga, y vosotros os tomáis la libertad de ver si lo que dice el Centro coincide con lo que pensáis, de ver hasta qué punto coincide con lo que os interesa. En cambio, que vosotros sigáis es justamente el motivo por el que es justo y digno que alguien os siga, porque de otro modo no sería ni justo ni digno.

Intervención: Por lo que respecta a la presencia, en Urbino hemos constatado que hay una falta de lealtad hacia nuestra humanidad en su situación concreta; esto nos ha impedido ser una presencia física, continua...

Giussani: En mi opinión, no es tanto una falta de humanidad, porque también entre vosotros los chicos y las chicas se entienden perfectamente; es algo distinto, que depende de la pregunta que viene después, que es muy interesante y plantea el problema de la fe. Porque la presencia en la universidad no es ir a escuchar a tal profesor en sus óptimas iniciativas culturales o conocer sus opciones intelectuales, de las que es muy capaz; no es eso.

Intervención: Simplemente quería decir que no nos tomamos en serio por lo que somos, dentro de la ciudad, en las relaciones, en la universidad: hay una falta de lealtad en el compromiso con la propia vida, en este período fuerte, en esta situación...

Giussani: Justamente, no estamos presentes en la universidad, con lealtad, porque falta la fe. Porque, si no fuera por la fe, ¡haríamos muy bien en alejarnos de esta fingida preparación para la vida que es la universidad de ahora!

Intervención: En cualquier caso, nos encontraríamos más o menos en la misma situación en el lugar de trabajo; también lo hemos comprobado. Cuando se ha presentado la ocasión para algunas personas de ser una presencia, no hemos testimoniado una vida: estábamos preocupados por algo distinto de lo que éramos.

Giussani: Vuelve a decir esto, que es interesante.

Intervención: Estamos preocupados por ofrecer algo distinto de lo que éramos, no la

esperanza que vivíamos.

Giussani: Esto es importante: «Algo distinto de lo que éramos, es decir, no éramos».

Intervención: No hemos transmitido la esperanza que vivimos; para muchos sigue siendo un hecho sentimental o un deber.

Respondo a la segunda pregunta: en nuestra comunidad existe la fascinación por Jesucristo en algunos que han tenido un encuentro; otros no han encontrado todavía una respuesta verdadera a su necesidad.

Giussani: ¿Sabes lo que falta? Yo espero —como dices tú— que no falte la fe y tampoco una cierta fascinación por Jesucristo. Pero lo que falta es la conciencia de la fe propia del movimiento, esto es lo que falta. El problema es que somos gente del movimiento de Comunión y Liberación. ¿Qué quiere decir esto? Que, gracias a Dios, hemos tenido una oportunidad, una ocasión de percibir la fe, de entender la fe de un cierto modo. Por tanto, la primera pregunta era capital también con respecto a la otra que se refería a la fe, porque si no todo queda en algo abstracto. Lo que se cuestiona es un modo de percibir la fe, por lo que es necesario unir la pregunta sobre el Centro, sobre el movimiento (la pregunta sobre el Centro es una pregunta sobre el movimiento), y la pregunta sobre la fe. Falta entre nosotros —que falte entre nuestra gente como masa es comprensible, se trata de un camino; en cambio, falta a nivel de la diaconía, de los que han hecho todo el recorrido del CLE—, falta la percepción de la fe según lo que dice el movimiento, según la experiencia del movimiento. Por tanto, falta el movimiento. Adelante.

Intervención: El problema es que la gente se percate de la diferencia que existe, de la novedad que hay en ciertas personas, y se implique con la gente de la diaconía. El problema de la diaconía es si es el lugar en el que la preocupación por el anuncio es algo real, si es el lugar que favorece para todos la posibilidad de una verificación.

Giussani: Repítame los dos puntos.

Intervención: Si la diaconía es el lugar en el que la preocupación por el anuncio es algo real.

Giussani: Segundo.

Intervención: Si favorece la posibilidad de una verificación para todos. Podemos valorar todo lo que está vivo, o bien estar preocupados por lo que no podemos controlar en la vida de la comunidad, por gestionar la creatividad de algunas personas, que tal vez no son dóciles; entonces, a menudo sofocamos esta creatividad y tratamos de insertar a

estas personas...

Giussani: Es muy justo lo que dices. Estamos preocupados por gestionar, nos preocupa lo que no podemos controlar, y luego, ¿qué sofocamos?

Intervención: La creatividad de algunas personas que tal vez no son dóciles...

Giussani: ¡Es justo! La creatividad sin docilidad.

Intervención: ¡Docilidad, entre comillas!

Giussani: Es justo; pero: «Marginemos un poco la creatividad que no sea dócil». En cambio, el problema es lo contrario: que nuestro modo de gestionar la comunidad valore, deje espacio a la creatividad, sea capaz de insertarla, de ponerla en un contexto.

Intervención: Comienzo por la Escuela de comunidad, porque de hecho, en Friburgo, la asamblea permanente no es la espina dorsal de la vida de la comunidad, no es ese lugar donde la vida de todas las personas confluye y se somete a un juicio común; es más, en la práctica podría decirse que, para muchos, es algo que discurre en paralelo a la vida que llevan en la universidad.

Giussani: ¿Qué crees que se puede hacer...?

Intervención: No sé, porque uno de los síntomas es que comienza a perderse la fidelidad a este encuentro, a la asamblea permanente.

Giussani: Es decir, habéis extraído conclusiones más inteligentes o, pardon, menos inteligentes, del hecho de que la asamblea permanente es algo difícil, es un instrumento realmente ascético para la vida de las personas en la comunidad. Es algo duro, y entonces habéis dicho: *Nondum matura est*, «Es algo que no funciona». ¿Por qué habéis dejado de hacerla?

Intervención: No es que hayamos dejado de hacer...

Giussani: *Ad libitum*.

Intervención: Otro síntoma es que siempre intervienen las mismas personas en las asambleas permanentes, y esto incrementa cierta pesadez. Además, cuesta mucho vivir la universidad, nunca o casi nunca hay gente que haga las cosas con gusto.

Giussani: En cualquier caso, a pesar de esta debacle, la Escuela de comunidad es tan importante que sigue siendo la prueba que indica cómo vive la gente la comunidad. Aunque esto se comprueba en todo lo demás. En la Escuela de comunidad se aprecia perfectamente: en la asamblea permanente se ve claramente lo que es una comunidad.

Intervención: En cierto sentido, muchas personas no entienden que el hecho de comunicar, de testimoniar, también forma parte de la verificación.

Giussani: No lo entienden sobre todo porque no saben qué comunicar, no saben qué testimoniar.

Intervención: Una cosa más, por lo que respecta a las indicaciones del Centro: hay algunas personas que reivindican una cierta autonomía, alegando que la situación es diferente, que no estamos en Italia, etc.

Giussani: La indicación de este año, que es única, «la presencia», ¿es algo exclusivamente italiano?

Intervención: Sobre todo para nosotros dos que venimos al Equipe es esencial, como ponían de manifiesto otras intervenciones, testimoniar la importancia que tiene esta amistad que se ha creado aquí con vosotros. Por eso es importante, por ejemplo, proponer a nuestra comunidad participar en la Pascua con Lombardía y Liguria. Se ha visto, efectivamente, por la reacción de las personas, que ha sido una decisión oportuna. Por lo que respecta a la diaconía, se percibe una cierta extrañeza en la diaconía, con las consecuencias obvias para toda la comunidad.

Giussani: Estaban Macerata, Perugia, Chieti y luego, ¡por fin!, Bolonia...

Intervención: Quisiera responder a la pregunta sobre «qué significa la presencia». Para los que estamos en la diaconía de Macerata, ha significado asumir conscientemente una mirada verdadera sobre nuestra vida en sus circunstancias concretas; esto ha implicado estar físicamente presentes en la universidad, pero estar también con todo el corazón. Yo he empezado a estudiar con mayor gusto, por el deseo de unir lo que yo soy con lo que hago. Me daba cuenta de que adentrarme en la realidad de la universidad nace de la conciencia de lo que vivo; pero también que estar dentro de la realidad reclama a la memoria.

Giussani: ¿Qué te reclama a la memoria? ¿Cuál es el sujeto?

Intervención: La realidad, el ambiente, la diversidad, ¿cómo puedo llamarlo?

Giussani: Sí, sí, la diversidad.

Intervención: La diversidad de ese ambiente con respecto a la realidad cristiana, a la Iglesia, a la presencia de Jesucristo en la amistad que vivo, ya no me aparta del ambiente, sino que me hace ir más adentro, porque me provoca a la memoria...

Giussani: Está clarísimo. La diversidad que supone el ambiente con respecto a lo que

hemos escuchado y conocido, la diversidad que somos en mayor o menor medida, esa diversidad nos lleva a adentrarnos en la memoria, nos provoca cada vez más a hacer memoria. Es lo que yo experimenté al comienzo del movimiento. El movimiento comenzó exactamente por esto: el ambiente de la escuela, del liceo clásico en donde daba clase, era tan horrendamente opuesto, tan profunda y trágicamente distinto de lo que yo llevaba dentro, que me hizo tomar conciencia de lo que llevaba, y me empujó cada vez más a la memoria de lo que vivía.

Por eso, todo aquel que no viva la presencia en la universidad abandonará el movimiento; el que no viva la presencia en la universidad permanecerá en el movimiento —si es que permanece— sólo de manera yuxtapuesta. Porque, en esta diversidad que es el mundo, Cristo se manifiesta, en esta diversidad que es el mundo con respecto al Padre, Cristo nos revela quién es. De hecho, se ha revelado para definir la diferencia. Y por eso también es justo lo que sigue: cuanto más uno, justamente por el impacto con el ambiente, por la diversidad que es el ambiente, profundiza en la conciencia de lo que vive y se apega más conscientemente a lo que es, tanto más tiene el deseo de estar presente. Propter homines⁶: Vino para el mundo. Para el mundo, no para los que están en el redil, no para los que están juntos en los pisos de los universitarios. Hace un mes y medio me llegó la carta de una chica de la comunidad de una cierta ciudad, que me expresaba su malestar porque ella iba a la diaconía con una cierta urgencia de estar presente dentro del ambiente y le parecía que no era muy escuchada, y que toda la vida del CLU estaba centrada en los pisos o, como mucho, en la asamblea permanente (imaginad lo que debía de ser la asamblea permanente, algunos lo han descrito perfectamente). Hay mucha gente ahí, en los pisos del CLU, que no se acerca a la universidad ni siquiera una vez al mes. Hay que decir a esta gente —para no ser conniventes con una ilusión maléfica, por ellos, pero también por nosotros— que no se consideren ya del CLU, que se vuelvan a sus ciudades para seguir en sus ensueños. Adelante.

Intervención: Vemos que están naciendo algunas obras, existe un deseo de llevar a cabo iniciativas...

Giussani: ¡Una presencia «gestificada»!

Intervención: Sin embargo, no nos dejamos definir hasta el fondo por la experiencia. Cuando las iniciativas se viven como un momento en el que uno crece y verifica personalmente quién es, el síntoma es la alegría, el placer y el gusto por lo que se hace.

Giussani: ¡Perfecto!

Intervención: La Escuela de comunidad. Pero yo me pregunto, ¿cómo se puede no hacer Escuela de comunidad?

Giussani: ¿¡Es lo mandado!?

Intervención: ¿Cómo es posible no hacer Escuela de comunidad? Si no se hace, se corre el riesgo de no vivir nada en primera persona. Para algunos de nosotros, sobre todo de la diaconía, la Escuela de comunidad se ha convertido en el hecho que ha renovado el encuentro.

Sobre la diaconía, quería decir que este año se ha concretado mucho más; el único peligro es el de encerrarnos en el grupo actual; por lo tanto, hemos pensado que ha llegado el momento de ampliarla, justamente por esa riqueza que estamos viviendo.

Giussani: Es una posibilidad. Pero hay una modalidad más profunda para responder a esta justa preocupación, que habéis percibido gracias a vuestra sensibilidad, de no cerraros demasiado entre vosotros —que no es cierto; no es verdad que estéis cerrados entre vosotros, porque cuando algo se hace más profundo y, como has dicho dos veces, «da gusto», esto no supone a priori encerrarse—; lo que demuestra que no estáis cerrados es si la gente de vuestra diaconía y, por tanto, la diaconía misma, contagia a los demás. La solución no es necesariamente incluir a otras personas en la diaconía (o puede que sí, porque al profundizarse la vida se puede sentir también la necesidad de implicar a otros), sino el contagio a los demás. Si lo que hacemos entre nosotros se queda entre nosotros, entonces sí es algo equivocado. Pero, en ese caso, no sería verdadero movimiento, sería otra cosa; sentimentalismo, o bien curiosidad intelectual, debate intelectual. En cambio, si lo que se vive entre nosotros nos lleva a contagiar a los demás, ya no se trata de algo cerrado, sino de una amistad.

La norma del crecimiento de nuestra persona en su relación con el mundo es la amistad: cuanto más intensa es una relación «delimitada», tanto más abre a nuestra persona a la universalidad, a la catolicidad, la hace capaz de contagiar a todo el mundo. Es lo que dice la segunda parte de la Escuela de comunidad (que deberíais estudiaros de memoria, porque sería una señal tremenda si dejaseis escapar la Escuela de comunidad de este año; debéis estudiarla de memoria, os lo digo otra vez, hay que estudiar de memoria ciertos capítulos, como por ejemplo el capítulo sobre la universalidad⁷). Esta universalidad es lo que denota, lo que testifica la verdad de vuestra amistad. Si yo digo ciertas cosas, y de los cuatrocientos cuarenta y tres que me escuchan hay cuatro que lo entienden con mayor intensidad, yo soy más amigo de éstos que de los demás, y nadie puede objetar nada al respecto. Pero la prueba que demuestra que se trata de una amistad real es que los cinco nos volcamos sobre los otros cuatrocientos treinta y nueve. Cada

uno de nosotros se convierte en ocasión de amistad para otros. Éste es el punto de partida, la misión que tenemos. Porque, además, uno se queda cada vez menos en casa, se queda cada vez menos en su grupo de amigos. Es lo mismo que sucede, que debería suceder —¡ojalá suceda!— entre un chico y una chica que han vivido la vida del movimiento y que se casan. Cuanto más honda sea la unidad entre ellos —no por una efervescencia afectiva impertérrita (que puede darse o no darse, y, en cualquier caso, no es en absoluto la norma), sino porque, también a través del atractivo natural, que es el modo con el que Dios actúa, es decir, nos llama hacia el destino y establece nuestra vocación, domina la percepción de la comunión, del Misterio que habita entre nosotros, y, por tanto, es el corazón mismo del movimiento lo que vibra en esa relación (pues, de otro modo, ¿qué matrimonio sería?)—, tanto más se vive esa dolorosa libertad por la que la mujer, por ejemplo, acepta que él sea de una determinada manera y viceversa. He utilizado la comparación con el matrimonio porque es el ejemplo más evidente, pero el término más exacto es la palabra «amistad». Si el matrimonio no es amistad, ¡está acabado! Cuanto más profunda es la amistad, tanto más te envía a la misión, ¡haciéndose así aún más profunda!

Intervención: Sobre la «presencia», añado que tengo una dificultad para estar presente en la situación concreta, aunque me doy cuenta de que, con el tiempo, se ven los frutos. Reparando en lo que sucede, veo que lo que genera la paz es la conciencia de un don, es el ser conscientes del don que hemos recibido en nuestra vida: el encuentro con la comunidad y nuestra historia personal dentro de esta comunidad, por tanto, dentro del movimiento; esto genera paz y nos enseña a estar en la situación que nos toca.

Giussani: La palabra «paz» es la más adecuada para expresar «lo que me llena» —creo que alguien ha usado esta expresión—, y lo que me da «gusto»; la palabra «gusto» es un poco tremblant, marginal, es demasiado «suelta», puede deslizarse hacia el equívoco o la pretensión; en cambio, la palabra «paz» es perfecta.

Intervención: En Perugia podemos tomarnos en serio las directrices del Centro, hablar del Equipe, pero luego, en la práctica, renunciamos al trabajo más importante, a ser fieles hasta el fondo, de manera que estas directrices cambien concretamente la realidad de nuestra comunidad.

Giussani: Ésta es una observación importante: tal vez la diaconía se toma en serio las directrices del Centro, las discute, pero luego no se preocupa de que estas directrices cambien la realidad, es decir, conformen la presencia de la comunidad.

Intervención: La segunda observación es sobre la presencia. Existe una presencia, pero no coincide con toda la comunidad, es decir, con la comunión. Algunos han intentado

llevar a las facultades un encuentro verdadero proponiendo una amistad que, en los casos más maduros, ha llegado a ser también un trabajo común, teniendo en cuenta los aspectos específicos de los cursos de la facultad. Pero en otros no se ha producido esto: la presencia queda reducida a un aspecto individual o...

Giussani: Una presencia individual es sentimental —sí, digámoslo así—. Se ve que es sentimental porque no se mantiene; no se mantiene, no afecta a la persona, y tiene una fragilidad que se manifiesta desde el principio, carece de tenacidad desde el principio, porque no está suficientemente motivada.

Intervención: En efecto, una parte de la comunidad trata de huir de la vida universitaria, que es difícil y compleja; vemos cada vez más que estar en la universidad supone asumir una responsabilidad personal, porque no basta con participar en alguna iniciativa de vez en cuando para tener la conciencia tranquila. Lo que tiende a reducir la presencia no es ante todo el prevalecer de intereses personales, sino el rehuir el esfuerzo, el trabajo sobre uno mismo, porque no se comprenden los motivos que lo sostienen en lo cotidiano, y, por tanto, ante las primeras dificultades, la persona renuncia a llevarlo adelante.

Giussani: No se comprenden los motivos; mira la siguiente pregunta, la que habla de la fe.

Intervención: Con respecto a la pregunta sobre la diaconía, la «vida de la diaconía» no es todavía demasiado real, sobre todo porque no supone, en cuanto diaconía, una referencia para las personas, no es el lugar en torno al cual se construye la comunidad. Para unos es referencia una persona de la diaconía; para otros, otra; pero la diaconía no se mira como un lugar de comunión. Nos parece que esto se debe a que no la consideramos como un lugar objetivo, y sobre todo, a que no vivimos la comunión como nuestra única y verdadera estructura.

Giussani: Es muy justa la frase: «La diaconía no es el lugar en torno al cual se construye la comunidad». Pero ¿por qué? Vosotros decís: «Porque no es el lugar objetivo en torno al cual se construye la comunidad». Pero yo os lanzo esta pregunta: ¿En qué sentido y por qué no es un lugar «objetivo»? En mi opinión, se debe a los «coágulos» —tú lo has dicho— que se producen en torno a uno o al otro. La comunidad no se construye en torno a la diaconía como lugar objetivo, sino como mucho en torno a uno u otro miembro de la diaconía; esto quiere decir que uno u otro diácono carecen de una dimensión del movimiento, carecen de una conciencia madura de la comunión. Quiero decir que la diaconía no es el lugar en torno al cual se construye la comunidad cuando falta en sus miembros, o en su forma de vida, algún valor esencial de nuestra

experiencia.

Intervención: De hecho, es así. No creo que falte del todo, pero todavía no es maduro. Este juicio viene de percibir una carencia, y de la exigencia y las ganas de profundizar en esa estructura comunal.

Giussani: Quiero insistir de nuevo en esto. No basta con «tener ganas», como acabas de decir, que es muy justo; pedagógicamente, en mi opinión, se necesita algo más para que todo resulte claro. Decir «hay una carencia de comunión, y entonces tenemos ganas de profundizar en la comunión entre nosotros», lleva a algo ficticio, como tal llevaría a algo ficticio. En cambio, se trata de tener ganas de profundizar personalmente en la fe. Es la última pregunta, que nadie ha tocado. La última pregunta: la profundización de la fe que tengo, es lo que me une a vosotros en la comunión. Éste es un peligro muy presente y muy difundido en el movimiento: el de pensar que la solución es ahondar en la pertenencia a la objetividad de la comunión. Pero la objetividad de la comunión nace de profundizar en la fe personal, porque la fe es la relación con Cristo, con Dios. Y cuanto más voy al fondo de la fe, más me uno a ti, incluso si tú te resistes, si me rechazas. Cuando estéis casados, cuanto más un hombre profundice en el sentido de su relación con Cristo dentro de la tarea que le ha sido confiada, tanto más amará a su mujer, aunque ella le pusiese los cuernos. Una comunión madura es la consecuencia del camino personal para ir al fondo de la fe. Nuestra comunión no madura porque nos lo propongamos; así, se ponen en primer plano los aspectos psicológicos, sentimentales e ideológicos. Éste es el problema que desde hace dos años trata de enfocar el CLU.

Por tanto, la presencia será una consecuencia de esto; una consecuencia, incluso desde el punto de vista dinámico, muy análoga: la presencia se produce cuanto más profunda es la conciencia de la fe que hay en mí. Por eso he subrayado ciertos términos: la presencia me «llena», da «gusto», da «paz», porque todos ellos son síntomas personales.

La insistencia que hemos hecho este año en la idea de presencia, ¿a qué se opone? Se opone a una idea de presencia como «comunidad», colectividad o grupo. No es que esto no deba existir, pero es una consecuencia. En caso contrario, se convierte en algo ideológico, se dispersa antes o después, termina cansándonos. Por eso, después de oír la intervención de Parma, quería citar —hablo del único caso que he visto, de visu, con mis ojos—, cómo los de la Católica han llevado adelante la acción de los Católicos Populares para reducir los precios del comedor y las tasas de la Universidad Católica: ha sido para mí el signo más consolador de que el CLU había cambiado, no digo todo en bloque, sino que estaba cambiando, porque ha sido realmente como una fiesta. De hecho, han hecho también una fiesta delante de la Universidad, en la que han participado algunos miles de personas, porque les habían prohibido hacerla dentro. Desde entonces, desde la derrota

que sufrieron aquella vez, los responsables del CLU de la Católica han cambiado mucho de actitud. En cualquier caso, fue una fiesta. He visto a estas personas alegres, es decir, contentas, con gusto, en paz, a diferencia de todas las iniciativas que se habían hecho otros años en el ámbito universitario.

Cito esto para subrayar que el problema es la persona, que todo deriva de la fe de la persona. ¿Por qué estamos aquí, amigos míos? ¿Qué nos reúne? ¿Hacer CL? ¡Hacedlo vosotros, si queréis seguir jugando, aun siendo mayores! ¡Es el problema de la propia vida, de mi vida, del significado de mi vida, de la verdad de mi vida, de la verdad de mi relación con el mundo, y, por tanto, de mi relación verdadera con el tiempo, con mi destino! Éste es el problema: la fe, qué significa realmente que Cristo es el significado de mi vida. Lo demás es una consecuencia que surge, que sale a la luz con sus instrumentos mediadores, etc., pero ésta es la clave.

En este sentido, una gestión de CL (llámese CLE, CLU, asentamiento) en la que prevalezca la «gestión», tergiversa el significado de la diaconía: o la diaconía es un lugar de gestión o bien es el primer lugar donde se vive la fe.

Intervención: Nos parece esencial que el seguimiento, como hipótesis de verificación, como método, no es todavía, ni para nosotros ni para las demás personas, el único camino claro.

Giussani: Seguir —lo has dicho antes— es preocuparse de que las directrices cambien la realidad, y no se queden simplemente en objeto de discusión en la diaconía. Eso es seguir.

Chieti, Bolonia y después Ferrara. Por favor, haced el debido esfuerzo, ¡despertaos!

Intervención: Para responder a la primera pregunta parto de una palabra, sobre todo después de los últimos acontecimientos dramáticos: es la palabra «aprender». Nos parece que en Chieti se puede hacer una experiencia porque estamos dispuestos a aprender (en primer lugar, los que venimos al Equipe) de las directrices del Centro. Nuestra mayor dificultad —sobre todo para los de primero— tiene que ver con la presencia. Lo hemos visto después del asunto del comedor. Para muchos, ha supuesto una dificultad, porque han vivido el movimiento como un esquema a aplicar, que entra en crisis cuando se afronta la realidad. Creemos que, en este caso, la presencia se desarrolla de forma negativa en muchos sentidos, lo cual conlleva un escándalo ante la realidad. Aunque también hay un aspecto positivo. La experiencia de estos dos años demuestra que la fe es un dato que hay que poner en juego, y que una presencia en la universidad nace de la conciencia de lo que ha sucedido. Por este motivo nos quedamos en la universidad estudiando con nuestros compañeros, tratando de abrirnos, de comprender. Junto a esto,

adolecemos también de un cierto intimismo, pues vivimos la comunión como la confirmación de un modo burgués o naturalista de vivir. Por lo que respecta a la vida de la diaconía, me parece que nos asegura, en cambio, una cierta autenticidad, una vida no burguesa, una fe que se mide continuamente con las situaciones concretas: es un lugar autorizado justamente porque la comunión entre las personas que la forman nace de la fe, como se decía antes, nace de haber arriesgado continuamente dentro de la realidad, pues, en caso contrario, no habría motivo para hablar, para decirnos las cosas, tan sólo se repetirían los discursos del movimiento. Y esto, por mi experiencia, te harta enseguida.

Giussani: No, no es que te harte enseguida; es que uno queda vacunado contra ellos, como digo desde hace algún tiempo: el movimiento es una inmensa masa de niños vacunados contra ciertas palabras, ciertos discursos, es decir, contra ciertos valores. Después de la Escuela de comunidad de este año, el mayor riesgo es que estemos vacunados contra esa palabra que, ya al borde de la «desesperación», hemos usado, como último recurso, para despertar de nuevo la vida: «lo humano». Esperemos no llegar nunca a estar vacunados contra ella.

Intervención: Hablo esta mañana por el deseo de no marcharme de aquí con la amargura de no haber «utilizado» nuestra amistad. Desde hace algún tiempo estoy percibiendo una especie de resignación a la que me he habituado, hasta dejar de luchar por hacer más visible el misterio de la unidad que hay entre nosotros. Pero en este momento me resulta tan claro que la Presencia está dentro del misterio de nuestra unidad, que no podía dejar de hablar. En este momento, éste es mi esfuerzo por responder a la pregunta sobre las relaciones con el Centro.

Por lo que respecta a la presencia vivida este año en la Universidad de Bolonia, la contribución más destacada que creo poder ofrecer hoy tiene que ver con el trabajo que hemos hecho en las asambleas permanentes, el único trabajo que hemos hecho este año...

Giussani: En cualquier caso, habéis vuelto a empezar bien, porque para volver a empezar hay que hacerlo desde aquí.

Intervención: Cuando retomamos Huellas de experiencia cristiana, sabía que corríamos el peligro de dar por descontadas esas palabras, yo la primera. El milagro, que se ha repetido en cada encuentro, es que casi todos nos hemos sorprendido por la frescura y la novedad de lo que leíamos, como si no las hubiésemos escuchado nunca. Pero, enseguida, me di cuenta de que somos personas con una mentalidad casi completamente mundana, desacostumbradas desde hace años a ejercer el juicio de la fe sobre la realidad, empezando por uno mismo. Y por eso la fe sigue siendo infantil y sentimental, y la presencia algo inútil, o mejor dicho, las iniciativas que se realizan, porque no sabemos

dar razones de nuestra fe ni a los demás, ni tampoco a nosotros mismos. La gente, en el fondo, no sabe por qué cree. Esto nos relega a un infantilismo, a una angustia latente, porque todo lo humano cae, casi totalmente, bajo un estatuto mundano, y la fe se queda ahí parada. Entonces, el único trabajo que he hecho este año es dejar a esas palabras todo el espesor del juicio que tienen sobre la realidad, y lo tienen porque son palabras que nos han movido a cada uno de nosotros, al comienzo de nuestra historia; no son palabras conceptuales, hablan de una historia. Me parecía que era lo que había que hacer este año, y he insistido en ello hasta la náusea. Lo único que no me he cansado de hacer ha sido volver a centrar el juicio en cada ocasión, utilizando todo, hasta las cosas más banales, a partir del modelo de trabajo de la asamblea permanente, aprendiendo a juzgar enseguida todo lo que hacemos.

Por la falta de costumbre de ejercer un juicio, como decía antes, por la falta absoluta de «cultura» y por la hostilidad de la mentalidad en la que vivimos, es preciso utilizar cualquier punto de partida, cualquiera, para plantear de nuevo el juicio de valor, porque lo normal es el olvido y la distracción. Los que han asumido un trabajo así se han convertido en una presencia, tal vez silenciosa, por la hostilidad en ciertas facultades, pero que no pasa inadvertida a los que se preguntan sobre el significado de la vida.

Giussani: Gracias. Tratad de ser rápidos. Venga, Salerno. ¡Muy bien, Salerno!

Intervención: Hay dos cosas necesarias: primero, dar crédito personalmente a Su promesa; y, segundo, nuestra amistad: que sea verdaderamente una compañía que nos eduque en la razón por la que estamos juntos. En Salerno, nos urge que esa alegría que hemos conocido llegue a ser continua. Somos entre veinticinco y treinta. Somos gente que ha encontrado el movimiento cada uno de una manera distinta, algunos en su comunidad de origen, otros en otra ciudad, y luego hemos coincidido en la universidad. La mayoría divide su tiempo entre su comunidad de origen y la comunidad universitaria, sin dar crédito a esa única posesión que el Señor nos confía, nuestra compañía, sin tomarse en serio lo que decimos y los instrumentos que nos damos.

«¿Cuáles son las dificultades a la hora de seguir las indicaciones del Centro?». Personalmente, nunca me he planteado una pregunta como ésta, porque siempre he considerado el momento del Equipe como el optimum y, por tanto, como una propuesta a verificar. Aquí escucho algo que por mí misma no sería capaz de poner en pie, pero que mi persona desea, para poder experimentar su libertad. Al principio tenía cierto malestar porque las indicaciones venían de fuera, como si pretendieran imponerme una estructura nueva de mi persona (familia, amistad, tarea...), sin tener en cuenta cómo me iba o lo que hacía.

Giussani: Éste es el punto clave.

Intervención: Sin embargo, cuando he empezado a abrirme al encuentro personal con Cristo y a preguntarme por el sentido, es decir, cuando he empezado a vivir las cosas teniendo en cuenta lo que se me propone, en lugar de asumirlas de forma esquemática, entonces ha empezado a apremiarme más la libertad de cada persona.

«La palabra «presencia», ¿significa algo para vuestra comunidad? ¿Qué significa?». Para alguno de nosotros, cuatro o cinco, la respuesta está clara: «presencia» es ante todo estar en el lugar que más nos ayuda a vivir nuestra libertad; esto no quiere decir que olvidemos otros lugares, por ejemplo, la familia. Estar presentes coincide con verificar, estemos donde estemos, que Jesucristo es la única respuesta a nuestra vida. Y para permanecer en esta aventura es necesario dar crédito a su promesa.

Para los cuatro o cinco de los que hablaba antes, esto empieza a ser una exigencia. Este año me doy cuenta del gran don que el Señor me está haciendo: poder verle a través de algunas relaciones. Estar presente significa darme cuenta de que en esas personas se hace presente el Señor, que me promete la alegría desde ahora.

Para los demás, esto sigue siendo algo confuso, que reconocen con la mente, sin que haya una referencia fiel a lo que nos decimos; así, ante el malestar del ambiente universitario y a la fatiga que supone, uno huye, se queda en casa, o bien hace de la obsesión por los exámenes o de las dificultades familiares una excusa.

«¿Existe el ímpetu de la fe?». Sí, existe. La fe es un don del Señor, pero Él nos ha dado también un medio para custodiar este don, y es nuestra compañía. La fe muchas veces sucumbe ante el estado de ánimo, depende de que uno esté bien o mal, y no coincide con una certeza.

«¿Es real la vida de la diaconía?». No se puede hablar de una verdadera diaconía en Salerno. Me han invitado a la de Nápoles, para que sea una ayuda para mi libertad y para nuestra historia.

Giussani: Pues, esos cuatro o cinco de los que hablas, son tu diaconía.

Intervención: «¿Sirve para algo la Escuela de comunidad? ¿Para qué?». La Escuela de comunidad nos repite aquello sobre lo que debemos apoyar la fe, nos ayuda a hacer memoria. Aunque la mayoría lo reconoce, no es fiel a la misma. El texto de este año tenía un alcance tal, que no podía ser leído sin más. Ante la Escuela de comunidad me sentía incómoda; su contenido era demasiado grande, tanto que, si en la reunión todo se quedaba en la simple lectura, prefería no hacerlo.

Giussani: Tenías que leerlo después. En cualquier caso, ¿lo has leído?

Intervención: El deseo de hacerlo siempre lo he tenido; mi mayor dificultad es que todavía somos demasiado frágiles, aunque entre cuatro o cinco de nosotros existe verdaderamente...

Giussani: Seremos siempre frágiles, hasta que nos muramos. Es más, a medida que uno avanza, se da más cuenta de su fragilidad, y comprende mejor que la propia riqueza y consistencia es la fidelidad de Aquel que nos ha llamado, y por eso está tranquilo y duerme a pierna suelta, como un niño. Las dificultades que se presentan nunca son más grandes que la potencia del Señor que está con nosotros.

Intervención: La Escuela de comunidad: para algunos es un punto de referencia, pero muchos la usan con poca inteligencia, más como un ejercicio devoto que como un compromiso personal, un esfuerzo por aprender las cosas. En Pavía nos parecía urgente reclamarnos al trabajo personal sobre la Escuela de comunidad, y también empezar a juntarnos para favorecer un trabajo común, aprovechando cualquier ocasión, ejerciendo un juicio sobre la vida y sobre las cosas, siguiendo ciertas huellas, transmitiendo «por contagio» directo no sólo el método de trabajo, sino también la lógica.

Intervención: En Piacenza somos una comunidad pequeña. Hemos visto, debido a nuestra situación limitada, que la presencia no puede concebirse como un esquema, sino como lo que nos constituye personalmente, que nos da energía para afrontar la realidad, pues si no acabaríamos conformándonos con lo que hay, dado que la situación está muy tranquila y calmada. Corremos el riesgo de caer en el esquematismo, es decir, concebir la presencia como cosas que hacer en la universidad. Para algunos, la vida de la comunidad se reduce a los momentos establecidos, al margen de los cuales discurre el resto; todo se deja al azar.

Síntesis

Me permito expresar la sorpresa que ha supuesto para mí ver que comunidades como Milán o Roma han pasado de la asamblea. No entiendo cómo no están preocupados por no haber ofrecido su contribución. Es un grave indicio de su actitud.

Me permito también observar que, al ser elevado el número de comunidades que participan en el Equipo, es necesario que mandéis vuestra relación escrita a su debido tiempo, porque, al tenerlas antes, se acortan los tiempos de trabajo. Debemos mantener la asamblea. Con respecto a la pregunta: «¿Cuáles son las dificultades personales para vivir la experiencia de CL?», salvo alguna breve alusión, no ha habido ningún testimonio. Es como si, de nuevo, este «queridos amigos» con el que se abría la carta de

invitación indicase simplemente una nueva organización. «Queridos amigos» es el papel colectivo de vuestra diaconía. Pero ¿quién se ha tomado en serio la pregunta: «¿Cuáles son las dificultades personales para vivir la experiencia de CL?», que era la pregunta más incisiva de todas?

Solicitar una intervención escrita presupone enviar a tiempo el orden del día, porque, si éste llega quince días antes, no creo que luego, podamos pedir que se respeten las fechas. No considero que hayamos perdido el tiempo ayer por la noche y esta mañana escuchando las intervenciones; lo hemos perdido sólo si hemos estado aquí sin asumir nuestra responsabilidad personal. De por medio hay un «aprendizaje», la adquisición de algo «nuevo» que afecta a cada persona; si la persona no tiene la experiencia de adquirir algo nuevo, tampoco la tendrá vuestra diaconía o vuestra comunidad. Los sacerdotes, que normalmente asisten a las reuniones para escuchar alguna fórmula nueva, o bien para ver qué deben hacer con sus comunidades o sus parroquias, no aprenden ni siquiera cómo llevar sus parroquias, sus grupos, porque sólo lo que se aprende para uno mismo se puede a su vez comunicar a otros.

Ahora bien, aunque no hayamos perdido el tiempo ayer por la noche y esta mañana, éste no es, sin embargo, el modo mejor para valorar la contribución personal de cada uno. Yo, por ejemplo, no me puedo inventar en el último cuarto de hora una indicación clara con respecto a todo lo que debe aprender el CLU. Pero, además de que la forma se hace más pesada, se da una valoración más limitada. Mientras que, si las intervenciones llegan antes, los responsables, el Centro, pueden ver cómo valorar sus situaciones, sus observaciones, sus puntos de vista y sus sugerencias. Entonces la asamblea se convierte realmente en algo personal. No en el sentido de que se deban relatar los últimos cambios referentes a las relaciones afectivas, sino en el sentido de que la presencia se convierte cada vez más en una responsabilidad personal.

Sea como fuere, yo partiría de la última pregunta que iba hasta el origen del problema. Ayer por la noche, uno de vosotros intervino diciendo de forma cruda: «El sentido de mi vida está en Otro; el problema es la búsqueda del sentido de mí mismo». Ahora bien, hasta que la consistencia de la persona no sea realmente nuestra finalidad última, el movimiento es todavía poca cosa. Y, desde este punto de vista, la señal de que está realmente en juego nuestra persona es la urgencia y el deseo de cambiar. La urgencia y el deseo de cambiar, no como un interrogante anómalo y en última instancia escéptico sobre el futuro, sino como una certeza bien orientada, bien argumentada, bien definida, porque lo que debemos experimentar es la «segunda venida» de Cristo. Esto es lo fundamental. Está claro el paradigma.

Ahora, como puedo, voy a subrayar los elementos que vuestras contribuciones han ofrecido a la temática planteada por el Centro. No es por el gusto de recapitular —cosa

que, en estas condiciones, no se puede hacer—, sino por la urgencia de indicar una dirección común, que debe resultar cada vez más clara para cada uno de nosotros.

1) El primer factor de esta directriz nace de la respuesta a la pregunta sobre la diaconía, «si la vida de la diaconía es real». O la diaconía es una vida, o bien es ese instrumento que por todas partes, en Italia, ha conseguido entorpecer, encorsetar y sepultar todo lo que está vivo, el punto de referencia para desarrollar un papel organizativo o una gestión —gestión de una imagen vana; no viva, sino fatua—.

También habéis dicho muchas cosas justas al respecto, subrayando lo esencial. Nápoles ha dicho que «es como si la gente no viera ningún signo ante sí». La diaconía debe ser el primer lugar donde se ven ciertos signos, porque, como decía Pescara, lo que reanima, lo que devuelve la vida es el acento de fe que viven algunos, «la conciencia de fe que tienen algunas personas». Una comunidad de doscientos puede quedar reducida a veintitrés, o incluso menos, pueden quedar tan sólo tres o cuatro, pero el movimiento está ahí donde la conciencia de la fe vive en algunas personas.

La intervención de Génova me ha resultado muy interesante, porque se ha centrado en este renacer: la comunidad, que ha sobrevivido hasta ahora, resurge, renace precisamente mediante un núcleo, un núcleo que se reaviva. «Ha desaparecido —decía Génova— el sentimiento de frustración por el hecho de ser así». ¿Cómo podemos cambiar? «Lo que incide en la vida es la amistad entre algunos». La amistad entre algunos: antes había «un discurso y muchos individuos» (ésta es la definición perfecta del movimiento que, por desgracia, rige en muchas partes: «Un discurso y muchos individuos, organizados por algunos que se ocupan de la gestión»), ahora «existe un lugar en el que estamos haciendo un camino juntos». Debe existir una realidad de comunión. Seguía diciendo: «Hace falta poner a las personas frente a la objetividad de nuestra comunión, que se construye dentro de la situación particular».

Quería subrayar como primer factor el punto de partida, que es realmente la diaconía, lo que debería ser la diaconía. Pero incluso esta evocación que acabo de hacer no coincide exactamente, por sí misma, con aclarar qué es la diaconía. La intervención de Salerno hablaba de «los cuatro o cinco que se implican»: ésta es realmente la diaconía del movimiento, pues la diaconía es el grupo de los que sirven al movimiento, no el banco de los gestores. En este sentido, es un lugar objetivo. Pero el lugar objetivo que nos hace crecer, como decía Cagliari ayer por la noche, sólo es tal si está hecho de gente que vive en primera persona. El valor objetivo —también su valor pedagógico— procede exclusivamente del hecho de que es un lugar lleno de vida, de gente que vive; el valor objetivo no es la organización, no es esa objetividad, como sostienen algunos en el movimiento. En este sentido, la diaconía tiene una autoridad moral si está hecha de gente

que vive en primera persona, pues de otro modo «discapacita», bloquea, centrifuga el contenido del movimiento hacia residuos esquemáticos. Lo que hace cambiar, lo que provoca un cambio no es una suma de reuniones. Por eso, apuntaba acertadamente Perugia, «la diaconía no es el lugar en torno al cual se construye la comunidad».

En cualquier caso, la diaconía debe ser la primera concreción de la unidad entre nosotros, la primera concreción de la comunión. Ya he dicho cuál es la prueba para comprender si la diaconía es, o no, un ámbito intimista, cerrado: si hace que surja en la gente que participa en ella el deseo de comunicar a los demás, de obrar por los demás, de contagiar su entusiasmo a los demás.

Friburgo ha descrito una situación penosa de diaconía, en donde los diáconos no son corresponsables, sino que descargan su responsabilidad sobre el que se considera que sabe más, la descargan unos sobre otros. Éste es un indicativo gravísimo del tono mismo de la comunidad. En cualquier caso, se hace lo que se puede.

Me permito llamar ahora vuestra atención sobre los dos factores que ha señalado Urbino. La diaconía debe constituir «el lugar donde la preocupación por el anuncio es algo real, donde resuena el anuncio» (el anuncio, y no el esquema, no la reunión de «palabra clara»), y donde «se favorece en todos la posibilidad de una verificación de la fe».

Es importante que comprendáis bien la palabra «verificación», que no caigáis en otro mecanicismo, porque nosotros sólo percibimos existencialmente la fe cuando la verificamos. ¿De qué se trata, entonces? Existencialmente, la fe se percibe como un modo distinto de hacer cualquier gesto que llevemos a cabo. Percibimos existencialmente la fe, de tal manera que crezca nuestra convicción y nuestra creatividad, si la percibimos como inmanente al gesto que llevamos a cabo, como un modo distinto de «dar forma» a nuestro gesto. Al margen de esto, la fe queda abstracta, no convence a nadie, y hace de nosotros, en el mejor de los casos, unos devotos intimistas. La fe, percibida de forma existencial y no abstracta, nos lleva a la convicción mediante una verificación personal, y así llega a ser cada vez más existencial y nos hace creativos; la fe percibida no de forma abstracta, como discurso, es la fe experimentada como el factor que nos impele a dar una forma distinta al gesto que realizamos. En la diversidad de nuestros actos —diversidad que se debe al factor de la fe—, se percibe toda la eficacia de la fe (en cómo miras y quieres a tu mujer, en la fidelidad y en la mortificación mediante las cuales compruebas que se hace más profunda la relación conyugal con ella; todo esto lo requiere, lo determina y lo hace posible la fe).

¿Comprendéis qué es la presencia? Es este modo distinto de vivir que nace de la fe, que hace que uno sea una presencia distinta cuando está con los demás, o ante los libros y la cultura universitaria, cuando está en el tranvía que le lleva a su pueblo o cuando se

queda en el piso con sus compañeros de facultad. Uno comprende el valor de la fe por la modalidad distinta de vivir estas cosas, cuando se descubre viviéndolas así, porque la fe provoca esta diversidad, «incita» a ella.

Fijaos en ello. Pedid que os lo expliquen en vuestra diaconía, a no ser que la diaconía, al ocuparse de la gestión de la comunidad, sofoque, en última instancia, la creatividad, tenga miedo de lo distinto, tenga reparo en valorar a los más vivos, a los que hacen sugerencias, a los que actúan, a los que toman la iniciativa. En cambio, la experiencia de una vida plena y de la comunión con otros por el Misterio que está presente nos hace totalmente libres a la hora de valorar a otros, de favorecer su creatividad, y al mismo tiempo nos hace capaces de abrazarlos, es decir, de incluirlos en la comunión (en vez de marginar a los que no conseguimos controlar bien, a los que no nos besan los pies; en vez de estar pendientes de los que no nos siguen, debemos estar pendientes de quién es más capaz de personalizar la fe).

Ancona ha subrayado la importancia de este grupo de diaconía, la importancia de gente que está comprometida vitalmente, que son un paradigma para todos. Una vida comunitaria se mueve a la luz de ciertos paradigmas, de ciertos ejemplos: éstos constituyen la verdadera diaconía. Pueden darse dos extremos: que mucha gente que es un ejemplo a seguir esté fuera de la diaconía, y que gente que está en la diaconía no sea para nada un ejemplo. Esta gente que, estando en la diaconía, no constituye ningún paradigma, pesa sobre la comunidad. No es necesario que todos los que viven la fe de manera ejemplar estén en la diaconía, pero si la diaconía está hecha de gente ejemplar, éstos son los primeros en valorar a esas personas ejemplares que no están en la diaconía. Por eso os repito la norma: en la diaconía deben estar aquellos que harían lo que ya hacen aunque no estuvieran en la diaconía.

Siena ha dicho que «sólo se puede pedir la vida a los que la tienen». Es necesario que nuestra gente se acostumbre no ya a mirarse a sí misma, y por tanto a ser presuntuosa, por un lado, o desanimada, frustrada e irresponsable, por otro, sino a mirar «a un camino objetivo». ¿Qué es el camino objetivo? Es el camino indicado por la gente valiente que lo vive. De otro modo, el camino objetivo se convierte en un discurso abstracto.

Decía Salerno: «Empezamos entre cuatro o cinco». ¡Ésta es la prueba de que algo se mueve! Y Chieti subrayaba justamente que la diaconía «es un ámbito en donde se juega la fe»: la fe no tiene como sujeto la colectividad, sino la persona, la persona en comunión con otros. La diaconía se convierte así en «la garantía de una vida no burguesa» (¡qué bonito: «La garantía de una vida no burguesa»!). Nos ha llamado mucho la atención la intervención de Bolonia, cuando ha acusado una cierta resignación ante la situación de la comunidad: «Dejar de luchar por hacer más visible la unidad que hay entre nosotros». Pues bien, la diaconía es el ámbito de la gente que nunca se resigna a una cierta situación

adulto. ¿Éramos doscientos en la comunidad y ahora sólo somos dos? No me resigno, yo soy el capitán, tú eres el soldado raso: pero yo soy el capitán porque no me resigno a la situación de la comunidad. Pasado mañana volveremos a ser doscientos. La diaconía es el ámbito en el que nunca se deja de «luchar para hacer más visible la unidad que hay entre nosotros».

De este modo, también Pavía hablaba de «obediencia», porque la diaconía es el punto al que uno mira y con el que se compara para seguir. La obediencia se hace posible «si se está enamorado de la Presencia», de la presencia de Cristo entre nosotros, del Misterio que se encarna en la Iglesia y en nuestra presencia en el mundo de hoy. Subrayo la definición que ha dado Pavía: «La diaconía es una compañía corresponsable de la vida de la comunidad». Si nuestros «cuatro gatos» de Siena nos han conmovido con su testimonio es porque son una compañía corresponsable de la presencia.

Éste es el primer factor. Me he entretenido un poco porque me parecía importante. Es clave para que podamos reanudar el camino. Por una parte, es necesario que la diaconía no sea un pequeño politburó que se dedique únicamente a gestionar, sofocando lo que no parte de ella misma. ¡No hagáis como los curas, amigos, no hagáis como hacen muchos curas, que sofocan todo lo que no nace de ellos, que no saben reconocer el carisma que Dios da a la gente, que no viven la comunionalidad! También nosotros vivimos el despotismo eclesiástico (entre otras cosas, los sacerdotes no participan en la diaconía): o despotismo eclesiástico, o bien frustración y abandono de la lucha, resignación. No, ni una cosa ni la otra. Pero, por otra parte, ¿dónde está el fondo de la cuestión? Es la última pregunta («¿Cuáles son las dificultades personales?»). La clave es que hay que estar enamorados de la presencia, porque es el lugar en donde empieza la vida, en donde cuatro o cinco empiezan: pueden ser peores que los demás, pero empiezan.

2) Retomo como segundo factor la observación que ya se ha hecho: no podréis ser un lugar vivo, el primer lugar vivo de vuestra comunidad, si no seguís al Centro y sus indicaciones. Voy a detenerme un poco citando vuestras afirmaciones. Habéis hablado —como Mesina— de «superficialidad», o, peor todavía, del hecho de que las directrices se «acogen con extrañeza», como han dicho los amigos de Nápoles. En cambio, Cagliari indicaba la alegría de «sentirse en sintonía» con las indicaciones del Centro. Cuando el Centro indica una directriz y uno se siente en consonancia con ella, hay un reconocimiento inmediato, una alegría, un consuelo. Sin embargo, en muchas diaconías las directrices del Centro se reducen, se reconducen a aquello en lo que se está de acuerdo. Habéis hablado de esto en distintos momentos, como por ejemplo en la intervención de Pisa: ¿Por qué no se ha utilizado el manifiesto «La primera política es vivir»?⁸ Por la indiferencia, la superficialidad o la extrañeza con la que se ha juzgado

ese panfleto, a merced del parecer de quien dirige la comunidad. Si existe una divergencia en el juicio, como observaba Florencia, si nos sentimos lejanos de lo que se nos dice, sobre todo entonces, es necesario seguir. Lo ha dicho también Palermo, cuando ha hablado de «apostar por la experiencia que el movimiento nos propone, es decir, por el encuentro con el Señor»; es decir: apostar por el movimiento (siguiendo las directrices que indica) debe implicar toda nuestra humanidad, y sobre todo nuestra inteligencia, para que cada uno se identifique con las razones. Identificarse con las razones no es decir: «¡Bueno, veamos si tienes razón o no!». Esto te impide aprender: te mantiene en la podredumbre de tu presunción o de tu autonomía. Hay que desear que cambie la sensibilidad, que todos nos identifiquemos con la sensibilidad que empuja al Centro a actuar de un cierto modo, a dar ciertas directrices, a dar ciertas consignas, a ofrecer ciertos instrumentos. En la medida en que no vivís este seguimiento, da igual quiénes seáis, no cambiáis, y vuestra presencia en la comunidad es sentimental, ficticia, provisional y carente de cualquier incidencia. Lo mismo que sois vosotros para la comunidad, así el Centro y sus directrices son rostros, unos rostros que son un signo para vosotros. De nuevo hablaba Pisa de una «selección» de las indicaciones del Centro. ¡Mirad que sólo se cambia siguiendo! Si no es así, si se plantea un cambio sin seguir a otros, no es más que una revisión moralista de uno mismo, cuyo resultado es la confirmación de los propios puntos de vista sustanciales, esos que no se quieren abandonar, porque sólo en la relación con el otro tú te dejas a ti mismo, es decir, cambias. ¡En cambio, el Centro y sus directrices son una respuesta a la necesidad de mi «estructura»! Pero ¿cómo podéis decir estas cosas a vuestras comunidades si no las vivís en primera persona? Como ha dicho Perugia, es necesario atender a la realidad, a toda la realidad que nos rodea, de modo que esas directrices la impregnen. No puede darse una recepción intelectual o puramente discursiva de las directrices del Centro, porque éstas expresan una forma de percibir y sentir la vida: ¡todas, os lo juro! Por eso, obedece a las indicaciones aquel que aborda la realidad a partir de esas indicaciones y no se entretiene en hacer una selección: en lugar de hacer una selección entre todo lo que se nos indica, debemos seleccionar el modo de acogerlo para que no se queden en algo abstracto. Urbino citaba la necesidad de identificarse con el Centro y de no seguirlo esquemáticamente.

Urge este cambio. Es lo que decía la intervención de Parma, cuando afirmaba —al menos yo lo he entendido así— que la gente no percibe como algo verdadero lo que se dice en la diaconía y «hay que repetirlo insistentemente». ¿Por qué? «Porque nosotros seguimos como los demás, y seguimos a otros». Lo que me hace digno de ser seguido, lo que me ofrece un apoyo psicológico en esa «insistencia testaruda», es la conciencia de que yo sigo a otros. Sin seguir al Centro, si nosotros no seguimos, no existe cambio,

como tampoco existe movimiento, porque el movimiento es nuestro cambio. Pero nuestro cambio sucede si seguimos: en la novedad que recibimos de otros podemos romper las medidas de nuestra autonomía. Por tanto, cuando hablamos de «movimiento» nos referimos, sustancialmente, al movimiento de la persona, es decir, al cambio de mi persona; y, a la vez, nos referimos también a una condición objetiva para que este cambio suceda, que es seguir; porque, sin seguimiento, tampoco existe el movimiento como organización, como realidad orgánica. De otro modo, seguimos en esa autonomía de la que hablaba Friburgo acertadamente, cuando decía que seguir se manifiesta también en el deseo de mantener unas relaciones estables con el Centro (el Centro es también este Equipe, las directrices que proceden de este Equipe: aquí refluye todo, y desde aquí divisamos el paso nuevo que hay que dar).

Hemos convocado este Equipe antes de lo previsto porque nos preocupa la situación de muchas comunidades: ahora están emergiendo los motivos de esta preocupación. Pero yo, personalmente, me he animado muchísimo ayer por la noche y esta mañana, porque, gracias a Dios, en todas las comunidades se está poniendo de manifiesto un inicio: esto es lo importante. Lo demás es cuestión —como alguien decía— de «insistencia testaruda», es decir, de tiempo.

Padua hablaba de una implicación con el Centro, que ayude a ir hasta el fondo del movimiento. Sin embargo, volviendo a Ancona, «tenemos que poner en juego toda nuestra vida con el Centro», es decir, con el Equipe; tanto nuestra vida personal como nuestra vida comunitaria, en cada universidad, asumiendo una corresponsabilidad en el seguir (sobre la corresponsabilidad, ver más arriba, mi *ouverture*). Dejemos de mirarnos a nosotros mismos, la autonomía es la muerte del hombre (es lo que pasa con una raza en la que sólo se casan entre ellos: nunca se renueva).

Todo esto tiene un camino objetivo: «Aprender», decía Chieti, aprender a crecer, aprender a cambiar. Se aprende a cambiar cuando se deja entrar la vida, cuando se dejar un «plus», algo más grande que nosotros. «Las indicaciones que recibimos —decía Salerno con una expresión preciosa— van dando una nueva estructura a nuestra persona, en lo que ya hacemos»: han experimentado las indicaciones nuevas que han recibido como una estructura nueva de ellos mismos en lo que ya hacían. En esto consiste el cambio. Además, la persona que ha intervenido ha utilizado una palabra preciosa, que nadie más ha utilizado: la palabra «libertad». Libertad es el cambio, porque el cambio empuja hacia ella, empuja a adherirse a ella. Aquí radica la paradoja fascinante del cristianismo, que pone de manifiesto la esencia última de la religiosidad (que es la esencia última del hombre, su razón, su sentido): que uno se hace a sí mismo, es decir, se libera, obedeciendo. De forma análoga, el movimiento se experimenta como libertad, plenitud, gusto y paz, en la medida en que se vive esta obediencia, esta referencia, en la

medida en que no se vive autónomamente. Cuando no es así, uno se comporta con rigidez hacia los demás, con ansia y con pretensión hacia uno mismo y hacia los demás, con acritud, con temor a que le quiten la silla.

3) Tercer factor. He puesto el segundo porque es necesario para el primero. El elenco que estoy haciendo es importante también como orden; la directriz que os estamos dando coincide con el orden en que os estoy diciendo las cosas. Fijaos en que el orden forma parte de la indicación. El tercer y último factor es la respuesta a la pregunta sobre la «presencia». La «presencia» es la síntesis de la directriz de este año, del Centro y del Equipo. ¿Qué quiere decir esta directriz? Aunque corramos el riesgo de llegar algunos minutos tarde a comer, voy a leer de nuevo algunas de las cosas que se han dicho ayer por la noche y esta mañana.

Ante todo, no es presencia la vida del CLU que se centra en los pisos de los universitarios —que son como el símbolo de todo un planteamiento— o en la propia comunidad de origen. No estoy diciendo que no debáis vivir en un piso, que os quedéis en la calle con vuestras ollas, como tampoco estoy diciendo que no debáis vivir vuestras comunidades de origen cuando volvéis a casa, más aún teniendo en cuenta que la mayoría de las comunidades en Italia han surgido en pueblos, en localidades y en ciudades gracias a los universitarios que volvían a sus casas. No estoy diciendo esto. Estoy diciendo que la vida del CLU, lo que constituye nuestra vida como movimiento universitario, no está centrado en los pisos (ver la horrenda carta que se ha citado antes): la gente cree que vive el CLU porque reza Laudes en los pisos del CLU, porque quiere a sus compañeros de piso, porque estudia allí, porque está a gusto en estos pisos. ¡Vivan los pisos! Éste no es el modo de vivir el CLU: es el modo de encontrar en él un pretexto para castrarse.

De forma análoga, tampoco es una presencia la que se ha calificado como «intimista», es decir, la que se encierra en la comunidad, la que plantea la vida del CLU y la propia vida de movimiento en el ámbito de la comunidad. La vida comunitaria es análoga a lo que hemos dicho que es la vida de la diaconía para la comunidad. La vida de la diaconía es un punto de partida para la comunidad, para que su vida se «contagie» a otros; de forma análoga, la vida dentro de la comunidad debe ser un punto de partida para encontrarse con otras personas, pues en caso contrario se convierte en el sepulcro de nuestra fe, en una forma de castración. De este modo, si la presencia es intimista en este sentido —como citaba Mesina—, entonces los exámenes, el hecho de vivir en otra localidad u otras cosas similares bloquean el dinamismo y se convierten rápidamente en alternativas a la vida misma de la comunidad, porque no se tarda en sufrir «la pena del contrapaso» (a menos que no sepamos qué es «la pena del contrapaso», porque Dante

Alighieri es como un trasto viejo para los profesores de hoy en día). En cambio, Mesina ha dicho que «la presencia es la conciencia de Cristo en la vida cotidiana», en la universidad. Daos cuenta de que «en la universidad» no se refiere tanto a los muros: «en la universidad» quiere decir la vida que tiene como eje y punto de referencia toda la dinámica de búsqueda, de contactos, de apertura que es la universidad. El ambiente, como se decía en un encuentro de profesores en Bocca di Magra⁹, es el paso obligado para adquirir nuestro rostro en la sociedad, es decir, para ser personas que tienen un rostro propio ante el mundo. El ambiente es el paso obligado para nuestro rostro social, es decir, para nuestra personalidad.

Venecia señalaba que nuestra presencia es más «una generosidad, que una certeza humana» que nos permite afrontar lo que tocamos y encontramos, todo aquello en lo que estamos implicados. Nuestra presencia no es una certeza humana nueva (ver más arriba: la fe como estructura, es decir, las directrices vividas como estructura nueva de lo que ya se vivía antes), una certeza con la que afrontar todo lo que tocamos, todo aquello en lo que estamos implicados. Paradójicamente, es «el encuentro con los amigos de la facultad lo que nos hace volver a tocar el origen de nuestra amistad», decía de nuevo Venecia.

Pescara ha descrito muy bien la dificultad de la presencia: «Seguimos teniendo una dificultad para asumir y compartir la realidad», hay una torpeza a la hora de vivir la presencia, que hace que «la misión se quede en un deber, sin que tengamos una imagen adecuada de lo que debe ser». Entonces, es muy fácil que surja, casi como una coartada, el escepticismo sobre nuestra capacidad de cambiar, de modo que, tal vez (y éste es uno de los ejemplos más llamativos de esta torpeza), «se caza» a la gente —como ha dicho Pescara—, pero «no son amigos»: se «cazan» y se llevan a nuestras liturgias, a nuestras iniciativas, incluso a la caritativa, pero están solos como perros, al igual que nosotros. Sólo que ellos se dan cuenta de que están solos, pero nosotros no, porque tenemos muchas cosas que hacer.

«Vamos a la universidad esperando algo distinto, apegados únicamente a nuestros asuntos personales; muchos pasan el tiempo a la espera de algo que les guste», decía Turín, y de este modo se pierde la vida, porque nosotros conquistamos nuestra vida olvidándola (la conquista «el que se olvida a sí mismo para seguirme», dice Jesús¹⁰). Vamos a la universidad preocupados por nosotros mismos, por nuestros asuntos. Muchos van a la universidad «a la espera de algo que les guste»; si se resignan a ir a la universidad es por una curiosidad, por ver si la comunidad hace algo que les agrade. Pero no, es necesario olvidarse de uno mismo, porque es preciso que se manifieste el significado de uno mismo, que es Otro, como se ha dicho impetuosamente esta mañana.

A la luz de lo que ha denunciado Turín, resulta claro lo que ha señalado Nápoles:

«Prevalecen los problemas propios (la profesión, el estudio, los compromisos que se tienen en otros lugares), y esto fragmenta, impide la presencia». Mientras que la presencia es «ser signo en el ambiente». Cristo no es conocido en el ambiente, y el ambiente se apoya sobre otra esperanza. Pues bien, la presencia es ser signos de un conocimiento nuevo y de una esperanza nueva.

La presencia es esto: llevar la conciencia y el significado nuevo, que es Cristo, y por tanto la esperanza nueva que nos mueve a cambiar la modalidad y la dinámica de las cosas que hemos hecho siempre. Ante todo, la presencia no es sino el cambio de la modalidad y de la dinámica de las cosas que hemos hecho siempre, porque existe una conciencia nueva (la conciencia es la capacidad de reconocer el significado, que es Cristo), y por tanto es una esperanza nueva: la esperanza es el dinamismo del cambio, que nos urge a moldear la realidad. La presencia en la universidad es la conciencia de haber sido llamados juntos, no es otra cosa: Cristo no está presente más que en el signo de nuestra comunión. Y no se produce un modo nuevo de afrontar las cosas que hemos vivido siempre si no lleva consigo, como dimensión, la comunión entre nosotros. Aunque uno actúe solo, lo hace con la conciencia de estar en comunión con los demás, porque los implica, hará referencia a ellos, será ayudado por ellos, descansará en ellos.

Decía Florencia: «La presencia es la realidad de nuestra vida en la universidad, no es una quimera». La presencia es la realidad de nuestra vida en la universidad dentro de las contradicciones concretas que aparecen por todas partes. «Dentro de una compañía con autoridad (las directrices del Centro, el ímpetu de la diaconía, la responsabilidad del que está más vivo), las palabras que se han dicho este año han desvelado una verdad para nuestra vida. Hemos sentido el deseo de estar físicamente en la universidad, hasta comer juntos en el comedor para compartir la situación de malestar de los demás». Ha sido un ejemplo precioso, y espero que lo hayáis apuntado. Si no fuese por esto, se podían ir a su casa a comer: comerían mejor y pagaría papá. Sin embargo, estar en el comedor para compartir la dificultad de los demás, esto es verdaderamente misión. Es conmovedor, porque es sencillo como el agua, no es una quimera. Como acusar el golpe de los alumnos de primero, que a mitad de curso ya no pueden resistir y se marchan, porque la universidad es un lugar inhóspito para vivir (viendo el otro día en Milán al grupo de los universitarios de Florencia que, muy amablemente, vino a verme, entendí por qué capté en ellos la vida, una vida todo lo frágil que queráis, pero viva). Estos universitarios han hecho una fiesta para proponer una vida distinta: no son seiscientos, como los de la Universidad Católica de Milán; no son dos mil seiscientos, como los miembros de CL en las universidades de Milán, y hacen una fiesta para proponer una vida distinta, van en Pascua a Arezzo para ver el Descendimiento de Piero della Francesca e invitan a sus amigos. ¡Estar en la universidad compartiendo la vida de los demás no es una quimera!

De este modo, estar en la universidad se convierte en la posibilidad de retomar la dimensión cultural, como insinuaba Génova, pues de otro modo no se percibe la novedad, no se siente «el impacto de nuestra comunión sobre la situación concreta». El impacto de nuestra comunión sobre la situación objetiva hace emitir juicios sobre ella, hace que la percibamos con un sentimiento nuevo, y que actuemos de forma distinta, es decir, genera una cultura nueva, hace surgir una pequeña civilización distinta, una forma diferente de estar juntos.

«Permanecer dentro de la universidad —decía Pisa— juzgando la situación, saliendo al encuentro de las personas en sus necesidades reales». Ciertamente, esto hace surgir todas las iniciativas que habéis citado; pero las iniciativas proceden de aquí. Puede haber un grupo que no sepa emprender iniciativas especiales, pero lo que ha dicho Florencia —«la presencia no es una quimera, sino estar presentes compartiendo la vida»— es posible para todos, es una presencia verdadera, distinta de los asentamientos. Porque, si no somos una presencia así, como decía Pisa, «lentamente nos dejamos asimilar por el ambiente». La mayor parte de la gente de CL que estudió en la universidad en los fulgurantes años del Palalido¹¹ o cuando conseguíamos ganar en las elecciones universitarias, salió de la universidad con la misma mentalidad que los demás. En cinco o seis años de lucha política y cultural, de cursos y cursos alternativos, de participación en las estructuras universitarias para ganar a los extraparlamentarios, para superarles por la izquierda, la gran mayoría de nuestra gente se dejó asimilar por la mentalidad del ambiente. ¿Entendéis que ésta es la dificultad que tenemos desde hace dos años, mejor, desde hace tres? Desde Riccione, hace ya tres años¹², no hemos cambiado nada. En cambio, la presencia existe si hierve en nosotros un proyecto de cambio; «no un proyecto para cambiar la situación» —como han dicho con agudeza los de Pisa, y como hicimos durante seis o siete años después de la contestación—, que luego fracasa y entonces nos retiramos frustrados, acusando de mala manera incluso a CL, en vez de a nuestra propia «necedad»; es ese proyecto de cambio de uno mismo y del mundo que es Cristo y es la comunión cristiana. Hacer presente la comunión cristiana te hace afrontar de forma distinta todo lo que vivías antes, con juicios claros, sentimientos verdaderos y una capacidad de compartir que cambia también las iniciativas encaminadas a cambiar la universidad, pero como consecuencia última, como corolario.

Cagliari hablaba de «un uso consumista del movimiento»: busco en el movimiento algo particular, que espero de él (la amistad, etc.), y lo manejo con una lógica mía. La directriz de la presencia choca frontalmente con esta actitud; de esta manera, es imposible llegar a ser una presencia. Bari hablaba de «parcelación de la propuesta», de modo que la propuesta «se ve ahogada por la problemática y por las dificultades

particulares». Bari es uno de los casos que más me han reconfortado entre ayer y hoy, por lo que hemos dicho antes: todo empieza en la diaconía, es decir, en algunos. La presencia es «una recuperación de la comunión de base», que se dilata y que une.

Mi eslogan de este año es «recuperar la comunión de base»: un movimiento dentro del movimiento. Una recuperación de la comunión de base, que se dilata. Atención, ésta es la condición para la presencia, en el sentido estricto de la directriz que da el Centro: presencia en la universidad, no entendida como muros, sino como vida universitaria. «Una recuperación de la comunión de base, que se dilata en el ambiente», ésta es la frase completa. Sin la objeción que planteaba Trieste: «Sí, es justo lo que se nos pide, pero aquí no somos capaces». ¡No! Si esto sucede, es porque las directrices del Centro, por ejemplo, la palabra «presencia», se interpretan como un método que se aplica mecánicamente, que se utiliza, y no como un modo de vivir que caracteriza a mi persona. La directriz «presencia» no es un método que se aplica o se utiliza, sino un modo de vivir que caracteriza a la persona.

Es la persona la que se pone en juego; no existe presencia si la persona no se expone, y la persona se expone cuando comunica el sentido de su vida. De lo contrario, «los problemas personales ahogan la esperanza de una novedad para la vida», decía Catania. Si uno va a la universidad encerrado en sus problemas personales, se pierde; se pierde justamente la experiencia de algo nuevo y distinto para la propia vida. Catania ha ofrecido una definición preciosa de presencia como origen de la cultura: «Ser una presencia significa que te «urge» el significado las cosas mediante las cuales te relacionas con la realidad». En su casa, un hombre se relaciona con la realidad a través de su mujer y sus hijos; y le «urge» el significado de su mujer y sus hijos, que es Cristo. Ahora bien, la presencia —en el sentido propuesto como dirección común— se da en el ambiente, porque si no la vivís allí, tampoco la viviríais con vuestra mujer y vuestros hijos, ni siquiera con vosotros mismos. Al vivir la presencia en el ambiente, aprenderéis algo que es para vosotros mismos. Como decía Macerata, es necesario «asumir conscientemente una mirada verdadera sobre la realidad verdadera de nuestra vida», que es Cristo, «en el ambiente en que vivimos». También ésta es una definición perfecta.

4) No se puede rehuir el ambiente universitario por su complejidad, que nos inspira temor o nos «supera», o por la dificultad que supone realizar un trabajo personal del que no se comprenden los motivos (esto hace que nos cansemos). Una presencia resulta pesada cuando se mantiene a base de definiciones, cuando se hacen las cosas por inercia. Si se analizase la «vida» de los distintos ambientes, por ejemplo la vida en los pisos de los universitarios, se comprobaría que allí se repiten los mismos desatinos y las carencias que existen en el modo de vivir la presencia en la universidad. Sólo que allí los encubre,

indignamente, un clima ficticio o un sentimentalismo feo.

Redescubrir una compañía para hacer posible la presencia: todo nace de aquí, incluso las propuestas, las iniciativas que se emprenden (los periódicos, las iniciativas con los de primero). Todo depende de la presencia, toda la vida del CLU depende de la presencia en la universidad y no de otra cosa, a no ser como medio, como instrumento en función del «estar presentes en el ambiente». Como decía también Siena, lo que hacemos nos llena sólo si coincide con el sentido de nuestra persona. ¿Dónde debemos vivirlo? No podemos vivirlo personalmente, si no lo vivimos en el ambiente; es ficticio, es abstracto si lo vivimos a solas. Un hipotético trabajo para la comunidad, si nos aparta del empeño con el ambiente, es falso, crea un movimiento desviado. Porque muchos soportan lo que deben hacer en la universidad para poder disfrutar después de sus intereses particulares.

¡Cuántos de nosotros viven todavía —como decía Chieti— «el escándalo de la realidad»! Entonces, también lo que tenemos que hacer se convierte en una carga, se hace pesado. Mientras que la presencia es «la fe que se pone en juego en el ambiente». Y el dato de la fe es el valor que Cristo tiene para la vida, Cristo como significado de la vida, y la compañía entre nosotros como signo Suyo. Salerno señalaba que «nos dispersamos por las comunidades de origen cuando no creemos en serio en nuestra amistad» (por tanto, tampoco es verdad que se tome en serio la amistad en las comunidades de origen).

Como apéndice, quiero decir que el movimiento ha identificado y sigue identificando la Escuela de comunidad como el instrumento principal para la formación en el CLU. Esto vale no sólo para Bolonia: la Escuela de comunidad debe convertirse en una lucha continua contra «la mentalidad desacostumbrada desde hace años a la fe, a partir de la fe para juzgar la realidad». Partir de la fe para juzgar y plasmar la realidad es también el camino para comprender la fe. La Escuela de comunidad debe ser el ejercicio de la fe para juzgar la realidad. Bolonia no es el único lugar donde la gente «no sabe por qué cree», ni es el único lugar donde existe como un vaivén entre un «infantilismo» que repite las cosas sin comprender, sin entender su valor, y la falta de presencia. «Volver a centrar el juicio en cada ocasión» es lo que se debe hacer en la asamblea permanente de la Escuela de comunidad. La asamblea permanente de la Escuela de comunidad debe «volver a centrar el juicio en cada ocasión». Ésta es la dimensión cultural, el acontecimiento cultural que surge en nosotros. El acontecimiento cultural no surge porque hagamos asambleas con profesores, participemos en congresos u organicemos cursos alternativos en la facultad de Letras. No seremos jamás una presencia en un ambiente tan hostil y lejano, si la Escuela de comunidad no vuelve a centrar nuestro juicio. La Escuela de comunidad debe llegar a ser esto. Hay que impedir que se convierta en un desahogo sentimental o en una repetición verbal sin nexo, por tanto, sin valor

cultural. La asamblea de Escuela de comunidad debe ser un ámbito en el que se pongan en juego los juicios, esos juicios que el texto que hemos leído «sostiene».

En cualquier caso, y por lo que respecta a las asambleas de Escuela de comunidad, es necesario en primer lugar leer, no interpretar. Las palabras que se dicen ahí son palabras históricas, que evocan una experiencia, y que contienen un espesor de juicio sobre la realidad. Lo primero que hay que hacer es aprenderlas de memoria. Un primer paso en la asamblea de Escuela de comunidad debe ser el de aclarar el significado de estas palabras (por tanto, preguntas, preguntas, preguntas). Un segundo paso —final, conclusivo, en el sentido de valor último, de lo que debe valer— debe ser ejemplificar de modo edificante cómo las categorías de la fe pueden juzgar el ambiente y nuestra presencia.

Recapitemos, por tanto: diaconía, en el sentido dicho; seguir al Centro y a sus referencias; presencia como fe que se pone en juego, como juicio y como imagen nueva de lo que hay que hacer, de las cosas que siempre hemos hecho (sólo a estas alturas pueden brotar nuevas imágenes de acciones particulares, que en caso contrario serían una ilusión); el instrumento principal de la presencia es la Escuela de comunidad. Se podría invitar a otras personas a la Escuela de comunidad (depende de cómo esté planteada). La Escuela de comunidad, la asamblea permanente, debe convertirse en un ámbito de juicio. Se trata de un instrumento.

Queda por decir que la pregunta más grave de todas es la que se refiere al ímpetu de la fe: ¿existe o no existe? La palabra «ímpetu» se opone a una presencia de la fe tal como la viven la mayoría de los cristianos: abstracta, un discurso ante el que se reacciona de forma devota. En cambio, el ímpetu de la fe es aquel que —lo insinuaba Piacenza— «cambia la normalidad». Por este motivo, la Escuela de comunidad se concibe como un instrumento para el incremento de la fe. En la Escuela de comunidad no se debe tratar tanto de comprender frase por frase, sino la lógica de todo el discurso; es esa lógica del discurso con sus pasos, con las conexiones entre un valor y otro, entre un criterio y otro, lo que dibuja lentamente en nuestro espíritu esa armonía nueva que supone Cristo para la vida del mundo y también para la nuestra; armonía nueva cuyo signo expresivo, testimonial y al mismo tiempo pedagógico, es la comunión entre nosotros. La comunión no es la comunidad, porque la comunidad vive únicamente si vive la comunión entre vosotros, aunque seáis dos, y la comunión entre vosotros dos es algo real si trata de juzgar la situación en la que vivís e intenta vivir lo cotidiano de forma nueva, o de crear algo nuevo en el ambiente donde estáis.

Pero yo creo que debemos seguir trabajando sobre esta problemática, porque las preguntas planteadas por el orden del día, a pesar de una sucesión de intervenciones un tanto farragosas (yo he tratado ahora de identificar algunos puntos, sin poder retomar todos sus matices, sin poderlas valorar adecuadamente), han puesto de manifiesto la

problemática última, más allá de la cual no existe otra sustancial: que el movimiento comienza allí donde existe movimiento. Para esto sirve la diaconía de la comunidad, y por eso es necesario ser bastante estrictos con los que están en la diaconía para cumplir un papel, una función, o como sargentos mayores, como encargados de una asociación. En este sentido, la diaconía no está cerrada en sí misma, sino que su primera sensibilidad es justamente valorar lo que el Espíritu hace nacer y que cualquiera nos puede testimoniar, y no ser el sepulcro de cualquier aliento de vida.

Esta problemática, insisto, es una problemática radical. Creo que debemos revisar todo esto, y vosotros debéis retomarlo e incrementarlo a la luz de las impresiones que habéis recibido hoy. Debe ser un trabajo a retomar en cada diaconía, y por tanto en cada comunidad, durante todas las vacaciones. Nosotros esperamos vuestras aportaciones, si tenéis presentes las apreciaciones que acabo de hacer, con la lógica que contienen. Aprendemos la Escuela de comunidad y aprendemos la directriz de un discurso únicamente si aprendemos su lógica, no si secundamos la emoción primera que ahora nos despierta, o si nos detenemos en lo que más nos impresiona.

Procurad que vuestra aportación llegue a Milán antes de mediados de julio. Puede ser que no tengáis nada más que decir, puede ser también que después de las sugerencias de ayer por la noche y de hoy queráis completar el contenido de vuestras comunicaciones: ampliarlo —eliminando el aspecto mimético, quitando los añadidos puramente discursivos y marcando criterios, juicios, valoraciones y sugerencias— y, sobre todo, aportad ejemplos de lo que habéis hecho, a la luz de vuestras observaciones.

¿Está clara la tarea que pongo a todas las diaconías? Si hay alguna excepción a esto, si veis que es mejor aconsejar otra cosa, decidlo. Retomad vuestras contribuciones y trabajadlas con una agudeza mayor que puede haber favorecido el contacto de estos días.

Todo el CLU se compromete a fondo con este trabajo, del que se hacen responsables las diaconías, empezando por los que participan en el Equipo nacional: una valoración de la situación concreta, por tanto, juicios y criterios, sugerencias y descripción de hechos. El trabajo de estas contribuciones será el contenido del diálogo y de la discusión en nuestro encuentro de septiembre, con el fin de que surjan de ahí las directrices para el próximo curso. ¿De acuerdo? Puesto que nadie ha puesto ninguna objeción, ¡adelante!

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO?¹³

El encuentro de Bolonia de mediados de abril había movido las aguas, y los universitarios empezaron a realizar un trabajo de comprensión y de revisión de la vida personal y comunitaria a la luz de lo que se había dicho allí. Todos respondieron a la invitación de don Giussani a valorar con atención las distintas situaciones, describiendo hechos y señalando problemas. Cada comunidad envió al Centro su contribución antes de las vacaciones de verano. Una comisión las examinó durante el verano y elaboró una relación sobre el estado del CLU, que presentaría en el Equipe de finales de agosto.

A pesar de esta «preparación», el comienzo del Equipe fue problemático. Don Giussani percibió una menor tensión y el riesgo de dejar a un lado el contenido principal de su preocupación sobre el CLU de los últimos años.

Al introducir el Equipe por la noche, empezó con estas palabras: «Nosotros estamos juntos, nos encontramos en reuniones como ésta, pero se percibe una extrañeza última. Decimos que somos una compañía, pero ¿qué puede romper la extrañeza que existe entre nosotros?».

A la mañana siguiente tuvo lugar la asamblea prevista, cuya marcha «imprevista» documentamos a continuación.

Asamblea 1

Intervención: El tema de la asamblea es la situación del movimiento, la vida del movimiento.

Giussani: Se ha dado un título genérico para que se pueda considerar cualquier punto; pero, partamos de donde partamos, debemos llegar a un «cierto» punto.

Intervención: En estos últimos meses he caído en la cuenta de algo muy importante; he comprendido de repente que no sabía aún qué es el movimiento. Y esto, en vez de ser algo negativo, ha resultado ser muy útil: se abre ante mí un espacio de conocimiento nuevo de mí mismo y de la vida con un gusto que todavía desconocía. Decir que no

conozco todavía el movimiento quiere decir descubrir que mi vida tiene una hondura insospechada. Y lo advierto porque veo que otros la viven.

El aspecto más importante de lo que estoy viviendo es la tensión por aprender de los demás, por descubrir qué es el cristianismo y qué posibilidad me ofrece de ser un hombre verdadero. Pero intuyo cuál es el corazón del cristianismo: el corazón del cristianismo y el corazón del movimiento coinciden; cristianismo y movimiento son para mí la posibilidad de vivir hasta el fondo mi humanidad.

Giussani: Perdonad un momento. Han salido a la luz dos nexos que debemos tener presentes sin salirnos de este carril, pues de otro modo perderemos el tiempo. Que cada uno sea libre de intervenir sobre su experiencia, especialmente la que se refiere a este año. No quiero impedir vuestra espontaneidad, pero quiero anticipar que el punto al que debemos llegar discurre entre las dos orillas, los dos nexos señalados. Él ha establecido el nexo entre movimiento y cristianismo y el nexo entre cristianismo y humanidad, la propia humanidad. Si nos salimos de estas dos referencias o de estas dos «sinonimias», nos «vamos por las ramas», es decir, empezamos a contar hechos o reacciones que nos harían perder el tiempo.

Es más, casi, casi podríamos cambiar de tema. ¿No podríamos cambiar el tema? Juzgado vosotros: ¡cambio de tema! Porque resulta patente que el movimiento es una modalidad muy discutible, a la que cada uno se adhiere por una experiencia o por una esperanza de enriquecimiento personal, pero sigue siendo una modalidad contingente; incluso el encuentro con ella ha sido casual para todos. Es una modalidad contingente que nos introduce en el hecho cristiano de una forma más madura y gustosa. Pues, de otro modo, ¿qué sería el movimiento? El valor del movimiento es su función pedagógica con respecto al hecho cristiano. Esto es lo que nos interesa.

Entonces, yo propondría dejar el tema de la asamblea de esta mañana y preguntaros a quemarropa: ¿Qué es para vosotros el cristianismo? ¿Podríamos cambiarlo así? Es decir, convertimos nuestra reunión en una asamblea doctrinal, una hora de doctrina, como en la catequesis.

¿Qué es para nosotros el cristianismo? Si uno de nosotros ha metido un pie en el movimiento y esto no supone para él la búsqueda de una respuesta a esta pregunta, una respuesta inteligente, existencialmente provocadora y, a efectos prácticos, útil para responder a esta pregunta; si uno de nosotros se asomara al movimiento y no intentara responder a esta pregunta, sería verdaderamente necio, ¿no?

Preguntémonos también cuándo nos hemos planteado esta pregunta no como algo que viene espontáneamente a la cabeza, sino con una voluntad sistemática: «sistemática» no en el sentido escolar del término, sino en un sentido vital, porque la vida es un

organismo, es un sistema orgánico.

Si lo veis como un cambio algo pretencioso o pesado, volvemos al tema de antes. Pero yo propongo este cambio porque creo que, en realidad, no lo es. Si acaso, nos ayudará a saltar los pasos inútiles, porque lo que nos interesa no es «el movimiento», sino una respuesta para la vida.

Adelante, pues, entremos in medias res. ¿Qué es para nosotros el cristianismo?

Intervención: Me han enseñado a concebir el movimiento como el lugar de la presencia del Señor y, por tanto, de la verdad de mi vida, y no como un lugar de gente que se reúne porque piensa lo mismo sobre ciertas cosas. He comprendido que aquí dentro, con estos rostros, con estas personas, se juega mi salvación.

Giussani: ¿Entonces? Debe ser que estoy todavía un poco obtuso, pero no entiendo qué conexión inmediata tiene tu intervención con la pregunta que nos hemos planteado.

Intervención: La conexión inmediata es que aquí dentro...

Giussani: Pero ¿qué es el cristianismo?

Intervención: Es la verdad de mi vida.

Giussani: Tú has usado también otra palabra: la palabra «salvación».

Amigos, debemos ir al fondo de estas palabras. Sólo se comprende una palabra cuando se percibe su alcance, su «espesor» —como decís vosotros—, su espesor existencial. Una palabra es como un dedo que indica una realidad: es un signo que remite a una realidad, es signo de una realidad. La palabra señala una realidad; es una señal, como cuando se lanza una flecha... Entonces, no se entiende todavía una palabra mientras no se perciba la realidad que indica.

Por eso, en mi opinión, la pregunta: «¿Qué es el cristianismo?» es la más urgente para nosotros, que decimos estar comprometidos con él. En realidad, lo es para todo el mundo si entendemos el cristianismo —aunque sólo sea como hipótesis— como la propuesta que la historia ofrece a todos los hombres para una autenticidad mayor del camino humano y una seguridad en relación con el destino.

Entonces, es necesario romper el envoltorio formal de la palabra «salvación», como también de la palabra «verdad», porque cualquier expresión que utilice el hombre tiende inexorablemente al formalismo. Cualquier revolución y cualquier reforma —¡todas!— caen inmediatamente en el formalismo, la estandarización, el esquema. El ímpetu humano adolece de una inercia interna que pronto le inclina hacia la muerte, ¡enseguida! Es lo que llamamos el pecado original.

«Pecado original» es la palabra del lenguaje cristiano de la que parece podamos

prescindir más fácilmente —de hecho, mucha teología del post Concilio ha prescindido completamente de ella—, porque no parece relacionarse con nada, coincidir con nada de nuestra experiencia, remitir a ningún hecho real de la vida. Por eso todo el pensamiento moderno la considera abstracta y, como mucho, trata de identificarla con un gap, con la distancia entre lo que el hombre es y lo que debe ser. La fórmula «pecado original» indicaría el estadio inferior de una evolución; el pecado original sería una cierta etapa evolutiva de lo humano que no ha avanzado todavía como debería. ¿Me explico?

¡Pero no es así! El pecado original es una idea esencial de la antropología cristiana. Indica que cualquier esfuerzo o iniciativa que el hombre emprenda (intelectual o práctica, de doctrina o afectiva) se desliza existencialmente hacia el formalismo, tiende a deslizarse hacia la muerte, hacia la esclerotización total.

Tal vez algunos se acuerden de la comparación que ponía en clase, la de la cuerda: si yo camino en equilibrio sobre una cuerda que va por el suelo, no hay ningún problema. Pero tomad la misma cuerda y subidla a una altura de cien metros: será imposible. Yo tengo la capacidad teórica, estructural para hacerlo, pero si cambia la condición existencial, ya no seré capaz de hacerlo: si la subís a una altura de cien metros, sólo un equilibrista podría conseguirlo.

Es una simple comparación. La doctrina católica dice esto del pecado original: estructuralmente, el hombre debería ser capaz de hacer ciertas cosas, pero se halla existencialmente en una condición tal —su condición existencial— que es incapaz de perseguir los ideales que nacen dentro de él, y el ímpetu ideal se corrompe rápidamente y termina rodando hacia la muerte.

Si aplicamos a nuestra vida esta idea cristiana, es impresionante ver de qué manera explica la existencia entera.

Si uno no ha sorprendido todavía en sí mismo esta corrupción del ímpetu original de sus ideales más nobles (el afecto a la mujer, la atención al otro, la compasión por el otro, la pasión por la verdad, la fascinación que atrae al hombre hacia la realidad y cuyo rostro inmediato es la curiosidad, la fascinación arrolladora de la curiosidad), si uno no ha descubierto todavía en sí mismo la corrupción que sufren inmediatamente estos impulsos nobles (es como si no se mantuviesen a flote, como si no pudiéramos mantenernos a la altura de esos ideales y nos viniéramos abajo), no es todavía un hombre; aún es un niño.

¿Recordáis cuántas veces, también en los Ejercicios espirituales, hemos comparado las distintas experiencias humanas, preguntándonos cuáles son las más significativas, las más humanas? Y hemos respondido: el amor entre el hombre y la mujer, el amor entre padres e hijos, y la pasión política, en el sentido platónico más amplio del término; la pasión por un servicio en bien de la convivencia, para que sea más humana y facilite el camino del hombre, de todos los hombres. Pues bien, ¿nos hemos preguntado acaso si

hay una fuente de instrumentalización del otro más impetuosa, un origen más irrefrenable de egoísmo, que estas tres experiencias? Humanamente hablando, sería desesperante, porque no se puede hacer nada para evitarlo. Cuanto más pretenda uno crear por sí mismo un sistema para corregir ese destino amargo de todo impulso bueno que nace en su interior, más genera una situación ilusoria que, al final, acaba por empeorar la situación.

La presunción del hombre de salvarse a sí mismo está en el origen de todos los despotismos, los terrorismos, las intolerancias en la vida familiar y en la sociedad, en la amistad y en la vida asociada.

El cristiano, que ha recibido el anuncio de la salvación, ya no es presa de la desesperación; queda en él una tristeza sosegada y llena de esperanza.

Intervención: En la novela Barrabás de Pär Lagerkvist, cuando Pedro se encuentra con él bajo los pórticos, no le reconoce, y Barrabás empieza a preguntar. Y Pedro responde: «Volverá y manifestará toda su potencia. ¡Resucitará de entre los muertos! De eso estamos absolutamente seguros». Barrabás no le cree, y Pedro le dice: «Algunos creen que es el mismo Hijo de Dios...». Entonces Barrabás se escandaliza todavía más. Pedro le dice: «Podría ser, pero yo preferiría que volviese tal como era»¹⁴.

Me ha impresionado este deseo de Pedro: deseaba que la experiencia que había tenido con aquel hombre permaneciera. Esto era lo que le interesaba. Para mí, el hecho cristiano es algo parecido; es una experiencia, un gusto que he experimentado, y quiero que esto crezca. Lo que uno sigue es una experiencia de humanidad plena. Y seguir, dijiste tú una vez, es comparar críticamente la propia vida con lo que se nos propone.

Giussani: Lo que acabas de decir nos introduce justamente en lo que estamos buscando, pero sólo nos introduce. Es necesario dar razones, como escribe san Pedro: «Estad preparados para dar razones de vuestra esperanza»¹⁵. Debemos saber dar razones.

La pregunta: «¿Qué es el cristianismo?» no es una pregunta proforma. Es la clave. Porque uno de los peligros más graves es precisamente la falta de razones. No es un peligro en el sentido de que amenace nuestra adhesión; porque, por poco que la vivamos, nuestra experiencia es tan rica que, humanamente hablando, sabemos bien que perderíamos algo si la dejáramos. Pero es un peligro para nuestra capacidad de presencia, porque lo que con el tiempo desafía a la sociedad no es otra cosa que una razón clara, una experiencia que lleve grabadas sus razones.

En cualquier caso, lo último que has dicho nos lleva a lo que estoy diciendo: seguir implica una comparación crítica entre el conjunto de exigencias originales que nos

constituye y la propuesta que se nos hace. Sólo que esta comparación crítica entre el conjunto de exigencias originales que hay en nosotros y la propuesta que se nos hace implica un trabajo que no es fácil en absoluto.

No es fácil en absoluto porque, en primer lugar, descubrir las exigencias originales que nos constituyen no es algo instintivo ni inmediato. Debería ser inmediato, pero no lo es. ¿Por qué? Porque nuestra cabeza está completamente «imbuida» por la mentalidad de la sociedad. La cultura dominante invade nuestra mentalidad y, por eso, nuestra estructura original está completamente «sepultada», yace bajo el sedimento del influjo de la historia y de la sociedad. Hace falta perforar toda esta capa de sedimentos, ¡hace falta romperla! Pero para ello no se necesita una bomba atómica; sólo se necesita pobreza de espíritu, que es algo infinitamente más subversivo que un arma nuclear.

Luego, en segundo lugar, hace falta una atención leal a la propuesta que se nos hace. Y también esto es difícil, porque ante la angustia febril o el ansia, ante el deseo febril de encontrar respuesta a sus sentimientos justos, el hombre se crea imágenes, fórmulas, o bien se adhiere a lo que le place, a lo primero que le apetece (ya lo decía san Pablo¹⁶).

Por tanto, es necesario hacer un trabajo. En este sentido, amigos, se pone de manifiesto el nombre completo del trabajo que nos espera: seguir. Éste es el término que indica el trabajo que debemos hacer. Hasta tal punto, que el descubrimiento de nuestras exigencias se produce sólo si seguimos, y un gusto nuevo del vivir sólo se experimenta siguiendo. De lo contrario, uno se contenta con sus opiniones, se queda con lo poco que tiene. Pero contentarse con las propias opiniones es algo burgués, que ofrece —como mucho— una satisfacción burguesa. La satisfacción burguesa no da respiro, le deja a uno sin aliento, es como tener asma; el gusto burgués de la vida es como el asma.

Intervención: Para mí el cristianismo es el modo de apasionarme con todo, incluso con las cosas más banales, y de percibir el significado de todo sin ser esclavo de nada (de las ideas que tengo, de las opiniones que me hago o de la parcialidad con la que vivo). Escuchando lo que decías, comprendía que seguir es el modo de llevarlo a cabo.

Giussani: Tu intervención pone de manifiesto una consecuencia, un corolario de lo que es el cristianismo. Puede ser incluso un criterio diagnóstico, un criterio heurístico.

Intervención: Al escuchar la pregunta que planteas, me doy cuenta de que efectivamente es todo menos formal, y de que responder a ella me crea serios problemas.

Yo pondría esta comparación. Si tú me preguntas qué es la vida, tendría la misma dificultad, y te respondería: pues es lo que soy, que evoluciona siguiendo su camino.

Ahora bien, ¿qué es para mí el cristianismo? Yo no consigo pensar en mí mismo al margen del hecho cristiano. El cristianismo es el hecho de que Uno me ha aferrado, se ha

hecho presente en mi vida, Uno por el que mi vida ha podido comenzar a ser vida, puede ser vida.

Pero esta Presencia en mi vida, por la que ya no estoy solo ni sujeto a la muerte en última instancia, tiene también otra connotación importante: esta Presencia constituye un juicio sobre mi vida. No sé si soy capaz de dar a la palabra «verdad» todo su valor existencial, pero mi mayor deseo es reconocer cuál es la verdad, descubrir cuál es el rumbo que ha tomado mi vida, el motivo por el que vale la pena que yo exista y que gaste mi vida.

Esta Persona que ha entrado en mi vida, supone un juicio sobre mi existencia, es la fuente de...

Giussani: Mira, tu intervención indica de nuevo una posible consecuencia del cristianismo. El cristianismo es algo que ha provocado en ti esto y que, al haber provocado este fenómeno, se ha convertido en un juicio sobre tu vida. Pero esto es una consecuencia. Nosotros tratamos de saber qué «es» el cristianismo.

Intervención: Pensando en estos últimos meses, intento decir qué es la experiencia cristiana. Diría que es la forma de no impedir que la vida...

Giussani: No, perdona, tal vez no esté clara la pregunta. ¡Nos preguntamos qué es el cristianismo! Deberíamos encontrar una respuesta que valiese también para mí, aunque yo fuese ateo. ¿Me comprendéis? No la reconocería, pero debería valer también para mí. ¿Me explico?

Qué es (¡es!) el cristianismo.

Intervención: Reconocer Su presencia dentro de la vida, dentro de las cosas, dentro de los hechos que suceden: reconocer la presencia de Otro.

Giussani: Entonces el cristianismo es un fenómeno eminentemente subjetivo. Subjetivo, es decir, eres tú el que reconoces una presencia. Como aquella vez que don Franzoni fue a Busto Arsizio para participar en un debate sobre el divorcio y una simple mujer le objetó. Este sacerdote había desarrollado primero el tema «Quién es el cristiano» (el cristiano es aquel que quiere la justicia para los pobres), y después «Quién es el marxista» (es aquel que quiere la justicia para los pobres), y había concluido que en la actualidad el cristiano es el marxista. Una viejecita levantó la mano y le preguntó: «Pero entonces, ¿qué diferencia hay?». Y Franzoni, un poco molesto: «Bueno, el cristiano ve a Cristo en el pobre, mientras que el marxista no». En aquel momento, un amigo nuestro levantó la mano y dijo: «Pero entonces, ¡el cristiano es un visionario!».

No penséis que tengo la más mínima intención de polemizar; todas vuestras respuestas son justísimas —entendámonos—, pero deseo que vayamos más a fondo de la cuestión.

En los términos dichos por nuestro amigo, el cristianismo sería un hecho subjetivo, es decir, percibir una presencia real entre nosotros.

Intervención: Yo respondería así: el cristianismo es el hecho objetivo y vivo de la Iglesia, que se ha vuelto razonable, significativo y lleno de promesa de vida para mí a través de encuentros históricos que constituyen el movimiento. Es la propuesta de la Iglesia tal como ha llegado hasta nosotros: en sus gestos, en su vida, en su verdad, que ha adquirido evidencia ante mi humanidad dentro de unos encuentros, porque si yo no hubiese conocido a esas personas, esa realidad objetiva no habría sido para mí, no habría sido significativa para mí y no sería portadora de esperanza para mí.

Intervención: Me resulta imposible decir qué es el cristianismo prescindiendo de mi implicación con él. No consigo distinguir entre el hecho de seguir y la conciencia de lo que es el cristianismo. Esto me lleva a decir que mi inteligencia consigue plegarse a algo que supera mi medida y que éste es el primer criterio del que partir. La esencia del cristianismo es reconocer que Dios es un hecho histórico, es decir, que el significado, la totalidad que yo deseo, que cada uno de nosotros desea, es un hecho histórico.

Intervención: Pero esto es la fe.

Giussani: Es cierto, esto es la fe, estoy de acuerdo con él. Nosotros debemos responder a la pregunta: «¿Qué es el cristianismo?». Estoy totalmente de acuerdo: sólo siguiendo se comprende qué es el cristianismo. Pero la pregunta que nos hemos planteado pone de manifiesto nuestro modo de seguir el movimiento. ¿Me entendéis? ¡Éste ha sido el nexo!

La dificultad evidente que tenemos para responder indica que *longa enim tibi restat via*: todavía nos queda un buen trecho de camino por recorrer dentro del movimiento. Porque si el movimiento es el instrumento para adherirnos, para entrar dentro del cristianismo... Ya lo hemos dicho: el movimiento es el instrumento para introducirnos existencialmente en el cristianismo, porque nos interesa éste, no el movimiento.

Entonces, si el movimiento es un instrumento para entrar en el cristianismo, la pregunta: «¿Qué es el cristianismo?», que nos desorienta un poco al principio, porque parece algo obvio —y en cambio no lo es en absoluto, como se está demostrando—, es esencial. Quiere decir que la vida del movimiento tiene que ser vivida con una inteligencia y con una fidelidad mucho mayores todavía. Por tanto, ¡caminemos!

Intervención: Quería partir de la pregunta planteada: ¿Cuándo empieza uno a preguntarse qué es el cristianismo para él? Yo me lo pregunté cuando conocí a una persona que, en un momento dado de mi vida, me desafió, me propuso una hipótesis para la existencia, me dijo que Cristo podía ser la respuesta para mi vida. Esto me llamó la atención (aunque la Iglesia y lo que él decía no me parecían una respuesta para la vida).

Pero yendo con él y con los que, junto a él, vivían de una determinada manera, traté de verificar esta hipótesis —adhiriéndome a esta compañía, tratando de comprender de qué modo estaba Cristo dentro de la experiencia de personas que vivían en Su nombre, tratando de verificar la hipótesis de que Cristo es la respuesta a la vida entera—; entonces empecé a comprender qué es el cristianismo. Yo le puedo decir a un compañero o a una persona que conozca en la universidad: «Mira, yo he conocido a alguien que, en un cierto momento de mi vida, me dijo: ‘La hipótesis que te puede hacer feliz es que Cristo es la respuesta a tu vida’».

Giussani: ¡Esto indica cómo llega uno al cristianismo!

No debemos pasar de una respuesta a otra sin crítica, sin una conciencia crítica. Yo he dejado en suspenso la intervención anterior sobre la Iglesia. Conscientemente la he dejado en suspenso, la retomaremos luego.

Lo que acabas de decir confirma lo que se dijo antes: sólo se comprende siguiendo un encuentro.

Si hubieseis trabajado en serio la Escuela de comunidad de este año —Huellas de experiencia cristiana¹⁷ (tendréis que leerlo hasta que os lo sepáis de memoria), que lo documenta perfectamente—, comprenderíais mejor este punto.

Intervención: Para mí, el cristianismo coincide con los hombres que reconocen que...

Giussani: Es decir, el cristianismo son los creyentes: es todavía algo subjetivo. Como mucho, la objetividad sería sólo sociológica —¿me explico?— y estadística. Sería sólo sociológica y estadística: el cristianismo son los creyentes.

Intervención: Para mí, el cristianismo es el hecho de Jesucristo, que ha venido a esta tierra, y esto yo lo veo en vosotros; y lo veo y lo reconozco por el hecho de que mi vida está cambiando, está cambiando no sólo inter nos, humanamente, sino también en las opciones que tomo.

Giussani: De acuerdo, éstas son las consecuencias. Tú dices: el cristianismo es la persona de Jesucristo que ha venido sobre la tierra, que yo veo en vosotros, y esto me cambia. ¿Es así? Dejemos en suspenso también esta respuesta.

Intervención: Lo primero que me viene a la cabeza ante una pregunta así, que es dramática, es que es todo menos obvia.

Giussani: Es dramático plantearla. ¡Es dramático plantear esta pregunta! Porque, como tal, sería sencilla, es como preguntarse qué es esto o qué es aquello. Las preguntas son sencillas en sí mismas: lo dramático es plantearlas. Es dramático plantear esta pregunta,

no la pregunta en sí misma. ¿Comprendéis? Porque es como si la diéramos por descontada.

Amigos, el problema del movimiento es que, en el cien por cien de los casos (salvo alguna excepción del 0,1 por ciento), se da por descontado. Entonces, el verdadero objeto de todas las relaciones, los nexos, las acciones y las iniciativas que el movimiento propone se nos escapa: se da por descontado. Y por eso, todas las propuestas se perciben, se reciben y se realizan de forma distorsionada; y una de las consecuencias de esto es que se necesitan diez años en vez de un día para obtener un cierto resultado.

Intervención: La primera respuesta que se me ocurre es que el cristianismo es un hecho que está ante mí, es decir, después de dos mil años, aquel Hombre que murió y resucitó, que tiene el poder de asimilarme a Él en el Bautismo, es decir, que me salva y me libera, es un hecho distinto de mí, un hecho que sin embargo me afecta completamente. Y quiero decir que siento esa dramaticidad a la hora de responder a esta pregunta porque no se puede dar por descontado lo que repites desde hace un año: este hecho o nos afecta humanamente o bien es algo abstracto y teórico.

Giussani: Desarrollo de consecuencias, consecuencias de la respuesta.

Intervención: En mi opinión, el cristianismo es una forma distinta de vivir las cosas del mundo.

Giussani: Una ética.

Intervención: No, esta forma distinta...

Giussani: Una forma distinta de vivir quiere decir un comportamiento distinto.

Intervención: Como resultado, sí.

Giussani: ¡Es lo mismo!

Intervención: Para mí, el cristianismo es un camino hacia la realidad de las cosas.

Giussani: Un camino hacia la realidad de las cosas...

Intervención: Hacia la realidad y hacia la verdad de las cosas, y éste es el valor de mi vida.

Giussani: Un método, es un método para acercarse a la realidad.

Intervención: Y para poder conocerla.

Giussani: Es un método para acercarse y para conocer y usar la realidad.

Intervención: Y para vivir.

Giussani: Una sabiduría, al igual que existe la sabiduría budista, o la sabiduría...

Intervención: No, no es sólo una sabiduría: es algo adecuado a lo que yo soy.

Giussani: Una sabiduría adecuada a tu medida.

Intervención: Me parecen insuficientes las definiciones que se han dado hasta ahora, porque todavía está por ver qué soy yo. Creo que el cristianismo es una presencia, lo cual quiere decir que hay algo distinto, que no estoy yo solo con mi deseo y con mi humanidad; la condición que me permite cumplir mi humanidad está presente. Mi humanidad no existe de forma abstracta, sino en relación con esta presencia.

Giussani: La condición, en cualquier caso, es una condición para ser humanos.

Intervención: O, mejor, la condición que me permite reconocer, recuperar mi humanidad. Por ejemplo, el encuentro con el movimiento no ha respondido sólo a mi deseo de humanidad; me ha retado a abrazar mi deseo, me ha obligado a romper la estrechez de mi medida.

Giussani: En cualquier caso, la categoría de tu respuesta es la de una experiencia; una experiencia que, sin embargo, a diferencia de las demás, resulta adecuada.

Intervención: La categoría de experiencia me resulta insuficiente para definir la realidad del hecho cristiano, porque es un misterio: es una experiencia que se inserta en algo que no es sólo una experiencia.

Intervención: Yo pienso que el cristianismo es el acontecimiento de Dios que se ha hecho hombre, y este hombre ha dicho ser Dios, y ha elegido...

Giussani: ¡Basta, ya hemos llegado! ¡Esto es el cristianismo! El cristianismo es esto: ¡es un hecho! Un hecho. Como si yo le doy un puñetazo y le rompo las gafas, es un hecho que le he roto las gafas. De igual modo ha sucedido el cristianismo: un hombre que ha dicho ser Dios; Dios que se ha hecho hombre, y este hombre dice: «Yo soy Dios».

La categoría esencial de una respuesta a la pregunta: «¿Qué es el cristianismo?» es la de un hecho; un hecho al igual que existe Moscú; un hecho al igual que él, que es sacerdote, ha sido ordenado, es un hecho.

¡Es un hecho! Me gustaría que os dieseis cuenta de que no es una cuestión de gusto, de claridad intelectual o de poner las cosas en su sitio; es un dato, es la condición fundamental de todo pensamiento y comportamiento cristiano. La categoría de «hecho»

es la categoría fundamental para el camino cristiano.

Entonces, ¿qué es el cristianismo? Es un hombre que ha dicho ser Dios, es decir, es un hombre que ha dicho: «Yo soy la salvación de tu vida. Yo soy el significado de tu vida».

La palabra «experiencia» y todo lo demás son consecuencias de esto, ¿entendéis? Pero el cristianismo es esto.

Al haber escuchado la respuesta que yo creo exacta, quiero pararme aquí y no volver atrás, a menos que haya objeciones o preguntas.

Intervención: Ésta es la fe elemental de nuestros padres. Mis padres me lo enseñaron, mientras que nosotros le damos vueltas, desarrollamos...

Giussani: Sí. Es decir, éste es el peligro que corremos, es lo patético de nuestra posición (porque es patética): que nosotros somos capaces de construir sobre esto — como todas nuestras respuestas, ¿entendéis?— dándolo por descontado, como si ya supiéramos, como si fuéramos ya conscientes del fundamento sobre el que construimos. En cambio, nosotros construimos dejando atrás la piedra angular sobre la que construir. Por eso nuestros pensamientos son un poco sesgados, y por eso el planteamiento de nuestra acción es siempre algo equívoco.

Yo había dejado en suspenso la respuesta sobre la Iglesia, porque la categoría «Iglesia» forma parte de la misma categoría de «hecho». Pero ahora volvemos a ella, tratando de desarrollar esa respuesta.

La palabra «Iglesia» indica un hecho. ¿Qué clase de fenómeno es la Iglesia? ¿Con qué categoría se debe señalar a la Iglesia? ¡Es un hecho! Es el hecho histórico de un conjunto de personas que dicen: «Nosotros formamos parte de Cristo», es decir, somos el cuerpo de Cristo. Por eso, debemos poner a la Iglesia como una «nota» a la respuesta para incidir en ella: el cristianismo es un hecho, un acontecimiento; de tal manera es un acontecimiento, que sucede en un cierto lugar, en un momento dado del tiempo — ¿entendéis?—, coincide con un tiempo y un espacio.

«¿Qué es el cristianismo?». Un tramo de tiempo y de espacio en el que el Verbo tomó carne, nació de una chica en un lugar determinado de Palestina, fue concebido en un pueblo perdido de Palestina y nació en esa aldea que era Belén. ¡El cristianismo es este acontecimiento! Sólo que lo que ocurrió en ese tiempo y en ese espacio se prolonga. Mi nombre y mi apellido son los de una persona nacida en tal lugar y en tal fecha; pero ese mismo ser se prolonga y, desde 1922, ha llegado hasta aquí, a 1978. ¿Entendéis?

En vez de prolongarse de 1922 a 1978, este acontecimiento ha ido creciendo a lo largo de dos mil años, hasta llegar a hoy, y está destinado a llegar hasta el final de la historia. Cómo y cuándo no lo sé: podrá crecer, disminuir, reducirse a tan sólo doce personas (como imagina Soloviev al final de la historia, con el último Papa, Pedro II¹⁸). Esto no nos incumbe, pertenece al misterio de Dios. Sin embargo, este acontecimiento se prolonga en el tiempo, como un estruendo que empieza y que aumenta, como un trueno que crece y que, en lugar de disminuir, como hacen todos los truenos, disminuir y desaparecer, comenzó en un momento dado y continúa creciendo. Continúa. Este «continúa» se llama Iglesia, mientras que de 1922 a 1978 se llama vida humana, mi vida de hombre. Pues bien, en aquel caso se llama Iglesia, la vida de Cristo. Por otra parte, san Pablo usa además la expresión «la madurez de la plenitud de Cristo»¹⁹: la Iglesia lleva a cabo la madurez de Cristo y, por tanto, coincide justamente con la realidad de Cristo.

Entonces, se trata de un acontecimiento por el que un hombre dijo: «Yo soy Dios, y proseguiré en la historia dentro de la realidad visible de las personas que se adhieran a mí y que estén unidas entre ellas»: la Iglesia, en definitiva. ¡Pero es un hecho! Uno puede creer en él o no creer, ¡pero es un hecho!

A partir del humanismo, se ha tratado de reducir el cristianismo a sabiduría (el mejor modo para vivir, la filosofía humana más excelente), o bien a una moral (el mejor modo para amar a los hombres, la profecía de lo humano). Se ha reducido así, y la razón intentará siempre reducirlo, porque de lo contrario se vería dominada por él; siempre intenta reducirlo para poderlo dominar; la razón acaba juzgándolo. En cambio, el cristianismo es un hecho. Uno puede enfadarse porque exista, porque haya ocurrido en la historia; puede enfadarse, puede blasfemar, puede tirarse de los pelos lleno de histeria porque querría que no existiese, pero *factum infectum fieri nequit*: no se puede hacer que un hecho que existe no haya existido.

Es un hecho que conlleva un desafío para el futuro, porque el mañana no existe todavía, y este hecho, que nos llega de dos mil años atrás y en el que estamos implicados también nosotros, dice: «Dentro de treinta y cuatro mil años yo existiré todavía, y dentro de tres millones cuatrocientos mil años yo existiré todavía».

¡Es un hecho! ¡El cristianismo es un hecho! Por eso, amigos, nuestra fe, nuestro ser cristianos es algo que no os podéis sacudir de encima, porque con el Bautismo Cristo os ha aferrado; es un gesto que os ha aferrado y os ha insertado para siempre en una realidad viviente.

Me permito insistir en esto porque nada puede darnos mayor certeza y energía que lo que es una realidad, un hecho. ¡Lo simplifica todo! Ya no depende del estado de ánimo,

de que lo sientas o no, de lo que opines o no, de lo que en ti está claro o está confuso. El cristianismo es un hecho cuyo contenido, rostro y forma es un hombre que prosigue en la historia a través de la asimilación a sí de los que él aferra. Para cada hombre este hecho hace presente la salvación, el significado de la historia. Hace presente el significado de la historia, esto es, del hombre con todos sus nexos con la realidad. Porque la historia soy yo con todas las relaciones que me constituyen, con todas las conexiones implicadas; esto es la historia, sin mí no existiría historia.

Entonces, se pueden entender las dos consecuencias más importantes de esta respuesta, las fundamentales.

La primera: si tú no te topas con una persona o con una realidad que haga presente el hecho cristiano, si tú no te topas con un momento profético (profético: una persona o una realidad que te lo proclamen; la profecía es una proclamación); si tú no te topas con una persona o con una realidad que lo proclame, para ti el cristianismo es como si no existiese. Me refiero al fenómeno del encuentro.

El fenómeno del encuentro supone para nuestro ser cristianos lo mismo que supuso Pentecostés para la relación que tuvieron los apóstoles con Cristo, porque, de no haberse producido Pentecostés, hubieran seguido sin enterarse, conservando en su interior un recuerdo inútil y trágico. Por tanto, el encuentro coincide con la comunicación del espíritu de aquel hombre, que sigue presente a lo largo de la historia, a tu persona; aquel mismo hecho humano se comunica a tu persona mediante el encuentro. Y el espíritu de aquel hombre se comunica a través de algo banal: pueden ser unas lenguas de fuego, un trueno o la banalidad efímera de un hombre cualquiera, de un grupo cualquiera.

Una vez fui a Brescia para hablar de «Comunión y Liberación y la Virgen» en un Congreso Nacional Mariano. Cuando llegué, don Maggioni (que es uno de los pocos que hablan con seriedad) estaba interviniendo. Después de hacer una relación bíblica, en un debate con un sacerdote dijo que el delito de la Iglesia de hoy en día, el gran inconveniente en la Iglesia de hoy en día, es que existe una eclesialidad sin evento. El encuentro es el hecho cristiano que se convierte en evento para mi vida. Porque —decía— sin evento, es como si no existiese este hecho (como acabo de decir yo).

¡Pensad en la trascendencia que asume la banalidad de un encuentro! ¡Fijaos en que cosas tan efímeras como los nombres, los rostros, las personas que hemos conocido, un cierto grupo o nuestra comunidad, adquieren un rango digno, en cierto sentido, de adoración! Pensad qué valor eterno tienen estas «simplezas».

Si el cristianismo es un hecho, la primera consecuencia es el encuentro: este hecho se da a conocer, innotescit, se te da a conocer mediante un encuentro. Esto es Pentecostés, es decir, el hecho se convierte en evento para ti; el evento histórico se convierte en evento existencial para tu vida a través del encuentro.

Segunda consecuencia: puesto que el hecho cristiano coincide con un hombre o una realidad, una presencia humana (¡una presencia humana!) que pretende ser el significado de tu vida y de la historia, de tu vida según la totalidad de sus relaciones (recordad que mi vida y el cosmos están unidos, porque el cosmos y la historia son mi vida según todos sus nexos y relaciones, por tanto, son mi vida verdadera); puesto que el hecho cristiano coincide con una realidad humana que dice: «Yo soy el significado de la historia y del cosmos; por tanto, también de ti mismo; soy el significado de tu existencia y de la existencia de todas las cosas», esto significa que el destino ha entrado en el tiempo presente, que el destino mío, tuyo, suyo, el de todos... se ha convertido en una presencia. Entonces, aquel que lo reconoce a través del encuentro... Mira, ¿qué es lo más importante de tu vida? Tu destino. ¿Qué es lo más importante de mi vida? Mi destino. Si tu destino y el mío son la misma cosa, somos una sola cosa. Ésta es la comunión, la unidad entre los hombres; lo que sería imposible se convierte en algo tan real que adquiere el rango de ley moral; la única ley moral es la unidad o caridad. De modo que, en la comunión, el hecho cristiano se convierte en una experiencia nueva de lo humano, de la sociedad y de la historia.

Fijaos, acabo de describir el movimiento. El movimiento es únicamente esto (¡sólo esto!).

Yo no sé si en Roma, en Pescara, en Bolonia and company hemos vivido el movimiento conscientes de estas cosas. Sólo quiero decir que adentrarse en la conciencia de estas cosas es lo más fascinante, lo único fascinante de la invitación a ser cristianos. Y es también la única fuerza para hacer frente a quien sea, a cualquier situación, aunque uno se quedara solo.

«Ésta es la victoria que vence al mundo: la fe»²⁰, porque lo que vence al mundo es el significado del mundo.

Por eso, la pregunta con la que hemos sustituido la que se había formulado por la mañana no es sino una traslación de los términos, porque la respuesta a: «¿Qué es el cristianismo?» coincide con la respuesta a: «¿Qué es el movimiento?».

En verdad, la primera era: «¿Cómo va el movimiento?», pero ahora —en mi opinión— tenemos los criterios para descifrar cómo va y, así, podemos continuar.

No sé si recordáis el pasaje de Jeremías que leímos el otro día, cuando se conmemoraba el martirio de san Juan Bautista; el Señor le dice a Jeremías: «Hoy te convierto en muralla de bronce frente a todos. Lucharán contra ti, pero no te podrán»²¹. Te haré como una muralla de bronce contra cualquier asalto, como rostro de pedernal ante todo lo que es contrario al hecho cristiano, contra el asalto de lo que es mentira, y «el mundo entero yace en poder de la mentira»²². Porque el mundo no se acaba en las

estrellas brillantes, en el hermoso rostro de la mujer, en los niños que crecen; la clave del mundo es el significado en función del cual el hombre vive su relación con la mujer, con las estrellas y con los niños. Porque el hombre es un animal singular, que se acerca a todo (incluido a sí mismo) en función de un significado.

Por tanto, ¡lo que no coincide con el significado es mentira! La fe nos hace ser como una «muralla de bronce» frente a todo lo que es contrario al hecho cristiano. La fe, es decir, el reconocimiento de esta Presencia que, mediante un encuentro, se ha convertido en evento en nuestra vida consciente (y aquí comienza la madurez), y que actúa en mi vida únicamente si está unida a la vuestra, es decir, en virtud de la comunión. Mi vida está unida a la vuestra no porque nos juntemos una vez al día para rezar Laudes o me encuentre con vosotros cuarenta y cuatro veces al día porque hago cuarenta y cuatro reuniones; ¡la comunión es un hecho objetivo que vale aunque me encuentre solo en América durante seis meses! Vivo mi relación con el dinero, el tiempo, el trabajo, la mujer, los extraños, con vosotros; siento todas estas relaciones, las concibo, las afronto y las vivo desde la conciencia de mi pertenencia.

Y tiene que ver con todo lo que hago. ¿Para qué va uno a trabajar? Para ganarse el pan, o bien —caso excepcional— movido por una curiosidad ante la ciencia o la técnica. ¿Por qué se casa uno? Pues, por esto... ¿Por qué tiene hijos? Pues, por aquello... ¿Por qué come? Para vivir. Pues bien, todas estas respuestas deben ser derrumbadas y sustituidas... Mejor aún, algo distinto debe nacer de ahí; en sentido cristiano, este fenómeno se llama transfiguración. Se hace todo eso para dar testimonio de Cristo en el mundo, es decir, para edificar la unidad, la comunión. O, como decía el Salmo de esta mañana: «Señor, yo amo la belleza de tu casa, el lugar donde reside tu gloria»²³. Para edificar esto, ¡y nada más!

Mediante lo que hacemos construimos y, por eso, no censuramos ni marginamos nada. Es el concepto de transfiguración: vivimos todo en virtud de otro «sentido», de modo que «los que tienen mujer, vivan como si no la tuvieran; los que compran, como si no poseyeran; los que utilizan las cosas, como si no las usaran»²⁴, porque el rostro verdadero de las cosas no es su aspecto inmediato. De hecho, es como si fuera otro mundo.

Para concluir —aunque sea de modo provisional—, uno experimenta realmente una humanidad distinta.

Llegados a este punto, el concepto de experiencia y todo lo demás que habéis dicho es justo, porque todas las intervenciones han dicho algo verdadero; habéis aludido a la experiencia de una humanidad distinta, todo lo inicial que queráis; porque la justicia, aquello a lo que toda la humanidad aspira, es esta humanidad nueva que empieza: la

justicia es la fe.

Esto no es algo paralelo al problema de la justicia social: impregna también el problema de la justicia social y transforma, o transfigura, sus términos. No margina ni censura nada.

Entonces, ¿cómo han vivido el movimiento nuestras comunidades este año?

Asamblea 2

Giussani: Esta tarde hablaremos sobre cómo ha ido la vida de las comunidades, teniendo presente lo que hemos dicho esta mañana. Porque, si no estamos anclados ahí, es como si levantáramos escaleras y puentes sin fundamento y, por tanto, nos tambaleáramos siempre. Y el fundamento es como una piedra que se asegura con el tiempo. Entonces, ¿cómo han ido nuestras comunidades este año?

Intervención: Este año muchos se han implicado con lo que estamos viviendo, han estado más disponibles a seguir y se han puesto en juego ante los problemas, participando activamente en los momentos comunes. A pesar de todo, sigue habiendo un equívoco de fondo: seguimos pensando que no todas las circunstancias sirven para madurar una fe adulta; que la conversión de uno mismo y, por tanto, el trabajo para madurar en la fe, pasa únicamente por las circunstancias que sugiere el movimiento, por los gestos comunes, el hecho de estar juntos y de realizar iniciativas. Al no tener claro que cada uno está llamado a ser una personalidad cristiana allí donde vive, surge el equívoco; se llega a pensar que somos cristianos porque hacemos lo que propone el movimiento, pero luego en la vida diaria uno sigue siendo el mismo de siempre. Ahora bien, esto produce un formalismo, por el que, aunque seamos capaces de estar juntos, de seguir, de hacer todo lo que nos piden, la persona permanece ajena al acontecimiento viviente que nos reúne. Entre nosotros no respiramos una cultura nueva, sino la pesadez de una mentalidad que se enmascara con ritos y gestos.

Giussani: ¿Por qué has usado la palabra «formalismo»?

Intervención: Hace algún tiempo éramos menos dóciles a lo que nos pedía la vida del movimiento; ahora somos más obedientes, estamos más en la universidad (rezamos más, etc.) pero, si permanecemos ajenos al valor de lo que hacemos, vivimos un formalismo.

Giussani: Antes estabais en el umbral del formalismo, ahora estáis en el formalismo. El formalismo es lo contrario de la vida. La vida es una fuente continua, es como un agua que mana continuamente, nueva en cada momento, que brota momento por momento. El formalismo es el debilitarse de este dinamismo.

Si el acontecimiento cristiano se presenta como una vida, el primer formalismo es el que acusamos todos: la división entre las cosas del movimiento y de la fe, y nuestros «asuntos» privados, la relación con nuestra chica, o chico, la manera de usar el tiempo, de usar el dinero, el tiempo libre y las amistades. El primer formalismo es esta división, porque impide que surja la vida.

La vida mana continuamente; por tanto, la categoría propia de la vida es el acontecimiento.

Tomemos, por ejemplo, nuestro modo de vivir la comunidad, la conciencia de la relación que nos une, ahora mismo, aquí: este «ensamblaje», esta implicación, esta concomitancia, esta convivencia... ¡aún no nos hemos convertido a ella! La conversión no es participar en la comunidad, sino participar en ella percibiéndola de forma distinta a cómo los demás hombres se encuentran entre ellos, o a cómo nosotros nos vemos con otros amigos, con el resto de la gente. La categoría de acontecimiento significa que uno está aquí, en este instante, con el temor y el temblor del acontecimiento que contiene esta realidad. Y no se percibe un instante después porque se haya percibido un instante antes; cada instante es nuevo, puedes volver a encontrarlo (en esto consiste la memoria, vivir la memoria).

Por muy mustios que puedan estar los rostros y deslucidas las formas de la presencia, lo que nos reúne es un acontecimiento. Y el resultado de este acontecimiento es otro acontecimiento: el de la unidad con vosotros. Pensar que esto es un acontecimiento, inmediatamente hace de ello algo distinto, algo vivo, hagáis lo que hagáis, aunque hagáis una tontería detrás de otra, por mucha negligencia, pereza, distracción y desinterés o pasotismo que mostréis. ¡Para mí es un acontecimiento! Cuando reparo en ello, ya no es como un instante antes. Y si esto se vuelve habitual, entonces la vida se convierte realmente en un manantial. Es lo que Jesús le decía a la Samaritana: «El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna»²⁵.

Podemos hablar de Jesucristo, de la comunión, de la fe, de todo lo que queráis, pero nuestra unidad todavía no ha supuesto una conversión para nosotros si no la percibimos como un acontecimiento, si no nos sumergimos en ella, si cada uno no se sorprende como parte de este acontecimiento. Porque un acontecimiento siempre es sorprendente, no nace como consecuencia de lo que hacemos nosotros.

La conversión actúa de la misma manera. Aparentemente no cambia nada; en realidad, el que cambia soy yo, me cambia a mí, es un hecho que me cambia. ¡No hay nada que dé más vida que la conversión! Podría tener la apariencia de un trozo de piedra oscuro y resquebrajado, pero me cambia, me da vida en este instante. La conversión «altera» la estructura de la vida, la cambia radicalmente.

Lo que trato de decir es algo distinto de lo que estáis haciendo vosotros. Vosotros os

dejáis llevar por una inercia, en mayor o menor medida; no hay nada nuevo, aunque habléis de Jesucristo o de lo que queráis. Ni siquiera sirven las buenas ideas, las nuevas fórmulas que encontráis: impresionan un instante, pero no cambia nada, porque no muerden la estructura, la modalidad del ser que se expresa en la acción, en este caso en la presencia comunitaria.

Esta mañana hemos dicho que todas las revoluciones y todas las reformas, nada más nacer, empiezan a caer en el formalismo; de hecho, acaban convirtiéndose en la ideología común y en el poder dominante, ya sea en la Iglesia o en el Estado. ¿Qué hace falta, qué haría falta para que la revolución o la reforma no cayesen acto seguido en la esclerosis del formalismo? ¿Haría falta que la revolución o la reforma fuese permanente! Que por su misma naturaleza la estructura del fenómeno sea un cambio continuo es la utopía de Lotta Continua; y es el ideal cristiano: la conversión. La conversión es el dinamismo de la vida cristiana, es el modo de vivir el instante, la definición del dinamismo de la existencia cristiana. Uno puede caer mil veces al día (es el pecado), pero mil veces vuelve a salir a flote. Ésta es la existencia cristiana, la conversio, que es otra imagen dinámica, otro concepto del seguimiento: «Ven y sígueme»²⁶.

Amigos míos, si no experimentamos esta novedad al levantarnos por la mañana, cuando subimos al tranvía o vamos a clase, cuando caemos o nos equivocamos con una persona (porque también la percepción del error asume una estructura distinta, por la cual produce un dolor que otros no tienen, ligado a un juicio de valor: la Confesión es un modo muy distinto de vivir los errores que hacen todos), si no experimentamos esta novedad, ¿por qué seguimos? Nuestro seguir no respondería a ningún motivo, sería irracional, no nos haría madurar; sólo tendría una ventaja, a pesar de nosotros: que mantendría abierta la posibilidad de recibir ciertos «manotazos», los golpes de una provocación. La misericordia de Dios nos sigue provocando, no es mérito nuestro; no depende de nosotros; pero no nos cambia sin nosotros.

En un encuentro de profesores leí unos apuntes que había tomado en una reunión del Centro ampliado de este año (gracias a Dios, este tipo de conversación es continua en el Centro del movimiento; cada vez que nos vemos, lo intentamos durante horas). Allí, una persona había dicho que nosotros identificamos el seguir con el «dar crédito». Los sacerdotes dicen: «Tú fíate de mí», «dame crédito», es decir: «Haz lo que yo te digo». Esto es algo aberrante, no es humano, es infantil. La autoridad, aquel a quien se sigue, la verdadera autoridad es la que suscita el presentimiento, la intuición confusa o evidente, de que lo que te dice que hagas corresponde al conjunto de exigencias originales que hay en ti, a tu humanidad. Autoridad es aquel que percibes como maestro, es decir, la persona cuyas indicaciones corresponden al deseo de cumplimiento que te constituye.

Seguir no es simplemente «dar crédito». Seguir no es nunca una conclusión lógica de

las observaciones que yo te hago y que tú aceptas. Nunca es así. Implica sin duda un crédito, pero es un crédito que siempre está motivado, que nace de una motivación; y la motivación —confusa, preliminar, apenas esbozada o intuita genéricamente— es lo que hace humano el asunto y te permite crecer.

¿Qué os hemos prometido? ¡Una novedad! Pero no en el sentido de que, mientras estas ahí tumbado a la bartola, te cae encima la novedad; la novedad es fruto de un trabajo, es el resultado de un trabajo: el trabajo consiste en vivir la fe como criterio para abordar la realidad, siguiendo el ejemplo que tienes delante, como criterio para afrontarla, siguiendo esa realidad que tienes delante y que reconoces llena de autoridad para tu vida. Por eso, yo siempre digo que nunca se sigue a una persona. ¡Recordadlo! No se sigue a una persona, sino una experiencia de vida que se pone de manifiesto en esa persona. Se sigue una experiencia de vida que se hace patente, que sale a la luz; tú percibes de dónde nace, presientes una correspondencia que te llega como un eco o como una sacudida.

La novedad cristiana es un cambio en la estructura de lo que hacemos. Hasta tal punto, que en el capítulo 19 del Evangelio de san Mateo, Cristo da un salto tremendo, identificando de este modo qué clase de salto supone esa novedad: al tener que responder a los que consideraban que el matrimonio indisoluble era algo realmente insoportable, Cristo dice: «Ah, ¿sí? Pues yo os digo que habrá gente que vivirá como virgen»²⁷. ¡Va mucho más allá! El cambio coincide con descubrir una estructura distinta del ser, en la que, por fin, el ser se afirma libre.

En cualquier caso, este ejemplo ya lo tenemos, esta estructura nueva la debe aplicar nuestra amiga de Cagliari y también nosotros: es la paciencia, esta esperanza que desafía al tiempo, in spem contra spem²⁸, esperando contra toda la apariencia (y nosotros seguimos sin detenernos, hasta que Dios quiera). La paciencia es un cambio radical, tremendo, inconcebible. Porque en nuestras relaciones, incluidas las más íntimas, buscamos siempre y pretendemos extraer conclusiones, nos comportamos siempre extrayendo conclusiones dialécticas o lógicas, es decir, midiendo, haciendo balance: al llegar a un cierto punto, hacemos la suma. La paciencia no suma, no mide, sino que desbarata todo esto, pues el motivo de la relación con el otro y el valor del otro son algo distinto de mí y de ti.

Intervención: Tengo tres respuestas distintas a la pregunta: «¿Cómo va el movimiento?», según las situaciones que veo. La asamblea de esta mañana ha demostrado que somos ignorantes con respecto a la cuestión fundamental: la pretensión que supone el cristianismo, es decir, el acontecimiento de Dios que se hizo hombre, que sigue presente y es la verdad de todo lo que vive. La realidad del CLU, aunque tocada por esto, sigue «ignorante», es decir, no somos conscientes, no consideramos la cuestión

tal como es. El mayor indicio al respecto es que en nuestras comunidades escasean personas que gocen de verdadera autoridad. Autoridad no en el sentido de alguien que nos organiza la vida, o que, a través de ciertas iniciativas, garantiza nuestra pertenencia social y su posicionamiento en el mundo, sino de alguien que desafía nuestra libertad, siendo portador de ese signo mediante el cual cada uno se adhiere al corazón de la experiencia.

Personalmente, sólo se me ocurre una cosa, que ha marcado mi experiencia: mi posición es como la de Barrabás, estoy fascinado por esta posibilidad total para mi existencia. Sólo hay una cosa que hacer, una sola, y según pasa el tiempo, me doy cuenta de que es verdaderamente la única: seguir esta misteriosa razón que subyace a nuestra unidad, que nos juzga con una evidencia patente, que nos dice con claridad de qué está constituida nuestra humanidad y qué es lo que espera, que es realmente una liberación. En definitiva, es el significado inesperado de lo que vivimos y el objeto igualmente inesperado de lo que aguardamos. La única clave es seguirlo. Si el hombre lo sigue, pueden darse tanto la esperanza como la autoridad. Indudablemente, la propuesta cristiana tiene una consistencia humana.

Lo que yo veo en el movimiento, sintéticamente, es una humanidad débil, poco consciente de la consistencia de nuestro ser hombres. Y nuestro ser hombres consiste en seguir a alguien; ésta es la ley de la existencia, también para un hombre que no haya conocido a Jesucristo. Pero un cristiano que no sepa dar testimonio de esto, no sabe quién es Jesús.

Giussani: Me gustaría relacionar las palabras que decimos con el tema propuesto, que es cómo juzgamos nuestras comunidades. Él ha dado un eslogan: «La posición cristiana coincide con una consistencia humana». Porque uno comprende qué es la fe sólo llevando a cabo un acto de forma distinta, provocado por ella. La fe te empuja a asumir una actitud distinta: mientras tú vives esta actitud distinta, comprendes qué es la fe. La fe, el acontecimiento de Cristo, que es el significado de todo, te hace vivir todo de manera distinta. Es lo que yo experimenté el primer año de Liceo, cuando hacíamos el *Christus*²⁹. La fe me hacía leer y estudiar de forma distinta, incluso las matemáticas; llegaba a ser convicción a medida que tomaba conciencia —autoconciencia— de este acto que la fe me llevaba a realizar de forma distinta.

La fe llega a ser convicción dentro del gesto, del carácter distinto del gesto que ella provoca. Esto sucede en cualquier gesto normal: comer, beber, velar, dormir, vivir, morir. Lo que me permite comprender de forma madura, es decir, humana, qué es la fe, es el cambio que introduce en la forma de hacer cualquier cosa. «La posición cristiana coincide con una consistencia humana», cobran consistencia nuestros actos, tenemos una

consistencia distinta en todo lo que hacemos.

La relación con la mujer sigue siendo exactamente igual que la de los demás (no tengáis miedo): surge de la misma manera, tiende a lo mismo que los demás y, sobre todo, tiene el mismo destino, sigue la misma trayectoria. Pero si uno vive esta relación desde una posición cristiana (la posición cristiana es la del hombre que lleva —ahora uso siempre esta fórmula, pues me gusta mucho— una presencia en la mirada), si uno mira a esta compañera suya, mira su relación con ella con la conciencia de lo que ha sucedido y que ha llegado hasta aquí, en su vida y en la de ella, y que está presente, entonces cambia la forma de la relación: todos los factores siguen iguales, pero todo cambia. Y no se trata de ningún moralismo; porque puede equivocarse cien veces, pero experimenta un dolor que nadie conoce, y tiene una capacidad de reanudar el camino que es tan obvia como beber agua, y nunca, en absoluto, justifica lo que ha hecho. ¡Es distinto! Su remordimiento no procede del quebranto de una ley moral; siente remordimiento porque sabe que su comportamiento no es verdadero, sabe que reduce al otro, que la relación no es verdadera, que instrumentaliza al otro, que no le quiere bien. Y sabe también que la relación adquiere un sabor inconfundible cuando mira al otro como signo (ser signo del Ser es la esencia última de la realidad, de todas las cosas): el otro adquiere un valor de signo que otorga a la experiencia de la relación una profundidad, una tenacidad, un carácter perenne que se ve con los ojos. No un carácter perenne como resultado del sentimiento o fruto del voluntarismo o de la terquedad del instinto; sino por naturaleza, la naturaleza propia de la relación se manifiesta como permanente. Aunque uno tuviese que dejarla, es permanente, porque con esta clase de mirada —que lleva dentro esa Presencia, esa conciencia— ya no se pierde nada; te has acercado a alguien por un instante, ¡y será tuyo para siempre! Esto es lo que hace que la vida sea realmente rica.

En cualquier caso, la vida es algo distinto si uno mira todo con la conciencia de esa Presencia: consciente de su Presencia uno va a trabajar por la mañana; consciente de su Presencia, uno abre el libro. Y es tan real, tan poco visionario —como le decía una vez a don Franzoni uno de nosotros en Busto Arsizio—, que la percepción de la realidad se hace más honda y verdadera. Y ésta es la prueba del nueve. La actitud de Franzoni, que sostenía que la única diferencia entre el cristiano y el marxista es que «el cristiano ve a Cristo en el pobre y el marxista no», es inaceptable, porque si ver a Cristo en el pobre no cambia la estructura dinámica de la relación de ayuda que se ofrece al pobre, entonces el cristianismo es algo para visionarios, es un fenómeno «visionario», es decir, es nominalista, como se dice en filosofía; es puro nominalismo, no tiene verdadera realidad. Pero si cambia la realidad, entonces es verdadero. Daos cuenta, por favor, de que cambiar no es llegar a ser mejores: es llegar a ser distintos; de hecho, uno empieza a comprender que es malo, empieza a comprender que es un pecador. Y, cuando se

equivoca, no se desespera. El comienzo de la Misa no es algo formal, aunque para la mayoría lo sea. Cuando se dan cuenta de que son pecadores todos se hunden, caen en la desesperación; cuando uno se ve obligado a admitir que se ha equivocado gravemente, entonces está desesperado. La famosa frase de Miguel Mañara a Jerónima: «Lo que está hecho, hecho está»³⁰ es la definición del hombre prisionero, es decir, del hombre esclavo, reducido a «cosa», del hombre que pierde su libertad, del hombre que ya no es humano. Y no existe ningún punto de vista ideológico que pueda librarlo de esta cárcel.

Intervención: Escuchándote ahora, caía en la cuenta de que seguimos ignorando la primera parte de la Escuela de comunidad; no hemos entendido que lo humano no subiste si Jesucristo no le da sentido. Seguimos pensando que para conocer a Cristo y ser cristianos, es necesario, antes, ser humanos; así caminamos en dirección contraria, con cierto naturalismo, de manera que, durante este curso, hemos sido compañeros, pero no hemos vivido la comunión entre nosotros.

Giussani: No captáis el acontecimiento. ¡La relación entre nosotros no es un acontecimiento! Vuestra relación puede ser jocosa y hasta estúpida, o incluso torpe, burda, vulgar, como la de todo el mundo, en las familias o en la universidad, pero aun siendo así, y permaneciendo así, es un acontecimiento si la vivís siguiendo ese hilo de oro, ese haz de luz, ese reclamo arcano, esa vibración distinta, si la vivís a la sombra de esta Presencia. Y, poco a poco, uno va creciendo; sigue siendo un «pobre Cristo», como ha dicho el Papa³¹, pero es distinto.

Intervención: Decimos con frecuencia que la gente está muy disponible o que tiene interés, pero luego no conseguimos ir más allá. Por lo que se refiere a mi comunidad, el problema es que falta «el signo», es decir, alguien que viva de forma distinta.

Giussani: Falta alguien que sea distinto. Y además —perdóname—, falta sobre todo esa pobreza de espíritu de la que habla el Evangelio de hoy: el Padre revela estas cosas a los sencillos; sólo los sencillos descubren esta diferencia humana³². Porque los signos están, y no se descubren porque uno no los busca, no los quiere.

Intervención: Una última cosa. Es mi reacción cuando, a menudo, me dicen: «El movimiento no es esto, no es lo otro...». Uno se queda ahí y dice: «Pues, entonces, ¿qué es?», como si no pudiéramos indicar algo preciso, vivo, verdadero.

Por último, quería señalar el riesgo de separar la vida personal y el estudio, del trabajo para crear una presencia en la universidad; esta separación opone la presencia a la vida cotidiana. La presencia queda confiada a las iniciativas o a ciertos ritos, a ciertos actos excepcionales.

Giussani: ¿Habéis comprendido esto último? ¿Sí o no?

Intervenciones: ¡Sí!

Giussani: Me permito llamar vuestra atención sobre lo que he dicho antes: a menudo me dicen: «El movimiento no es esto, no es lo otro...». Pero el movimiento existe, es algo nuevo que se percibe, es una realidad que se reconoce entre nosotros. Si somos veinte y, de esos veinte, nadie advierte que haya algo nuevo, y yo, en cambio, me sumo a ellos y reconozco claramente que hay algo nuevo, para mí esa comunidad es un acontecimiento; en mí, que soy el vigésimo primero, sucede un acontecimiento. Porque el cristianismo coincide con la exaltación absoluta de la libertad, se juega totalmente en la libertad de la persona: sucede en comunión, pero se juega por entero en la libertad personal.

En fin —lo pensé en un momento dado esta tarde, mientras estábamos en la capilla—, gracias a vuestra sencillez de corazón, no falta nada para que se rasgue el papel de seda, el envoltorio sutil que tapa lo que existe, que está ahí apremiando: es como un eco que se advierte, pero el niño que no se decide a salir del seno de su madre. Porque un tipo de convivencia como la nuestra, ¿quién se la puede imaginar? ¡Es inconcebible! Una convivencia entre ciento ochenta personas como la que tenemos aquí, o como la que se da en nuestras comunidades en la universidad, es algo inconcebible. Una convivencia como la que se da entre los novecientos cincuenta profesores reunidos en Asís es inconcebible, es imposible. ¡Es inconcebible! Quiere decir que existe una presencia que actúa, que cambia realmente la realidad. ¿Entendéis qué ardor, qué anhelo tendría aquel que, con mirada apasionada y aguda, dijera: «¡Habla!», como un tal Miguel Ángel le dijo a su Moisés? «¡Hablad!», os ruego, tomad conciencia. No es un proceso intelectual, es la fe, es la sorpresa de la fe. Si queréis otra palabra —que no se debe sobrecargar—, es la decisión de la fe.

«Decisión» es una palabra que no se debe sobrecargar más de lo necesario; hace referencia al Evangelio de hoy tomado de san Mateo: «Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los pobres y a los sencillos»³³. La decisión de la fe remite a esa sencillez, aunque supone una vigilancia. En este sentido, veo una cierta obtusidad que os impide una mayor expansión, un impulso primaveral de lo que ya existe —¡de lo que existe!—, de esa unidad que existe entre nosotros (seamos más o menos conscientes de ello, o tengamos un corazón más limpio y libre). Tenemos una cierta torpeza que se debe al oprobio de la mentalidad social, de la enseñanza y de la universidad de hoy en día, de las relaciones. Toda la trama de relaciones, desde de la familia hasta el último desconocido con el que nos topamos, es «educativa», es decir, forma una mentalidad. Es necesario realmente romper esta telaraña inmensa, esta telaraña de la torpeza, cuyos

hilos son gruesos como sogas de barco.

De todas formas, no podemos evitar el problema de nuestra decisión de fe. ¿Cuánto pesan sobre nosotros, sobre el esplendor de nuestra convivencia, de nuestra amistad, de nuestra comunión y unidad, cuánto pesan los secretos «pero», «si», «sin embargo», «tal vez», «y luego», «con tal de» inconfesados o explícitos? Lo cual se parece a una tuberculosis que nos debilita y uno ya no puede tenerse en pie, su salud está mermada. Por eso hablaba de la decisión de la fe. Pero me he permitido intervenir para insistir en que existe ya entre nosotros aquello de lo que hablamos, y es visible, ¡aunque lo vea yo mejor que vosotros!

Intervención: Este verano he leído un libro de Benson, La amistad de Cristo. En un momento dado, el autor afirma que durante demasiado tiempo los hombres hemos tratado de ser nosotros mismos, olvidando que ya pertenecemos a Cristo, que ya somos Suyos. Añade luego que en la «vía purgativa», como él la llama, después del encuentro con Él, hemos llegado a un punto de desilusión; estamos decepcionados del aspecto exterior, de nuestra misma compañía; nos falta un juicio³⁴. Pues bien, yo creo que éste es nuestro problema, es decir, que, a estas alturas del partido, nos queda dar un juicio, más allá de lo que sintamos inmediatamente, del deseo o de la decepción, porque el único camino hacia la libertad es el juicio.

Giussani: Detengámonos sobre la palabra «juicio» o, mejor todavía, sobre la palabra «inteligencia» de la Misa de hoy. Él ha recordado una frase de Benson; yo la cambiaría, no porque sea equivocada, entendámonos, pero por mi temperamento la cambiaría, porque dice: «Nosotros queremos pertenecernos a nosotros mismos, y no comprendemos que somos ya de Otro»³⁵. Es justa, pero puede serlo todavía más, puede revelar todavía mejor su adecuación, si pensamos que nuestro «yo» recibe el ser de Otro. No es que en un momento dado se introduzca alguien más fuerte y se apodere de nosotros; es que desde su origen mismo mi ser viene de otro, esa pertenencia me constituye: nuestro carácter original es esa pertenencia; prescindiendo de ella, perdería mi yo; no es que perdamos el paraíso o el infierno, nos perdemos a nosotros mismos en la relación con la mujer, con los libros, con el comer y el beber, con el mirar las montañas e ir de excursión. Aquí radica toda la fuerza del anuncio de nuestro movimiento. Yo vivo la fe porque coincide con afirmar la felicidad humana, es decir, mi realización; yo reconozco a Cristo porque la relación con Él es la realización de mí mismo. ¡Pero yo me realizo en la relación con la mujer, con el libro, con el comer, con las montañas, con la excursión! Por tanto, la relación con Cristo es la verdad de estas cosas; la verdad de estas cosas se halla en la conciencia de esa Presencia a la que pertenezco. En definitiva, ésta es la fe

que vive: no es algo distinto, sino la modalidad subversiva y sorprendente de vivir las cosas habituales. Y lo que la hace brotar, la fuente, es algo bien preciso: lo que ha sucedido, un hecho que no se puede quitar no sólo como memoria, sino como presencia.

El juicio sobre nuestras comunidades debe partir de aquí. ¿Cómo viven nuestras comunidades? El problema no es si han hecho ciento cincuenta y cuatro iniciativas o doscientas noventa, si han repartido los manifiestos o se han limitado a la liturgia. Os aseguro que el centro de nuestra atención será el ambiente universitario, con todas sus connotaciones propias, sus relaciones, sólo si recordáis y usáis los criterios que estoy subrayando, con mayor o menor esfuerzo. Si no centramos correctamente la presencia en el ambiente universitario, todo lo demás será «mentira», puro sentimentalismo o intelectualismo inevitable; intimismo o intelectualismo, porque carecería del principio. Si existe el principio, la vida no se da sólo en la universidad, sino también cuando uno va a su casa. Pero si falta la presencia en la universidad, en el ambiente, quiere decir que no existe principio, aunque uno comulgase día y noche y estuviese pegado a las «faldas» del cura hablando de teología y de ecumenismo.

¡Adelante, habla!

Intervención: Tengo que pensarlo de nuevo porque, después de escuchar lo que has dicho, debo revisar la valoración de este año que tenía preparada.

Giussani: Vuestras aportaciones han sido leídas, tamizadas, decantadas, sintetizadas, y hablaremos de ellas el sábado. No habéis trabajado en vano. Y no por mérito mío, sino de otros. Pero, después del «golpe de mano» de la asamblea de esta mañana, no podemos mirar las cosas de la misma manera que antes, porque somos un acontecimiento. Somos un acontecimiento distinto, no una asociación, ni un partido, no somos lo que piensan los demás, lo que juzgan los demás; no lo somos o, si por desgracia en alguna ocasión lo somos, eso no es la verdad de lo que somos. Porque, como he dicho antes, hay algo distinto dentro de nuestra convivencia: todos lo percibimos, ¡nadie hubiera pensado antes que «se resignaría» a una convivencia de este tipo! Por tanto, existe, pero debe «desplegarse», debe nacer, debe quitarse de encima un peso, la desazón que sentimos tantas veces, la falta de gusto, el agotamiento que nos provoca lo que debería ser expresión de nosotros mismos. Lo que hacemos debería expresarnos, y esto no agota; puede cansar, pero no agota; nos hace irnos a la cama «rendidos», pero no agota, porque es bueno manifestar la conciencia de lo que somos y, por tanto, psíquicamente todo está sano. En cambio, cierto tipo de desazón, de desilusión y aburrimiento, de «tran tran», se convierte en algo «psíquico», tiene el sabor de algo que no está sano, que cree merecer más de lo que es.

Intervención: En mi opinión, la palabra juicio es fundamental, porque constituye el instrumento que permite vivir. Para mí, el encuentro con la comunidad supuso un juicio sobre mi actitud ante la realidad. Me topé con la evidencia de algo verdadero, y yo trabajo para verificarlo, para que esta verdad afecte a toda mi vida. «Juicio» es la palabra que expresa esta experiencia. El juicio no es el análisis de lo que somos o hacemos, etc.; esta palabra expresa el trabajo de verificación, es decir, el intento humano, existencial, de comprobar en mi vida, de asumir como conciencia, como lógica, como acercamiento a la realidad, como capacidad de relación con los demás, la evidencia que he encontrado, que he intuido y que, tal vez, no comprendo todavía.

Giussani: La evidencia se halla en el cambio de nuestra vida, no en la cosa misma, que es misterio: es un «hecho», pero es misterioso. La evidencia se halla en el cambio que este hecho provoca, en la mayor humanidad que genera.

El amor entre el hombre y la mujer, tal como lo describe Paul Claudel en La anunciación a María³⁶ o Milosz en ciertos pasajes de Miguel Mañara³⁷, es incomparable y no existe una belleza mayor que aquélla, es inconcebible y no hay otro más grande que éste. Es inconcebible un amor así fuera de la belleza y de la exaltación, en el sentido latino del término («exaltación» quiere decir que «se levanta» según toda su estatura) que le otorga el hecho cristiano; al margen de esto se experimenta que uno renuncia, recoge las velas, que el amor disminuye, que entra la mentira, que domina el equívoco. Y después, según pasa el tiempo, primero, uno lo pasa mal porque «creía que...» y, en cambio, no ha sucedido; luego teoriza que debe ser así, como hace toda la psicología y buena parte de la filosofía.

Tomemos la libertad. ¿Cuál es la clave del libro Barrabás³⁸? ¡Que levanten la mano los que no lo hayan leído todavía! Hacedos el firme propósito de leerlo enseguida. ¿Cuál es la esencia del drama de Barrabás? Barrabás es el prototipo de un hombre que explora todas sus posibilidades, que asume el vértigo de su total libertad; es tan libre que ni el rey ni el poder social consiguen sujetarlo. Es más libre que los reyes y los emperadores, porque el rey y el emperador, en mayor o menor medida, deben atenerse a las leyes que dan a sus súbditos, mientras que él no, no tiene ley alguna. El hombre que afirma toda su energía, en todos los sentidos, sin orden ni concierto, tiene como norma, como ley dinámica, la violencia, porque debe enfrentarse con todo y con todos.

Barrabás vio morir a Cristo, vio el cambio de la mujer de labio leporino, vio el cambio de Juan. Pero hay algo que le hiere de muerte. ¿Cuándo? Cuando, atado a la pierna de un esclavo frigio cristiano, que nunca había visto a Cristo, antes de saber que el esclavo es cristiano, comprende que aquel hombre, con muchas menos dotes humanas que él, es libre, ¡realmente libre! Toda su violencia, es decir, toda su enorme capacidad de poder

expresivo no había impedido que el tiempo acabara burlándose de él. Hecho esclavo y condenado a las minas romanas —porque el tiempo acaba con todos los Stalin, los Lenin y los Hitler—, él, cuyo dios era su libertad, es decir, la expresión total de su potencia, y por tanto la violencia sin límites, percibía que aquel hombre ligado a él, tan frágil, tenía una libertad que él jamás había conocido, su libertad tenía una fuerza totalmente desconocida para Barrabás, mucho más grande que la suya. Y le decía: «Mira, yo estoy atado a ti con una cadena en los pies, pero soy libre, porque sirvo a un solo señor» —que era Cristo—. ¡Él veía que era verdad! En ese momento, Barrabás quedó partido en dos porque, por una parte, sentía un atractivo formidable —su ideal era la libertad absoluta— y, por otra, le repugnaba como una cloaca. ¿Por qué? Porque aquella fuerza era completamente distinta de la suya; era una fuerza desconocida para él, y por ello tenía una envidia loca por no poderla conocer ni usar y, por otra parte, le repugnaba, porque era completamente opuesta a la fuerza que él había conocido³⁹.

Os he contado todo esto para mostrar de nuevo que el valor de la fe es patente, que el valor y la verdad de la fe se demuestran en la mayor verdad que adquiere la propia expresividad humana (la propia experiencia, decimos nosotros; a la luz de la fe lo humano se hace más verdadero). La fe certifica su valor en esta experiencia evidente. Los primeros años de nuestro movimiento, con gran rabia por parte de los profesores positivistas del mundo de la enseñanza, utilizábamos el concepto de «hipótesis de trabajo» (que todavía usamos, aunque casi nadie comprenda su alcance). El Misterio actúa de este modo en la vida, la verdad del Misterio actúa como una «hipótesis de trabajo»: si se admite, todo va cobrando su sentido y se afirma cada vez más según pasa el tiempo; si no se admite, todo cae en la oscuridad (perfectamente científica como posición, ¿no?).

Intervención: A propósito de la evidencia del cambio y del juicio, quería decir que, si experimento un cambio, en un momento dado seguir se convierte en secundar ese cambio que veo en mí, no ya sólo en seguir a Jesucristo y a la experiencia de Iglesia que vivo en nombre de Él. El riesgo...

Giussani: ...es el formalismo. Es muy interesante tu observación: uno cambia y comprende que va por buen camino; entonces sigue la asociación; sigue la realidad que le ha permitido cambiar; la sigue en la medida en que ha visto un cambio en sí mismo, y por tanto se bloquea y deja de cambiar. Cambiar implica descubrir a fondo el significado, la estructura, los motivos y las potencialidades del cambio mismo. Lo que no es nuevo, deja de ser vida (véase el capítulo 48 de Isaías, al final⁴⁰).

El asombro que produce comprender de forma nueva las palabras que hemos repetido

mil veces no termina nunca. Es un asombro para mí, a mi edad, experimentar este fenómeno de novedad... ¿no debería serlo también para vosotros? ¡Pero no es así para vosotros! Entonces, ¿qué hacemos? ¡Seguir! Seguir no es repetir un discurso o hacer lo que os dicen que hagáis (como ya se ha señalado hoy); seguir es identificarse, participar en el tipo de vida que se ve en otros, aunque no se comprenda —y aquí sí, se trata de dar crédito—, aunque no se sepa adónde lleva, aunque uno se sienta algo incómodo «copiando», casi copiando las cosas. Pero uno no se detiene en esto, porque lo que le interesa es ese tipo de humanidad que tiene delante. Recordad el caso que conté al hilo de la Escuela de comunidad en el Consejo de CL. Un chico entró enseguida en el movimiento, desde el primer curso del Liceo, porque tenía delante un tipo humano distinto; en cuanto lo vio y se dio cuenta, empezó a tener miedo de no llegar a ser como aquél; entonces empezó a seguir, a desear enormemente identificarse con ese tipo humano. ¡Es lo mejor que he escuchado en muchos años!

Intervención: En cualquier caso, seguir es también dar razón de uno mismo, y es inevitable como posición. Es decir, no puedo tener conciencia de mí mismo al margen de la conciencia de Cristo.

Giussani: Repite.

Intervención: Decía que seguir es dar razón de uno mismo, porque no puedo tener conciencia de mí mismo si no sé a quién sigo. El mundo de hoy es un mundo confuso porque sigue sin saber a quién sigue: sigue una mentira, está engañado por un tipo de libertad naturalista.

Giussani: Como decía antes, seguir no es dar crédito a fulano de tal: no es que sigues al «cura» a o b, al «responsable» fulano o mengano, y tú repites las palabras y haces lo que te dice que hagas. Seguir no es esto. ¡Así siguen los niños! En cambio, seguir es llegar a tomar conciencia de sí mismo. ¿Por qué te impresiona este tipo humano distinto? Porque empieza a hacerte presentir, despierta algo en ti, como cuando la Virgen fue a visitar a Isabel, y el niño saltó en su seno⁴¹: salta el niño que uno lleva dentro, el niño de la propia humanidad, ¡en la que antes ni siquiera había caído! En cambio, con ese tipo humano, esto se despierta, salta. En esto consiste dar razón de uno mismo: yo quiero seguir a ese tipo humano porque despierta mi humanidad, porque me hace desear amar idealmente con el mismo amor de Violaine, del que habla Claudel, y me hace estudiar de una forma que nunca había imaginado antes. Como ese profesor, que decía (lo he contado también en una reunión del CLE): «Yo no puedo decir más que esto: que he empezado a levantarme por la mañana experimentando el gusto de ir a clase». ¡Es un profesor de hoy en día, con una clase contestataria! Hay otro testimonio precioso de un

profesor de Roma, que el 6 de junio decía: «Me encantaría que empezaran hoy las clases». ¡El 6 de junio! Perdonad, pero ¿cómo entendéis vosotros la palabra «milagro»? Esto es milagro, milagro en el sentido estricto del término: milagro es la afirmación de lo humano de una forma inconcebible para el mundo, para el discurrir normal de la vida del hombre.

«Ésta es la victoria que vence al mundo: la fe»⁴². «Vence al mundo», es decir, vence la percepción, la concepción y el uso de las cosas que tienen todos, también nosotros. Lo que vence todo esto es la fe. Y éste es el milagro: una humanidad que se cumple. Más que una pierna rota y torcida que de repente se cura. Lo dijo Jesucristo, ante el asombro general, porque había realizado un gesto prodigioso: «Si tuvierais una pizca de fe, haríais cosas mayores que éstas»⁴³. Porque aunque nuestra convivencia tenga zonas más opacas y zonas más vivas, el tipo de convivencia que se da entre nosotros, nuestra amistad es inconcebible, ¿entendéis? Ciertamente, si se manifestase más, empezaría a arder también ante la mirada de los demás, pero sobre todo calentaría más nuestro corazón. La amistad, la comunidad consiste en ayudarnos en esto.

Estad atentos porque, si dos o tres entre treinta lo comprenden, este núcleo es la comunidad. Y a los demás los abrazáis igual que las personas mayores abrazan a los niños pequeños, sin apartarlos. No hace falta apagar ninguna mecha humeante, la comunidad incluye a cualquiera: uno da el 0,1 por ciento, bienvenido sea, nadie lo juzga; uno da el 90 por ciento, bienvenido sea, que no presuma de sí mismo. Pero todo comienza siempre desde un núcleo inicial. Esta observación es estructural y se da en cualquier nivel de evolución: es la ley de la proximidad.

En definitiva, amigos, ser responsables, como lo sois vosotros de vuestras comunidades universitarias, quiere decir vivir esto. No en el sentido de que uno sea coherente, sino que lo desea, porque esto supone ya un cambio radical. El cambio radical es un deseo, es decir, es la oración. La oración es este cambio milagroso del deseo: el deseo de este acontecimiento y de esta novedad se convierte en algo más grande que el deseo de la mujer, más grande que el deseo del dinero, más grande que el deseo del sobresaliente cum laude, más grande que el deseo de un trabajo bien pagado, que el deseo de hacer carrera, que el deseo de la salud, que el deseo de la vida: «Tu gracia vale más que la vida»⁴⁴.

Intervención: Entonces, llegados a este punto, como se decía ahora, en este instante hay en mi vida una alternativa: o la repetición de uno mismo, la inercia...

Giussani: Repetirse a sí mismo: ¡precioso!

Intervención: Y en esta repetición cada novedad produce una especie de nerviosismo

en uno mismo, no es la experiencia de algo distinto; es decir, es algo distinto, pero como algo episódico, esporádico, efímero. Pero entonces, el único juicio razonable es pedir, es decir, es la oración.

Giussani: Bien, yo diría que el afecto que nace del juicio es la petición, porque el juicio es el reconocimiento de una realidad, no es un acto dialéctico; la premisa de la que brota cualquier dialéctica es el reconocimiento de la realidad. «Aquella chica es guapa»; esto es un juicio, ¿entendéis? El juicio es el reconocimiento de la realidad, la inteligencia es esa capacidad, que la naturaleza desarrolla en un cierto nivel, por la cual la realidad toma conciencia de sí misma. La inteligencia es la conciencia de la realidad.

Éste es el gran equívoco sobre la idea de razón que ha introducido el mundo moderno, con respecto a la cual todos están engañados y se engañan a sí mismos. La razón, o inteligencia, es la conciencia de la realidad, es la capacidad de percibir la realidad; el juicio es la toma de conciencia de la realidad. En este sentido, la fe encuentra su verificación en el juicio que reconoce un cambio. Reconoce un cambio que todavía puede no ser ético, que puede darse incluso en mí que soy pecador y delincuente, porque se trata de un cambio en la forma de ver las cosas: finalmente se despliegan ante mi mirada todos los factores, los datos reales de lo que experimento, aunque todavía no sepa aferrarlos y vivirlos. Puedo ser incoherente, pero soy una realidad distinta. Hasta tal punto que Cristo hablaba de metánoia, que es la primera invitación que dirigió a sus contemporáneos. Bueno, la primera fue: «Ven y sígueme»⁴⁵, la segunda: metànoeite, cambiad de mentalidad, cambiad la forma de percibir la estructura de las cosas. En esto consiste el juicio.

El juicio nunca va solo, nunca, porque el hombre no se puede dividir en dos. El juicio es como una ola que culmina en el afecto. Afecto: «Adherirse a». Es más, la etimología de «afecto» es extremadamente interesante, porque «afecto», por sí mismo, se utiliza como medio, como pasiva: afficior aliqua re, soy tocado por algo. Cuando algo bueno me impacta, me adhiero. Pero ¿por qué? A él le llama la atención una chica preciosa, y entonces: «¡Afecto!». Perfecto. Pero, ¿por qué, cuando algo me impacta, me adhiero a ello (son los dos sentidos de afficio: soy impactado, affectus, y «me adhiero a», afecto como «adhesión a»)? Porque ese algo me impacta en la medida en que provoca mi humanidad, despierta mi humanidad, se corresponde con mi humanidad, supone una esperanza para mi humanidad. Entonces mi humanidad se mueve para adherirse a ese dato. El afecto nace cuando lo que me impacta me hace descubrir que yo estoy hecho para eso (factus ad, ad factus: hecho para).

Entonces, el juicio coincide con constatar que lo que tienes delante se corresponde con algo que está dentro de ti, es para ti, te corresponde, te afecta y tú estás hecho, de alguna

manera, para ello. ¿Cómo se llega a esta percepción? Si uno tiene hambre y ve unos plátanos, no puede mirar sin más y ya está, ¡esto no se da! No puedo mirar y nada más. Sería como decir que no tengo hambre. Uno que mira y no hace nada más, no tiene hambre: éste es el «sucio» intelectualista, es el intelectualismo del que están llenos todos los periodistas, la enseñanza, la televisión y la literatura actual. El «intelectualismo» es lo mismo que uno que mira los plátanos sin tener hambre. ¿Comprendéis? En cambio, uno que ve los plátanos y tiene hambre, no puede mirarlos sin más, alarga la mano para aferrarlos: esto es la oración, es decir, la petición. La oración es la petición, es la súplica que se deriva de ahí, es el afecto (el *affectus*) que brota cuando reconozco que lo que tengo ante mí me corresponde. Por eso la oración nace como juicio y se afirma como petición: la petición es una tensión, una súplica. El Padre Nuestro es la forma más bonita de petición: Padre Nuestro, yo soy hecho, soy generado por Ti; por ello, hágase Tu voluntad, es decir, toma mi vida, entra en ella porque me interesa, lo necesita mi humanidad, pues Tú eres el otro nombre de mi persona.

Perdonadme, pero este fenómeno de novedad será todo lo tímido que queráis, todo lo balbuceante que queráis, pero debemos hacerlo presente allí donde estemos. De otro modo, ¿de qué hablamos? ¿Asumimos el discurso de los democristianos en lugar del de los socialistas?

Pero te he interrumpido. Sigue con lo que estabas diciendo.

Intervención: Decía que en un momento dado de mi historia experimenté esa repetición de mí mismo que acaba en la indiferencia frente a todo, ya que nada te toca realmente. Como se decía antes, cuando eres formal, estás acabado, no eres nada, porque sin novedad, ¿qué eres? Y todo lo que sucede a lo largo del día, en tus relaciones, es como si produjese en ti un nerviosismo. Un día, estando con los amigos, alguien dijo: «Sin riesgo, la vida sería escuálida, pero un riesgo que no se asuma por algo que vale la pena sería pura expresión de uno mismo, esto es, una expresión nerviosa».

Giussani: Cambia el término nerviosa por «curiosa».

Intervención: Y cuando te das cuenta de que Dios te quiere, te busca, sale a tu encuentro a través de las personas, entonces tienes la sensación de rendirte, empiezas a pedir...

Giussani: ¡Seguir es la forma existencial y completa de pedir!

Intervención: Es cierto lo que decías. Por ejemplo, personalmente, yo nunca he descubierto algo nuevo buscando en mi interior, sino adecuándome a lo que he encontrado, porque lo nuevo viene siempre de algo distinto de uno mismo. Lo que renueva mi vida es estar atento a los hechos. Es como cuando uno se enamora, o por lo

menos empieza a comprender que hay una chica que le gusta. Es algo gratuito, que no te cambia de inmediato, pero, con el tiempo, cambia toda tu concepción de la vida. Para mí, lo mismo sucede, pero mucho más, con el acontecimiento cristiano. En cualquier caso, lo que me cambia es el objeto, es decir, lo que está «fuera de mí».

Giussani: ¡No es un esfuerzo, sino una dependencia! No existe esfuerzo alguno que pueda cambiar la relación que el hombre tiene con la mujer —que pueda cambiar esa relación en su estructura, en su esencia—, ninguno. Sólo la cambia este Hecho, si lo llevas en la mirada; sólo la cambia este acontecimiento, si tus ojos lo ven: entonces cambia la forma expresiva, cambia el nexo que estableces, que se vuelve más hondo y más libre.

Esta mañana, me decía una de vosotros que no se puede construir sin un fundamento estable. Sin un fundamento estable, el afecto no puede evitar una tristeza última, en todos los casos, incluso en el caso de las relaciones más afortunadas. Pero ¿qué es este fundamento estable? El fundamento estable de un afecto es la certeza de un destino eterno, del destino (palabra que sigo usando: «Destino»). Lo dije ayer por la noche, creo, al introducir este Equipe: lo que une no es nunca el arranque. El arranque es como el punto de partida para una carrera de los cien metros lisos: todos están allí, en la línea de salida, pero según pasa el tiempo se diferencian. Lo que une no es nunca el punto de partida, sino el destino. Por eso, lo que elimina la tristeza en el afecto entre el hombre y la mujer, entre el hombre y los demás hombres es la certeza del destino: es la certeza del acontecimiento de Cristo, porque el destino del hombre es Él, que me posee y al que yo poseo, que es parte de mí y yo soy parte de él, y que, usando una expresión bíblica, «no traiciona Su alianza»⁴⁶. Lo que me hace libre en el afecto es esta certeza. ¡El afecto se vuelve distinto! Me equivoco como antes, pero es distinto: es un afecto que no encubre ninguna tristeza, la tristeza es barrida. Permanece el dolor por el propio mal, por la incoherencia, el pecado y la desproporción, pero es un dolor que te empuja aún más a caminar, que te hace pedir más. Éste es el juicio: «Ven, Señor, a juzgar la tierra»⁴⁷. Es la consistencia humana propia de la posición cristiana.

Intervención: Estando de vacaciones en la montaña vimos la película *La strada*, de Fellini, en donde aparece esa joven que no se quería quedar con aquel hombre; pero cuando ella decide quedarse con él, es el instante en el que se da el significado...

Giussani: Sí, esto sí, es toda la película. ¡Cuántos sacrificios incompletos! Los mejores gestos humanos son como la *Incompleta* de Schubert, y serán premiados por eso, Dios los salvará por eso. Pero si hay una película llena de tristeza hasta la última nota de la trompeta, es ésta; no hay mejor demostración de que el afecto humano nunca se redime a

sí mismo, ¡nunca!, y será siempre triste.

Chicos, esto es el movimiento: la voluntad de ser humanos, una batalla a favor de lo humano, una vida para lo humano, conscientes de la condición necesaria. Es como si toda la gente intentara arreglar un coche que no arranca: tira de aquí, tira de allá, desatornilla esto, desatornilla aquello, «pum» aquí, «pum» allá, dan un salto atrás, tres adelante, aprietan un botón de atrás, aprietan tres de delante; en fin, nadie sabe cómo hacerlo. Por otra parte, la vida es lo único que tenemos entre manos. La vida es lo único que tenemos. Y llega alguien que conoce el funcionamiento de ese mecanismo. Cristo es esto. En esto se resume toda la teología antigua. Santo Tomás hablaba del hombre como de alguien que está tumbado en el suelo y, en un momento dado, debe levantarse. Lo intenta, se apoya en los codos, pero vuelve a caer, hasta que llega alguien que le sujeta por las axilas, lo levanta y él, apoyado en el que le ha levantado, comienza a andar. Esto es la compañía de Cristo, sin la cual nadie puede ser él mismo. Es algo del otro mundo, y nada corresponde al mecanismo cotidiano normal y natural de la vida del hombre como esto. El significado de la relación con el padre, la madre, el amigo, la mujer, el hombre, se halla en esta relación que esclarece la condición original. Es decir, la consistencia del hombre es la relación con Otro (la creación). Por esto mismo, es la ley de la dinámica esencial y constitutiva del hombre. Nosotros nos maravillamos por ello: gozamos de ello en la vida de todos los días, mucho o poco, y nos asombramos de esta intervención que deshace el entuerto.

Andemm.

Asamblea 3

(A partir de la Síntesis de las contribuciones)

Giussani: Los que han leído y analizado vuestras contribuciones van a expresar ahora su impresión de forma resumida. Inmediatamente después, la asamblea debería reaccionar, no sólo ante los juicios o subrayados eventuales que se hagan, sino también para retomar su propia intervención a la luz de una meditación más profunda o como desarrollo de una conciencia que se ha producido, a lo mejor, a lo largo de estas semanas, o durante estos días: se trata de una nueva intervención sobre la propia aportación o sobre la vida de vuestra comunidad universitaria.

Intervención: Nos han ayudado las intervenciones descriptivas; las conceptuales han resultado más difíciles...

Giussani: ...también porque los discursos ya estamos acostumbrados a hacerlos

nosotros.

Intervención: Yo partiría de una frase de la intervención de Medicina de Milán: «Nuestra primera necesidad es saber cómo están las cosas». Esta frase inmediata y elemental expresa la necesidad que está surgiendo en todas las comunidades; la necesidad de una mayor claridad, no sólo intelectual, sino como certeza.

La propuesta que hemos encontrado este año en el CLU ha sido sobre todo una provocación personal; una especie de sacudida que ha hecho saltar por los aires el concepto que muchos tenían de sí mismos. Por ejemplo, como decían los de Pescara, «el encuentro del año pasado en Canazei fue el momento en que nos dimos cuenta, tal vez por primera vez, de que el movimiento coincide con nuestro cambio. Para personas que, como nosotros, han vivido varios años como responsables en el movimiento, creyendo haber llegado al vértice de una pirámide de la que se conoce todo (palabras, discursos, esquemas, métodos), se puede entender que una provocación como ésta ha generado una novedad absoluta en la propia vida».

O lo que dicen los de Roma: «La presencia dentro del ambiente ha dado origen al comienzo de una verificación. Este hecho, por lo menos como dinámica, ha sido una novedad real con respecto a los años precedentes. Que el cristianismo responde a nuestra humanidad no lo hemos descubierto mediante la comprensión del discurso o por un esfuerzo de adecuación, sino al comprobar que la promesa que habíamos intuido generaba un cambio en la inteligencia y en la libertad a la hora de afrontar la propia condición y el propio compromiso».

Los de Siena señalaban: «Para nosotros el problema del anuncio, de la misión, ha pasado de ser una obligación, el precio que hay que pagar para ser del CLU, a ser ocasión de una mayor verdad personal y comunitaria; estar presentes en esa situación es un bien para nosotros».

Esta provocación ha centrado la humanidad de cada uno de nosotros, la propia posición personal frente a las cosas, a uno mismo y al mundo. Y justo cuando se advierte esto, uno se siente inseguro ante su modo habitual de vivir las cosas.

La intervención de la Católica lo expresa muy bien: «Para nuestra comunidad, algo nuevo se ha dado cuando algunos de nosotros han empezado a desear comprender y a tratar de vivir las indicaciones que se dieron en Canazei. Esta propuesta dirigida a la vida de cada uno ha suscitado en algunos una pregunta, si bien todavía confusa, sobre la propia experiencia humana y sobre su significado, pregunta que es el comienzo del cambio. Este atisbo de novedad ha suscitado una especie de inquietud por el deseo de adherirse plenamente a este ímpetu de vida, cuyos contornos todavía no se ven con claridad».

Hay intervenciones que lo expresan de otra manera. Por ejemplo, la intervención de Macerata: «Lo que limita nuestra presencia es la incertidumbre, nuestra falta de seguridad acerca de quién es Cristo para nosotros delante de las circunstancias concretas, y esto —añaden— nace sólo de que no nos tomamos en serio el seguimiento».

Por tanto, este ponerse en juego en primera persona se revela existencialmente como un tipo de duda, de inquietud, de... «incertidumbre», aunque quizás no sea la palabra más adecuada.

Giussani: No, no. Para mí es muy adecuada, es más, la palabra más exacta es justamente «incertidumbre».

Intervención: Existen dos maneras de obviar esta incertidumbre.

La primera es insistir en la desproporción que existe entre uno mismo y la propuesta cristiana, subrayando de modo bastante obsesivo el propio límite, la propia incapacidad para estar a la altura. Esto se pone de manifiesto porque, en lugar de asumir que somos realmente pobres, necesitados, y pedir con humildad, se repite un discurso, a partir de lo que ya se sabe o se entiende por experiencia, como para justificar la propia inadecuación ante la propuesta cristiana.

Giussani: Sí, sí; éste es un punto crucial. No nos debe asombrar porque, por ejemplo, el clero es así. Con mayor razón...

Intervención: Se insiste en la propia inadecuación ante la propuesta cristiana, en vez de estar abiertos y seguir lo que uno tiene delante y que, por tanto, puede favorecer el cambio...

Giussani: ...o la petición.

Intervención: En lugar de pedir, uno dice: «Soy frágil, soy limitado, soy incapaz»: insistir en esto nos aleja del malestar (al repetirse esta operación, después de algún tiempo, uno en el fondo se siente bien, o satisfecho por los discursos que sabe hacer, por la experiencia personal o de grupo que sabe contar).

Es como si uno pensase que todo depende de él. Es una forma de moralismo en negativo.

Giussani: Es la introducción más obvia en la pereza, algo que detiene o interrumpe el dinamismo moral; ésta es la puerta más evidente hacia tal interrupción.

Es muy certero lo que has dicho, muy realista; has dicho que después de algún tiempo, es como si con esta operación el problema se esfumase, y sólo quedara la repetición mecánica del discurso y de la dinámica habitual de grupo.

Intervención: El segundo obstáculo, que habéis señalado y que impide un encuentro con la realidad, que pone un parapeto y nos encierra, es lo que los amigos de Roma han llamado «superficialidad»: «Nos ha sucedido lo mismo que pasa con los niños, que viven sin problemas, con ingenuidad, sin desear su crecimiento, bastándoles para vivir el afecto de sus padres».

Giussani: En lugar de «superficialidad» se podía llamar «irresponsabilidad».

Intervención: Quisiera detenerme ahora en lo que señalaba la primera contribución: la necesidad de adquirir una mayor conciencia.

Uno adquiere una conciencia mayor de lo que ha encontrado a partir de la experiencia que está viviendo. No es que uno sea consciente y, entonces, vive; sino que uno llega a ser consciente porque vive.

Ser conscientes no es una necesidad que se pueda tener o no; es algo intrínseco al encuentro mismo y a la experiencia misma que estamos haciendo; no se puede compartir la experiencia que estamos haciendo sin adquirir una conciencia cada vez mayor de lo que somos y de lo que vivimos.

Giussani: ¿Está claro esto? Me parece que no está muy claro. Hay una ambigüedad en esta exigencia justa de ser conscientes, ¿cuál es?

¿Podríamos decir que la primera ambigüedad es entender la conciencia como algo previo al compromiso?

Intervención: Sí, sí.

Giussani: De ser así, no sería la conciencia de algo que se está haciendo. No sería la conciencia crítica del compromiso que se vive, la conciencia de lo que se ha comprobado personalmente. Porque la razón toma conciencia de algo; no puede tomar conciencia antes de ese algo. No se pueden comprender las razones del movimiento, la inteligencia del movimiento, si uno no lo vive. Y aquí emerge lo que falta, el agujero, el vacío, la falta de ese factor fundamental que permite que todo lo demás se recupere.

Intervención: Dicen los de Roma: «Cuando no somos conscientes de lo que hemos recibido, del encuentro que hemos tenido, comprender qué quiere decir el cristianismo puede ser como perseguir un sueño lejano, y eso produce agotamiento, desilusión, escepticismo».

Giussani: Perdonad, pero el error es exactamente reducir el movimiento a discurso, como hemos hecho un poco todos en estos años. Esto ha llevado (en algunas comunidades de forma gravísima, en algunos sectores del movimiento de forma gravísima, más que en otros) a lo que han dicho los de Roma: ha llevado a la desilusión.

Porque un discurso, identificar el propio compromiso con un discurso o —lo que es lo mismo— con iniciativas que derivan de ese discurso, identificar esta realidad que porta el significado de nuestra vida con algo abstracto (es abstracto todo lo que no implica mis manos, mis pies, mi corazón, todo, es abstracto lo que no me implica en primera persona); identificar el movimiento con un discurso, o con un conjunto de iniciativas (es decir, el asociacionismo), crea una situación abocada siempre a la decepción, porque es como perseguir un ideal lejano, un sueño que, en un primer momento, da cierto gusto pero que, a medida que pasa el tiempo, acaba en la desazón.

Intervención: Esta necesidad de tomar conciencia incluye también la necesidad de comprender existencialmente las palabras que decimos y la tarea que tenemos. La conciencia que se adquiere siguiendo genera siempre una tensión ideal; de lo contrario, nos quedamos parados sin recorrer un camino.

Giussani: ¿En qué sentido dices que nos quedamos parados?

Intervención: En el sentido de que no hacemos ningún trabajo.

Giussani: Nos quedamos parados bien porque no seguimos, o bien porque seguimos como borregos, sin tender a verificar personalmente, sin darnos cuenta de las razones que nos ofrece la propuesta que seguimos.

«Trabajo» es la palabra que reúne estas dos cosas: seguir con conciencia.

Intervención: Una última cosa. La intervención de Siena dice: «Hemos conocido a mucha gente nueva, pero han participado en nuestros encuentros algún tiempo y luego se han ido. Sin embargo, las personas con las que hemos compartido la condición universitaria, el estudio y los problemas concretos, aunque al principio la relación fuera más fría, son ahora los que empiezan a estar con nosotros».

Giussani: ¿Entonces?

Intervención: Entonces quiere decir que una humanidad nueva se demuestra por cómo se viven los problemas de todos, no por cómo se sabe hacer un discurso sobre los problemas de todos sin vivirlos con ellos, junto a ellos, en las condiciones comunes.

Giussani: ...o participando en las iniciativas de la comunidad. Podéis añadir esta apostilla: las agregaciones al margen de las estructuras de la vida normal (por ejemplo, una numerosa participación en una excursión, un gran congreso en el Palalido) resultan muy frágiles a la hora de permanecer. En cambio, las agregaciones que se hacen dentro de la estructura de la vida normal, después de una frialdad inicial, o a través de un mayor esfuerzo inicial, son las que más permanecen.

Intervención: Creo que éste es el cuadro de la situación.

Giussani: Me parece que es la primera vez desde hace años que se hace un diagnóstico tan discreto y, al mismo tiempo, tan preciso y profundo. Por eso propongo que, antes de seguir, él nos dicte los puntos que ha explicado.

Propongo dividir después la asamblea para trabajar estos puntos por comunidades, comparando la aportación de cada comunidad con estos puntos, como perspectiva para el curso que viene. Nos reuniremos por la tarde.

Asamblea 4

Intervención: Comparando la síntesis de las contribuciones de esta mañana y nuestra experiencia, nos preguntábamos si estamos siguiendo al Centro del movimiento. Nos hemos dado cuenta de que nuestro seguimiento no es operativo, porque no se concreta en un trabajo entre los que queremos asumir una responsabilidad que, a priori, no nos pide nadie, sino «laica»...

Giussani: No, no digas «laica», porque si no indicas justo lo contrario. Nuestra idea fundamental es que la realidad cristiana es una, la comunidad cristiana es una. Por eso, en treinta y cinco años, nunca nos hemos planteado el problema de distinguir entre laicos o curas; la primera vez que, en treinta y cinco años, me llegó noticia de esta preocupación fue en una carta que citaba algunas intervenciones de los adultos de una cierta ciudad que hablaban de esta distinción. Entonces, plantear esta distinción quiere decir que necesitamos con urgencia recobrar el origen del movimiento. Por tanto, habla quien tiene algo que decir y actúa quien tiene capacidad de obrar, y los demás siguen, porque lo importante es la verdad, no quién la dice. Lo importante es lo que somos, que se realice lo que somos. Lo importante es que la vida siga su cauce y madure.

Intervención: Nos interpela la situación de la comunidad y del estudio: «¿Cómo puede ser que haya personas que estudian mucho, que estudian bien, y no acudan nunca a los encuentros, o viceversa, personas que «participan» de la comunidad pero no estudian nada? ¿Es posible que sólo existan estas dos alternativas?». Decíamos que, en la medida en que uno vive verdaderamente el movimiento, se pregunta por todas las cosas que hace y, por tanto, por el estudio también. No nos preocupa tanto el que vivamos el estudio como un simple deber, sino que rechazemos el esfuerzo que implica. Si uno no sabe aceptar el esfuerzo del estudio, ¿cómo puede aceptar el esfuerzo de su propio cambio, que requiere un trabajo continuo? La consecuencia de esto es la incapacidad de agregar a gente nueva dentro de la universidad. Si no estudiamos, ¿dónde encontramos a la gente? En definitiva, estamos en la universidad porque es un ambiente, un lugar donde pasamos parte de nuestro tiempo, pero no somos una presencia real.

Giussani: La presencia no se reduce al estudio, la presencia es mucho más amplia. Lo que se ha dicho esta mañana es justo. La agregación es fruto de una convivencia: allí se da una convivencia que tiene como contenido de trabajo específico, particular, el estudio. Pero la agregación puede darse también en el tranvía. Sin embargo, si una agregación, de algún modo, no implica también el contenido específico del ambiente que

compartimos, entonces es más fácil que acabe siendo algo sentimental y, por tanto, pasajero.

Ahora bien, una agregación en torno al trabajo específico de un ambiente como la universidad no implica que uno deba ser un óptimo estudiante o que el día de mañana trabaje como profesor universitario; implica, ciertamente, una seriedad. La palabra «seriedad», en mi opinión, resuelve todas las ambigüedades: una convivencia seria, determinada por el ambiente que se frecuenta. La seriedad no deja nada fuera y afronta todo como puede. Da igual que uno sea un genio y llegue a ser «profesor», o que otro a duras penas consiga estudiarse de memoria los verbos latinos para el examen, da lo mismo. La clave es la seriedad.

Intervención: Escuchando lo que se decía esta mañana, hemos tratado de comprender el corazón del asunto: se podría decir sintéticamente que este corazón es la unidad del movimiento; éste es el factor determinante que permite enfocar y afrontar también las otras dificultades. Es la unidad con el movimiento —que se traduce materialmente en una acogida cordial de las directrices del Centro— lo que siempre nos ha arrancado de la perspectiva limitada que nosotros planteamos instintivamente, y nos ha provocado a jugarnos nuestra libertad y, por tanto, a recorrer un camino y hacer un trabajo. La estima, es decir, el reconocimiento de una presencia en el movimiento, del testimonio dentro del movimiento, nos ha introducido en la fe en el Señor. Es decir, en la realidad del Hecho, y no sólo en la repetición de fórmulas. Por eso digo que la unidad con el Centro es determinante para tener energía, libertad y creatividad. Lo que hemos tratado de hacer este año ha sido volver a proponer un encuentro objetivo. A propósito de esto, creo que la tentación más fácil es la de separar la grandeza del encuentro de la forma que éste tiene. Esto hace que, estando yo en esta asamblea, donde se me testimonia un valor, me apegue al valor y me abstraiga de la forma contingente, concreta en la que se me propone este valor, es decir, me separe de vuestros rostros, en pocas palabras. Creo que ésta es una tentación radical.

Giussani: ¡Te daría un beso en la frente! Mira, se trata de una observación que va directa al corazón del método que se llama movimiento. Gracias a Dios, hay muchas personas que siguen el valor «Jesucristo», el valor «Iglesia», el valor «madurez cristiana». Pero nosotros estamos llamados a decir «sí» a una modalidad concreta, a una forma particular de vivir esos valores. Por tanto, el rostro y las personas que hablan, los que guían, no se deben considerar como una mediación (como dijo alguien): no se deben considerar una mediación, ¡deben ser seguidos! El que no lo vea, puede irse a otro sitio. Ya que nos cuesta tanto trabajo recorrer nuestro camino, queremos por lo menos estar con gente que se sume a la cordada, y no creer que estamos en una cordada y luego, en el

momento oportuno, dejar de sentir la cuerda porque el otro se ha ido por otro lado, por su cuenta. Decir: «Me interesa el valor y, por eso, lo separo de la forma», quiere decir: «Interpreto yo el valor»; quiere decir, en último término, que creo yo la forma. Entonces puedes marcharte a donde quieras, seas cura o no.

Intervención: Veo cómo la gente se vuelve estéril, se entristece, justamente por este motivo: uno se siente grande, el valor es suyo, y entonces deja de entender para qué le sirve el movimiento...

Giussani: Decías: «Uno se siente grande, por tanto el valor es suyo, cree que lo posee», y ¿entonces...?

Intervención: Y entonces pierde el sentido de la compañía en la que participa. Es un fenómeno extraño, por el cual uno se separa del modo con el que el valor ha salido a su encuentro, reduce el valor, lo abstrae, es decir, adapta lo que ha encontrado a sí mismo, abstrayéndolo de los rostros concretos que se lo han traído. Uno se queda tal vez impactado por el valor y, sin embargo, no accede al método, a la forma que tiene ese valor y, por tanto, en vez de crecer, sigue siendo un niño.

Giussani: Se queda en lo abstracto, en una percepción intelectualista o sentimental.

Intervención: Quería decir dos cosas. La primera es que, en mi opinión, el interlocutor del análisis que se ha hecho esta mañana no era la comunidad, sino la persona. En el fondo, no se daban indicaciones sobre cómo tenía que marchar la comunidad, o sobre qué es necesario para que marche bien la comunidad; el interlocutor era la persona, cómo podía cobrar protagonismo la persona, cómo podía crecer y madurar. Es distinto si aquel que tiene una responsabilidad en la comunidad, como la tenemos cada uno de nosotros, tiene como interlocutor a la persona, a cada una de las personas, o a la comunidad. Porque si tiene como interlocutor a la comunidad, en el fondo, habla de las cosas que hay que hacer y de cómo hay que hacerlas; en cambio, si tiene como interlocutor a la persona, se ve obligado a dar razón de su vida y de su seguimiento, pues de otro modo no se encuentra con las personas, sino que gestiona una masa de individuos. Por tanto, quien vive su responsabilidad ante cada persona se ve obligado a decir por qué vive, por qué sigue el movimiento; no puede dirigir la comunidad desde fuera.

Lo segundo que quería decir es que en Roma hemos trabajado sobre la pregunta que planteabas, en un momento dado, esta mañana: «¿Por qué no se mantiene el impulso originario, que es bueno?». Nosotros dábamos esta respuesta: el impulso original, la provocación, llega a ser estable cuando toca a la inteligencia; sólo a nivel de la inteligencia, es decir, de la conciencia, se vuelve estable el impulso originario, a pesar de todas las caídas y la desproporción, etc. Y añadíamos dos observaciones. La primera es

que el objeto de la inteligencia es ese Hecho que se hace presente en los encuentros, en los acontecimientos, en el movimiento; el objeto propio de nuestra inteligencia es el Hecho, el Acontecimiento, el valor que se halla dentro de la comunión. Decía uno de nosotros: «La vida adquiere mayor certeza y se hace más verdadera si la inteligencia capta la consistencia de ese Hecho y no sólo sus efectos, sus imágenes o sus reflejos». La segunda observación es que esta inteligencia del Hecho, del valor, se halla siempre dentro de hechos, acontecimientos, circunstancias, personas y encuentros. Es decir, el significado no es una premisa a estos encuentros, a estos acontecimientos, a estas personas, sino que se verifica dentro de estos encuentros, de estos acontecimientos, de estas personas. Reconocer que la consistencia de estos hechos es Jesucristo no es entonces una premisa teórica, o bien una utopía que hay que alcanzar. Es dentro del movimiento, dentro de los encuentros, dentro de los acontecimientos de la vida y de la historia personal, es viviendo dentro de la comunidad como la inteligencia penetra hasta la consistencia, hasta el Acontecimiento, hasta Jesucristo.

Giussani: Entre otras cosas, esto hace referencia a algo en lo que he insistido en distintas ocasiones, de un tiempo a esta parte: que la verificación de la fe, es decir, la intuición, la inteligencia de la razón que tiene la fe, se realiza gracias a una actitud cambiada por la fe, perteneciendo a un hecho, a un gesto, a una relación cambiados por la fe. Si no es así, no se entiende, es teórico, abstracto.

¿Cuál es la razón que esgrime la fe? La razón que esgrime la fe es que realiza mi humanidad con todas sus exigencias, cambia a mejor, hace crecer mi humanidad, es decir, la trama de exigencias originales que me constituyen. Por ejemplo, la relación afectiva: la razón que la fe esgrime en este ámbito es que hace más humana y más verdadera la relación afectiva. Y esto no se entiende teóricamente, sino que se sorprende en la vida: la verdad de lo que acabo de decir la entiende uno cuando, al tratar de vivir la relación con una chica o con un amigo, animado por la fe, ve que la relación se vuelve distinta.

Los filósofos escolásticos dicen que este valor racional de la fe, esta verificación, se halla in actu exercito, es decir, se halla en el ejercicio de la fe. Y el ejercicio de la fe no es un «bla, bla, bla»; el ejercicio de la fe es un acto humano, un compromiso humano, una exigencia humana —por ejemplo, una relación afectiva— vivida en la fe, afrontada a partir de la fe. Entonces uno comprende. Nosotros entendemos la razón de la fe en el cambio del acto humano, ¡en el cambio del gesto humano! No la podemos comprender de forma dialéctica, abstracta, por principios.

Daos cuenta de que la grave situación que atraviesa el movimiento depende de esto: el movimiento avanza como una maquinaria guiada por los que tienen la misión de

gestionarlo (curas o diáconos), y que ofrecen a los demás discursos y cosas a hacer, sin ayudar a las personas a intuir el cambio, a ver el cambio que, a partir de su compromiso de fe (en el estudio, el afecto, la investigación, lo que queráis vosotros), ellos han experimentado. Y la voluntad de vivir la fe, cristianamente hablando, significa adherirse a un acontecimiento, al acontecimiento de la comunión. La fe es reconocer esta Presencia, el valor de esta realidad, el hecho de Cristo en nuestra comunión. Por tanto, es la vida, el afecto, la investigación, el estudio afrontado con la conciencia de esta pertenencia.

Intervención: Con respecto al ímpetu bueno que la persona experimenta al recibir el anuncio, pensaba en una frase de san Pablo: «Continúo mi carrera, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo»⁴⁸. Éste es el fundamento razonable que lo sostiene todo. Que uno «corra» significa que realiza un trabajo, pues de otro modo nunca percibirá el valor en la acción concreta, sólo sentirá su desproporción. Por ejemplo, en la relación con la novia, si uno piensa: «No se perderá ni un solo cabello de su cabeza»⁴⁹, en ese instante empieza a apreciar toda su personalidad. No es moralismo. Si yo digo: «No se perderá ni un cabello de tu cabeza», esto cambia inevitablemente la forma de mirar a la otra persona. En este cambio de actitud, uno verifica en lo específico lo que «vale». Lo mismo puede suceder en el estudio, etc.

Giussani: Esta mañana hubo algún pasaje de vuestros documentos que ponía de manifiesto la dificultad para percibir el significado existencial de las palabras que usamos. ¿Qué quiere decir: «El significado existencial de las palabras que usamos»? Quiere decir qué indican esas palabras como prueba, como documento de que son verdaderas. Sin intuir, es decir, sin experimentar que son verdaderas, las decimos, las repetimos noventa y cinco mil veces: a la vez noventa y seis mil, uno no puede más y se marcha. Si el valor de las palabras no se comprueba existencialmente, es decir, en la vida real, si esas palabras no llegan a expresar un valor que se experimenta en primera persona, uno se acaba marchando; las podemos repetir durante años y después, de repente, encontrarnos fuera del camino, áridos, como mucha gente joven o adulta en nuestro movimiento; sin darnos cuenta, sin comprender el porqué, nos podemos alejar del movimiento sin remordimiento alguno, porque ni siquiera hemos experimentado existencialmente su promesa, que es una promesa de vida.

Lo dije el otro día: las palabras son indicativos, son como flechas que indican una experiencia, una realidad, un aspecto de la realidad; si tú no te das cuenta de esta realidad, no entiendes qué quiere decir esa palabra, aunque la repitas, aunque creas que la vives. Es la situación tremenda de la gran mayoría de los que formamos parte del

clero, por ejemplo. Pero no debe ser la nuestra.

Que un chico mire a su novia y piense: «Ni un cabello de tu cabeza se perderá», esto es como un volcán de ternura, de dulzura y de seguridad. ¡Uno experimenta una gratitud ilimitada! Pero si es un patán que no es capaz de querer, o si es una persona abstracta que habla de «Jesucristo significado de la vida» sin ponerlo en relación con el amor a su novia... La frase citada es un hermosísimo ejemplo. Sólo uno que lo sigue se enamora de la palabra: «Cristo significado de la vida». Pensad en el estudio, en la investigación, en el trabajo, en la salud, en la naturaleza, en la política: si no se percibe este nexo, si no se percibe que el propio compromiso humano —tanto más cuanto más apasionado sea— cobra valor por la palabra de Cristo, entonces la palabra de Cristo se queda como un peso en la chepa, como una carga pesada que, en un momento dado, se revela llena de nada y vacío. Síntesis: mientras des crédito a tal cura al que estás ligado afectivamente, del que eres amigo, irá bien la cosa, porque defenderás con energía esas palabras; cuando empiece a dolerte el corazón o el hígado, y ese cura se marche, o bien tú te liberes por fin de ese cura, se acabó: el vacío se impone y ya no hay ninguna presencia.

Intervención: Mi primera impresión al participar este año en la diaconía de la comunidad de Medicina ha sido la de tener delante una humanidad desvaída. Una humanidad es desvaída cuando no tiene un juicio sobre sí misma. Lo que resulta fascinante, en cambio, es una humanidad que ejerce su capacidad de juicio, que crece como conciencia, que va a la conquista de la realidad, que crea cultura. En cambio —lo digo también para mí— hemos vivido cerrados sobre nosotros mismos, por tanto, estériles, buscando inútilmente el motivo de esta impotencia, porque si uno se pone a buscar dentro de sí mismo, sigue repitiéndose a sí mismo. También me llamaba la atención que el encuentro de tú a tú con estas personas revelaba un deseo de humanidad, pero cuando se juntaban para afrontar este deseo...

Giussani: ¡Eran palabras!

Intervención: Exacto. Esto es lo primero que quiero subrayar: la experiencia cristiana es un juicio sobre el hombre, el cristianismo es un desafío para el hombre. Cuando Jesucristo dijo a cada uno de los apóstoles: «Ven y sígueme»⁵⁰, no dijo nada de lo que él era, pero ellos le siguieron. ¿Dónde se apoyaba el juicio? En la personalidad del que proponía. Porque lo que seguimos es una mirada, un acento, un gesto, una palabra; el problema es seguir esto cuando uno lo encuentra. La verdad es como un golpe que impone el cambio de la vida: uno dice que sí o que no. Si se produce este seguimiento, la conciencia del hombre crece, se ensancha, la experiencia humana se hace fascinante. Si esto no se da, nos quedamos aniquilados por el intento estéril de producir algo por

nosotros mismos.

El problema del trabajo no es que, como somos cristianos, cuando ponemos una inyección lo hacemos dándole la vuelta a la jeringuilla, es decir, haciendo cosas distintas de los demás. El problema del trabajo es hacerlo con una conciencia distinta, con un juicio distinto sobre mí mismo en mi situación particular. Eventualmente, esto producirá también formas distintas. La novedad cristiana en el trabajo no se identifica con la generosidad: es un juicio sobre la existencia, es una conciencia de mí mismo que adquiero siguiendo a Otro, siguiendo un hecho, en la medida en la que me adecuo a esa palabra, a ese gesto, a esa mirada. Es decir, se trata de un nuevo nacimiento, de una humanidad distinta frente al instrumento que el hombre usa, frente a la posibilidad que tiene de transformar la realidad.

La tercera observación tiene que ver con el problema afectivo. Si se produce esta incapacidad para reconocer que la verdad es algo distinto de uno mismo, que es irreductible a uno mismo, entonces estamos juntos por el sentimiento, y a esto le llamamos afecto; entonces decimos que «la diaconía ha ido bien o ha ido mal», «qué experiencia tan bonita la venta del periódico», «qué aburrido el seminario» o «qué iniciativa tan fantástica», pero no buscaremos nunca el sentido de lo que vivimos: ¿cuál es el sentido de ese gesto? Se puede amar ese gesto únicamente por el sentido último de la vida al que ese gesto nos reclama, y no por otra cosa. No puede crecer el afecto entre nosotros si no es por este motivo objetivo. La comunidad es el lugar donde la verdad se convierte en luz: es la presencia del cuerpo de Cristo hoy en el lugar en el que estamos. Uno puede querer a la comunidad porque quiere al sentido, al significado último que la genera.

Intervención: Me remito a cierto desconcierto que se produjo en las vacaciones de verano, ante los reclamos que hacían quienes guiaban ese gesto. Un día fui a verles a Montefiascone y me llamó la atención una cosa. Desde entonces, guardo esta pregunta: «¿Por qué lo que viven algunos, por ejemplo las personas de la diaconía, no consigue mover hasta el fondo a los demás?». De aquí nace una pregunta sobre mí y sobre los que tenemos una cierta responsabilidad: «¿Hasta qué punto nosotros, que tenemos la responsabilidad, transmitimos una propuesta objetiva, damos razón de la esperanza de la que vivimos?». En fin, me queda la pregunta de por qué la gente, que tal vez ve, intuye, por ejemplo, que existe una vida en algunos de la diaconía, se siente sin embargo distante, como diciendo: «Ellos viven y yo no». Nuestra presencia no hace brotar inmediatamente el deseo de seguir. Al final me pregunto si doy una razón clara de todo lo que digo, me pregunto si es verdadero y real lo que vivo. ¿Cuál es la clave? Sé que también para mí el problema es seguir, pero quería ir más al fondo.

Giussani: Creo que has acertado a explicar el problema, pero la respuesta podría ser la síntesis de la asamblea de hoy. Continuemos, veamos si se añade algo; si no, yo cerraría la asamblea. De todas formas, la respuesta a esta pregunta, en mi opinión, es justamente la posible síntesis, la única síntesis posible, el único punto de vista sintético de todo lo que habéis dicho en vuestras contribuciones y de todas las dificultades que tenemos, ya sea por parte de los que ni siquiera desean ser como son algunos, ya sea por parte de estos otros que, gozando de un descubrimiento, se angustian porque no consiguen comunicarlo a los demás. Salerno, ¿qué dice Salerno, qué dicitte?

Intervención: Este año hemos experimentado sobre todo el asombro del inicio. Nos han pasado un montón de cosas inesperadas, que nos hacen percibir que lo que tenemos es grande, es verdaderamente un don. Ya el año pasado yo participé de la comunidad universitaria, pero este año, por cómo hemos vivido, ha surgido una atención nueva hacia cada persona. Los alumnos de primero, por ejemplo, al principio querían huir, porque el ambiente universitario es el que es; luego, con sencillez, hemos empezado a estar juntos, y esas pocas personas que se han quedado con nosotros han reconocido una riqueza humana. Antes de final de curso hemos conocido a otros, que han empezado a frecuentarnos y a ver con claridad lo que les proponíamos. Hemos empezado a estudiar juntos, con esa seriedad de la que se hablaba antes, tratando de no dejar escapar nada y de recuperar el sentido de todo lo que hacemos.

Intervención: Quería plantear una consideración sintética, que ha surgido esta mañana trabajando con los amigos de Bari: cuando en una comunidad que se dice del movimiento falta el seguimiento, no es que se omita un detalle, sino que falta todo, porque falta la misma posibilidad de la experiencia. El vicio del que hablaba la intervención inicial, la pretensión de querer separar el valor que se ha intuito de la forma de vida que lo hace visible, me parece fundamental: no se puede pretender que sea posible vivir el valor que hemos intuito y que nos ha despertado, separándolo de su forma concreta, de la forma de vida en la que se encarna.

Giussani: Porque si lo separamos de la forma, entonces el valor coincide con nuestro cerebro, con nuestra inteligencia y con nuestro sentimiento, es decir, coincide con nosotros mismos: *tertium non datur*, no existe una tercera solución. El valor se presenta ante ti en un tiempo y un espacio, es decir, en una forma, o bien es un pensamiento y un sentimiento tuyo. Por tanto, la única manera de adherirse al valor es adherirse a una forma, a la forma en la que se te da. En esto consiste el genio de Cristo.

Ésta es su genialidad, y la rabia y la lejanía de los fariseos no tenía que ver con los valores (porque los fariseos debían decir de muchos valores de Cristo: «Son nuestros

valores», pues eran todos valores de la Biblia), sino con el hecho de que el valor —Dios — pretendía asumir una carne, se proponía a través de un tiempo y de un espacio, es decir, de una materia, de un hecho existencial (porque el tiempo y el espacio son coordenadas de la materia, de un hecho existencial).

Un valor humano sólo puede existir encarnado en un hecho existencial: Cristo, un hombre, un hombre que vivió en aquel tiempo y en aquel espacio. Y toda la rabia, la lejanía, la extrañeza y la hostilidad hacia el catolicismo tienen que ver con eso. Es el problema de la Iglesia. Todos respetan a Cristo, todos le aman, incluso Gramsci: pero que Cristo coincida con una realidad humana, que el valor «Cristo» se halle en una realidad dentro del tiempo y del espacio, que se llama Iglesia, es decir, una realidad de gente como tú y como yo, esto es intolerable. Y puesto que es una realidad formada por personas, existe una jerarquía, una variedad, porque uno es más cercano y otro más lejano, uno es más inteligente y otro menos, uno tiene una función y otro no. No encontramos a Cristo en nuestros pensamientos o sentimientos; lo encontramos en esta realidad objetiva, fuera de nosotros, que es la Iglesia. Aquí radica el genio de nuestro movimiento: haber tomado esta ley fundamental del cristianismo y haberla convertido en método. ¡Método!

Jamás se nos ocurriría decir que el que no viene con nosotros no es cristiano. Decimos que cada uno llega a Cristo a través de una realidad de tiempo y espacio, de una realidad hecha de determinados hombres y de este Papa, que ha sido molesto para algunos y muy grato para muchos otros. Es decir, yo llego a Cristo a través de esta realidad: de mi cardenal, de tu obispo, de la gente con la que debo vivir. Nosotros hemos tomado esto y lo hemos aplicado al método formativo, educativo. Para educarte en la Iglesia, debes seguir un tramo vivo de Iglesia, ese tramo de Iglesia que te ha provocado, que ha supuesto para ti «un encuentro». Porque la Iglesia de Teramo o de Bari, de Milán o de Catania, se ha convertido en «encuentro» gracias a un cierto encuentro: es necesario seguir este encuentro, pues de otro modo se siguen los propios pensamientos y los propios sentimientos (esto vale también para el cura, el «señor cura»; y si no, que haga otra asociación, si lo considera conveniente: pero si está con nosotros, es porque reconoce esto: ¡entonces que no se ponga como un mediador, sino que siga él también!).

Intervención: Si se reconoce este encuentro y su objetividad es porque es de por sí un anuncio de humanidad; si el encuentro hace brotar el deseo de seguir, su valía se comprueba en el propio ambiente de trabajo, en la relación con los demás, en la vida concreta, en la historia, pues si no corre el riesgo de ser algo esquemático. Independientemente de la responsabilidad y del rol que se tenga, lo que estamos diciendo en estos días, apunta a un riesgo personal, a una libertad que es necesario poner en juego.

En definitiva, ya no es una pregunta sobre el «cómo» o sobre el «qué» hay que hacer; es la misma persona la que realmente debe ponerse en juego en todo lo que hace. En el marco de este riesgo de la libertad, en algunas facultades o en algunas situaciones han destacado algunas personas, se han dado juicios, ha habido ejemplos de un trabajo realizado, etc. Sin embargo, todo esto quedaría todavía demasiado dejado a la interpretación, a la inmediatez, si no tuviese un lugar en donde convertirse en algo orgánico. En este sentido, percibimos realmente la necesidad de una ayuda por parte del Centro, para que nuestra pertenencia y nuestro seguimiento sean estables.

Intervención: En mi facultad de Ciencias ha sucedido este año algo nuevo para mí y para la comunidad: hemos empezado a estar presentes en la universidad todo el día. Al principio ha sido sólo por fidelidad a una indicación. Pero luego, a medida que nos adheríamos de corazón, nos vimos cada vez más provocados; y el significado y la verdad de nuestra misma vida se aclaraban a raíz de esta provocación. Hemos empezado a mirar de verdad nuestra experiencia por la respuesta que podía ofrecer, porque nos hacía estar en el ambiente de forma distinta. De este modo, nos hemos tomado en serio la Escuela de comunidad, y nunca la hemos vivido como este año, ni la hemos leído con tanto gusto y voluntad, porque esas mismas razones se hacían más claras y evidentes a lo largo del camino.

Intervención: Me veo totalmente descrito por la afirmación de esta mañana: «Ha habido una provocación», y me gustaría aclararme. Mi pregunta es: «¿Hacia dónde vamos ahora?». Creo que todo lo que se ha dicho sobre el seguimiento es fundamental: la forma más verdadera de avanzar y de vivir es seguir, y esto me indica la trayectoria de la provocación. Pero me gustaría que este seguimiento se precisase. En mi opinión, implica ir hasta el fondo de lo que ha suscitado en mí el encuentro con algunas personas. Porque yo vivo este encuentro con algunas personas, y estoy empezando a vivirlo también con otras.

Sobre el punto que se ha tocado esta mañana —si se sigue a la persona o la experiencia que hace esa persona—, yo digo que, cuando una persona me pide que la siga pero ella misma no me muestra en acto este valor, «huele mal», lo siento, apesta. No quiero establecer una diferencia entre el valor y la persona, porque yo estoy siguiendo a personas y vivo con ellas una vida, y esto no apesta.

Giussani: Vamos a ver la línea que marca el trabajo de estos días para dar un nuevo paso, un nuevo salto, para recorrer un nuevo trecho de camino. Yo partiría del único hecho concreto que se ha citado. Ella ha contado que se fue a Montefiascone para encontrarse con sus amigos de Macerata, que habían participado en uno de los tres

turnos de vacaciones del CLU, y que los había encontrado un poco desconcertados (que es un término bastante benévolo). ¿Por qué? Porque, ante la «imposición», ante las sugerencias, ante las indicaciones del guía, se sentían a disgusto, no seguían, o mejor, seguían de modo formalista. Si el responsable decía: «A medianoche se hace silencio», ellos a medianoche callaban, pero seguía habiendo un cierto desconcierto dentro de esta aparente adhesión. No seguían, no vivían el seguimiento.

¿Por qué no vivían el seguimiento? ¿Por qué no comprendían el «porqué» de hacer silencio a medianoche, o de rezar las Horas de un cierto modo, o por qué se debía comer a tal hora y no a tal otra, porque entonces no podrían ir, qué sé yo, al lago de Bolsena, en vez de quedarse ahí? ¿Era éste el motivo por el que no seguían?

Intervención: No, creo que no. Yo creo que la condición del seguimiento es el encuentro, y por tanto, la razón está ante todo en ese testimonio que sale a mi encuentro.

Giussani: Por tanto, está claro que en ellos el desconcierto se producía porque no entendían las razones por las que el responsable hacía ciertas cosas.

Intervención: O tal vez no se sentían parte integrante de todo lo que había allí, como si el responsable y lo que decía fuesen algo ajeno a ellos.

Giussani: ¿Cómo fue para los que estuvisteis allí?

Intervención: En mi opinión, estaban desconcertados ante algo que provocaba su libertad, que les implicaba a cada uno en primera persona. Porque han sido unas vacaciones muy libres, se han dado poquísimas indicaciones...

Giussani: Eso no es necesariamente un bien, en las vacaciones de Alpe Motta no ha sido así.

Intervención: Trataba de decir que el desconcierto de algunos, en mi opinión, se debía al hecho de que se sentían llamados a una adhesión personal, por tanto con libertad y con inteligencia, a los gestos que yo planteaba. Me parece que éste es el motivo más inmediato del desconcierto.

Giussani: ¿Más opiniones?

Intervención: Sí, era así. En el fondo, me decía a mí mismo: «Pero es justo, es justo lo que se nos pide». Sin embargo, no fuimos más allá de esto, más allá de reconocer que era un reclamo oportuno; de aquí, una cierta extrañeza frente a este reclamo. Entonces me preguntaba: «¿Hay una provocación clara?». Porque si uno no se siente provocado, al cabo del tiempo se acaba marchando. Al final, me pregunto qué interés hay en hacer unas vacaciones sin que supongan un reto para comprender. Y un mínimo de reto lo

hubo, pero nada más.

Giussani: Es decir, esos chicos seguían a quien guiaba según decíamos antes, y reducían el seguir a una pregunta sobre lo que había que hacer o cómo había que hacerlo. Hay un modo de seguir que pregunta a la autoridad qué hay que hacer y cómo hay que hacerlo, y de por sí es algo bastante llamativo que cientos de universitarios se resignen a ir de vacaciones juntos y a obedecer a uno al que tal vez no han visto nunca, al que preguntan qué hacer o cómo hacerlo; para ellos el responsable era alguien que decía lo que había que hacer y cómo había que hacerlo.

Ahora bien, tú dices que hubo un mínimo de reto. Esa pizca de provocación existía en el sentido de que ellos fueron allí porque eran del movimiento. ¿Qué quiere decir que eran del movimiento? Quiere decir que se adhieren a la fe. Pero ¿qué le faltaba a esa gente? Faltaba lo que ha dicho nuestra querida y graciosa amiga de Salerno, es decir, que no se adherían con sencillez.

¿Cuándo puede decirse que uno se adhiere con sencillez? También en este caso hemos aludido a la respuesta hace un momento: cuando uno se arriesga a sí mismo. Si uno no arriesga su persona, está ahí a duras penas, se interesa por un aspecto particular o por otro, aunque sea teóricamente nobilísimo: la fe, el movimiento, la comunión; está ahí, pero todo esto es un aspecto particular, intelectualista, teórico, sentimental, un aspecto particular como resultado de una cierta historia, pero no es la totalidad de uno mismo. En definitiva, esos chicos no ponían en juego el sentido de su propia persona. El seguimiento consiste en poner en juego el sentido de uno mismo. Entonces, seguir se convierte en un trabajo: porque aquel al que tú sigues, lo que tú sigues, no pone ante ti automáticamente el significado de tu persona —Cristo lo hará inexorablemente cuando venga al final del mundo—; en cambio, aquel al que tú sigues arriesgando en primera persona pone ante ti el sentido de tu persona dentro de un determinado gesto. Porque el sentido de nosotros mismos lo veremos con evidencia al final; antes del final, está todo ese entramado de gestos que es la vida.

La autoridad a seguir es esa presencia que te desvela de forma mejor, más completa, más abierta, el sentido del gesto o de los gestos que haces, por ejemplo en unas vacaciones, de modo que no sean unas vacaciones como las conciben todos, sino que se conviertan en un camino, en un paso del camino hacia una madurez personal mayor, hacia una conciencia mayor del instante como relación con el destino, hacia una conciencia mayor del nexo entre el propio «yo» y los demás (comunión), hacia una conciencia mayor del nexo entre el gesto efímero, mi gesto, y la presencia de las cosas: orden, comunión, finalidad. Daos cuenta de que un hombre que vive, que come, que va de excursión, o bien que pasa una semana de vacaciones y se siente, se percibe dentro de

un trabajo que aumenta en él el sentido de la finalidad, el sentido del destino, el sentido de las relaciones con los demás (comunidad), que aumenta en él el sentido del nexo armónico entre su paso y su voz y todo lo demás (armonía, orden), este hombre descubre en esa situación particular un crecimiento de su persona, un sentido más grande de sí mismo. Entonces, uno se implica de verdad y quien guía es una verdadera autoridad. ¿Por qué? Porque la autoridad es la fuente de una racionalidad. Seguir la quiere decir incrementar el sentido de las relaciones con los demás y con las cosas, quiere decir ganar en sociabilidad, disfrutar de una armonía más gozosa, quiere decir belleza y quiere decir afecto.

Entonces uno sigue. ¿Por qué? Porque arriesga su persona, es decir, comprende que está en juego su maduración, el sentido de su destino, comprende que está en juego el crecimiento del sentido de su destino en el gesto que realiza. Pero «desgraciadamente», la autoridad no nos puede dar lo que esperamos, el destino, porque se trata de un misterio al que nos «ata» la fe y la responsabilidad ante ella: pero la autoridad es aquel que demuestra la verdad de esta espera, mediante un obrar mejor que nace de ella. La acción vivida a la luz de esta espera hacer brotar una humanidad más grande, te hace madurar. Entonces, la autoridad no es tal si no coincide con una racionalidad; la autoridad es la fuente de una verdadera racionalidad.

Damos crédito a quien tiene autoridad como consecuencia de una experiencia de mayor cumplimiento, de realización. Y este crédito siempre debe identificar una razón, porque el Misterio es lo que vale, no lo que te digo yo como responsable de tal grupo o tal comunidad, o como consejero regional. ¡El Misterio es uno solo! El Misterio es aquello ante lo que yo también debo inclinar mi frente; el Misterio no coincide con mis palabras. Uno no es autoridad en el sentido de que tú debas inclinar la frente porque él es portador del Misterio, porque habla del Misterio, y aunque tú no comprendas, debes ir detrás de él. ¡En absoluto! Seguimos a una sola cosa: a la Iglesia de Dios con su autoridad infalible; y la Iglesia tuvo que definir la infalibilidad para que «nos resignáramos» a esto, para que fuera razonable. Desde el punto de vista del método, queda ese instante en que es como si tuvieses que perderte a ti mismo, como si tuvieses que olvidar la exigencia de verlo del todo claro para fiarte; para fiarte de la persona que te dice: «Haz esto». Pero tú, al hacer así, te ves crecer; crece el sentido de lo que haces, de tus actos. Y esto sucede en los tres ámbitos supremos a los que se puede reconducir la relación entre el hombre y la realidad: el afecto, el uso de las cosas —en el sentido de posesión y disfrute— y el trabajo; o mejor, el afecto, el trabajo, y la posesión y disfrute, es decir, la capacidad de usar bien las cosas. Es como si se liberaran el gesto de afecto, la capacidad de trabajo y la capacidad de usar bien de la realidad. Es como cuando se abre una ventana en una habitación cerrada de aire cargado y entra el aire fresco, se empieza a

sentir el aire fresco, la frescura de lo humano.

La libertad coincide con la experiencia de la realización de uno mismo, o, en otros términos, con la experiencia de la adhesión al Ser, con la experiencia del propio «yo» que participa cada vez más en el Ser y, por tanto, se cumple, come y bebe, engorda, se hace grande, se realiza. La libertad es el camino para realizarse, la experiencia de ir cumpliéndose, de participar en lo que es más que nosotros mismos, la experiencia de adherirnos al Ser; entonces, si la autoridad es el instrumento para que tus actos y tu persona se abran, se acrecienten, te encuentras libre de verdad cuando te adhieres a lo que te cumple. Si la libertad es la razón que secunda la vida, que se realiza, entonces realmente la autoridad coincide con la razonabilidad y la libertad con la adhesión.

El desconcierto del que se hablaba esta mañana, a propósito de los amigos de Macerata, es un indicio de que uno no participa en primera persona, de que no está presente con sencillez, lealmente. Si está presente en primera persona, arriesgando personalmente (la palabra «riesgo» es algo romántica), poniéndose en juego, jugándose todo —seguir implica a toda mi persona, de lo contrario no se sigue; seguir no es hacer lo que se te dice que hagas o cómo tienes que hacerlo; seguir es ponerse en juego personalmente yendo detrás de otro, participando en su experiencia—, si la persona está presente buscando el sentido de sí mismo, entonces empieza a comprender que este sentido se refleja en sus actos, y que éstos florecen. He aquí la verificación. Se sigue de verdad a la autoridad sólo cuando se asume en primera persona un trabajo de verificación.

En este sentido, cuando se pretende poner una medida propia, no se sigue: «Sigo hasta aquí, pero no hasta allí», como se ha observado.

Pero queda por ver otro aspecto que nos interesa en la medida en que tenemos una responsabilidad hacia nuestros amigos, hacia nuestros compañeros. La pregunta que se planteaba: «¿Por qué la experiencia que viven algunos no consigue mover a la gente de la comunidad?» no ha recibido todavía ninguna respuesta, salvo en un primer aspecto. Hasta aquí la respuesta es: no participan en tu experiencia porque no siguen; no siguen porque no se ponen en juego del todo, sólo se adhieren a la propuesta por algunas connotaciones, por algunos aspectos particulares; no buscan el significado de su persona y por tanto no te siguen realmente. Seguir implica confiar en una determinada guía, es decir, en un hecho presente, significa adherirse a una presencia que busca el propio significado existencial. La prueba de que esto es justo —el trabajo que nos hace madurar en este seguimiento— es que uno se expone con sencillez, y entonces empieza a comprender que sus actos adquieren un mayor sentido, un sentido más grande. Como la preciosa comparación de la mirada que él tiene sobre su novia a la luz de la frase «no se perderá ni un cabello de tu cabeza». Pero ¿dónde, en qué poesía, en qué filosofía, en qué

literatura encontráis algo semejante? ¡Y no me digáis que esto no es un aspecto fundamental de la exigencia afectiva! Gabriel Marcel decía: «Ama el que dice al otro: tú no morirás»⁵¹. Éste es el anuncio de Cristo. Porque la inmortalidad es lo que más confusión y desconcierto origina en la vida. Sólo Cristo puede hablar así; aunque Cristo mismo puede ser motivo de desconcierto, si contamos sólo con sus palabras. Sólo la presencia de alguien que tiene una certeza existencial puede constituir para ti una propuesta cierta. Por tanto, la autoridad coincide con la razonabilidad y la libertad con la adhesión a la autoridad; de ahí parte el trabajo sobre uno mismo, es decir, sobre el propio camino, la propia existencia, el propio «yo». Este trabajo es la única y verdadera fuente de gusto, porque a medida que uno lo lleva a cabo, es decir, se fía de la autoridad y se adhiere con su libertad, siente crecer el pulso de sus acciones. Siente a «la criatura nueva» moverse en sus entrañas, siente que sus actos tienden a dilatarse, a romper cualquier cerrazón, a librarse del particularismo que sufren, del sentimiento angosto que tienen, de la abstracción del intelectualismo al que se reducen.

Decía que falta explicitar la segunda parte de la respuesta, aunque se ha apuntado a ella en otras intervenciones. ¿Comprendéis que autoridad es quien nos introduce en un trabajo así? No es un simple papel en la comunidad, no es el que te dice que hagas esto o lo otro. Alguien ha dicho: «Si uno tiene como interlocutor a la comunidad, habla de las cosas que hay que hacer y cómo hay que hacerlas; en cambio, si tiene como interlocutor a la persona, se ve obligado a dar razón de su vida».

Amigos, ¡tengamos el valor de elegir la autoridad! Por favor, la autoridad no es cualquiera que tenga un papel, ¡no es un rol! La autoridad es aquel que, cuando habla, cuando actúa, cuando se relaciona contigo, tiene como interlocutor tu vida: la autoridad es aquel que tiene como interlocutor tu vida, y no una agrupación de gente a la que gestionar. Ésta es la diferencia, ¡una diferencia tremenda! Se trata de una observación que tenemos que defender con uñas y dientes: la autoridad es aquel que tiene como interlocutor a la persona, y entonces se ve obligado a dar las razones por las que él vive y por las que «él sigue», como se ha dicho. Autoridad es quien te ofrece las razones por las que él sigue; si él no es el primero en seguir, no es una verdadera autoridad, porque la verdad es más grande que nosotros, y el camino hacia la verdad coincide con adecuarse a «Otro». Y esto sería abstracto, sería un juego abstracto, si ese «Otro» no se manifestase en el tiempo y en el espacio y no coincidiese con un acontecimiento que te ha tocado y te toca. Seguir es adherirse a esto, seguir las razones por las que yo mismo sigo este acontecimiento. Y cada uno de nosotros, si está llamado a amar al otro, está llamado a convertirse en autoridad para el otro. Cada uno está llamado a convertirse en autoridad para el otro, pues si no, no amamos la vida del otro. Pero ser autoridad para el otro coincide con saber ofrecer al otro las razones de aquello en lo que yo creo, de aquello

que yo sigo, de aquello por lo yo que vivo.

Por tanto, la respuesta sustancial a la segunda parte de la pregunta es que debemos llegar a ser autoridad. Ofrecer al otro las razones de aquello por lo que yo vivo y aquello que yo sigo, esto es la caridad, es decir, la amistad. Cuando no es así, no es amistad, «apesta», como alguien ha dicho de forma tan acertada y cómica: la autoridad «apesta» cuando no es así.

Debemos cobrar cada vez más verdadera autoridad. ¿Cómo? Siguiendo nosotros, viviendo nosotros el seguimiento: la autoridad es aquel que da razones de aquello a lo que sigue.

Queda una última precisión. Las dos observaciones que he hecho no resuelven completamente la pregunta. Queda un punto, que es el misterio de la relación entre la libertad de la persona y la gracia de Cristo; el misterio del nexo entre la libertad de cada chico que tú conoces en Macerata, el nexo misterioso entre su libertad y la presencia de Cristo.

Yo sólo digo que, si Cristo se les ha manifestado a través de la palabra o de la presencia de otro, el problema es realmente el misterio de la libertad del hombre. Esto es lo único que no cuadra automáticamente, que no puede cuadrar, nadie puede explicarlo: es la libertad del hombre.

Pero ¿qué es la libertad? Lo dije antes: la libertad es adhesión al ser, es la sencillez con la que uno quiere el destino de su vida. Ésta es la clave.

Entonces, incluso frente a la autoridad más grande —que era Cristo— la gran mayoría se marchó, porque la gente no iba a ver a Cristo por la pasión por su propio destino, sino porque curaba a los enfermos, porque sanaba su corazón, porque les hacía experimentar un poco de alivio con sus palabras («Venid a mí, todos vosotros»)⁵²; pero luego se marchaban, una vez gratificados se marchaban, porque lo que les interesaba era lo que ellos pensaban, lo que a ellos les apremiaba, lo que decidían ellos: no tenían como espera suprema de la vida el sentido de su propia vida, el deseo del significado de su propia vida. En definitiva, no se arriesgaban a seguir. El problema radica aquí, en el juego de nuestra libertad, y la libertad es la búsqueda del sentido de la vida.

¿Qué amamos en la vida? Esto resulta decisivo, porque se puede obtener una gran ventaja incluso frente a una pequeña autoridad, o se puede no obtener ninguna ventaja frente a una gran autoridad. El problema es la sencillez con la que estamos ante ella. Pero la sencillez no es algo infantil; es la pasión por el propio destino, la pasión por el sentido de la vida, por el significado de nuestra vida, de la de los demás y del mundo entero: es la religiosidad real. Ésta es la clave, la esencia de la razón, la esencia del «yo»: la religiosidad, la sed del significado total. En la medida en que existe esto, uno es capaz de seguir.

En cualquier caso, amigos míos, resulta bastante llamativa la advertencia que el Señor nos ofrece para nuestro camino: debemos seguir, basta con seguir. La palabra seguir saca a la luz la verdad de tu libertad, de si buscas o no tu destino; la palabra seguir saca a la luz la verdad de tu amor por los demás, si intentas ejercer una posesión sobre los demás, es decir, ejercer un rol (gestionas las relaciones con los demás por el rol que tienes), o si te entregas, si das tu vida por los demás, y dar la vida es ofrecer las razones de tu vida, es darles, comunicarles las razones de tu vida y de tu seguimiento. Por lo demás, cuando se quiere a una persona, ¿qué se desea por encima de todo? Una madre que ama verdaderamente a su hijo, ¿qué desea, por encima de cualquier otra cosa, también por encima de su vida? Que el hijo alcance el significado de su existencia, que se adhiera al significado de su vida.

Por eso, a medida que avanzamos, resultan más evidentes las razones por las que, desde el principio, hemos subrayado estas palabras. Hace veinticinco años hablamos de seguimiento y de autoridad, pero no teníamos ni una milésima parte de la conciencia que tenemos ahora. Pero si pudiésemos vernos dentro de veinte años, hablaríamos todavía de estas cosas con una veneración, una devoción y una inteligencia cada vez mayor, porque ésta es la raíz, la explicación misma del camino que es seguir, y de que la fortuna más grande es toparse con alguien que tiene verdadera autoridad, y de que la caridad mayor es ser autoridad para los demás, como hemos dicho.

La razón de todo esto, que espero no perdáis nunca, es el discurso de anteayer sobre qué es el cristianismo: el sentido de nuestra vida se nos ha manifestado y se nos revela, toca nuestra existencia, nos invita, acompaña y ayuda, mediante una realidad de tiempo y espacio, es decir, mediante una realidad humana físicamente perceptible. Y esta realidad humana se percibe físicamente como compañía hacia la madurez en nuestra búsqueda del destino, en la espera de que se revele totalmente el significado de nuestra vida, en la adhesión a esta forma, hecha de tiempo y espacio, que no elegimos nosotros, sino que se nos da, la encontramos, la reconocemos (no la elegimos, la reconocemos): esa realidad de tiempo y espacio que sale a nuestro encuentro. El encuentro supone un impacto sin igual para nuestra conciencia. Y aunque sea confuso, como un destello, algo casi imperceptible, encierra una promesa inconfundible, una esperanza y una perspectiva.

Éste es el origen de nuestra amistad, la consistencia del movimiento, ninguna otra cosa. Toda la organización ha nacido de esta presencia que toca los corazones, los cuerpos y los cerebros. ¡Pero sin esto, no hay organización que funcione! Es el peligro que corremos desde hace demasiados años: que la organización y los roles prevalezcan sobre esto.

La provocación que hemos lanzado en el CLU desde hace tres años, no desde hace dos (desde que hablamos de las comunidades de base, de la comunión de base en Rímini⁵³);

y que desde el CLU, desde hace tres años, todo el movimiento debe aceptar y seguir, porque somos una sola cosa (sin defender de forma absurda los propios sectores), es esto: es la llamada a invertir el sentido de la marcha, que se ha corrompido sin que nos diésemos cuenta del todo. Entonces, también la organización vuelve a florecer, porque obedecer a esto o a aquello llega a ser expresión de uno mismo, y el silencio a medianoche es expresión de uno mismo, es la construcción de uno mismo, y la oración dicha de un cierto modo es la construcción de uno mismo. La autoridad coincide con la razonabilidad y la libertad con la adhesión.

Éste podría ser el eslogan para este año: la autoridad coincide con la razonabilidad y la libertad con la adhesión (pero según todo el alcance de lo que hemos dicho y diremos, porque apenas hemos empezar a tocar este tema). ¿Hay algo que no se haya entendido?

Intervención: Hay personas ante las que deseas de verdad que se cumpla el sentido de su vida. ¿Puede este deseo que tenemos hacia ellos, la espera que compartimos con ellos, de alguna manera custodiarlos?

Giussani: ¡Sin duda! Si no es así, ¿qué amor tenemos por ellos? En resumen, amigos, todo lo que hemos dicho en estos días, en la medida en que pretende incidir concretamente y decidir sobre nuestra actitud en las comunidades durante este curso, se concreta en que debemos amar, ¡debemos amar a la gente! Amar a la gente quiere decir comunicar el significado de la vida. En caso contrario, la gente está mal, porque no aman a su mujer, porque no trabajan bien y con gusto, porque no usan ni poseen las cosas con gusto y respeto. «Quien me siga tendrá la vida eterna y el ciento por uno aquí en la tierra»⁵⁴: entonces el dolor e incluso el mal —como si la mano del famoso rey Midas tocase estas cosas— se convierten en oro, sirven para un bien. ¡Incluso el mal! Por eso el movimiento es el ámbito de la misericordia. El movimiento, la comunidad cristiana, es el ámbito de la misericordia. La misericordia es la pasión por el destino. Pero si uno no la tiene por sí mismo... Porque uno da al otro lo que él vive, y nada más. Por tanto, la abolición del rol no es la abolición de la función que uno tiene, sino la abolición del «funcionariado», de esa gestión que tiene como interlocutor el grupo, la comunidad, la asamblea. Para nosotros no debe ser así.

Daos cuenta, por favor, de que cuando el interlocutor es la persona, ¡no quiere decir en absoluto que uno tenga que estar ahí hablando con el otro todo el rato! No significa dedicarse a las relaciones personales, ¡en absoluto! Recordad que si lo que dice quien guía cuando habla a todos no os toca, no os alcanza personalmente, como si se tratase de una interlocución personal, significa que lo que dice no es verdadero. Aunque estés con él en su estudio, que rebosa de amistad, ternura y sentimiento, se trata de una mentira. La dirección espiritual puede ser un «añadido», cuando es necesario, pero no puede sustituir

al hecho de que quien guía teniendo como interlocutor a la persona, no al grupo, demuestra que tiene autoridad justamente cuando habla a todos, no cuando habla al individuo. Al individuo le hablará, eventualmente, para suplir la incapacidad que éste tiene para aplicar las cosas que se dicen a todos; le ayudará en este sentido. Por ejemplo, si viene una chica a decirme: «Mi novio me ha dejado», tendré que ayudarla a comprender que se trata de una buena ocasión para recuperar una actitud justa ante el ser, ante la vida, que a lo mejor antes no tenía. Debe aprovechar lo que le ha sucedido, no puede perderlo. No se debe perder nada. Pero —acordaos de esto— la interlocución personal que hay que privilegiar es la que se produce en público, dirigida a todos.

Don Giussani dejó el Equipe la noche del 2 de septiembre debido a unos compromisos en Milán, confiando la tarea de desarrollar la síntesis conclusiva de la reunión al responsable del CLU de entonces. Tales conclusiones, que fueron expuestas a la mañana siguiente, trataron de ofrecer una repetición sintética de los pasos, las palabras y las provocaciones que habían surgido durante esos días, e intentaron dibujar, de forma orgánica y unitaria, una propuesta para el curso que comenzaba, trazando una imagen de la vida de la comunidad. Se percibió en particular una novedad, surgida de la confrontación estrecha con don Giussani, en la percepción de la naturaleza del cristianismo y del valor de la experiencia del movimiento. Esta claridad sobre lo que se estaba viviendo tuvo consecuencias relevantes tanto en el plano personal como en la concepción y vida del CLU. Se propuso una nueva función del Equipe central como lugar de diálogo sobre la experiencia y sobre la presencia en las universidades; y del Centro del CLU, que intensificaría sus relaciones con las distintas comunidades con el fin de tener una conciencia adecuada de las distintas situaciones y de ofrecer una ayuda concreta. Se subrayó la importancia de la Escuela de comunidad, que entonces tenía como texto de referencia *Huellas de experiencia cristiana*, como instrumento para vivir la comunidad en el ambiente, juzgando lo que se hacía y las circunstancias en las que se trabajaba. Surgió también la necesidad de implicar a otros en la experiencia cristiana, mostrándose abiertos a todo cuanto de interesante y auténtico se encontrara, como «signo de la verdad que estamos viviendo».

Los meses siguientes, y los años siguientes, documentarían el cambio que supuso para el CLU y para la presencia en la universidad alcanzar esta conciencia.

¹ Equipe del CLU, 14-15 de abril de 1978, *Índice di San Lazzaro* (BO).

² L. Giussani, *Huellas de experiencia...*, op. cit.

³ Cf. Santa Catalina de Siena, *Lettera a Stefano Maconi*, n. 368.

⁴ Conferencia Episcopal Italiana.

⁵ Cf. «Laudes del sábado», en *Libro de las Horas*, op. cit., p. 212.

⁶ Cf. Jn 12,47.

⁷ Cf. L. Giussani, «Universalidad», en *El camino a la verdad...*, op. cit., pp. 87-89.

⁸ Ver aquí nota 15, p. 158.

⁹ Hace referencia al Encuentro de profesores universitarios que tuvo lugar en Bocca di Magra del 7 al 9 de abril de 1978.

¹⁰ Cf. Mt 10,39; 16,25; Mc 8,35; Lc 9,24.

¹¹ Ver aquí nota 17, p. 68.

¹² Se refiere a la Asamblea de responsables del CLU, que tuvo lugar en Riccione del 30 de septiembre al 2 de octubre de 1976; véase aquí pp. 55-87. En octubre del año anterior, se había celebrado en Rímini una Asamblea de responsables del CLU; véase aquí pp. 21-28.

¹³ Equipe del CLU, 30 de agosto-3 de septiembre de 1978, Chiesa Valmalenco (Sondrio).

¹⁴ P. Lagerkvist, Barrabás, Encuentro, Madrid 2007, p. 28.

¹⁵ Cf. 1 P 3,15.

¹⁶ Cf. 2 Tm 3,2-5.

¹⁷ L. Giussani, Huellas de experiencia..., op. cit.

¹⁸ Cf. V. Soloviev, Los tres diálogos y El relato del Anticristo, Scire, Barcelona 1999, p. 180.

¹⁹ Cf. Ef 4,13.

²⁰ Cf. 1 Jn 5,4.

²¹ Cf. Jr 1,18-19.

²² Cf. 1 Jn 5,19.

²³ Sal 26,8.

²⁴ Cf. 1 Cor 7,29-31.

²⁵ Jn 4,13-14.

²⁶ Mt 19,21; Mc 10,21; Lc 18,22.

²⁷ Cf. Mt 19,12.

²⁸ Rm 4,18.

²⁹ Se refiere a la revista mensual, luego quincenal, realizada en el seminario por don Giussani junto con algunos compañeros, entre los cuales estaban Enrico Manfredini y Carlo De Ponti (cf. L. Giussani, L'avvenimento cristiano, op. cit., pp. 33-34).

³⁰ O. Milosz, Miguel Mañara, Encuentro, Madrid 1991, p. 34.

³¹ Se refiere a las palabras que, según el testimonio de Juan Pablo II, dirigió Juan Pablo I a un cardenal que, después de su elección, le regaló un libro que contenía los dibujos de un Vía crucis: «El camino de los Papas está marcado por la Cruz. Ayudad a este pobre Cristo a llevar la Cruz, ayudad al Papa a subir al Calvario por el bien de la Iglesia, de las almas y de la humanidad» (cf. Juan Pablo II, Audiencia general, 29 de agosto de 1979).

³² Cf. Mt 11,25.

³³ Cf. Mt 11,25.

³⁴ R.H. Benson, La amistad de Cristo, Rialp, Madrid 2002, p. 34.

³⁵ Cf. ib., p. 38.

³⁶ P. Claudel, La anunciación a María, op. cit.

³⁷ O. Milosz, Miguel Mañara, op. cit.

³⁸ P. Lagerkvist, Barrabás, op. cit.

³⁹ Cf. ib., pp. 85 ss.

⁴⁰ Cf. Is 48,6-8.

⁴¹ Cf. Lc 1,41.

⁴² Cf. 1 Jn 5,4.

⁴³ Cf. Mt 17,20; 21,21-22; Mc 11,23-24; Lc 17,6.

⁴⁴ Sal 63,4.

⁴⁵ Mt 19,21; Mc 10,21; Lc 18,22.

⁴⁶ Cf. Dt 4,31; 7,9.12.

⁴⁷ Cf. Sal 96,13; 98,9.

⁴⁸ Cf. Flp 3,12.

⁴⁹ Cf. Lc 21,18; Hch 27,34.

⁵⁰ Cf. Mt 19,21; Mc 10,21; Lc 18,22.

⁵¹ Cf. G. Marcel, «La mort de demain», en Trois pièces, Plon, París 1931, p. 161.

⁵² Cf. Mt 11,28.

⁵³ Hace referencia a la Asamblea de responsables del CLU que tuvo lugar en Rímini en octubre de 1975 (véase aquí pp. 21-28). Del 30 de septiembre al 2 de octubre del año siguiente tendría lugar en Riccione la Asamblea de responsables del CLU (véase aquí pp. 55-87).

⁵⁴ Cf. Mt 19,29; Mc 10,29-30.

GLOSARIO

Asamblea de palabra clara Encuentros públicos cuyo contenido era el anuncio explícito de la experiencia cristiana.

Asamblea permanente Es el gesto principal de la vida de la comunidad. Se trata de un encuentro de verificación, juicio y testimonio. En un principio era un momento distinto, pero con el tiempo acabó coincidiendo con la Escuela de comunidad.

Asentamiento Aparte de los ámbitos de la escuela y del trabajo, también surgieron comunidades de CL en los barrios o pueblos. Con este término se denominaba la comunidad presente en estos ámbitos, compuesta a menudo por adultos y en estrecha relación con la parroquia del lugar.

Caritativa Con este término se indica el desarrollo periódico de un gesto de caridad que tiene lugar de forma regular. Esta regularidad, y el hecho de que el gesto no se realiza ante todo para responder completamente a una necesidad, sirve para recordar en el día a día que la «ley» de la vida es la gratuidad que ha traído el cristianismo.

Católicos Populares (CP) Es el nombre de la lista para las elecciones universitarias que se presentó en muchas universidades italianas, que reunió amplios consensos en el mundo católico. La acción política y cultural de los Católicos Populares estuvo caracterizada por una gran concreción y por una notable capacidad de responder a las necesidades de los estudiantes.

Centro del CLU Grupo de responsables de CL en la universidad, punto de referencia para todas las comunidades. El vínculo de este grupo con don Giussani era asiduo y vital. A los primeros responsables, procedentes de las comunidades milanesas, se unieron poco a poco estudiantes de otras universidades.

CLE (Comunión y Liberación Educadores) El término indica la experiencia de CL en el ámbito de la escuela; en los años setenta, este término engloba tanto a los profesores como a los estudiantes de la escuela secundaria superior.

CLU (Comunión y Liberación Universitarios) La denominación identifica a los estudiantes universitarios pertenecientes a Comunión y Liberación.

Diaconía Es el grupo de responsables de una comunidad. Cuando varias comunidades actúan en el mismo ámbito o ciudad, puede existir una diaconía que se pone al servicio

de la unidad de todos.

Escuela de comunidad Es la catequesis —lectura y explicación de un texto, meditación personal y encuentros comunitarios— del movimiento de Comunión y Liberación.

Jornada de apertura/fin de curso Es un momento de encuentro, de reflexión y de testimonio que se propone al comienzo del curso social, como propuesta del camino a seguir, o al final, como balance o verificación de la experiencia vivida.

Gioventù Studentesca (**GS**) Es el nombre que asumió, en los años cincuenta, el movimiento fundado por don Giussani. Después del nacimiento de CL, el término fue retomado en los años ochenta para indicar la experiencia de los estudiantes de las escuelas superiores.

«Maturati» Encuentros en los que participan los estudiantes que acaban de terminar su etapa escolar y van a comenzar la universidad.

Movimiento Popular (**MP**) Es la iniciativa surgida a mediados de los años setenta de un grupo de intelectuales, periodistas, sindicalistas y políticos para dar vida a una reanudación de la experiencia del movimiento católico en la sociedad actual. Su actividad finalizó en 1993.

ÍNDICES

ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS

Génesis

3,19: 133

32,23-32: 153

Deuteronomio

4,31: 308

6,8: 100

7,9.12: 308

11,18: 100

Salmos

19,9: 25

26,8: 283

63,4: 304

96,13: 25

98,9: 25

130,5: 25

Isaías

30,17: 136, 174

33,21: 80

48,6-8: 301

Jeremías

1,18-19: 281

Ezequiel

37,1-14: 72

Mateo

4,18-19: 63

6,33: 75

10,39: 250

11,25: 293, 295

11,27: 32

11,28: 338

13,12: 163

16,18: 38

16,25: 250

17,20: 303

18,2-3: 170

18,20: 118

19,12: 288
19,21: 287, 305, 324
19,29: 44, 59, 114, 342
21,21-22: 303
25,29: 163
28,19: 118

Marcos

4,25: 163
8,35: 250
10,21: 287, 305, 324
10,29-30: 44, 59, 114, 342
11,23-24: 303
16,15: 118

Lucas

1,39-45: 171
1,41: 173, 302
1,44: 183
8,18: 163
9,24: 250
11,1-13: 27
12,7: 33
12,32: 72, 84, 178
17,6: 303
18,22: 287, 305
19,26: 163
21,18: 322
22,19: 22

Juan

1,3: 32
1,18: 32
1,31-51: 171
1,38: 50
1,38-39: 63
3,1-15: 79
4,13-14: 285
4,14: 73
4,22: 30
12,47: 223
14,8-9: 32
15,16: 59, 92
16,33: 72, 84, 178

17,11: 37

Hechos de los Apóstoles

1,8: 118

17,23: 30

17,26-28: 66

27,34: 322

Romanos

1,17: 37

4,18: 288

1 Corintios

1,17: 140

1,19-31: 167

1,20-25: 138, 147

2,1-16: 108

7,29-31: 283

13,2: 153

Gálatas

2,20: 60

3,11: 37

3,26-28: 59

3,27-28: 35

3,28: 27

6,15: 59

Efesios

4,13: 278

4,25: 35, 59, 93

Filipenses

3,7-9: 61

3,12: 37, 61, 322

2 Tesalonicenses

2,13: 22

2 Timoteo

3,2-5: 267

Hebreos

10,38: 37

Santiago

1,18: 59

1 Pedro

3,15: 132, 266

5,8: 103

1 Juan

3,3: 61

5,4: 59, 72, 76, 281, 303

5,19: 282

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abbagnano, N., 164

Agustín, san, 163

Alacoque, M., 180

Barth, K., 167

Bellarmino, R., 180

Benson, R.H.

–*La amistad de Cristo*, 295

Catalina de Siena, santa

–*Carta a Stefano Maconi*, 192

Claudel, P.

–*La anunciación a María*, 61, 298

Dante Alighieri

–*Infierno*, VII, vv. 125-126, 160

De Ponti, C., 290

Eliot, T.S.

–«*Coros de 'La Piedra'*», 17

Fellini, F.

–*La strada*, 308

Giussani, L.

–*Cara beltà* (véase **G. Leopardi**)

–«La conciencia religiosa ante la poesía de Leopardi», 122

–*El camino a la verdad es una experiencia*

–«G.S.: reflexiones sobre una experiencia», 95

–«Huellas de experiencia cristiana», 157, 189, 190, 233, 272, 343

–*Educación es un riesgo*, 155

–*L'avvenimento cristiano*, 123, 290

Goethe, W.

–*Fausto*, 172

Gramsci, A., 328

Hitler, A., 170, 300

Juan Pablo I, 293

Juan Pablo II

–*Audiencia general* (29 de agosto)

de 1979), 293

Juan XXIII

–*Pacem in terris*, 101

Lagerkvist, P.

–*Barrabás*, 266, 289, 299, 300

Lardreau, G., 137, 178

Lazzati, G., 178

Lenin, 170, 172, 180, 300

Leopardi, G., 107

–*Cara beltà*, 122

–«A su dama», 122

Manfredini, E., 122, 290

Mann, T.

–*José y sus hermanos*, 40

Marcel, G.

–*Trois pièces*

–«La mort de demain», 336

Maritain, J., 163

Maritain, R.

–*Los grandes amigos*, 130, 131, 134

Milosz, O.

–*Miguel Mañara*, 292, 299

Moro, A., 68, 187

Péguy, Ch., 107

Piero della Francesca

–*Descendimiento*, 196, 252

Rebora, C.

–*Poesías*

–«Dall'immagine tesa», 182

Ricci, F., 22

Schubert, F.

–*Incompleta*, 308

Siniavski, A.

–*Pensieri improvvisi*, 182

Soloviev, V.

–*Los tres diálogos y el relato del Anticristo*, 277

Stalin, 170, 180, 299

Tertuliano

–*Apologeticum*, 175

Tomás de Aquino, santo, 309

ÍNDICE TEMÁTICO

aburguesamiento, 58, 65

acontecimiento, 22, 51, 93, 110-118, 157, 158, 160, 165, 166, 171, 173, 179, 284-286, 292-294, 297, 307, 308, 320-322

afecto, 24-26, 40, 60, 64, 199, 200, 304-308, 325, 334

alegría, 40, 61, 234, 235

amar/amor, 30-34, 39, 40, 45, 73, 168, 341

ambiente, 97, 106, 111, 112, 131, 200, 223, 249, 250, 252, 254-257

amistad, 44, 63, 64, 69, 210, 214, 215, 222, 225-227, 338

aprender, 136, 137, 231, 247

arriesgar, 188, 209

ascesis, 23, 25, 139, 148, 149, 177, 178, 181

autoconciencia, 30, 50, 53, 60, 80, 95, 158, 168

autoridad/autoridad moral, 17, 25, 57, 63, 64, 103, 112-114, 116-118, 150-152, 155, 183, 184, 207, 240, 287, 289, 333-342

cambio, 185, 240, 245-247, 250-253, 262, 288, 290, 298-301, 303, 305, 310-312, 322

compañía, 184, 185, 234, 235, 255, 309, 319

—llena de autoridad, 94, 95, 196, 201, 251

comunicación, 44

comunidad, 62-65, 78, 81, 86, 95-98

comunión, 24-27, 33, 35-37, 49, 50, 56, 57, 68-71, 114, 117, 118, 151-153, 191, 192, 194, 198, 199, 206-208, 228, 229, 243, 251-254, 257, 281, 282, 322

conciencia, 24, 27, 33, 40-44, 52, 53, 67, 86, 93, 95, 110, 130-133, 148, 168, 179, 182, 251, 272, 302, 304, 313-315

condición universitaria, 21, 25, 26, 73-75, 77, 82, 91, 101, 102, 109, 127, 186, 196, 315

conversión, 26, 34-38, 77, 78, 82, 94, 104, 118, 151, 284-286

creatividad, 132, 161, 162, 211

cristianismo, 261-263, 266, 268-281, 292, 310, 314, 324, 328, 340, 343

cultura, 28, 39-42, 76, 95, 107-110, 127-130, 133-139, 143-146, 148-150, 158, 159, 163-169, 172, 233, 267

deseo, 27, 303, 304

destino, 30, 35, 63, 65, 76, 195, 208, 226, 230, 264, 265, 280, 281, 291, 307, 308, 333, 334, 338-340, 342

elecciones universitarias, 134-137, 144, 147, 158, 185, 252

encuentro, 93, 117, 135-137, 150, 156, 171, 176, 177, 180, 183, 234, 245, 279-282, 296, 328-331

espera, 103, 111, 135, 144, 334, 339, 341

esperanza, 58, 61, 66, 81, 93, 98, 116, 129, 132, 133, 136, 137, 160, 171, 173, 176, 183, 190, 201, 207, 208, 218, 250, 251, 266, 270, 326

estudiar, 39, 162, 222, 225, 290, 302, 327

evidencia, 166, 167, 170, 184, 270, 289, 298, 300

experiencia, 106-108, 129, 135, 137, 142-144, 146, 150, 152-154, 156, 211, 229, 262, 264, 266, 267, 275, 276, 283, 289, 300, 313, 324, 327, 335, 336

—original, 67, 154, 168-170, 172-174, 176, 177, 179-181, 185

fe, 49-52, 56-65, 71, 72, 76, 81, 82, 84-86, 96, 100, 101, 106, 107, 115-118, 130, 139-141, 143-150, 153, 162-164, 166-171, 173, 177, 180, 181, 190-194, 197, 208, 213-215, 218, 219, 228-233, 235, 236, 241-243, 255-257, 271, 281-286, 290, 294-296, 300, 303, 321, 322

—decisión de la, 294, 295

—formalismo de la, 106, 108

fecundidad, 36, 132, 158

formalismo, 264, 284-286, 301

hecho, 17, 38, 275-282, 299

ideal, 64, 74, 75

identidad, 16, 17, 50-53, 57-60, 62, 67, 72-74, 78, 84, 86, 192

ideología, 41, 92, 94, 143, 197

Iglesia, 277, 278, 280, 318, 328, 334

instintividad, 36, 42, 160, 161

intelectualismo, 92, 94, 297, 306, 337

inteligencia, 296, 304, 320, 321
 interés, 146-148, 169
 ironía, 40, 75
 juicio, 17, 25, 31, 39, 60, 65, 107, 132, 134, 150-152, 181, 196, 197, 211, 256, 257, 296-298, 304-306, 324, 325
 libertad, 179, 180, 211, 234, 235, 247, 299, 300, 302, 318, 329, 335-339
 memoria, 27, 29, 30, 96, 175-177, 199, 222, 223, 285, 297
 mentalidad dominante/mundana, 67, 84, 96, 114, 140, 160, 161, 167, 179, 180, 267, 295
 mentira, 34, 41, 43, 53, 58, 61, 64, 65, 96, 164, 183, 190, 282, 297, 299, 302, 342
 método, 16, 17, 23, 25, 50, 63, 73, 78, 94, 95, 129, 152, 155, 159, 208, 274, 319, 328
 milagro, 27, 107, 303
 misericordia, 342
 misión, 26, 44, 118, 191, 192, 226, 249, 251, 311
 nihilismo, 159, 175
 obediencia, 105, 149, 243, 247
 objetividad, 198, 209-211, 214, 229, 240, 272, 329
 olvido, 74, 117, 176, 233
 oración, 65, 73, 77, 79, 159, 303, 304, 306, 341
 pecado original, 103, 264, 265
 pertenencia, 229, 282, 289, 296, 322, 329
 presencia, 17, 25-27, 32, 54, 55-58, 61, 62, 64, 66-77, 79-86, 91-94, 96, 98, 109-112, 130, 132, 133, 173-177, 181-183, 186, 210, 213, 215, 222, 226-233, 235-238, 241, 243, 244, 248-257, 268, 269, 280, 282, 285, 291, 293, 296, 317, 322
 propuesta, 109-114, 136
 pueblo, 49-54, 72, 75, 76, 83, 85
 razón, 164, 166, 168, 173, 181, 278, 304, 313, 321, 331
 riesgo, 301, 306, 329, 335
 seguir/seguimiento, 10, 63, 81, 96, 112-114, 116, 143, 144, 149, 152, 156, 185, 197, 204, 205, 207, 217, 231, 243, 245-247, 257, 266-268, 270, 287, 301, 302, 307, 311, 315, 316, 320, 324, 326, 327, 329-333, 335, 336-340

sencillez, 133, 169, 294, 295, 327, 332, 335, 336, 338, 339

significado, 29, 33, 34, 53, 155, 168, 169, 251, 270, 276, 280, 282, 308, 320, 339

tradición, 113, 150, 155, 183, 184

—cristiana, 82, 114

transfiguración, 282, 283

unidad, 10, 16, 17, 23, 24, 27, 33-39, 42-44, 53, 60, 65, 69, 72, 81, 83, 94, 96, 104, 105, 107, 108, 112, 129, 152, 184, 185, 190, 212, 214, 295, 318

utopía, 55, 57, 66-69

valor, 318-323, 327, 328, 330

verificación/verificar, 127-131, 135, 140, 142, 144-147, 149, 150, 152-154, 156, 158-160, 164, 167, 168, 179, 184, 219-221, 231, 234, 235, 241, 298, 305, 310, 315, 321, 335

«Ya no depende del estado de ánimo, de que lo sientas o no, de lo que opines o no, de lo que en ti está claro o está confuso. El cristianismo es un hecho cuyo contenido, rostro y forma es un hombre que prosigue en la historia a través de la asimilación a sí de los que él aferra... este hecho hace presente la salvación, el significado de la historia».

El presente libro reproduce lecciones y diálogos de Luigi Giussani con los responsables de los universitarios de Comunión y Liberación, que tuvieron lugar en los encuentros periódicos llamados *Équipe* a partir de mediados de los años setenta. Como tema, las preguntas que urgen una respuesta: ¿Qué destino tiene la vida? ¿Qué es el cristianismo? ¿Qué es la fe? ¿Dónde está Cristo hoy? La potencia asombrosa de una propuesta de contenido y de método. La representación de una historia en la que la experiencia de la persona y la urgencia del mundo son unidas y relanzadas en esa modalidad «subversiva y sorprendente» de vivir las cosas habituales que es la fe, tal como Giussani la ha concebido y vivido.

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-841-1



EH
ENCUENTRO
RELIGIÓN

Índice

EL EQUIPE	2
PRÓLOGO	7
NOTA EDITORIAL	9
LOS ANTECEDENTES	10
1975	14
PERSONA Y COMUNIÓN DE BASE1	14
¿QUÉ ES LO QUE MÁS HEMOS PENSADO,DICHO Y HECHO?9	20
1976	32
EN LA FE, HOMBRE Y PUEBLO	32
DE LA UTOPIÍA A LA PRESENCIA	36
Conversación	36
Síntesis	50
1977	59
EN LA CONDICIÓN UNIVERSITARIA1	60
UNA PRESENCIA DE VIDA1	66
LA FUERZA DE UNA PROPUESTA1	73
Introducción	73
Síntesis	77
¿QUÉ ES EL MOVIMIENTO?	81
1978	84
GÉNESIS PERSONAL DE LA CULTURA: LA VERIFICACIÓN COMO INICIO	84
Asamblea	84
Síntesis	106
EL DESEO DEL CAMBIO	126
Asamblea 1	126
Asamblea 2	142
Síntesis	160
¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO?	176
Asamblea 1	176
Asamblea 2	192
Asamblea 3	209

Asamblea 4	215
GLOSARIO	235
ÍNDICES	237
ÍNDICE DE CITAS BÍBLICAS	238
ÍNDICE ONOMÁSTICO	242
ÍNDICE TEMÁTICO	245